

# Maurizio de Giovanni

## Y todo a media luz



Corre el año 1932. Ha llegado la primavera a Nápoles, y las calles se llenan de gente dispuesta a estrenar vestidos ligeros y pamelas, pero Ricciardi está demasiado ocupado resolviendo un nuevo caso como para percatarse de que el aire es ahora más ligero: Rosaria, una joven de veinticinco años, ha sido asfixiada en su habitación del famoso burdel Paraíso con una almohada. Allí la encuentran Ricciardi y su inseparable ayudante Maione, descompuesta entre las sábanas, con signos evidentes de asfixia, pero sin otras heridas que puedan delatar al asesino. Al parecer, tampoco falta nada importante que pueda hacer pensar en un robo, y el asunto se complica...

Muy pronto Ricciardi y Maione descubren que Rosaria era una prostituta muy especial, tanto que la llamaban Víbora. Su belleza y sus artes amatorias eran conocidas en toda la ciudad, hasta el punto de que Sergio Ventrone, un distinguido caballero, estaba pagando sus servicios en exclusiva, y Giuseppe Coppola, un joven repartidor de fruta, estaba dispuesto a casarse con ella. Giuseppe fue el último hombre que la vio viva, y Ventrone el primero que la vio muerta: ¿quién más la vio entre una visita y otra?

Al final el caso tendrá una resolución insólita, pero el lector descubrirá una vez más que el amor y el hambre están siempre ligados a las muertes violentas, y quien mejor sabe hilvanar estas pasiones es Maurizio de Giovanni.

**Lectulandia**

Maurizio de Giovanni

# **Y todo a media luz**

**Comisario Ricciardi - 6**

ePub r1.0

Titivillus 26.08.15

Título original: *Vipera. Nessuna resurrezione per il commissario Ricciardi*  
Maurizio de Giovanni, 2012  
Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Paola.  
En cada latido*

*Dime, ¿tú sabes qué es el amor?*

*¿Tú que lo vendes a dos liras el servicio, cinco minutos para echarte encima mi aliento, sin tiempo para mirarte a los ojos, murmurar tu nombre, crees acaso que sabes qué es el amor? ¿Qué sabrás tú de las largas esperas, de los silencios amarrado a la angustia, esperando una palabra, sonrisa?*

*Este cuerpo tuyo tan blando que ahora siento moverse frenético debajo de mí, estas piernas largas y blancas que se agarran a mis caderas, ¿crees acaso que esto es amor?*

*¿Sabes? Yo vi el amor. Lo conocí, lo encontré. Está hecho de dolor y melancolía, angustias y regresos. No se consume en un instante; no nace y muere en lugares como este, con música de piano en el piso de abajo y olor a desinfectante. El amor está hecho de brisa fresca y flores, de lágrimas y carcajadas.*

*Tú, que me clavabas las uñas en la espalda y arqueabas la pelvis contra mí, tú crees que lo conoces, pero del amor no sabes nada.*

*Finges siempre, finges un placer que no sientes. Finges, con esos ojos pintados de negro, esa boca delineada como un corazón, ese lunar en la mejilla. Todo falso. Como los lujosos trajes de organdí, crespón y gasa estampada que, aquí dentro, en la llamada casa del amor, solo tú puedes permitirte, como el perfume francés que apesta el aire de este cuarto.*

*Yo conozco el amor verdadero: te despierta por la noche y te encuentra con el corazón desesperado y lleno de esperanza, con pensamientos que se convierten en sueños, con sueños que se convierten en pensamientos. No necesita de la música de los negros para que la sangre fluya más veloz por tus venas, ni del perfume para embotarte los sentidos.*

*¿Qué me responderías si te preguntara qué es el amor, tú que gimes bajo mis manos, tú que aprietas contra mí tu pecho?*

*Quizá te reirías, como no hace mucho, con tus dientes blancos, tus ojos negros y la mano en la cadera sedosa; y me dirías que el amor es esto, el cuarto de un burdel, sostenes de encaje, velas, raso, boa de plumas de marabú. Que el amor es el lujo, el bienestar, el no tener que pensar en cómo conseguir comida. O quizá me dirías que el amor dura poco, lo que tarda un servicio, y hay que pasar el resto de los días viviendo como se puede.*

*No temas, no te preguntaré qué es el amor. No esperaré más mentiras de tu boca pintada. Me conformaré con sentir, como ahora, tu cuerpo moverse bajo mi piel, al ritmo de la respiración. Cada vez más despacio, más despacio.*

*Y con no oír más tus lamentos, bajo la almohada que aprieto contra tu cara.*

# 1

Un centenar de metros separaba la jefatura de policía de El Paraíso, la parte final de la via Toledo y un tramo de la via Chiaia. La hora era complicada: las aceras muy concurridas, las tiendas abiertas y el aire suave de las primeras horas de una tarde primaveral que invitaba a dar un paseo. Ricciardi y Maione avanzaban con dificultad entre el gentío, tratando de no perder de vista a la vieja que los precedía moviéndose sobre las piernas zambas con sorprendente agilidad, seguidos por los guardias Cesarano y Camarda, que no dejaban de intercambiar miradas pícaras. Habían empezado el intercambio cuando Maione les comunicó la dirección y ya no habían parado.

Ricciardi no se fiaba de la primavera. No había nada peor que las ventanas que se abrían, que el aire suave, el perfume a bosque y a mar que el viento traía de Capodimonte o del puerto. Tras el invierno de silencios, de calles gélidas azotadas por la tramontana, de sabañones y lluvia helada, las pasiones habían acumulado tanta energía destructiva que no veían la hora de eructar su desorden.

Al acercarse a la esquina donde la calle desembocaba en la piazza Trieste e Trento y la gente empezaba a ralear, el comisario paseó la mirada por la decena de cabezas amontonadas en el espacio frente al Caffè Gambrinus: jóvenes con trajes claros, los pulgares hundidos en los bolsillos de los chalecos, los sombreros inclinados hacia la nuca, conversaban en pequeños corros tratando de interceptar las miradas de las señoras que pasaban en pareja, sabedores del aprecio que a las pobres les había faltado en los tristes meses invernales. Había quien se inclinaba sobre las muchachas que servían las mesas, colocadas al fin al aire libre, para valorar sus curvas generosas bajo los delantales. Los vendedores ambulantes proclamaban las bondades de su maravillosa mercancía con gritos y silbidos. Los niños tiraban de las faldas de sus madres, pidiendo cacahuets o globos. Y también estaban los automóviles descapotables, los carruajes, los acordeones.

Bienvenidos a la primavera, pensó Ricciardi. No hay nada más peligroso que esta inocencia aparente.

Al doblar la esquina se topó con el viejo suicida. El comisario a punto estuvo de llevárselo por delante; saltó a un lado y chocó contra un cochecito empujado por una nodriza, que lo miró amenazante arreglándose la cofia para seguir su camino hacia la Villa Nazionale. Se acordó del informe de hacía unos días: se trataba de un profesor de bachillerato jubilado, que ese invierno había enviudado. Despertó una mañana, se vistió de punta en blanco y, tras despedirse de la hija con un beso en la frente, salió a dar su paseo habitual. Al llegar a la plaza, de cara al café, sacó una pistola que conservaba de cuando había ido a la guerra y se pegó un tiro en la sien. El caso quedó rápidamente archivado, en el aparador de su casa encontraron una nota de despedida; pero el dolor de la separación seguía allí, suspendido en el aire y bien visible para Ricciardi: un hombre delgado, de baja estatura, con ropa digna pero gastada, una



chaqueta demasiado holgada cuyas mangas apenas dejaban al descubierto la punta de los dedos y una pistola. El proyectil había entrado por la sien derecha y salido por la frente, abriéndole la cabeza como una sandía. El terror de la muerte inminente dejó un chorro de orina y una mancha húmeda en la entrepierna del pantalón gris. Debajo de la sangre y el cerebro que goteaban sobre la cara, la boca seguía repitiendo sin cesar: «Nuestro café, amor mío; nuestro café, amor mío». Ricciardi se volvió instintivamente hacia el Gambrinus, al otro lado de la calle atestada: las mesitas bullían de vida y humanidad. Durante días percibiría el dolor del viejo, incapaz de enfrentarse a la primavera solo, sin la compañera de su vida. Una súbita punzada en la cabeza lo obligó a tocarse la herida de la nuca, ya cicatrizada. Ojalá cicatrizara también la herida de mi alma, pensó; esa que me trae el murmullo de los muertos, la conciencia de su dolor.

Tomó nota mentalmente de que debía evitar esa esquina por unos días y pasar por la acera de enfrente. Al menos hasta que el eco del sufrimiento del viejo suicida se hubiese desvanecido en el aire fresco de la nueva primavera.

\* \* \*

El sargento Raffaele Maione cubría el trayecto con dificultad: su mole le impedía andar deprisa entre toda aquella gente, y la tibieza repentina del aire lo había pillado por sorpresa con el grueso uniforme de invierno, por lo que se notaba sudado y pegajoso. Por el contrario, la vieja le parecía una bailarina por la forma en que esquivaba a saltos tanto pies como cochecitos, y desaparecía de vez en cuando de su vista para reaparecer unos metros más adelante.

Maione no necesitaba que lo guiaran para llegar al Paraíso. Era la casa de citas más famosa de la ciudad, exclusiva de los ricos; sus ventanas daban al paseo y a las tiendas más caras, de allí salían la música de un piano y las carcajadas de los clientes; al oírlas, los transeúntes ponían cara de escándalo o una expresión divertida, pero siempre con un punto de envidia.

La vieja se había presentado en la jefatura jadeante. Era la guardiana del burdel, una verdadera institución, conocida en todo el barrio por la fuerza de sus brazos, que contrastaba con su aspecto diminuto y le permitía cumplir con su atento servicio de orden, y lanzar a la calle a los clientes borrachos y molestos que no querían largarse cuando se les acababa el tiempo. Se llamaba Maria, más conocida por Marietta, y era la portera. Se había negado a hablar con el cabo para denunciar «el hecho que sucedió». Maione se la había cruzado un par de veces y se había ganado la brusca estima de la mujer. Cuando la tuvo delante, comprendió que estaba realmente turbada, las mejillas enrojecidas, el aliento entrecortado, la cara desesperada.

—Sargento, venga deprisa, ahora mismo. Ha pasado algo horrible.

Maione solo había conseguido sonsacarle a Marietta que se trataba de un homicidio, por lo que mandó llamar a Ricciardi y, tras hacerle una señal a Camarda y

Cesarano, se había lanzado en pos de la vieja.

Sin dejar de andar a paso vivo, sacó el reloj del bolsillo. Las cuatro. A esa hora comenzaba la actividad en la casa de citas. A saber cuánta gente habría en la bonita sala de El Paraíso, escuchando música y contemplando el balconcillo donde las señoritas se paseaban ligeras de ropa, a la espera de que las eligiesen.

De pronto mermó el gentío como si en la calle se hubiese abierto un abismo, y los cuatro agentes de policía se encontraron delante de la entrada. Marietta los esperaba impaciente en el umbral. En la acera de enfrente se veía la inevitable aglomeración de curiosos, las cabezas levantadas hacia las ventanas cerradas y cubiertas por las cortinas, el murmullo de los comentarios y las conjeturas, el intercambio de codazos al llegar las fuerzas de seguridad pública. Maione oyó una risita femenina que cesó de inmediato cuando se volvió en su dirección con cara de pocos amigos. La muerte era la muerte: exigía respeto dondequiera que se presentara.

A Ricciardi no le gustaban los burdeles.

Y no por una cuestión moral, desde luego. Opinaba que lo que pasaba entre adultos aquiescentes era cosa de ellos, cada uno era libre de emplear su tiempo y gastarse el dinero como le pareciera más conveniente, y aquel era un modo mejor que muchos otros. Pero en el pasado había tenido ocasión de ver que la pasión derivada del sexo era un utensilio difícil de manejar y que, con demasiada frecuencia, acababa haciendo daño a quien lo esgrimía. Recordaba la imagen de hombres acuchillados, de suicidas desesperados, de padres de familia ahorcados por los favores de una de aquellas señoritas que vendían placer; y por otra parte, sabía de sobra que el amor le disputaba al hambre la triste supremacía como mayor generador de muerte y crimen.

Pero también le constaba, pensó mientras subía el tramo de escaleras que llevaba al recibidor de El Paraíso, que el amor era una enfermedad arraigada a la esencia misma del género humano, y que nadie, por más esfuerzos que hiciera, era inmune a sus efectos. Él tampoco.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, la vieja guardiana se detuvo, se volvió hacia los cuatro hombres y anunció con voz cavernosa:

—Entren. Han matado a Víbora.

\* \* \*

Al poco tiempo de entrar en la policía se había visto en la necesidad de personarse con sus colegas en locales de ínfimo nivel donde, a intervalos regulares, se producían riñas, heridos o situaciones de acoso grave.

Por norma, los burdeles contaban con un servicio de orden, formado por uno o dos exconvictos que, a cambio de un plato caliente y algo de calderilla, se plantaban con sus tatuajes y sus caras cubiertas de cicatrices ante los malhechores: era suficiente para devolver la calma a un lugar hecho para el placer y no para la sangre.

Pero el placer no deja de ser una pasión, y una pasión llama a la otra. A veces el guardián no era suficiente, más aún, en la mayoría de los casos en que aparecían las fuerzas del orden, se encontraba entre los heridos, castigado por haber creído que podía hacer entrar en razón a quien empuña un cuchillo.

Aquellos lupanares que Ricciardi recordaba estaban escondidos en edificios ruinosos, a los que se llegaba tras subir escaleras empinadas y oscuras para encontrarse en un cuarto con una mesita detrás de la que se sentaba una mujer con una caja con candado donde guardaba el dinero. Arrimados a las paredes unos bancos de madera en los que esperaban en silencio obreros, soldados, estudiantes, la mirada perdida en el vacío y pocas ganas de charla.

Una escalera conducía a las habitaciones donde estaban las muchachas que, con

frecuencia, de muchachas tenían poco. Ricciardi se acordaba de una mujer con una herida sangrante en la mejilla, que tendría al menos unos cincuenta años y no más de una docena de dientes: había despertado en un chico de dieciocho las ganas de sacar el cuchillo por haberle pedido más dinero del que le correspondía. En aquellas casas de bajo nivel, los clientes se distribuían en fila india en la escalera y cedían el paso a los más dispuestos, porque el servicio duraba apenas unos minutos, transcurridos los cuales el precio subía.

El establecimiento con el que Ricciardi se encontró cuando, tras el dramático anuncio, la vieja se apartó y los hizo pasar, era muy distinto. Primero recorrieron un pasillo con sillas de respaldo dorado, tapizadas de raso, un espejo de cuerpo entero con marco elaborado y paredes de seda roja. Un cartel invitaba a depositar paraguas y bastones en un perchero. Al fondo había otra puerta, al acercarse a ella, Marietta se detuvo: evidentemente el territorio de su competencia acababa en esa última frontera.

La sala era amplia, como un salón de baile, y estaba sumida en la penumbra. Gruesas cortinas cubrían las ventanas cerradas y la enorme araña de cristal estaba apagada, como la mayoría de la docena de apliques de las paredes. Dominaba el ambiente un tapiz en el que ninfas y sátiros se perseguían desnudos y dichosos por un bosque.

El ambiente era cualquier cosa menos alegre. Los sofás y las butacas estaban vacíos, el piano de cola, en silencio; el papel pintado y la mullida alfombra amortiguaban el murmullo procedente del grupito reunido en el fondo, del que se separó una mujer que fue a recibirlos.

Era un personaje notable. La altura y el porte imponentes se veían aumentados por un penacho negro que remataba una especie de diadema que lucía en el pelo; el vestido oscuro revoloteaba veladamente, y una cola de un metro susurraba al rozar la alfombra. Cuando llegó delante de los policías, se detuvo compungida: el grueso maquillaje no lograba disimular la expresión de angustia y los ojos enrojecidos.

Se dirigió a Maione.

—Sargento, ya están aquí. Lamento mucho volver a verlo en estas circunstancias.

Camarda y Cesarano contuvieron la sonrisa maliciosa que no pasó inadvertida a Ricciardi ni a Maione. El sargento les lanzó una mirada torcida y los dos guardias agacharon enseguida la cabeza.

—La señora Yvonne, propietaria del establecimiento. Señora, el comisario Ricciardi. Hemos venido en cuanto Marietta nos ha avisado; si hubiera telefonado, habríamos llegado antes.

La mujer hizo un gesto vago con la mano del que se desprendió el destello de una docena de anillos.

—No se me ocurrió, mire, me dio por enviarle a Marietta. Me parecía, y me sigue pareciendo, muy absurdo esto que ha pasado. Esta desgracia. Esta calamidad.

Ricciardi tenía la impresión de que la mujer interpretaba un papel. Los gestos exagerados, la voz impostada, su forma de cruzar la sala por el centro, caminando

como si fuese un barco de gran tonelaje que llega a puerto, todo en ella era teatral, ensayado para causar sensación.

—Buenos días, señora. ¿Su verdadero nombre, por favor?

Dando por descontado que el nombre con el que Maione la había presentado era un alias, quiso invitar a la mujer a que se sincerase. La supuesta Yvonne acusó el golpe. Parpadeó, lanzó un suspiro y concentró su atención en Ricciardi.

—Lidia Fiorino, para servirlo a usted. Pero todos me conocen como *madame Yvonne*, y me parece que si pide información sobre mí, nadie le podrá decir nada si pregunta con mi nombre verdadero.

Ricciardi no había dejado de mirar fijamente a la mujer.

—Me gusta saber cómo se llaman las personas que conozco, eso es todo. Saber el nombre que consta en sus documentos. Cuéntenos lo que pasó.

*Madame Yvonne* echó un vistazo por encima del hombro al grupo reunido cerca del piano. En la penumbra se adivinaban mujeres en bata; se las oía llorar suavemente.

—Una de mis chicas..., la más querida, como una hija para mí..., la más hermosa, la más dulce...

Se sonó ruidosamente la nariz con un pañuelo que sacó de la manga. Ricciardi esperaba, Maione suspiró alzando los ojos al cielo.

—Una de mis chicas... Virgen santa, no me hago a la idea de que aquí, en mi casa..., donde reinan el amor, la serenidad, el placer y...

Ricciardi miró a Maione con intención y el sargento intervino.

—Señora, por favor. Ya sabemos dónde estamos y qué se hace aquí dentro. En fin, que no hace falta que nos lo explique. Hágame el favor, cuéntenos en pocas palabras lo que pasó.

Yvonne se secó las lágrimas y adoptó una expresión vagamente ofendida.

—Sargento, comprenda lo que esto supone para mí, para nosotras. Es una tragedia. Ha muerto Víbora.

Al oír aquel término por segunda vez, Ricciardi consideró oportuno aclarar las cosas.

—Su verdadero nombre, por favor. Y empecemos por el principio. ¿Quién la encontró? ¿Cuándo? ¿Dónde está ahora? ¿Han tocado algo?

La mujer volvió la cabeza hacia el grupo del fondo de la sala e hizo una señal; después miró a Ricciardi.

—Víbora es el nombre con el que se conoce en toda Nápoles a la mejor, la más hermosa de las muchachas que se dedican al oficio, como decimos nosotras. Se llamaba Rosaria, Maria Rosaria Cennamo. Pero para todos era Víbora. Nadie la ha tocado, está en la habitación donde... donde trabajaba.

La otra pregunta quedó en suspenso, hasta que Ricciardi decidió repetirla.

—Le he preguntado quién la encontró.

Tras vacilar, *madame Yvonne* se volvió hacia las muchachas y llamó:

—Ven, Lily. No te hagas la sorda.

Una chica se separó del grupo a regañadientes y se acercó. Su paso inseguro era muy distinto del andar majestuoso de Yvonne, que la presentó:

—Ella es Lily. Bianca Palumbo, para ser más exacta. Es que a los clientes les gustan los nombres un poco exóticos, ¿sabe usted? Ella encontró a Víbora.

La muchacha era rubia, de rasgos suaves, la cara marcada por el horror y el espanto. Se cerraba el salto de cama floreado sobre el pecho muy abundante, exagerado para su estatura. A Cesarano se le escapó un silbido suave que provocó la mirada enfurecida de Maione.

—¿De modo que fue usted, señorita, la que encontró el cadáver?

Lily miró a *madame*, como pidiéndole permiso para contestar; *madame* inclinó apenas la cabeza y la muchacha se dirigió a Ricciardi.

—Sí. Pasé delante de la puerta, yo ya... yo había terminado y me iba para el balcón. La puerta de Víbora estaba abierta, bueno, un poco abierta, cómo se dice..., entornada. Y ella estaba en la cama, le vi la pierna colgando por el borde...

Se llevó la mano temblorosa a la cara, como queriendo borrar la imagen. Tenía una voz profunda, madura, que contrastaba con su juventud y sus rasgos delicados.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Ricciardi.

La joven dudó, miró otra vez a la madama, y luego se decidió a contestar.

—Me asomé por la puerta y llamé a *madame*.

—¿Y cómo supo que la Cennamo, quiero decir, Víbora, estaba muerta? —terció Maione.

Lily se encogió de hombros.

—Tenía una almohada sobre la cara. Y no se movía.

A Ricciardi le pareció que en la voz de la muchacha, y aún más en sus reacciones, no había dolor sino solo espanto. Quiso confirmar su impresión.

—¿Eran ustedes amigas? ¿Se llevaba bien con Víbora?

Esta vez fue *madame* Yvonne quien respondió:

—¡Por supuesto! Aquí formamos una familia, comisario. Las chicas son como hermanas, están siempre juntas, se quieren, tanto las que llegan, están quince días y después se van, como las hijas. Además, Lily está siempre aquí, igual que Víbora, de modo que es de las que no rotan, así que están... estaban más unidas. ¿No es así? ¡Contesta!

Al verse interpelada bruscamente, Lily miró otra vez a la madama y asintió despacio. Ricciardi se reafirmó en su primera impresión: la relación de Lily con la difunta Víbora merecía una investigación más profunda.

—Y entonces usted, *madame*, envió a Marietta a buscarnos. Muy bien. Aparte de usted y las chicas que veo allá en el fondo, ¿quién más estaba aquí?

Yvonne hizo un gesto de impotencia con los brazos.

—Los clientes, comisario, naturalmente. Amedeo, nuestro pianista, ese de allí, tocaba para entretenerlos mientras esperaban, el camarero que servía licores. La

actividad habitual de la tarde.

—¿Y dónde han ido a parar los clientes?

La mujer sacudió la cabeza.

—Ya se lo puede imaginar. En cuanto oyeron que Lily gritaba y lloraba, se largaron. Yo no dispongo de autoridad para retenerlos y decirles que lo esperasen a usted, ¿verdad?

Ricciardi asintió.

—No, claro que no. Pero al menos recordará a los clientes fijos, y nos podrá decir sus nombres, supongo. Es para hacer una comprobación.

Yvonne intercambió con Lily una mirada que no pasó inadvertida al comisario.

—Sí, claro. Aunque a lo mejor con la confusión se me escapa alguno. Una desgracia así no ocurre todos los días.

—Afortunadamente no, no ocurre todos los días. Señorita, usted comentó antes que había terminado y que se iba al balcón. ¿Qué quiso decir?

—¿Ve usted esa pasarela de allá arriba y la barandilla? —respondió Lily—. Nosotras lo llamamos el balcón. Cuando terminamos de atender a un cliente, nos lavamos, ordenamos la habitación y nos asomamos desde allá arriba para que nos vean. Así los clientes que esperan aquí en la sala, saben que estamos libres y pueden escoger. A la que más les gusta.

Camarda suspiró y recibió un codazo en las costillas de Cesarano. Ricciardi quiso avanzar en la investigación.

—Muy bien, entendido. Tal vez después le haga más preguntas. Ahora, si es tan amable, llévenos a la habitación de Víbora.

### 3

¿Y esta brisa que noto en la cara?

¿Y este aroma a flores y a mar qué será?

¿Qué quiere de mí la primavera, por qué no se va por donde ha venido?

Estoy muerto, ¿no lo entiendes, primavera? Muerto.

Lo estuve durante muchos años, y sin embargo, respiraba, trabajaba, comía y dormía. Hablaba con la gente con la que me cruzaba, e incluso por educación me reía, fingía interesarme, pero estaba muerto.

Si el corazón no te late en el pecho, es que estás muerto. Y a mí el corazón no me latía. Ya no me latía.

Es mejor ser ciego de nacimiento. No te puedes acordar de los colores si no los has visto nunca. Si eres ciego de nacimiento, el sol no es otra cosa que el calor que notas en la piel y el mar no es otra cosa que agua que te moja los pies; no imaginas la luz titilante en el firmamento mientras las nubes se persiguen por el cielo y van dando y quitando sombras al azul. Si eres ciego de nacimiento, tanto mejor.

Pero si has visto y después te quitan la luz solo te queda el recuerdo. Y entonces te dedicas a recordar y ya no vives: estás muerto.

Dios infame, ¿por qué me has hecho renacer? ¿Por qué me has devuelto la vista que me habías quitado y la esperanza que había olvidado? Dios cobarde, que permitiste que volviera a respirar y a reír, y que me latiera el corazón, ¿no te parecía bastante el sufrimiento que me habías dado? ¿Ya sabías que volverías a matarme? Tú que lo sabes todo, ¿por qué? Maldito seas, me mandaste al infierno, me sacaste de allí para volver a encerrarme en él por siempre jamás.

Y dejaste mi alma encerrada en una habitación de El Paraíso. Inmóvil, sin aliento, a la espera de una palabra de sus labios que no llegará.

De sus labios muertos.



Al final del salón en penumbra había una tarima en la que destacaban una especie de cátedra de madera oscura y detrás, una silla de respaldo muy alto, que parecía un trono.

*Madame Yvonne* se dirigió a ella como flotando y dijo con mal disimulado orgullo:

—Yo me pongo allí. Es el sitio donde recibo a la clientela. Encima de la mesa Ricciardi entrevió dinero, un bloc de hojas impresas y un abanico abierto. Detrás del escritorio, fijado en la pared, un cartel indicaba las tarifas.

SENCILLO	2,50 £
DOBLE	3,50 £
½ HORA	6 £
1 HORA	10 £
SUPLEMENTO JABÓN Y TOALLA	1 £
PASTILLA DE JABÓN	10 cent.
AGUA DE COLONIA	15 cent.

Junto a la caja, un tramo de escaleras con alfombra roja, en su base un par de estatuas de madera representaban a sendos moros: uno sostenía una luz que iluminaba el tablero del escritorio, el otro, una bandeja donde, antes de ir a las habitaciones, se apagaban las colillas. *Madame* empezó a subir, pero antes de seguirla, Ricciardi se volvió a Maione y le murmuró algo. El sargento dijo:

—Cama', quédate en la entrada y vigila que no entre ni salga nadie. Cesara', telefona ahora mismo a la jefatura para que avisen al hospital, y sobre todo, que pregunten expresamente por el doctor Bruno Modo, y que manden también al fotógrafo. Después ponte aquí y no dejes subir a nadie.

En lo alto de las escaleras había un pasillo iluminado por lámparas de pared. Las puertas de una decena de habitaciones estaban casi todas cerradas, excepto una del fondo, que se veía entornada.

Ricciardi la indicó con una inclinación de la cabeza.

—¿Es aquella la habitación de Víbora?

Yvonne asintió. Era como si la seguridad que había exhibido en la planta baja la hubiese abandonado; le temblaban las manos. Aquel comisario sin sombrero, de ojos verdes y penetrantes, la había puesto nerviosa desde el primer momento, y ahora, con la proximidad del cadáver, por irrazonable que pareciera, la espantaba.

Maione intervino para preguntar:

—¿Cuál es la habitación de Lily?

*Madame* le indicó una de las más próximas a las escaleras.

—Esta es.

Ricciardi le hizo una señal al sargento, y este dijo:

—Quédese aquí, señora. No se mueva.

Los dos policías se separaron. Maione abrió la puerta de la habitación de Lily, Ricciardi se dirigió a la puerta entornada. Cuando llegó al umbral, se asomó al interior. Vio una mesita de noche, un reflejo de luz en un espejo, el borde de la cama. Una mano, las puntas de los dedos vueltas hacia fuera, único signo de presencia humana que alcanzaba a verse desde el resquicio.

Dio un paso al frente y cruzó el umbral.

Como siempre, más que mirar, dejó que sus sentidos se habituaran al ambiente. Debía entrar en contacto con la atmósfera, con las emociones suspendidas en el aire. Mantuvo los ojos cerrados.

El olor, en primer lugar. Si en el resto del burdel predominaba el humo con regusto a desinfectantes, detergente y polvo, aquí olía a perfume francés, refinado y penetrante, a flores que perdían la frescura, un vago aroma a lavanda, y también al tufo desagradable del sudor rancio. Nada de sangre.

Después se concentró en la piel. La puerta abierta había igualado la temperatura interior a la del pasillo, pero percibió una ligera brisa que venía de su derecha, quizá se colaba por una rendija de la ventana o quizá fuera solo una corriente de aire. La habitación estaba en silencio, salvo por un lento goteo.

Había llegado el momento.

Abrió los ojos y miró, empezando adrede por la pared más alejada de la cama. En el rincón vio el lavabo con el grifo cuyo goteo acababa de oír, había también una palangana con un jarro, un tocador con una silla sobre la que yacía abandonado un salto de cama de seda negra con dibujos rojos, una cómoda de cinco cajones, con tablero de mármol sobre el que vio un joyero y un marco con la foto de una mujer madura y seria, sentada con un niño en brazos vestido de marinero, un florero con flores frescas, la ventana, cubierta por una cortina roja no del todo cerrada por la que se colaba el aire primaveral.

Su mirada había llegado a la cama.

El cadáver yacía despatarrado en medio de las sábanas arrugadas. Como había dicho Lily, una de las piernas colgaba en el vacío, y los brazos estaban abiertos, como las alas de un pájaro que ya nunca remontaría el vuelo. Llevaba la combinación de tono claro subida hasta el vientre, dejando ver la ropa interior. En el antebrazo izquierdo lucía una sola joya: un brazaletes de plata en forma de serpiente con dos piedras verdes en los ojos.

En la cara descubierta se notaban los signos de la falta de aire y por la boca abierta asomaba una parte de la lengua ennegrecida.

Asfixiada. La muchacha había sido asfixiada.

A pocos centímetros de la cabeza, se veía una almohada con restos del maquillaje

y la mancha húmeda dejada por la saliva allí donde la habían presionado con fuerza sobre la boca y la nariz que, a juzgar por el perfil, debía de haberse fracturado. Pese al ultraje de la muerte, el comisario intuyó que Víbora debía de haber sido muy hermosa.

Ricciardi siguió la mirada vacía de la víctima, hacia el sitio donde apuntaron los ojos en el último instante. Lanzó un profundo suspiro.

Frente a un espejo que no la reflejaba, la imagen de la mujer, de pie, con los brazos caídos a los costados, el pelo corto y oscuro enmarcándole el rostro, los labios tirantes en la última inhalación, la lengua negra colgando.

Mirando su propio cadáver, la imagen repetía: «Fustita, fustita. Ay, fustita mía».

Ricciardi se pasó la mano por la cara. Quizá me lo estoy imaginando, pensó por enésima vez. Quizá no es más que una ilusión de mi mente enferma. Quizá es una herencia absurda, una forma rastrera y silenciosa de locura. Quizá son mis muchos temores, la incapacidad para vivir. Quizá es una huida de la realidad, quizá no hay nada delante de mí.

Fuera, dos pisos más abajo, un acordeón atacó un tango. La vida en la calle se disponía a atravesar el primer día de primavera.

Ricciardi bajó la mano.

Al dolor de la separación, a la clara sensación de melancolía y de nostalgia, a la sorpresa de la muerte que conocía demasiado bien, se sumó el eco del último pensamiento de Víbora: «Fustita, fustita. Ay, fustita mía».

Ricciardi se dio media vuelta a toda prisa, salió de la habitación y fue a buscar a Maione.

\* \* \*

Lo entenderán. Por fuerza, lo entenderán.

Lo hice por ti, para protegerte. Para que entiendas hasta qué punto yo estoy hecha para ti. Para que te des cuenta de que yo y solo yo sé lo que eres, lo que quieres.

Vuelvo a verte cuando entraste y me apretaste el brazo hasta hacerme daño, clavando en los míos tus ojos anegados en lágrimas, mascullando entre dientes: No fui yo. No fui yo.

Pero no me importa. Sea verdad o mentira, eres mi hombre y yo soy tu mujer. Los dos juntos saldremos de esta. Porque por fin comprenderás que yo estoy hecha para ti, para estar a tu lado, porque te protegí, pensé en tu seguridad.

No como esa maldita puta que te robó el alma. Que te cegó.

Porque una cosa es hacer de puta y otra bien distinta ser una puta. Ella era puta hasta el fondo del alma.

Pero ahora está muerta.

Mejor para todos.

Augusto Ventrone clavaba la vista en los ojos del ángel.

Admiraba su tono azul, la expresión penetrante, piadosa y decidida a la vez; dispuesto a socorrer y a castigar, a anunciar y a sancionar. Como debe ser un ángel.

Depositó la estatuilla en el estante, al lado de la puerta de entrada de la tienda, y miró hacia fuera: la luz de la tarde invadía la calle, y en el sol bajo bailaban algunas moscas. Había llegado la primavera. Puntualísima.

Augusto se permitió esbozar una rápida sonrisa. Algo impropio en él: era el veinteañero menos sonriente del barrio, probablemente de la ciudad entera. Además, ¿por qué sonreír?

En primer lugar, la mercancía que exponía en la tienda debía venderse con afligida seriedad, en algunos casos incluso embargado por la emoción, y él era un vendedor nato. La clientela entraba con la esperanza de recibir un consejo en voz baja, una indicación susurrada. «Galardonada empresa de ornamentos sagrados Vincenzo Ventrone e Hijo», rezaba el cartel. Ornamentos sagrados. Nada lúdico ni divertido. Los religiosos se esperaban un asesor refinado, los particulares que querían decorar la capilla de sus casas, la tumba familiar o solamente la cómoda de la alcoba buscaban la comprensión de un profesional: para sonrisas, rogamos se dirijan a la tienda de ropa interior de la acera de enfrente, a veinte metros de este establecimiento.

La vida tampoco le había reservado a Augusto especiales motivos de alegría. Una madre fallecida demasiado pronto, sin hermanos y con un padre que había perdido por completo la cabeza nada menos que por una puta.

En los primeros tiempos Augusto fue incluso tolerante. En el fondo, tras cinco años de viudez y soledad, era comprensible que Vincenzo Ventrone, que al fin y al cabo no eran tan viejo como para haber dejado de sentir la llamada de la carne, hubiese buscado consuelo. Bien mirado, era mejor un burdel, con acceso discreto detrás de un portón y el costo limitado a unas pocas liras, que una hambrienta señorita de buena familia en busca de casarse, o peor, una aventurera con hijos que le habría quitado la herencia del negocio familiar.

Pero después las cosas tomaron un rumbo extraño. Las visitas de su padre al Paraíso (¡qué blasfema ironía aquel nombre, era absurdo que las autoridades lo consintieran!) se habían multiplicado hasta convertirse en cotidianas y, a veces, incluso más que cotidianas. Menudo desastre que algún cliente, o incluso algunos prelados del obispado lo vieran salir del burdel con una estúpida y absurda mueca estampada en la cara, el cuello de celuloide desabrochado, la corbata torcida y manchas de carmín en la mejilla. Y el muy idiota, en lugar de ocultarse en la sombra, se quitaba el sombrero y saludaba.

Augusto recordó con un estremecimiento cómo se había enterado de que la relación de su padre con la puta ya era de dominio público. Un día había entrado en la

tienda la condesa Félaco di Castelbriano, una vieja cacatúa de más de cien kilos que coleccionaba figuras de san Antonio. Se había detenido delante del mostrador y lo había mirado fijamente durante unos minutos sin decir palabra, con una expresión afligida y enterada. Él había esperado, como correspondía en un comerciante serio frente a una magnífica cliente. Al final, con su voz cavernosa, la condesa le había dicho: «Tu pobre madre estará revolviéndose en la tumba a causa de esta indecencia. A causa del oprobio con el que la salpica tu padre incluso en el otro mundo», tras lo cual se había dado media vuelta y se había marchado.

Así las cosas, Augusto se sintió obligado a hablar de hombre a hombre con su padre, incluso porque en los últimos tiempos había notado una ligera merma de clientes, y él prestaba mucha atención a estos detalles, pues había heredado de su madre cierta preocupación, por llamarla así, por el aspecto práctico de la vida. En resumidas cuentas, le había dicho: Papá, si quiere divertirse, es asunto suyo; pero para un comercio como el nuestro, la discreción es algo necesario. Por eso, le ruego que no siga dejando que lo vean entrar y salir de ese sitio, que, para colmo, se encuentra a un centenar de metros de la tienda.

El inconsciente de su padre lo había mirado y le había dicho: Hijo mío, no sé de qué me hablas. Yo no hago nada malo, me gasto mi dinero y voy donde me da la gana. Además, me limito a jugar a las cartas. Sabes de sobra que vivo para el recuerdo de tu santa madre.

A Augusto no le había quedado más remedio que rezar para que Vincenzo recuperara la cordura; entretanto, aumentaban las personas que, fingiendo compasión, iban a hablarle de la relación entre su padre y la famosa Víbora, la prostituta más célebre de la ciudad.

Sin embargo, ese día debía de haber ocurrido algo nuevo. Su padre había regresado mucho antes de lo habitual, tembloroso y pálido como un muerto, muy distinto a como lo había visto salir, perfumado y dando saltitos, para internarse en el aire renovado de la primavera. Había farfullado que no se encontraba bien y que debía meterse en cama (la suya, para variar). Augusto le había dicho que no se preocupara, que él se encargaba de la tienda. Ni que fuera una novedad.

Mientras quitaba el polvo a santos y ángeles, el muchacho se permitió la segunda sonrisa del día, un auténtico triunfo. Y pensó que de vez en cuando las plegarias son atendidas.

Sobre todo si uno se ayuda con sus propias manos.

\* \* \*

Maione había comprendido a la perfección lo que el comisario quería que comprobara cuando con una inclinación de la cabeza le había señalado la habitación de Lily, la mujer que había descubierto el cuerpo de Víbora, y cuál era la duda de su jefe.

Bajaron al salón, seguidos de una *madame* Yvonne cada vez más preocupada. Se acercaron al grupo apiñado en el rincón más alejado de la escalera, como si la muerte fuera contagiosa, como si su miasma pudiese condenar.

Eran una docena de chicas de edades variadas: las había muy jóvenes, de no más de veinte años, y mujeres que probablemente superaban la treintena, los signos de una vida difícil comenzaban a aflorar a sus rostros, expresiones duras y desconfiadas.

Diferentes por rasgos y origen, morenas, rubias y pelirrojas, teñidas y sin teñir, robustas y esmirriadas. En aquel nuevo y terrible contexto, las prendas y el maquillaje que debían provocar y atraer parecían un grotesco disfraz. Algunas lloraban sin hacer ruido, sonándose la nariz de vez en cuando.

También había tres hombres. Uno de ellos fue presentado por Yvonne como Amedeo, el pianista, un hombrecillo de manos ahusadas y nerviosas, bigotito fino, embargado por el miedo. Un señor atildado, entrado en años y vestido de frac, fue presentado como Armando, el camarero, que hizo una educada reverencia, como si se encontrara en un baile. El tercero, un muchacho robusto y huidizo que gruñó un saludo, era Tullio, el hijo de *madame* Yvonne; la mujer explicó que se dedicaba a hacer algunos trabajos de mantenimiento en el local, además de a labores de vigilancia. Los tres aseguraron no haberse movido del salón en toda la mañana.

Cuando terminaron de apuntar sus nombres y la escasa información que aportaron, Ricciardi llamó a Lily.

La muchacha no había cambiado de expresión ni de actitud; tras haberlas visto a todas, incluida la víctima, el comisario había llegado a la conclusión de que, aparte de Víbora, la rubia era sin lugar a dudas la más atractiva, pero la suya era una belleza de rasgos demasiado duros y decididos.

—Señorita, ¿confirma usted lo que ha dicho hace un momento? ¿Que encontró el cadáver al asomarse por la puerta entornada del cuarto de la víctima, mientras se dirigía al balcón a buscar un nuevo cliente?

La mujer sostuvo con firmeza la mirada de Ricciardi; no ocurría a menudo.

—Sí, así fue. La encontré yo, a eso de las tres.

—¿Y pidió ayuda enseguida llamando a *madame*?

—Así es.

Ricciardi observó a Maione, que intentaba con todas sus fuerzas no posar los ojos en los pechos espectaculares de Lily.

—No la creo.

La muchacha no se mostró sorprendida.

—¿Ah, no? ¿Cómo es eso, comisario?

—Primero, porque la habitación de Víbora está al fondo del pasillo, y para ir de la suya al balcón no hay que pasar delante. Segundo, porque dijo que había terminado y que tienen por costumbre ordenar el cuarto antes de hacer pasar a otro cliente, y Maione ha comprobado que su cama está sin hacer y en desorden. Tercero, porque por la rendija que quedó abierta no se ve la pierna colgando de la cama, solo la punta

de los dedos de una mano.

Lily escuchó la parrafada de Ricciardi sin inmutarse, con las manos caídas a los costados del cuerpo.

—¿A quién está encubriendo, señorita, y por qué? —inquirió el comisario.

La pregunta cayó en el silencio. Las muchachas se miraban, ya no lloraban. Presa de la ansiedad, *madame* Yvonne se retorció las manos.

—Si siguen así —dijo Ricciardi en voz alta—, el establecimiento permanecerá cerrado y ustedes no saldrán de aquí hasta que no sepamos quién encontró el cadáver y en qué circunstancias. Se trata de un dato necesario sin el que no podrán reanudar su actividad. Por otra parte, aclaro que el hecho de haber encontrado un cadáver no es ningún delito, de modo que esa actitud puede levantar sospechas contra un inocente. Nosotros disponemos de todo el tiempo del mundo. Podemos esperar.

*Madame* Yvonne dio un paso al frente mirando a Lily, y con voz rota, dijo:

—No puedo permitirlo, si no abrimos, será una ruina. Tener aquí dentro una muerta es, de por sí, una horrenda tragedia para el nombre de esta casa. Nuestra única esperanza está en volver enseguida al trabajo. Comisario, uno de nuestros clientes encontró el cadáver de Víbora, el caballero Vincenzo Ventrone, comerciante de ornamentos sagrados.

## 6

El doctor Bruno Modo entró sin aliento en el salón, con el cuello desabrochado, el sombrero ladeado y el maletín en la mano.

—Aquí estoy, ¿qué ha pasado? ¿Cuál es la muchacha?

A Ricciardi y a Maione no se les escapó que la actitud del médico no era la habitual, normalmente, incluso ante los crímenes más feroces, mantenía la distancia y la ironía, sin que por ello mermara ni un ápice su competencia y, precisamente por ello, los policías exigían su intervención personal.

En esta ocasión, una arruga apenas velada por un mechón de pelo blanco como la nieve cruzaba de lado a lado la frente del médico. Parecía apenado y temeroso, como cuando se convoca a alguien para que acuda en auxilio de un familiar.

Maione salió a recibirlo.

—Buenas tardes, doctor. Por desgracia no hace falta que corra, la muchacha ya no irá a ninguna parte. Se llama..., se llamaba Cennamo. Maria Rosaria Cennamo.

Modo lo miró sin comprender.

—¿Cennamo? ¿Y quién es esa?

*Madame* Yvonne dio un paso al frente como si estuviese saliendo a escena, y dijo con dramatismo:

—Víbora, doctor. Víbora, nuestra Víbora, ha muerto.

El médico se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—Víbora. Pobre muchacha. ¿Dónde está?

Ricciardi se acercó despacio.

—Hola, Bruno. ¿Conocías a esta señorita?

El médico adoptó una expresión cansada.

—Hola, Ricciardi. Menos mal que estás tú y no alguno de tus colegas incapaces. Sí, claro que la conocía. En esta ciudad la conocían todos. A su manera, era una celebridad. Además, yo soy de esos que conoce a todas estas muchachas.

Inclinó la cabeza en dirección al grupo de mujeres en bata, que contestaron a su saludo con afecto.

Ricciardi suspiró.

—Ya sé que este sitio te resulta familiar.

El médico iba a replicar, pero Maione intervino:

—Hablando de familiares, doctor, ¿el famoso perro sigue con usted?

—Claro, sargento. ¿Por qué motivo iba a alejarse de un servidor con lo que le doy de comer? Aunque su plato preferido sería la carne de policía, pero de esa le cae muy rara vez en la escudilla.

Maione lanzó un bufido.

—Demasiado dura mi carne, doctor. Le rompería el bisturí.

—En fin, que el perro está abajo. En eso se parece a Ricciardi, que no entra de buen grado en estos establecimientos. Me espera, y si tardo mucho se pone a aullar.



Más que un perro, me he agenciado una suegra.

Ricciardi indicó hacia el piso de arriba.

—Vamos a echar un vistazo a la señorita. En el fondo esta recepción se organiza por ella.

\* \* \*

Mientras Modo se concentraba en el cadáver, Ricciardi examinó el cuarto con más detenimiento.

No parecía faltar nada y, a primera vista, no podía decirse que se hubiese producido un intento de robo. Los cajones estaban cerrados, el joyero encima de la cómoda seguía lleno, y además, las joyas no eran de las caras, en su mayoría baratijas llamativas pero de metales sin valor. El único desorden allí reinante era el desaliño de la muchacha.

Investigó con mayor detalle.

Miró en los cajones de la cómoda donde encontró una amplia muestra de refinada ropa interior, culotes, sostenes, medias, combinaciones de todos los modelos y tonos. Ni una carta, ni un documento.

Y nada de fustas.

Miró en el suelo, en la alfombra, debajo de la cama. Notó que todo estaba muy limpio. Pero no encontró nada.

Se dio cuenta de que probablemente se había producido un breve altercado, los objetos encima de la mesita de noche habían sido derribados, tal vez la misma mujer los había tirado al patear desesperada, puesto que la pierna izquierda se encontraba muy cerca del mueble; en el tablero solo había una horquilla y una lima para las uñas. El ruido no debió de ser excesivo, porque parte de los objetos había caído sobre la cama y parte en la alfombra que cubría el suelo, no se había roto nada.

El comisario se concentró en los objetos caídos de la mesita de noche, tampoco vio nada anormal: un frasco de glicerina, un recipiente de talco que al caer no se había abierto, esmalte de uñas, un espejito con mango, una botellita de perfume con la etiqueta *Fleurs Parisiennes*, una cajita redonda de polvos compactos, sin tapa, pero casi vacía, un cepillo de madera tallada, un peine y una pitillera. Todo desperdigado en la alfombra salvo los polvos compactos, el perfume y el cepillo, que estaban encima de la cama.

Ricciardi reflexionó sobre lo grotesco de la presencia de tanto maquillaje y tanto artificio ante la muerte. La belleza cuidada, cultivada y extirpada de un violento zarpazo.

Notó que en la almohada con la que habían asfixiado a la muchacha había unos cabellos rubios, y también en el cepillo; tomó nota del detalle.

Modo lo llamó, había terminado su primer y somero análisis. Entretanto, había llegado el fotógrafo, al que el comisario le pidió que pusiera especial cuidado en los

detalles.

Modo sacudía la cabeza apesadumbrado.

—Madre mía, qué pena. Ricciardi, créeme cuando te digo que Víbora era hermosa. Hermosísima. Siento en el alma que hayas tenido que verla en ese estado. Tenía unos ojos negros increíbles, muy vivos, los labios carnosos, se movía con una gracia que hacía que perdieras de veras la cabeza.

Ricciardi se quedó de una pieza, nunca había oído a su amigo tan embelesado con una descripción.

—¿Y tú, Bruno, eras..., en fin, utilizabas sus servicios?

A la cara de Modo asomó una expresión melancólica.

—No, no. Yo vengo aquí a divertirme, a beber y jugar a las cartas. Las muchachas que me dan calor son más alegres y modestas que Víbora. Además, por lo que yo sé, tenía muy pocos clientes. Para *madame* Yvonne era una especie de publicidad, un letrero viviente. Sin duda, una pérdida gravísima para ella.

—Ya me lo ha dicho. Quizá te haga más preguntas sobre la vida en este lugar, así ascenderás de carnicero necrófilo a informante de la policía. Pasemos a otro tema, ¿has notado algo en el cuerpo de la chica?

Muy a su pesar, Modo soltó una carcajada.

—Ahora te reconozco, el verdadero Ricciardi, ese que en cuanto la conversación pasa a asuntos profanos, regresa enseguida al planeta de la sangre. En fin, no mucho más de lo que ya habrás deducido por tu cuenta: debió de ser breve, el asesino o la asesina la tumbó sobre la cama y le puso una almohada en la cara. Es todo. Murió asfixiada; tabique nasal roto, sangrado en labios inferior y superior a causa de la presión de los dientes. No le dio tiempo a llamar a nadie. Pataleó un poco, hay una pequeña equimosis en el pie, debe de haber golpeado la mesita de noche.

Ricciardi pensó que la escena que había imaginado se correspondía.

—¿Y las manos? ¿Trató de defenderse, consiguió...?

—No, no arañó al asesino, no hay piel debajo de las uñas. Por desgracia no hay huellas, intentó apartar la almohada de la cara, es lo único que tocó.

Modo le había leído el pensamiento a Ricciardi: la presencia de arañazos y heridas en las manos o los antebrazos podría haber ayudado a identificar al homicida.

—Naturalmente, quizá pueda contarte algo más después de la autopsia, que pienso practicar con el mayor de los cuidados, el que mata a una mujer tan hermosa, una mujer que mejoraba el aire decididamente podrido de esta ciudad, merece el peor de los castigos.

Ricciardi se encogió de hombros.

—Esa es una atención que estamos acostumbrados a prestar a todos los asesinos. Una cosa más, Bruno, he oído comentar que en estos lugares se suelen hacer unos juegos, por llamarlos de algún modo, bastante violentos. Que a algunos les gusta utilizar... cosas que hacen daño. Algunos de estos juegos pueden a veces pasarse de

la raya y conducir a una violencia incontrolada e incluso a la muerte.

Modo lo miraba con los brazos cruzados y una pizca de ironía en la mirada.

—Quién lo hubiera dicho, el monje Ricciardi, el sumo sacerdote de la autoflagelación, el hombre que jamás se divierte, ni siquiera por error, conoce las prácticas sadomasoquistas. En efecto, así es, hay gente a la que le gustan las cosas más raras, y a los sitios como este se viene también para experimentar con todo aquello que en casa nunca te atreverías a proponer. Por supuesto, no excluyo que la pobre Víbora fuese una de las buenas del oficio, es más, creo que hace un tiempo oí un comentario al respecto en la sala de espera. Pero puedo excluir que haya sido esa la circunstancia del crimen.

—¿Y por qué la excluyes?

—Es sencillo. Como has visto, llevaba puesta la ropa interior. No había acto sexual en curso, tampoco lo hubo después.

Bajaron a la sala. Ricciardi se dirigió a *madame*.

—Señora, por ahora no debe tocar nada, y, naturalmente, no puede abrir al público. Un guardia se quedará aquí hasta que lleguen los sepultureros. Nadie puede entrar en la habitación.

La mujer se llevó una mano a la frente y se agarró al borde del escritorio, como si fuera a desmayarse.

—¡Comisario, usted quiere que me arruine! Con la Semana Santa al caer ya viene muy poca gente, ¡si cerramos, perdemos a esos pocos clientes y esto será un desastre! ¿Qué le doy yo de comer a las chicas y a mis empleados?

Ricciardi permaneció impasible.

—Lo lamento, pero no queda más remedio. Como bien sabrá, un homicidio es un hecho grave. El más grave que pueda ocurrir. Necesito más datos, debe hacer una lista de los clientes que se encontraban en la casa en aquel momento, además del tal Ventrone. Por cierto, aparte de la entrada que usamos nosotros, ¿hay otras?

Yvonne negó con la cabeza y un tintineo de pendientes.

—La de los proveedores, pero van directamente a la cocina. Entran por el portoncito lateral, desde el callejón, pero si un desconocido o una persona rara hubiese entrado por allí, el cocinero y los criados lo habrían visto.

Ricciardi asintió.

—Bien, nadie puede salir de la ciudad sin permiso de la jefatura, y usted, señorita Lily, no puede alejarse del edificio ni hablar por teléfono. El guardia Cesarano se quedará para vigilar, y tú, Maione, acuérdate de enviarle un sustituto para la jornada de mañana. Y así seguiremos hasta que se decidan a contar la verdad.

La mujer rio maliciosamente.

—Vaya, una especie de cárcel. Lo que faltaba.

Ricciardi observó el largo cabello rubio recogido en un moño de la muchacha.

—Dígame, señorita, ¿es posible que algún objeto de su propiedad se encuentre en la habitación de la asesinada?

Lily se encogió de hombros.

—Claro, nos prestamos cosas, maquillaje, cepillos, jabón. Vivimos aquí, hacemos lo mismo.

—Ya se lo he dicho, comisario —intervino Yvonne, enfática—, son todas mis hijas, de modo que son como hermanas. Ninguna de nosotras habría podido hacerle daño a Víbora.

Ricciardi fue hacia la puerta, luego se detuvo y dijo:

—Un último detalle. Quiero saber quiénes eran los clientes de Víbora, los más asiduos.

Lily rio socarrona y dijo:

—Eso es fácil.

*Madame* Yvonne la fulminó con una mirada que no pasó inadvertida al comisario.

\* \* \*

En cuanto pisaron la calle, Ricciardi le dijo a Maione:

—Mañana por la mañana manda a buscar a Ventrone, el comerciante de ornamentos sagrados que encontró el cadáver. Y por favor, con discreción, no levantemos una polvareda inútilmente.

Al pasar echó un vistazo al callejón que discurría paralelo al edificio y vio el portoncito de los proveedores, justo donde un ciego tocaba el acordeón para conseguir limosnas con la música atormentada de su instrumento.

Había caído la noche del primer día de primavera y los perfumes seguían flotando en el aire.

La gente se entretenía, como desorientada por la suavidad del clima, hambrienta de horas al aire libre tras el invierno despiadado. Los vendedores ambulantes aprovechaban la situación y seguían con sus tratos más allá de los horarios habituales.

Al cabo de dos días la fiesta de San José aún no había terminado, y los freidores seguían distribuyendo *zeppole*, los típicos buñuelos fritos en aceite oscuro; el olor acre y las volutas de humo llegaban a todos los rincones de la calle provocando retortijones de estómago a los viandantes, que se apresuraban por llegar puntuales a casa para la cena.

Se veía a los vendedores de pájaros, cargados de jaulas de todos los tamaños en las que las aves, en busca de la libertad perdida, se agitaban enloquecidas chocando contra los barrotes; seguía muy arraigada la tradición según la cual quien compraba un pájaro por la festividad del padre de Jesús, le era concedida una gracia, y con la llegada de la primavera los balcones se llenaban de jilgueros y canarios cegados con un alfiler para favorecer su canto desesperado y hermoso.

El aire también estaba lleno de los sonidos molestos de los *zerri zerri*, los infernales juguetes de madera compuestos de engranajes que los niños hacían girar cogiéndolos del mango para producir un chasquido como de castañuelas.

Pero el final de las secuelas de la fiesta de San José ya estaba marcado: el espíritu popular se centraba ya en la Pascua, para la que faltaba menos de una semana. Las infinitas tradiciones religiosas y paganas no tardarían en reclamar su espacio y atraer con su propio encanto la atención de la ciudad, en todas las capas sociales que la componían.

Modo se tapó las orejas con gesto teatral para protegerse del silbido agudo de un vendedor de cacahuetes.

—Me pregunto qué tendrán que celebrar estos pordioseros muertos de hambre, andrajosos y desgraciados. Sin embargo, por un motivo u otro, están siempre en la calle riendo y bailando. No se enteran de que se encuentran bajo la bota de un dictador que los obliga a contar para decir qué año es. Oye, Ricciardi, ¿en qué estás pensando? Año décimo. Ni que Cristo hubiera vuelto a nacer. Increíble.

Le tocó a Ricciardi fingir desesperación y taparse los oídos con las manos.

—¡Por favor, hombre, te lo ruego! Ha sido un día muy duro, no me vengas tú también con esas.

Modo rio socarrón y señaló el perrito blanco con manchas marrones que trotaba a sus espaldas con una oreja levantada y la otra caída.

—¿Lo ves? Yo también tengo mis secuaces. ¿Sabes qué te digo? De ahora en adelante obligaré al perro a decir que no estamos en mil novecientos treinta y dos sino en el año cincuenta y seis.

Maione le dio un codazo.

—Doctor, para mí que el perro nunca piensa en usted, imagínese si va a saber cuántos años tiene. ¡Pero si ni siquiera acude cuando lo llama!

El médico resopló.

—¿Y eso qué tiene que ver? Somos amigos, no es propiedad mía. Se queda conmigo mientras le guste, y cuando le dé la ventolera, se irá por donde vino. Así deberíamos actuar todos en el amor, en la política. Dejar que el otro elija.

Maione soltó una risotada.

—Doctor, la verdad es que yo puedo elegir, pero pongamos por caso que elijo no regresar a casa para la cena e irme a cenar, no sé, a una fonda con un amigo, cuando regrese, mi mujer elige darme un zapatazo en la frente. ¿Qué significa eso, que somos dos personas libres?

Modo se rindió, desalentado.

—No hay manera, tiro la toalla. Sois unos corderos, y estáis condenados a morir como corderos, y lo digo con perverso placer ahora que se acerca la Pascua. ¿Queréis que os cuente hasta dónde hemos llegado? Pues el otro día, en el hospital, vino un abogado a que le pusiera un par de puntos. Le habían partido el labio de un bofetón o un puñetazo. Fuimos entrando en confianza y nos pusimos a charlar, y el tipo va y me cuenta que lo habían agredido delante del juzgado, a plena luz del día, dos de esos cretinos con camisa negra. ¿Y sabéis por qué?

Ricciardi negó con la cabeza.

—No, no lo sabemos, pero estamos seguros de que no tardarás nada en llenar nuestra laguna.

—En efecto, os lo cuento enseguida. Por haber osado defender..., osado, ¿lo entendéis?... a un contable acusado de «ofensa al honor del jefe de gobierno». ¿Y en qué creéis vosotros que consistía la ofensa?

Maione tendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Doctor, esto parece un juego de adivinanzas. ¿Qué hizo el contable?

—Quitar de la pared de su oficina del Banco Provincial el retrato de ese cabezón de vaca al que llamáis Duce, eso hizo. Y todo porque quería colgar el calendario y no tenía más clavos a mano. ¿Os hacéis una idea de hasta dónde hemos llegado? ¡Bastante absurdo es que acusen al pobre contable, para que encima agredan a su abogado!

—Nos llegan historias así, Bruno. Vaya si nos llegan. Y es poco lo que podemos hacer. Si deciden tipificar un nuevo delito, por absurdo que sea, con sus penas y su juicio, nosotros debemos hacer respetar la ley. Por otra parte, está claro que hay cosas que se hacen con determinado espíritu y otras no. En una palabra, que nos marcamos prioridades. Por lo menos eso vale para Maione y para mí.

El sargento se carcajeó.

—Lo cual no quiere decir, comisario, que si recibiéramos el encargo de detener a un doctor que yo me sé por actividades subversivas, un servidor no lo haría con especial placer. Con suerte, para entonces ya se habrán inventado un nuevo castigo, como los azotes o el desuello.

Modo agitó el índice ante las narices de Maione con gesto burlón.

—Como mucho me condenarán al destierro y me enviarán a un sitio de sol y playa, y así por fin dejaré de ver vuestras feas caras. Con suerte, un día de estos me demandan por algún delito grave, como hacer una pedorreta o tirarme un pedo a la salud de vuestro Duce, y consigo que me destierren expresamente. ¿Y sabe lo que le digo, mi querido sargento? Que le dejo el perro en herencia. El día que no me vea más el pelo, ya se ocupará usted de él.

Maione se puso muy serio y se tocó la visera del sombrero.

—De acuerdo, doctor, cuente con ello. Y cuando le venga bien, enséñele al perro a hacer una autopsia. Así, de paso, podemos prescindir de su ayuda sin problema. Con su permiso y el del comisario, me voy a mi casa a cenar, que este olor a *zeppole*, me está volviendo loco. Mañana por la mañana, a primera hora, le llevo al comerciante a la jefatura, comisario. Hasta mañana.

Modo le dio un golpe amistoso en el hombro a Maione y se dirigió a Ricciardi.

—Pues muy bien, comisario fúnebre, ahora que has cerrado el lugar donde tenía intención de pasar la velada, ¿me invitarás a cenar al menos?

Ricciardi miró el reloj.

—Me gustaría, Bruno, pero esta noche tengo que regresar temprano. Nos vemos mañana.

El forense se lo quedó mirando.

—Hace tiempo que no me cuentas la verdad. Te vas a casa muy deprisa. Mi nariz, que es vieja pero está bien adiestrada, huele a mujer. Anda, ya puedes irte, que ante eso me callo. O sea que el perro y yo comeremos solos en el mesón de unos amigos cerca del mar. Se está acostumbrando al pescado, un auténtico perro marítimo. Buenas noches, amigo mío.

\* \* \*

¿Y tú qué quieres de la primavera?

¿Qué le pides a esta estación que te regala flores nuevas, ideas nuevas, tomadas del olor a mar?

Tal vez que abandones el invierno húmedo y frío. Tal vez solo eso. Que te quites los abrigos grises, los chanclos, que guardes los paraguas tras encerar la tela por última vez. Que cubras los pantalones con hojas de diario para que no se arruguen.

O que comas fruta fresca para recobrar los sabores esperados como parientes en viaje, nuevos y olvidados, pero familiares.

¿Qué le pides de regalo a la primavera?

No volver a ver durante meses los guantes gruesos, algo gastados en los dedos, y las medias de lana con ese agujero impertinente que se resiste a los remiendos. Y tal vez encontrar un pañuelo alegre y un sombrero de paja que aguantaron el ataque de las polillas.

La primavera tal vez pueda regalarte el aliento nuevo y profundo, que sabe a las hojas recién retoñadas en el bosque de Capodimonte, siempre y cuando el viento sople en la dirección correcta; o la imagen de un cochero dormido en el pescante de su carruaje, con una sonrisa vaga en la boca desdentada, perdido tras un sueño de juventud, indiferente a las moscas atraídas por el olor de su caballo.

Y hasta los granujillas colgados en racimo en la trasera de los tranvías que suben por la via Medina te parecerán más alegres en primavera, mientras gritan piropos obscenos a las chicas que, silenciosas, salen del colegio de la piazza Dante con los libros atados con una correa. Y sus compañeros, perdidamente enamorados de ellas, agitarán el puño en el aire y los retarán a duelos sangrientos, pero aquellos ya habrán llegado al final de la via Toledo en su viaje diario hacia el mar.

¿Qué le pides a la primavera mientras te entregas a nuevas esperanzas que no creías tener, mientras comienzas a pensar que tal vez aún te esté reservada una vida feliz?

Pídele a la primavera, y tal vez ella, en su locura, te contente.

Pídele la muerte.



Tratando de evitar la esquina desde la que el suicida llamaba a su amor perdido, Ricciardi regresó a su casa mientras en silencio manifestaba su estima por la nariz del doctor Modo: había acertado, se trataba de mujeres. Pero la cuestión era bastante más compleja.

La última Nochebuena habían cambiado muchas de las cartas sobre la mesa en lo que respectaba a sus relaciones con Enrica Colombo, la muchacha que vivía en el edificio de enfrente. Tras pasar tanto tiempo contemplándola por la ventana —al principio atraído por la fascinación de una normalidad de la que se sentía excluido, después, por la delicadeza un tanto oculta de los rasgos de la muchacha y el recuerdo de la voz que había oído por azar en un interrogatorio—, las cosas se habían acelerado de repente.

Una hora antes de que las campanas de las iglesias celebraran el nacimiento de Nuestro Señor, cansado y triste, cuando se disponía a encerrarse otra vez en su soledad, se la había encontrado delante del portón como en un sueño, y mientras comenzaban a caer los primeros copos de nieve, se le había acercado también como en un sueño para besarlo con delicadeza.

Aquel beso, poco más que un ligero soplo en los labios, había transformado el pensamiento en carne y hueso y desencadenado una perenne tormenta en su alma. Ricciardi era un hombre de poco más de treinta años, que se había condenado a la soledad porque era consciente de la maldición que lo acompañaba; pero eso no significaba que su piel y sus manos no tuviesen ganas de sentir y moverse al ritmo de los latidos de su corazón.

Desde aquella extraña noche, víspera de Navidad, poco a poco la razón había ido cediendo a la emoción. Día tras día, el comisario se sorprendía imaginando cómo sería repetir la experiencia, o aunque solo fuera, volver a ver a Enrica de cerca, para comprender los sentimientos de ella y también los suyos.

Mientras recorría la via Santa Teresa, recibiendo de frente el perfume del bosque que se mezclaba con el del mar a sus espaldas, Ricciardi pensó en Rosa, su tata, que como siempre comprendía mucho antes y mejor lo que él mismo deseaba. No sabía cómo, pero Rosa había entablado con la muchacha una extraña amistad y por ese motivo Enrica la visitaba y se entretenía a veces hasta que él regresaba; como por arte de magia, a menudo lograba cruzarse con él en las escaleras o en el portón, y lo saludaba con una sonrisa o una palabra.

A esas alturas Ricciardi, aterrado por el amor dado que a diario era testigo de sus efectos mortales, el mismo Ricciardi que había considerado imposible tener a su lado a una mujer porque eso la obligaría a compartir su maldición, el hombre que no veía su futuro más allá de los días necesarios para terminar una investigación, había empezado a vivir para el momento en que, al regresar a casa, se cruzaría con Enrica. Ignoraba lo que podía pasar, tampoco sabía si esa emoción tendría un mañana; solo

sabía que vivir sin aquel atisbo de ternura al final de la cuesta empinada que era su jornada, le habría resultado casi imposible.

Miró el reloj y apuró el paso.

\* \* \*

Rosa depositó la taza que sostenía con la mano que le temblaba menos, no obstante, la porcelana tintineó contra el platito y se derramaron unas gotas de líquido en la servilleta. Enrica inclinó la cabeza sobre su té, fingiendo no haber notado nada; la tata apreció mucho su delicadeza, aquella muchacha le gustaba cada vez más.

Retomó la conversación interrumpida:

—Señorita, debe tener bien presente que lo más importante de una comida de Pascua típica de Cilento es el primer plato. Todas son capaces de preparar una buena pieza de carne o una pierna de cordero, aunque luego debemos hablar del cabrito, que también requiere su atención, pero como le decía, el primer plato es fundamental. Y hay que cuidarlo en todos sus detalles.

Enrica escuchaba, concentrada. Le gustaba cocinar, lo hacía a diario para su familia y estaba sinceramente convencida de que era una manera de demostrar amor; pero escuchar a Rosa describir la cocina de su pueblo, el rigor con el que respetaba sus tradiciones, en cierto modo, la conmovía. Entendía que no era únicamente una forma de asegurar la plena satisfacción de los seres queridos alimentándolos y, al mismo tiempo, dándoles placer, sino de estrechar un vínculo íntimo con las generaciones de mujeres enamoradas que de sí mismas no habían dejado palabras, sino aromas y sabores.

Y comprendía el motivo por el que la anciana tata —consciente de estar enferma— sentía la necesidad de perpetuar su manera de querer al que había sido su pequeño, y que ahora era el objeto de los sueños de Enrica.

—... Y además —prosiguió la tata—, es muy importante elegir con qué pasta se acompañará el ragú. Puede elegir los *cavatelli* o los *fusilli*, la masa es la misma. Claro que los *cavatelli* son más fáciles, pero a mi señorito le gustan los *fusilli*, así que le aconsejo que los prepare. En primer lugar tiene que conseguir unos cuantos mangos de paraguas rotos. Los limpia bien con aceite y agua hirviendo. Después pone la harina en el *scannaturu*, que sería la madera que usamos en mi pueblo, ¿cómo lo llaman ustedes? Ah, sí, la tabla de picar. Con la harina hace una especie de volcán, con su agujero en el medio, y poco a poco le echa agua tibia, hasta formar un panecillo suave y blando al tacto. Entonces —e hizo el gesto con las manos—, debe aplastar y enrollar los choricitos de pasta alrededor de los mangos de paraguas.

Satisfecha, Enrica asintió con la cabeza.

—Pero el secreto no es ese. La habilidad de la cocinera está en que los *fusilli* le salgan todos iguales, porque así, la cocción es uniforme; si hay unos más gruesos que otros, es prácticamente imposible que se cuezan bien, algunos quedarán crudos en el

centro y otros demasiado cocidos. La paciencia es básica, hay que volver a enroscar los que salieron mal. Pero cuando se le pilla el truco, no hay problema y salen bien a la primera. A mí me parece que usted, hija mía, tiene paciencia para dar y regalar, ¿no?

Enrica suspiró.

—Sí, señora, tengo mucha paciencia. Aunque, para serle sincera, mi padre la llama cabezonería. Pero suele decírmelo sonriendo y con una caricia.

Rosa soltó una carcajada contagiosa.

—Es tal cual, desde cierto punto de vista a la paciencia se la puede llamar también cabezonería. Y con mi señorito hace falta mucha, mucha paciencia. La cuestión es que él no sabe lo que quiere. Los hombres nunca saben lo que quieren, ¿y sabe por qué? Porque se creen que el mundo se acaba mañana, y entonces no se ocupan más que de lo que ocurre hoy. Nosotras, las mujeres, somos las que vemos claro como el agua lo que ocurrirá, y tenemos que hacernos cargo. Y así, poco a poco...

—... Poco a poco —continuó Enrica—, debemos guiarlos hasta que acaban haciendo lo que nosotras queremos, y dejar que crean que lo decidieron ellos.

Rosa aplaudió, contenta.

—¡Tal cual! ¡Muy bien, hija mía! Y ahora debe marcharse, él está a punto de llegar y así se lo cruza en las escaleras. Se ha acostumbrado, si supiera usted la cara de cadáver que se le pone cuando por un minuto no la pilla.

La muchacha se levantó, besó a la anciana y salió corriendo hacia la puerta. Las palabras de Rosa la siguieron escaleras abajo:

—¡Mañana hablaremos del ragú!

\* \* \*

Acababa de cruzar el portón cuando se lo encontró delante, como si se hubiesen dado cita. Buenas tardes, le dijo. Buenas tardes, contestó él.

Le gustaba incluso su voz, profunda, llena de sentimiento. Lo encontraba irresistible, entendía bien por qué una mujer como la señora del norte, la rica, elegante y desvergonzada, que se paseaba en automóvil con chófer, se había encaprichado con él pese a que podía tener a cuantos hombres quisiera. Aunque estaba convencida de que el camino que ella había elegido para llegar a su corazón era el correcto.

Tras vacilar, se detuvo y dijo:

—Perdone, pero me parece que el temblor que tiene la señora Rosa en la mano ha empeorado... Bueno, tal vez me estoy metiendo donde no debo...

—No diga eso —la interrumpió él, triste—. Sus visitas le agradan mucho, está tan contenta, yo la dejo sola demasiado tiempo. Ya sé que no se encuentra bien. Pero para mí no es fácil pensar que se está haciendo vieja. Es que... solo la tengo a ella.

Le hubiera gustado abrazarlo con fuerza, gritarle que no era así, que no estaba solo y que nunca volvería a estarlo, bastaba con que lo quisiera.

Pero se limitó a decirle: Buenas tardes.

La mañana del 22 de marzo la primavera decidió mudar precozmente de actitud. El cielo se tornó gris y se levantó un viento caliente que mezclaba los perfumes con la fetidez que venía de los callejones del puerto y de los Quartieri Spagnoli, desorientando a perros, caballos y personas que habían creído que ya se había producido el cambio de estación.

Como de costumbre, Ricciardi llegó muy temprano a la jefatura. Había pasado una noche agitada; con el corazón en un puño, embargado por la angustia, le había dado vueltas y más vueltas al empeoramiento de la salud de Rosa. Las pocas palabras de Enrica en el portón lo llevaron a reflexionar sobre con cuánta frecuencia la mente nos obliga a no ver lo que se teme, sobre lo mal preparados que estamos para la vejez y la enfermedad de nuestros seres queridos.

Como era habitual, también contribuyó a agitar sus sueños el crimen que acababa de cometerse. Mientras dormía vio el cadáver de la que había sido una muchacha maravillosa, llena de vida y de esperanzas para el futuro, y cuya boca muerta seguía haciendo referencia a quién sabe qué perversión. Mientras recorría los últimos metros de la via Toledo, antes de enfilarse por la estrecha callejuela que conducía a su despacho, el comisario se preguntaba qué pasión corrupta había impulsado a alguien a asfixiar con una almohada aquella vida y aquellas esperanzas.

En la entrada de la jefatura vio a dos hombres que lo esperaban. El agente de guardia lo saludó tocándose el sombrero y anunció:

—Buenos días, comisario. Estos dos llevan un rato esperándolo, cuando llegaron era de noche. ¿Los hago esperar un rato más o quiere hablar con ellos?

Ricciardi se acercó. Uno era rubio, unas profundas ojeras rodeaban sus azules pupilas y su cara era una máscara de dolor. El segundo era poco más que un muchacho, de rasgos muy parecidos al primero, los mismos ojos azules, pero con el pelo negro.

El rubio se acercó al comisario.

—¿Es usted el comisario Ricciardi? ¿El que... el que se ocupa del homicidio en El Paraíso?

Ricciardi asintió sin sacar las manos de los bolsillos del abrigo. El hombre hablaba con voz queda y ronca.

—El mismo. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Giuseppe Coppola, y este es mi hermano Pietro. Creo que fui el último en ver a...

Se pasó una mano temblorosa por la cara. También le temblaba el labio inferior, lo detuvo con los dientes; parecía presa de una fuerte impresión.

—Estaba en la habitación de Rosaria —prosiguió—, antes de que... antes de que ocurriera lo que después ocurrió. El último que la vio con vida. Aparte del asesino.

Ricciardi le indicó las escaleras y subió en dirección a su despacho seguido por

los dos hombres. Antes le pidió al agente de guardia que avisara a Maione para que lo esperase en otro despacho con el comerciante de ornamentos sagrados. Tenía la sensación de que por el momento era mejor evitar que se vieran.

Les indicó a los Coppola las dos sillas colocadas delante de su escritorio, luego abrió la ventana que daba a la plaza inmersa en la luz gris de aquella mañana, mientras las encinas agitaban inquietas las hojas al viento. Tiempo raro el de la joven primavera; raro también no disfrutar de aquel momento de soledad, razón por la que solía llegar temprano al trabajo y aprovechaba para ordenar sus ideas y planificar el trabajo del día. Pero los dos hombres a los que estaba atendiendo podían tener información muy importante sobre el homicidio de Víbora.

Los observó con atención. Giuseppe, el mayor por pocos años, andaría como mucho por la treintena, pero el trabajo y las privaciones a menudo hacían que el cálculo de la edad resultara clamorosamente errado; el hombre tenía hermosos rasgos, aunque el dolor y el nerviosismo le desfiguraban el rostro. No era alto, y su físico delgado y musculoso hablaba de un duro trabajo cotidiano, lo mismo que las manos, nudosas y cubiertas de marcas, que no dejaba de retorcer.

Su hermano no quiso sentarse y se quedó de pie, como si deseara expresar, incluso con ese gesto, un papel secundario. Era un muchacho alto y robusto, con expresión no especialmente inteligente, se lo veía incómodo, como le ocurría a todos cuando se encontraban en la jefatura.

Ricciardi ocupó su butaca y dijo:

—De modo que por lo que ha dicho, fue el último cliente de Víbora. ¿Es así?

Coppola palideció aún más.

—Comisario, le ruego que no la llame por ese nombre. Ella no se llama así, se llama Maria Rosaria, y todos los que la conocieron la llaman Rosaria. Si la llama Víbora, la está insultando. —Lo murmuró entre dientes, con la voz rota. Pietro, a espaldas de su hermano, agachó la cabeza avergonzado. Giuseppe siguió diciendo—: Y una cosa más, yo no soy un cliente de ella. Pago, es verdad, porque si no, no nos dejan estar juntos; pero no soy un cliente.

Ricciardi no se dejó intimidar.

—Coppola, si seguimos hablando y esperamos llegar a alguna conclusión, su hostilidad no sirve de nada. A mí me interesa encontrar pronto al asesino de esa pobre muchacha y entregarlo a la justicia. Si tiene usted el mismo objetivo, bien. De lo contrario, tendré que interrogarlo de otro modo y en otro lugar. Usted decide.

La tensión abandonó visiblemente el cuerpo de Coppola, que encorvó los hombros y de nuevo se pasó la mano por la cara.

—Tiene razón, comisario —dijo, tras una pausa—. Discúlpeme. Es que... comprenderá que... esta noticia me ha trastornado. No solo trastornado, me ha matado. Porque desde anoche, cuando me lo dijeron, yo también estoy muerto.

—¿Cómo y cuándo se enteró de la muerte de la muchacha?

—Por el cocinero. Nosotros servimos la fruta y la verdura al Paraíso, la llevamos

a última hora de la noche, así les da tiempo a prepararla por las mañanas. Tienen una nevera grande y lo prefieren así. Mi hermano, aquí presente, hace la última vuelta, somos ambulantes, tenemos una empresa bastante grande, con carros de caballos y camiones. El cocinero le dio la noticia y él me la contó. ¿No es así, Pietro? —El muchacho asintió; Giuseppe ni siquiera se volvió a mirarlo y prosiguió—: Era tarde, muy tarde. Pero yo me fui para allá corriendo. Tenía que verla... No me dejaron pasar. Me dijeron que el burdel estaba cerrado por orden de la policía y que, de todos modos, a ella... a ella se la habían llevado. Entonces decidí venir a verlo a usted para tratar de entender. Llevo toda la noche esperándolo.

Ricciardi hizo un gesto para indicarle que lo entendía.

—Ahora cuéntemelo todo.

Coppola esbozó una amarga sonrisa que, en su cara marcada, tuvo el efecto de una mueca.

—Necesitaría dos vidas enteras para contárselo todo, comisario. Dos vidas que ayer terminaron juntas. ¿Se ve con ánimo?

Ricciardi extendió los brazos en un gesto resignado.

—Estoy aquí para eso. Cuénteme.

Perdido en el vacío, en pos de imágenes dolorosas, Giuseppe pareció estar recopilando sus recuerdos.

Fuera, una ráfaga de viento más fuerte sacudió la ventana. El tiempo estaba completamente decidido a cambiar de humor.

El hombre empezó a hablar; su voz parecía venir de lejos.

—Yo soy del Vomero, cerca de Antignano. Ahora hay casas señoriales, los ricos vienen a respirar el aire bueno del verano; y desde que hace dos años pusieron el funicular, hay quien se ha instalado allí definitivamente. Pero cuando yo era niño solo había bosques, algún huerto y cuatro casas de campesinos. Había poca juventud, todos se marchaban pronto a buscar trabajo a las fábricas, a la acería de Bagnoli, incluso al extranjero, a América. El hambre, comisario. El hambre es una mala bestia, que por la noche viene a buscarte y no te deja dormir y de día te quita las fuerzas y hace que te duermas de pie, cuando deberías estar despierto. —Hizo una pausa—. Entre los pocos jóvenes estábamos nosotros, mis hermanos y yo. Mi padre murió joven, yo soy el mayor y casi no me acuerdo de él, mi hermano Pietro que casi tiene veinte, apenas lo vio. Mi madre sacaba algo de comer de la tierra, por la noche nos turnábamos para vigilar que nadie nos robara las cuatro hortalizas que cultivábamos en el huerto. Cerca de nosotros vivía la familia Cennamo. Y estaba Rosaria.

Mientras escuchaba, Ricciardi notó la reverencia con la que el hombre nombraba a la muchacha, como si fuese una divinidad.

—Siempre fue hermosa, comisario. Pese al hambre, a las privaciones, a la cara sucia de tierra y a las uñas rotas, a las piernas llenas de ronchas por las ortigas, era hermosa. Tiene como una luz por dentro, cuando llega ella ya no se puede mirar nada más. Siempre ha sido muy hermosa. —Se estremeció, como presa de un terrible pensamiento, y se volvió hacia su hermano—. Era. Debo decir «era muy hermosa». Porque está muerta, ¿no? Está muerta, Pietro, y nunca más volveré a ver esa luz que llevaba dentro.

Le salió un raro sollozo, un ruido del vientre, agudo y sombrío a la vez, que a Ricciardi le produjo escalofríos. De pie, a espaldas de Giuseppe, el muchacho le puso a su hermano la mano en el hombro y susurró:

—Sigue, Peppi'. Sigue, el comisario te está escuchando.

Coppola continuó.

—Rosaria y yo siempre estuvimos juntos, desde que tengo memoria. Nos enamoramos enseguida, y todo el mundo sabía que nuestras vidas estaban unidas. Nos imaginábamos a nuestros hijos, la casa que nos construiríamos, las cosas que haríamos. Nos pasábamos los días pensando en nuestro futuro. Pero a medida que transcurría el tiempo, quedó claro que había un problema, comisario. Un peligro amenazaba con desbaratar todos nuestros sueños. Ese peligro era la belleza de Rosaria. —Fuera retumbó un trueno en dirección al mar—. Rosaria era hermosa y día tras día se hacía más hermosa. Ni uno solo de los que pasaban por las casas de labranza, los comerciantes que venían a comprarnos brócolis, los carniceros que nos traían los cerdos para engordar, conseguía mirarla sin alargar la mano. Yo tenía dieciséis años y ella catorce, y no sabría decirle la de veces que tuvieron que



sujetarme para impedirme que sacara el cuchillo y acabara en la cárcel con mis huesos. Pero hoy comprendo que una mujer así, tan bella, no puede nacer en un lugar como ese. No es adecuada. La belleza, comisario, es algo que uno debe poder permitirse. —Las gotas de lluvia comenzaron a golpetear los cristales—. En los pueblos como el nuestro hay siempre un señor. Un rico, un noble o un violento que se compra el mundo a escopetazos. Nuestro pueblo también tenía el suyo, y a fuerza de infundir miedo había llegado a alcalde. Estaba casado, tenía muchos hijos, y un montón más desperdigados por las comarcas, su vicio eran las mujeres hermosas. Una debilidad. Un día, cuando pasaba con su carruaje vio a Rosaria caminando descalza por la calle, con una cesta en la cabeza. Iba andrajosa, muerta de hambre, sucia. Nada de eso la hacía menos hermosa. Él podía haber sido su padre o su abuelo, tenía hijos mayores que ella. Pero fue verla y quererla. Y se hizo con ella. —Aquellas últimas palabras hablaban de una herida antigua aún no cicatrizada. El hombre calló y tras lanzar un suspiro siguió diciendo—: Nadie podía hacer nada. Claro, me quedaba la solución de matarlo y morir yo, pero entonces ¿quién iba a ocuparse de mi familia? Mi hermano era todavía niño, mis hermanas también. Mi madre me miró a la cara y me suplicó de rodillas. Y así la perdí la primera vez. No la vi durante años, ya se encargó él de llevársela lejos para que no la viera su esposa. Él también había perdido la cabeza, la belleza de Rosaria es como el vino joven, cuando hace calor te lo bebes y a la que te despistas, te deja tumbado en el suelo sin que te des cuenta. Era. Era como el vino joven. —Parecía derrotado por su incapacidad de aceptar que Víbora estaba muerta—. Un buen día supe que había tenido un hijo, un varón. Entonces comprendí que la había perdido para siempre. Aquel niño era la destrucción definitiva de nuestros sueños, de las tardes que pasamos sentados en la paja, bajo el sol, imaginando nuestro futuro. Y me puse a trabajar en serio: no me quedaba más salida.

Pietro, a espaldas de su hermano, le susurró:

—Nos tenías a nosotros, Peppi'. A tu familia.

—Sí, os tenía a vosotros. Por vosotros me empeñé de verdad. Compré un caballo y un carro, comisario. Iba a la ciudad a vender hortalizas. Pensé: ¿Por qué venderlas por dos céntimos a los mayoristas cuando puedo ofrecerlas directamente? No fue fácil, no te dejan entrar en el mercado así como así, ellos dividen las zonas y se las reparten. En un par de ocasiones me vi con un cuchillo apuntándome a la cara y tuve que reaccionar. A lo mejor usted ya lo sabe, comisario, que cuando a uno le importa poco la vida resulta muy difícil de convencer. No maté a nadie, pero me vi obligado a romperle la crisma a unos cuantos. Y al final conseguí un espacio propio.

Pietro, que seguía de pie, hizo un gesto de orgullo que a Ricciardi no le pasó inadvertido. A pesar de la evidente sumisión del más joven, el vínculo entre los hermanos debía de ser muy fuerte.

—Me pasaba el día encima del carro, los caballos siempre me habían gustado, por eso me llaman como me llaman desde niño. En cuanto Pietro tuvo edad suficiente nos compramos otro carro, y después, con el dinero adquirimos otro huerto, que mis

hermanas se pusieron a cultivar. Y luego vinieron otro carro y otro huerto, hasta convertimos en lo que somos ahora, la mayor empresa de fruta y verdura de todo el Vomero.

Ricciardi escuchaba con suma atención.

—¿Y Rosaria? ¿Cuándo volvió a verla?

La momentánea distracción que supuso hablar de su actividad fue barrida como una nube por el viento y el dolor se reflejó de nuevo en el rostro de aquel hombre.

—Hacía un par de años que no tenía noticias de ella. Supe que aquel desgraciado acabó como se merecía, alguien le rajó el vientre con un cuchillo. Rosaria se había marchado, nadie sabía adónde; dejó al niño con la abuela, y allí sigue con ella, en el pueblo. Yo tenía clientes importantes, cuando les llevas la mercancía hasta sus casas, están dispuestos a pagar mejor; uno de esos clientes era el burdel. Un día que estaba descargando, entró en la cocina una mujer y dijo: ¿Tienes una manzana buena como las que se comen en mi pueblo? Le juro comisario que si no hubiese hablado, no la habría reconocido. Siempre había sido hermosa, pero la muchacha que tenía ante mis ojos no solo era guapa, era un milagro. Pero reconocí la voz. Y dije: Rosa', ¿eres tú?

—Embargado por la emoción del recuerdo, no podía articular palabra. Con gesto incómodo, el hermano le puso otra vez la mano en el hombro y, tras una pausa, Giuseppe prosiguió—. Me miró. No olvidaré nunca aquella mirada. Se echó a llorar y subió corriendo al piso de arriba. Como ya le dije, comisario, yo soy muy cabeza dura, así que me armé de valor y una noche entré por la puerta principal, subí las escaleras y me puse a esperar. De vez en cuando la señora me preguntaba: Joven, ¿espera el tren? Y yo le contestaba: No, señora, espero a una muchacha que me guste, estas que veo no valen nada. Hasta que al balconcito donde desfilan las señoritas sale ella, mi Rosaria. Y me mira, no dice ni una palabra. Yo me levanto, espero hasta que me hace una señal, pago lo que me piden por una hora y subo a su habitación. Nos quedamos varios minutos sin decir nada, comisario. Solo nos miramos a la cara. Después, los dos rompemos a llorar como tontos y nos abrazamos. —La lluvia caía con fuerza y surcaba los cristales como lágrimas. La plaza se fue llenando de gente que miraba el cielo como perdida, sujetando con las dos manos los paraguas que el viento trataba de robar—. Pasaron seis meses. Yo dispongo de dinero, no tengo vicios y la empresa va bien. Iba a ver a Rosaria todos los días, compraba su tiempo. Me acostaba en la cama, con ella, y hablábamos; teníamos que contarnos muchas cosas. Y nos besábamos, claro. Pero lo otro no, no lo hacíamos. Yo quería esperar.

Ricciardi pensaba en los cabellos rubios hallados en la almohada que había matado a Víbora, iguales a los del hombre que tenía enfrente.

—¿Por qué quería esperar, Coppola?

—Había reencontrado al amor de mi vida, comisario. La única mujer que quería a mi lado, la compañera que había elegido cuando todavía era niño. ¿A usted qué le parece que podía querer? Le había pedido que se casara conmigo. Que dejara ese oficio, ese lugar infame y que se viniera conmigo a hacer de reina de mi casa, el lugar

que le correspondía.

—¿Cuándo se lo pidió? ¿Y qué le contestó ella?

Coppola se peinó con la mano el pelo del color del trigo.

—Se lo pedí muchas veces en estos meses. No hablábamos de otra cosa. Ella me daba largas, decía que todo el mundo sabía a qué se había dedicado en los últimos años, que para mí sería una vergüenza, que todos se reirían a mis espaldas. Yo le decía que por ella estaba dispuesto a mudarme a otra ciudad, que nos marcharíamos a donde nadie nos conociera; y que nos llevaríamos a su hijo, que lo criaríamos como si fuera mío. La convencí, yo sé que había decidido casarse conmigo. Precisamente ayer me pidió que le diera unas horas para tomar una decisión definitiva.

Ricciardi prestaba atención para captar todos los matices.

—De modo que todavía no le había dado una respuesta. ¿Cómo fue la última conversación? ¿Se pelearon?

—¡No, claro que no! —contestó Giuseppe con vehemencia—. Me besó con ternura y me dijo: No te preocupes. Vuelve mañana y te diré lo que he decidido. Pero sonreía, y yo la conocía muy bien, había decidido darme el sí, se lo aseguro. Se casaría conmigo. Por eso la mataron, ¿no lo entiende? ¡Precisamente porque había decidido casarse conmigo y dejar ese lugar infame!

Se desmoronó en la silla, destrozado, llorando sin recato, con las manos en la cara. Su hermano le rodeó los hombros con los brazos y le dijo a Ricciardi:

—Mi hermano es inocente, comisario. Jamás le habría puesto la mano encima a Rosaria. Al morir ella, él también se ha muerto. Ya no tendrá mujer ni hijos ni futuro. Ahora nos toca a nosotros, a su familia, estar a su lado.

—De todos modos tengo que pedirles que estén localizables y que no abandonen la ciudad sin nuestra autorización. Por mi parte, solo puedo prometer que haremos lo imposible, repito, lo imposible para que el homicidio de esta muchacha no quede impune.

Giuseppe se levantó sin dejar de llorar. Su hermano lo acompañó hasta la puerta sosteniéndolo del brazo. Ricciardi se enterneció ante aquel afecto inmenso y desesperado.

—Un último detalle, Coppola, dijo usted que desde niño tiene un sobrenombre. ¿Cuál es?

Giuseppe no lograba contestar, por lo que fue su hermano quien se detuvo en el umbral, se volvió a medias hacia Ricciardi y dijo:

—Somos una familia que depende de los caballos, comisario. A mi hermano todo el mundo lo llama Peppe la Fusta.

La lluvia repentina pilló a Livia por sorpresa. La víspera había pedido a la criada que le preparase un atuendo liviano con estampado de flores, falda y chaqueta a tono que contrastaban con su cabello, cortados cortos según la moda; pero ahora parecía más otoño que primavera, y lo consideró por completo inadecuado.

Aunque no tenía muchas ganas de salir, la verdad. Tal vez lo más sensato era quedarse en casa y distraerse leyendo un buen libro, en lugar de buscar compañía y el ruido de un café lleno de humo.

Se paseó frente al espejo y se miró: la bata de seda embutía el pecho turgente y las suaves caderas. En esa ciudad se comía demasiado bien: aún no debía preocuparse, pero era preciso que tuviera cuidado; de lo contrario, se volvería gorda y fea y ya no tendría más posibilidades.

En realidad, pensó pasándose una mano por el pelo porque todavía no se acostumbraba al corte, si debía juzgar por los ramos de flores que le llegaban a diario, aquella era una preocupación más bien lejana, nunca le había faltado el interés de los hombres y seguía sin faltarle. Casados o solteros, militares o nobles, funcionarios o jerarcas, ofrecían sus favores con constancia a la que era, sin duda, la más fascinante de las damas que frecuentaban lo mejor de la sociedad. Pero a ella eso le importaba poco. Muy poco.

¿Por qué estás aquí, Livia Lucani viuda de Vezzi?, se preguntó mirándose al espejo. ¿No deberías más bien encontrarte en Roma, centro del mundo, cultivar amistades importantes y buscarte un hombre de enorme prestigio al que unir tus posibles? Como todas las mujeres de tu condición, en estos tiempos tan difíciles, ¿no deberías pensar en el futuro?

Por otra parte, las cada vez más escasas conversaciones telefónicas con sus amigas de la capital le ofrecían un panorama que, visto de lejos, le parecía insoportable. La carrera para disputarse a los nuevos poderosos, personajes vulgares y engreídos que rayaban sin vergüenza en el ridículo, no se cobraba prisioneros. Ponerse a competir con decenas de bobas para ganarse la cama de algún fascista baboso no era, desde luego, la mejor de las perspectivas.

¿Qué quieres, pues? ¿Cómo ves tu vida dentro de unos años, Livia Lucani viuda de Vezzi, cuando tu encanto ya no sea tan imperioso, cuando los hombres dejen de observar cada uno de tus gestos?

Cogió un cepillo de plata y empezó a peinarse sin ganas.

La respuesta a su pregunta se materializó en la imagen de dos ojos verdes, transparentes como el cristal, que la miraban febriles en la penumbra.

Ricciardi.

Era ese el motivo por el que se había instalado en la ciudad; ese el objetivo que se había fijado, la meta que debía alcanzar, la cima que debía escalar, el puerto al que debía llegar.

No sabía por qué aquel hombre, menos apuesto que muchos otros, menos poderoso, menos rico que esos otros que habrían podido ser suyos con solo chascar los dedos, le había robado el corazón. Pero al pensar en él se le encogía el estómago como nunca le había ocurrido, como nunca le volvería a ocurrir. Y jamás aceptaría la idea de que no pudiera ser suyo.

Los últimos meses habían sido difíciles. Desde Navidad él procuraba evitar las ocasiones de cruzarse con ella, y cuando se encontraban cara a cara agachaba la cabeza. Algo había pasado, sin duda.

Pero, pensó deleitándose con la imagen del espejo, ella no era de las que deponían las armas. No era de las que renunciaban. Días atrás su amiga Edda, la hija del Duce, le había dicho por teléfono que, pese a echar de menos su presencia, debía reconocer que notaba en su voz una determinación fascinante y nueva. Si ella lo decía, debía de ser así.

Se observó la cara más de cerca en busca de arrugas que no encontró. Abrió el joyero y buscó una pieza bonita para ponerse: ya no se llevan las joyas en oro amarillo, le dijeron desde Roma; ahora se imponen el color blanco, el platino y los diamantes. En París no se usa otra cosa.

Sus negras pupilas se clavaron otra vez en el espejo y al sonreír se le marcó más el hoyuelo de la barbilla. Cuidado, Ricciardi, Livia Lucani viuda de Vezzi no se rinde. Hoy nada de casa y nada de libros.

Hoy, comeré en el Gambrinus.

Ricciardi se dirigió hacia la salita en la que el sargento debía de estar con Vincenzo Ventrone, el comerciante de ornamentos sagrados que Lily había encubierto.

La entrevista con Coppola y su sentido relato le causaron perplejidad. En otras ocasiones había interrogado a asesinos feroces que habían conseguido eliminar tan bien la propia culpa al punto de convencerse de que no habían cometido el crimen aun en presencia de pruebas aplastantes. Y la declaración de no culpabilidad del hermano menor, cuando nadie había acusado a Giuseppe del crimen, había sonado como a justificación no solicitada producto de la preocupación. Por lo demás, se trataba de un hombre que, según él mismo admitía, estaba acostumbrado a la violencia, por tanto, semejante implicación emotiva permitía imaginar una fuerte reacción en caso de que su propuesta de matrimonio fuera rechazada.

Sin embargo, tanto la desesperación del hombre como su inmenso dolor no podían ser fingidos. Giuseppe Coppola había estado locamente enamorado de Maria Rosaria Cennamo, más conocida como Víbora.

Maione esperaba de pie, cerca de la puerta. Por su expresión medio dormida y sus rasgos distendidos, Ricciardi reconoció la manera especial que tenía el sargento de contener la rabia.

—Buenos días, comisario. El señor, aquí presente, es...

El señor allí presente se levantó como impulsado por un resorte. La chaqueta oscurecida por la lluvia, el pelo mojado, el sombrero empapado y el bigote caído daban un toque ridículo a la expresión rabiosa del hombre, que apretaba los dientes con los ojos desorbitados.

—Por fin, un ser sintiente, o eso espero. Señor, me debe usted no una sino muchísimas explicaciones. Un energúmeno de uniforme se presenta al amanecer en casa de una más que respetable familia, que cuenta con amistades, se lo adelanto desde ya, muy pero muy bien situadas en las altas esferas, me saca prácticamente de la cama donde, debo aclarar, yazgo enfermo y, por la fuerza, repito, por la fuerza me trae, ¿adónde? ¿Adónde? ¡Nada menos que a la jefatura! Como si fuera un criminal de pacotilla, un atracador, un carterista, un ladrón, un... un...

Ricciardi, que esperaba cruzado de brazos a que el hombre concluyera su diatriba, aprovechó el momento de indecisión para intervenir.

—... Como alguien que está a punto de ser acusado de ultraje a un funcionario público y conducido al calabozo.

La frase, pronunciada con un tono tranquilo, apenas audible, cayó como un jarro de agua fría sobre Vincenzo Ventrone, propietario de la distinguida empresa homónima.

El hombre, un cincuentón atildado de baja estatura, perdió por completo la intrepidez.

—Yo... yo... no... no quería faltar al respeto a nadie, pero comprenderá que...

en fin, un pobre hombre está en su cama una mañana lluviosa tratando de curarse de la gripe... y así, de repente, se encuentra en la jefatura, hablando con... ¿Con quién tengo el honor, señor?

Ante la súbita retirada, Ricciardi tuvo una pizca de piedad.

—Comisario Ricciardi, de la brigada móvil. El señor que, siguiendo mis órdenes, fue a rogarle que viniera a esta oficina para una entrevista, es el sargento Maione, gracias a cuya sensibilidad y cortesía, la orden se ha cumplido con tanta discreción. De haber sido por mí, me hubiera atendido a los procedimientos, es decir, nos habríamos presentado en su casa con el coche y los dos guardias de turno. Lo habitual cuando se investiga un homicidio.

Maione adoraba a Ricciardi cuando se comportaba de ese modo.

Ventrone parpadeó y se puso pálido como un papel.

—Le pido disculpas —dijo luego—. No tenía idea. ¿Puedo sentarme? No me encuentro muy bien.

Ricciardi le indicó la silla con un gesto y se sentó a su vez.

—Como ya sabrá, en la casa de tolerancia llamada El Paraíso, sita en la via Chiaia, ayer mataron a una de las muchachas que trabajan allí. El nombre de la asesinada es Maria Rosaria Cennamo.

—¿De veras? —murmuró Ventrone—. No sabía nada. Y no conozco a esa mujer, ¿cómo ha dicho que se llama? ¿Cennamo? Es más, no conozco a nadie con ese nombre.

Ricciardi no se desvió ni un milímetro.

—Ventrone, no juguemos al escondite. Le aconsejo que no siga por ese camino, porque si se niega a colaborar con la justicia, acabará usted sometido a un juicio en el curso del cual saldrán a relucir un montón de cosas que, estoy seguro, causarán un gran daño a su reputación y la de su familia, siempre y cuando, claro está, no decidamos dar curso a otras acusaciones muy distintas y mucho más graves. El nombre artístico de la chica, por decirlo de algún modo, era Víbora. ¿Le suena?

El hombre inclinó la cabeza como si el comisario acabara de golpearlo con una porra. Farfulló algo incomprensible, tosió, se pasó el pañuelo por la cara y al final contestó en voz baja:

—Víbora. Sí, la conozco. Y apelo a su discreción, al hecho de que nos encontramos entre hombres de mundo, para que lo que digamos en esta sala no salga de aquí.

Ricciardi no concedía descuentos.

—Es algo que no puedo prometerle. Si lo que me diga es importante en la investigación, habrá que divulgarlo. Pero le puedo asegurar nuestra discreción personal.

Ventrone asintió. Menos daba una piedra.

—Yo frecuento ese establecimiento, sí. Tras una vida de trabajo, un hombre tiene derecho a alguna distracción. Y por desgracia, me quedé viudo siendo muy joven. Y

conocía a esta mujer, Víbora. Tenía... tenía iniciativa, y mucha. Y nos divertíamos juntos. Por lo demás, yo pago, y bien. No creo que haya nada malo en ello, ¿no?

—No hay nada malo en ir de putas —intervino Maione—. Pero matar a la gente está muy mal.

—Yo no he matado a nadie —protestó el hombre—, ¿cómo se atreve?

Ricciardi lo miró fijamente.

—Al parecer usted fue el último cliente de la chica. Otra prostituta, Bianca Palumbo, llamada Lily, intentó cubrirlo y declaró que fue la primera en ver el cadáver, pero conseguimos sacarle la verdad. ¿Sabe usted por qué lo hizo?

Ventrone pareció sorprendido por la revelación de Ricciardi. Vaciló un momento pero luego se decidió a hablar.

—¿En serio? No sabría decirle. Lily es..., bueno, a veces, cuando Víbora está ocupada, voy con ella. Imagino que habrá querido protegerme. Pero yo no fui el último cliente de Víbora, lo fue el que la mató. Pagué el servicio, llegué a la habitación y encontré la puerta entreabierta, dentro estaba Víbora tumbada de espaldas en la cama, con una almohada en la cara. Pensé que me gastaba una broma, a veces jugamos entre nosotros, ¿sabe usted? Aparté la almohada y vi... vi que no bromeaba.

—¿Qué hizo entonces? —lo apremió Maione.

—Entonces salí corriendo sin tocar nada y pedí ayuda.

—¿Quién acudió?

—Lily fue la primera, salió de su habitación acompañada de un tipo que estaba a punto de irse. Vino hacia mí y me acompañó a ver a *madame* Yvonne. Las dos me aconsejaron que me marchara enseguida, para evitar murmuraciones y chismorreos.

Ricciardi sacudió la cabeza.

—Como puede comprobar, no fue una decisión sensata. Dígame exactamente lo que vio en la habitación de Víbora.

Ventrone se concentró y describió un escenario sustancialmente similar al hallado por Ricciardi en el curso de su inspección.

—¿Estaba al corriente de que Víbora había recibido una oferta para dejar ese trabajo porque un hombre le había propuesto matrimonio?

Maione miró al comisario con cara de sorpresa. Ventrone resopló y se encogió de hombros.

—Sí, lo sabía. Hacía días que las chicas y *madame* no hablaban de otra cosa. Pero Víbora no habría aceptado nunca.

—¿Por qué está tan convencido?

—Es simple, porque le gustaba la vida que llevaba. El dinero, el lujo, y también la diversión, el ambiente alegre. Y los hombres, naturalmente, también le gustaban los hombres, y mucho. Créame, la conocía bien.

Por más repugnante que resultara, Ventrone parecía convencido de lo que decía.

El comisario le planteó otra pregunta:



—Una cosa más. ¿A qué se refiere cuando dice que a veces jugaban entre ustedes?

El comerciante se puso rojo hasta la raíz del pelo.

—Comisario, cada cual tiene sus gustos. Yo me divierto..., en fin, trato de poner un poco de sal y pimienta a mis distracciones. No tiene nada de malo, para eso uno va a ciertos sitios, ¿no? A veces, con Víbora jugábamos inocentemente a que ella era mi maestra y me castigaba. En broma, claro está. Y yo reaccionaba, siempre en broma, y la azotaba en las nalgas. Tenía un..., en fin, que era muy hermosa, ¿sabe usted?

A Maione y a Ricciardi les habría gustado encerrar a aquel hombre en el calabozo, pero sabían que no tenían motivos.

El comisario se puso de pie.

—Puede marcharse. No salga de la ciudad y manténgase localizable. Por ahora tiene prohibido frecuentar El Paraíso.

*Qué hermosa eres. Solo cuando estoy contigo me siento bien.*

*Cómo me gusta acariciarte el cuello, ver que cierras los ojos cuando mi mano te toca. Me pasaría horas haciéndolo.*

*Nos lo habría quitado todo. Poco a poco, su naturaleza se habría manifestado. Él ya era su esclavo, y lo habría sido cada vez más.*

*Tu aliento cálido, qué maravilla sentirlo en la cara.*

*Ella sabía cómo borrar el bien. A su paso todos caían, solo quedaban ella, sus deseos y sus caprichos.*

*Ya no era el mismo, lo has visto. No entendía nada. Ella se había convertido en la única dueña de su sonrisa; el resto del tiempo el pobre estaba en la luna, distraído, ya no se ocupaba de nada. Su vida había pasado a ser un intervalo de la de ella, un feo paréntesis que abreviar, algo inútil.*

*Notas mi mano, ¿verdad? Notas su ligereza sobre ti.*

*Porque te amo y te respeto. Cuando se ama, la mano es más ligera.*

*Conmigo estás tranquila. Serena. Serena.*

*Porque no sabes que mi mano puede causar la muerte.*

Ricciardi puso al corriente a Maione sobre el relato de Giuseppe Coppola. Mientras miraba la lluvia que, impulsada por el viento, golpeaba la ventana del despacho del comisario, el sargento murmuró:

—Vaya, parece que la tal Víbora sembraba el desorden. Y estos son solo dos de sus clientes, imagínese si además causaba el mismo efecto en los otros.

Ricciardi no estaba convencido.

—No creo que tuviera muchos. Por lo que entendí Coppola y Ventrone tendían a contratarla por el máximo tiempo permitido. Habrá que indagar más. Habrá que dar otra vuelta por el burdel y mantener otra charla con *madame* Yvonne.

—Y con la señorita Lily, comisario —dijo Maione—. La verdad es que no entiendo por qué quería encubrir a Ventrone. No había nada de raro en que dijeran que él había encontrado a la chica. ¿Para qué ofrecerse a mentir con el riesgo de verse metida en un lío, como ocurrió después?

Ricciardi estuvo de acuerdo.

—Tienes razón, en apariencia fue una actitud imprudente por parte de alguien que de imprudente tiene poco. Debe de haber otro motivo. El problema es que tanto Coppola como Ventrone, por limitarnos a los dos con los que hemos hablado, podrían haber matado a la muchacha aunque por distintos motivos.

—Ya se habrá dado cuenta —dijo Maione haciendo una mueca— de que a mí Ventrone me cae fatal. Es un enfermo. Quizá en una de esas se le fue la mano mientras jugaba a la maestra. Tarde o temprano los que tienen estas tendencias acaban metiendo la pata, porque van desplazando el límite continuamente primero una vez, luego otra y otra más, y así después del juego de la maestra a lo mejor pasan al de la almohada.

Ricciardi asintió.

—Así es. Luego tenemos a Coppola. Con lo locamente enamorado que estaba, ¿cómo se habría tomado una negativa? Él mismo reconoció que en su pasado hubo momentos de violencia aunque comprensibles. Llegó incluso a decirme que de no haber sido por las obligaciones que tenía con su familia habría matado al hombre que violó a Víbora cuando era una muchachita. Durante todo este tiempo podría haber alimentado el deseo de venganza, a saber.

Maione suspiró.

—No hay nada que hacer, cuando están de por medio las mujeres siempre hay lío, y en este caso, lío por partida doble, incluido El Paraíso. Por cierto, comisario, ¿por qué no aprovechamos que ahora llueve menos para darnos una vuelta por ahí? Antes de venir, mandé a Piro a sustituir a Cesarano, pero no podemos tenerlos encerrados mucho tiempo, además, con la Pascua al caer no disponemos de muchos hombres.

—Tienes razón. Por ahora, hasta que no tengamos claras las dinámicas, prefiero que no haya elementos de distracción. Vayamos a dar ese paseo. Y por favor,

telefona al doctor Modo, dile que venga él también. Me parece que necesitaremos un Virgilio en ese infierno al que llaman Paraíso.

\* \* \*

Por la calle nadie lo habría reconocido, pero la lluvia de aquel Martes Santo había sido una honda decepción. Todos le habían tomado el gusto al perfume, al calor del sol en la piel, a la luz nueva, pero ahí estaban otra vez el viento, la lluvia y el sabor a tierra mojada.

Para colmo, los más optimistas que habían guardado la ropa de invierno no estaban preparados y se subían el cuello de las chaquetas ligeras, buscando una bufanda inexistente y caminando de puntillas para no estropearse los zapatos. Los paragueros, por su parte, habían recobrado el fervor, pues la lluvia llegaba acompañada de un fuerte viento, flagelo de varillas y mangos, y gritaban su reclamo: «¡Paaaragüerooo! ¡Paaaragüerooo!». Habían sustituido a los vendedores de globos y juguetes de madera que la festividad de San José obligó a enjambrarse en la Villa Nazionale y los jardines, para tristeza de los niños a los que la Cuaresma dejaba sin golosinas.

Ricciardi y Maione llegaron a la meta no demasiado empapados, gracias a la brevedad del recorrido y a que procuraron caminar siempre debajo de las cornisas. El portoncito estaba cerrado, y justo ahí delante, algunos hombres vestidos con elegancia conversaban a media voz debajo de los paraguas. En cuanto vieron el uniforme de Maione se dispersaron a toda prisa. Ricciardi pensó que *madame* Yvonne tenía razón al lamentar los daños que le causaría el prolongado cierre del establecimiento.

Al cabo de unos minutos, saltando entre los charcos, llegó el doctor Modo, y se metió a toda prisa en el vestíbulo del edificio; el perro lo siguió, se sacudió el agua y se echó a poca distancia.

—Amigos míos, aquí estamos. ¿Habéis optado al fin por un poco de diversión? Ya comprendo por qué mandasteis cerrar El Paraíso, lo queréis todo para vosotros. En tal caso, gracias por invitarme a la fiesta.

Maione soltó la carcajada.

—¡Vaya ocurrencia la suya, doctor! Queríamos que disfrutara con nosotros de la lluvia, de pronto nos dio pena mojarnos solos. Y ahora que se ha empapado y se le han estropeado los zapatos bicolores, ya se puede ir. No lo necesitamos.

El médico agitó el índice debajo de la nariz del sargento.

—Sargento, es cuestión de tiempo. Cuestión de tiempo. Tarde o temprano todos acaban bajo mi bisturí. ¡Entonces sí que me daré el gusto con usted!

Mientras Maione se afanaba en conjurar teatralmente la mala suerte, Ricciardi fue al grano.

—Bruno, necesito información sobre el funcionamiento de este sitio, y eres el

único de mis conocidos que admite frecuentarlo. Quisiera saber qué tipo de preguntas debo hacer para evitar respuestas falsas que me resultaría difícil identificar.

—Comprendo. Estoy a tu disposición. Por cierto, aprovechando que hice el turno de noche, terminé la autopsia de la pobre Víbora y puedo adelantarte el informe médico, que luego te haré llegar por los conductos burocráticos adecuados. Si me invitas a comer, claro está.

Ricciardi suspiró.

—Un poco más y constas incluso en mi certificado de familia. En cuanto terminemos aquí, comeremos en el Gambrinus. Ahora dime, ¿qué debería saber sobre el funcionamiento de este lugar, especialmente en relación con quienes trabajan en él?

Modo se encogió de hombros.

—En primer lugar es un error pensar en un burdel como en el sitio al que solo se va a comprar sexo, por lo menos, uno de clase como este. Por lo general está prohibido en otros, pero aquí se come, tienen una cocina magnífica, se bebe, se juega a las cartas. Acuden también hombres mayores que hace años dejaron de interesarse en las mujeres, pero a los que les sigue gustando verse rodeados de muchachas guapas.

Maione se carcajeó.

—Ahora entiendo por qué viene, doctor, el detalle de los ancianos mirones se me había escapado.

Modo dio un pisotón en un charco y embarró los pantalones del uniforme del sargento.

—Ay, perdone, sargento. Ya sabe que como soy un anciano, la pierna a veces se me va para donde ella quiere y no la controlo.

Ricciardi trató de encauzar la conversación.

—¿Y las muchachas? ¿De dónde las sacan?

—La mayoría de ellas cambia de burdel cada quince días. Y eso es así por dos motivos, primero, para evitar que los clientes se encariñen demasiado, que surjan relaciones que den paso a los celos y las riñas; segundo, para crear la expectativa de novedad, tipo, vayamos a ver qué novedades hay en El Paraíso. Otras, en cambio, se quedan más tiempo, a veces durante años.

—Es el caso de Víbora y Lily, ¿no? ¿Y por qué ocurre?

Modo lo meditó.

—Ya te comenté que Víbora era famosa y *madame* la utilizaba para provocar la curiosidad de los clientes. Costaba bastante más que las otras, tenía una tarifa especial, y muchos venían únicamente para verla pasearse por el balconcito. Yo habré hablado con ella en un par de ocasiones, era simpática y muy hermosa. Y a su estilo, Lily también es atractiva. ¿Has visto qué pechos? ¡Solo les falta hablar! No será como Víbora, pero tiene sus adeptos.

—¿Sabes cómo era la relación entre ellas dos?

El médico trató de hacer memoria.

—No recuerdo haberlas visto mucho juntas, pero por otra parte, delante de los clientes las señoritas interactúan poco. Ahora bien, si aguantas la confidencia sin salir corriendo y gritando, debo decir que a cierto caballero que cumplía años sus amigos le regalaron un par de horas con las dos, y a juzgar por lo que contaba el hombre, parece ser que entre ambas no había fricciones apreciables. Al contrario. El festejado se pasó dos días riendo como un tonto.

Maione seguía sacudiéndose los pantalones.

—Por curiosidad, ¿cuánto puede costar una cosa de esas? Así me hago una idea de lo que dura el salario de un médico.

Ricciardi trató de no animar las divagaciones.

—¿Y los horarios? ¿Cómo son los horarios?

—A ver... en general —enumeró Modo—, por la mañana las chicas están libres hasta la hora de comer. Algunas reciben al novio, te sorprendería saber que muchas llevan una vida normal; rara vez salen para comprarse cosas, casi siempre piden a los trabajadores del burdel que les consigan los cosméticos, la lencería, esas cosas. Sobre las tres empiezan a prepararse, el burdel abre media hora más tarde y ellas salen a pasearse por el balconcito que ya sabes.

—De modo que —dijo el comisario— el homicidio de la chica se produjo al abrir. Eso limita las posibilidades a las personas presentes en ese breve intervalo.

—Por tanto —aclaró Maione—, a los dos últimos clientes, Coppola, que dice haberla dejado con vida y Ventrone, que dice haberla encontrado muerta.

—No solo eso —añadió Ricciardi—. En la habitación pudo haber entrado cualquiera del personal o de las otras chicas e incluso un cliente atendido por las otras. El cerco es demasiado amplio.

—Tienes razón, Ricciardi —intervino Modo—. Tengamos en cuenta, además, que para sorprender a alguien a traición y taponarle la cara con una almohada no hace falta una gran fuerza, y las lesiones que encontré son compatibles con las que podría haber causado una mujer.

En efecto, pensó Ricciardi.

—Muy bien, Bruno. Voy a charlar un rato con señoras y señoritas. Espérame dentro de media hora en el Gambrinus, te he prometido invitarte a comer, ¿no? Ven, Maione. Vamos a divertirnos.

En la sala de El Paraíso, el clima era muy distinto al de la última vez. La angustia, el miedo y el dolor habían dejado paso al aburrimiento y la preocupación.

El aburrimiento se había apoderado principalmente de las muchachas, que zanganeaban yendo de un sofá a otro mientras fumaban y charlaban. Amedeo, el pianista, aporreaba las teclas interpretando sin ganas un vals, y un par de señoritas fingían bailar trazando tortuosas trayectorias sobre la alfombra.

La preocupación, en cambio, se había instalado en la imponente figura de *madame* Yvonne; en cuanto los vio llegar la mujer salió a recibirlo.

—Comisario, tiene que dejarnos abrir ya mismo. ¡No se figura usted el daño que estamos sufriendo! Ayer tiramos un montón de comida, los proveedores siguen viniendo, no podemos devolverles la mercancía. Y hemos recibido un montón de llamadas telefónicas, los clientes se nos irán a otro sitio, no se imagina lo poco que hace falta para perder un cliente. ¡Basta con que se vaya a otro establecimiento una vez y, si se encuentra a gusto, adiós, muy buenas, aquí no vuelve más! Además...

Ricciardi frenó el aluvión de palabras levantando una mano.

—Cálmese, señora. Necesitamos cierta información, después, si todo va bien, podrá reabrir su local. En el fondo, solo estuvo cerrado ayer y había una muerta en una habitación. Tampoco es tanto, ¿no?

*Madame* no estaba dispuesta a poner fin a las quejas.

—¿Le parece poco la pérdida que sufrimos? Además del dolor del que ya le hablé ayer, *Víbora* era como una hija. ¿Qué digo? Más que una hija. Y además era la estrella de El Paraíso. ¡Por ella venía un montón de gente incluso para verla y nada más! De modo que no solo la hemos perdido a ella, y a saber quién podrá sustituirla, sino que encima nos obliga a tener cerrado.

Ricciardi la escuchó impasible y luego dijo:

—Me hago cargo. Por tanto es doblemente importante que usted nos dé la información que necesitamos lo antes posible.

Yvonne tendió los brazos en un gesto de resignación.

—Usted dirá, comisario. Estamos aquí para servirlo.

—Ayer le pregunté quiénes eran los clientes más asiduos de *Víbora*, y la señorita Lily comentó que era fácil decirlo. ¿Qué quiso decir con eso?

—No hay nada que ocultar —se apresuró a contestar la mujer—, aunque siempre procuramos evitar estas situaciones que pueden resultar peligrosas. *Víbora* solo tenía dos clientes, dos personas que compraban todas sus horas.

—¿Y eso costaba mucho?

—Claro que costaba mucho. La tarifa de *Víbora* era muy distinta de la que vio usted colgada de la pared, comisario. También era distinto el porcentaje, se quedaba con casi todo, a duras penas me alcanzaba para cubrir los gastos de la habitación, la comida y los cosméticos.

Ricciardi escuchaba con interés.

—¿Y entonces qué ganaba usted?

—Ya se lo he dicho, Víbora era importante. La gente venía expresamente, si supiera la de turistas de paso que tiene esta ciudad. Preguntaban en el hotel: ¿Cuál es la puta más hermosa de Nápoles? Y todos daban la misma respuesta. Luego, cuando se encontraban aquí, elegían a otra de las chicas y se dejaban el dinero. En cuanto a quién hacía uso de sus servicios, solo eran dos personas.

—¿Y eso no le molestaba a usted?

*Madame* encogió los anchos hombros.

—¿Por qué habría de molestarme? Pagaban, ella estaba contenta, y, en cierto modo, era fascinante ver a una mujer tan hermosa y no poder tenerla. Los demás se desahogaban bebiendo, comiendo y acostándose con chicas que nada tenían que ver con ella.

Ricciardi decidió pasar al ataque.

—¿Estaba al corriente de que uno de los dos clientes de Víbora le había propuesto matrimonio?

*Madame* no se inmutó.

—Claro. Ella misma nos había dicho que el rubio, Peppe la Fusta, el proveedor de fruta y verdura quería casarse con ella. ¡La de risas que nos echamos!

—¿Risas? ¿Y por qué?

—Porque imagínese si Víbora, la puta más famosa de la ciudad, iba a renunciar a sus ganancias, a la veneración de los hombres y a la vida alegre para hacer de ama de casa en una barraca del Vomero, y criar niños en medio de la bosta de caballos. No hubiera aceptado nunca.

Ricciardi quería entenderlo bien.

—Sin embargo, no me consta que hubiese dicho enseguida que no. Al parecer le había pedido a Coppola unos días para pensarlo.

—Habría sido por no causarle un disgusto, se conocían desde niños, Víbora me había contado la historia. Pero él no dejaba de ser un proveedor, aunque aquí dentro gasta, mejor dicho, gastaba un montón de dinero. Tal vez antes de mandarlo a paseo, Víbora quería sacarle todo el dinero pues temía que cuando le diera su respuesta negativa dejara de venir. Pero seguramente lo habría rechazado.

El comisario se acordó de Coppola y de cómo lloraba.

—¿Y el otro cliente, el tal Ventrone?

—Ah, ese sí que es un auténtico señor. Un hombre apreciado y discreto, siempre muy educado. Y con muchísimo dinero; su comercio de santos y vírgenes le da sus buenos beneficios y su empresa es famosa. Era cliente nuestro desde hacía años y desde que vio a Víbora ya no quiso ir con otras más que de vez en cuando.

—Por tanto usted había perdido un cliente importante.

Yvonne se echó a reír y contestó:

—Comisario, usted se empeña en que le diga que le tenía ojeriza a la pobre



Víbora, pero no es así. En primer lugar, el caballero Ventrone traía a muchos de sus amigos, de modo que yo salía ganando con ello. Además, nosotras trabajamos para satisfacer a la clientela, y si él estaba contento, yo más todavía. Por último, para estar con Víbora, Ventrone financiaba unas bonitas fiestas que se hacían aquí para el goce de todos. En una palabra, a mí solo podía gustarme que se encariñara cada vez más con esta casa. Que nosotras no solo ganamos con las chicas, ¿sabe usted?

Ricciardi no cejó en su empeño.

—¿Y qué me cuenta de la relación entre Ventrone y Lily? ¿Por qué cree que ella quiso encubrir el hecho de que había sido el primero en ver el cadáver? Y con su ayuda, todo sea dicho.

La mujer acusó el golpe.

—Ya lo sé, me equivoqué. Pero pensé que no tenía mayor importancia quién la hubiera encontrado. Lily lleva años con nosotros, trabajaba aquí antes que Víbora y conoce bien al caballero, estuvieron juntos infinidad de veces, e incluso ahora, cuando Víbora estaba indispuesta, él se iba con Lily. Lo habrá hecho por amistad. Para mantenerlo al margen. Verá, el caballero es una persona muy respetada en esta ciudad, si se hubiese sabido que estaba aquí... Al fin y al cabo, entre sus clientes hay muchos curas. Una cosa es verlo entrar y salir, y otra muy distinta saber que encontró a una puta asesinada. Además, está su hijo...

Ricciardi aguzó las orejas.

—¿El hijo de quién?

—Del caballero. Justamente hace unos días me comentaba que estaba preocupado porque su hijo, un muchacho de veinte años que lo ayuda a llevar el negocio, le había dado a entender que la gente iba por ahí diciendo que su padre venía aquí. En fin, que estaba preocupado.

Interesante, pensó Ricciardi.

—Gracias, señora. Si preciso más información, la llamaré. ¿Puede enviarme a la señorita Lily, por favor?

\* \* \*

Lily llegó chancleteando, sin miedo a que se notara su hostilidad hacia Maione y Ricciardi. Al comisario le resultó imposible no volver a fijarse en la manifiesta diferencia entre la edad demostrada por los rasgos delicados, rejuvenecidos aún más por el largo pelo rubio y los ojos azules, y la que aparentaba por la expresión de cansancio y desencanto.

—Buenos días, señorita. Si no le importa, tengo que hacerle algunas preguntas más.

—¿Por qué debería importarme, comisario? Cuando aquí no entran hombres nos aburrirnos de mala manera. Usted es una distracción. Y ahora que lo miro bien, no está usted nada mal, ya que estoy podría tratar de arrancarle una sonrisa. ¿Qué me

dice, probamos? ¿O es de esos a los que no les gustan las mujeres?

Maione dio un paso al frente e intervino:

—Eh, niña, cuidadito con lo que dices que no tardo nada en encerrarte en el calabozo, ¿entendido?

Ricciardi levantó la mano.

—No te preocupes, Maione. No estamos hablando de mis gustos, señorita. Estamos hablando del hecho de que nos mintió sobre el descubrimiento del cadáver, y si no nos explica bien por qué y nos convence, irá a parar a la cárcel de verdad y por asuntos mucho más graves.

La muchacha no se dejó atemorizar.

—Ni siquiera tiene sentido del humor. No me iría con un policía ni por el doble de la tarifa, que era una broma. En cuanto al descubrimiento del cadáver, yo lo vi en cuanto Enzo..., quiero decir el caballero Ventrone pidió ayuda. De modo que, fuera él o yo, lo importante es que la encontramos, ¿no?

—La diferencia está en el hecho de que Ventrone podría ser el asesino.

La frase de Ricciardi fue como una bofetada en la cara de la muchacha. Los rasgos dulces se deformaron en una expresión de rabia y ofensa.

—Ventrone no mató a nadie. Él estaba muy unido a Víbora, además, es incapaz de matar una mosca.

Ricciardi atacó a la presa herida.

—Sin embargo, por lo que he podido averiguar, los gustos de Ventrone son un tanto especiales. Digamos que, por lo menos con Víbora, le gustaba usar la violencia.

Lily se puso colorada.

—Lo que hacemos en la habitación con los clientes no es asunto suyo. Y si Víbora nunca se quejó, quiere decir que a ella tampoco le disgustaba. Además, con eso ganaba. Y bastante bien, por cierto.

Ricciardi calló.

—Señorita —dijo luego—, se lo pregunto otra vez y le ruego que piense la respuesta que me va a dar. ¿Qué relación tenía usted con Víbora?

—Estamos aquí dentro, comisario. Unas por un motivo, otras por otro. No es una vida fácil, pasamos el tiempo juntas, hablamos. Es como la cárcel, donde la gente coincide sin haber elegido nada. Víbora y yo éramos distintas, pero nos respetábamos. En cierta manera éramos amigas. Siento lo que le pasó, pero en un oficio como este es algo con lo que debes contar.

Arrugó la frente, la vista perdida en el vacío. Su voz profunda pareció ir en pos de los recuerdos.

—Algunas tardes, cuando llovía mucho y no teníamos clientes, nos poníamos a charlar tumbadas en la cama, en su habitación o en la mía. Hablábamos de todos los sueños malogrados, de todas las cosas que podían ocurrir y que no habían ocurrido. Ella tenía un hijo, ¿sabe usted? No lo veía nunca, porque no quería que se supiera que la madre del chico era una puta. Le enviaba a su madre casi todo el dinero que

ganaba, para su hijo. Pobre Víbora, de haber sabido que acabaría así, quizá habría ido a ver al niño. Aunque fuera a escondidas. Y algunas veces nos hacían trabajar juntas, la rubia con dos buenas tetorras y la morena con la boca de fuego; qué bobos son los hombres, comisario. Se imaginan las cosas y luego se creen que las ven. Cómo nos reíamos a espaldas de esos bobos. —Se estremeció—. No voy a decir que nos quisiéramos, comisario, eso no. Aquí dentro no puedes querer a nadie, solo fingirlo. Pero Víbora no era mala, era como yo, alguien que trataba de vivir lo mejor posible. Y seguramente no se merecía terminar así. ¿Ahora puedo irme?

Ricciardi asintió con la cabeza.

—Sí, señorita, puede irse. Pero manténgase localizable por si necesitáramos algún dato más.

Cuando la muchacha se hubo alejado, Ricciardi llamó a *madame* Yvonne.

—Señora, a partir de mañana puede reabrir el local. Naturalmente, la habitación donde se ha cometido el crimen deberá permanecer cerrada y nadie deberá tocar nada.

La mujer lanzó un suspiro, evidentemente aliviada.

—Gracias, gracias, comisario. ¡Me ha salvado la vida! ¡Que la Virgen se lo pague!

Maione rio socarrón.

—Deje tranquila a la Virgen, señora, que seguro que por aquí no pasa.

Antes de marcharse, Ricciardi subió al piso de arriba y se acercó a la puerta del cuarto de Víbora. La abrió y entró. Todo estaba como el día anterior, salvo el cadáver que había sido retirado, igual que la almohada, el arma del crimen. Como un hálito frío oyó la voz ronca de la muchacha, de pie delante del espejo, y se le erizó el vello de la nuca: «Fustita, fustita. Ay, fustita mía». ¿Qué viste, Maria Rosaria Cennamo del Vomero, apodada Víbora? ¿En qué pensabas mientras te estabas muriendo? ¿Mientras tu cuerpo maravilloso, fantasía de centenares de hombres, exhalaba el último aliento?

Desde niño a Coppola lo llamaban Peppe la Fusta. Desde que con su amiguita del alma corría por los campos y los huertos riendo e imaginando un futuro feliz. Pero Ventrone, el repulsivo comerciante de ornamentos sagrados, sentía pasión por los juegos violentos, y tal vez para él la fusta fuese un instrumento de loco placer. ¿Uno de los dos, Víbora? ¿O tal vez los dos?

En la almohada y el cepillo había pelos rubios. Coppola era rubio, Lily también, y ninguno de los dos había negado la promiscuidad de la habitación de Víbora.

¿Quién fue el último en estar aquí?, preguntó Ricciardi al fantasma cuya presencia notaba en la habitación. Una vez que has decidido amargarme la existencia como los otros centenares de muertos con los que me cruzo en la calle, ¿por qué no me dices quién decidió dejarte en ese estado?

Pero la mujer clavaba los ojos muertos en el espejo que no la reflejaba y repetía: «Fustita, fustita. Ay, fustita mía». Y seguiría así hasta que el aire olvidara aquella emoción suya y la imagen desapareciera en el viento.

Una vez en la calle, comprobaron que el viento había puesto en fuga a la lluvia. Las nubes se perseguían veloces creando una alternancia de luces y sombras sobre la calle mojada.

En la esquina del callejón, el acordeonista ciego aprovechaba la aparición de los paseantes para recorrer con los dedos las teclas interpretando una mazurca que arrancaba risitas a las nodrizas que, con el paraguas a mano, se afanaban en hacer las compras.

Ricciardi y Maione observaban el portoncito lateral, el que según *madame* Yvonne conducía a la cocina.

—Comisario, todo pasó —dijo el sargento— cuando abrieron por la tarde. Sinceramente, no creo que hubiese tanto movimiento como para aprovechar la confusión y hacer lo que hicieron. Y la verdad, desde la cocina no es que se pueda pasar a las habitaciones sin ser visto.

Ricciardi se acariciaba la barbilla, pensativo.

—No te falta razón, habría sido difícil. De todos modos, ya tenemos bastantes sospechosos a los que debemos comprobar, no podemos ponernos a buscar más. *Madame* me habló de un hijo de Ventrone que la tiene tomada con el padre por su obsesión con el burdel. Un muchacho de veinte años; creo que lo habrían visto si se hubiese presentado, pero pudo haberse hecho pasar por un cliente de alguna de las otras chicas. Habría que investigarlo, ¿no? A esa hora la tienda estaba cerrada, de modo que el joven habría estado libre para moverse, si bien se habría arriesgado a que lo viera el padre.

Maione escuchaba con atención.

—Si quiere que le sea sincero, para mí que la Lily esa dice una cosa y piensa otra. El comisario se fiaba de las intuiciones de Maione.

—Te dio esa impresión, ¿eh? También le veo algo que me parece raro. Por no hablar de la propia Yvonne... ¿Sabes qué creo, Raffaele? Que ha llegado el momento de abrir una brecha en ese muro. Deberías darte un paseo e ir a ver a esa amiga tuya, que lo sabe todo de todos.

Maione se indignó.

—¡Pero qué amiga ni qué niño muerto, comisario! En primer lugar ni siquiera es mujer. Además, no somos amigos, me debe un favor porque no lo mandé a la cárcel en su día y...

Ricciardi levantó las manos.

—Por lo que más quieras, tienes razón, reconozco mi error. Ve a ver a ese enemigo tuyo, fallido expresidiario, e intenta averiguar si sabe algo de lo que se cocinaba en El Paraíso cuando Víbora estaba viva.

Un ruido metálico les llamó la atención: un hombre que paseaba con un perrito atado con su correa había echado algo en el platito del músico ciego que, sin dejar de

tocar con una mano, se subió con la otra las gafas negras, comprobó que en el platito no había una moneda sino un clavo, masculló una maldición en dirección del paseante que se había alejado ya, y retomó su simulación con acompañamiento musical.

—¡Hijo de su madre, qué mala sombra! —exclamó Maione, divertido.

Ricciardi miró el reloj.

—He de reunirme con Modo en el Gambrinus, de lo contrario, proclamaré a los cuatro vientos que no le pagué la comida. Tú ve a darte esa vuelta ahora mismo, nos vemos luego en el despacho.

\* \* \*

Con lluvia o sin ella, el Gambrinus era un lugar de cita para quienes querían comer bien cerca del centro, razón por la cual todas las mesas del interior estaban ocupadas.

Por otra parte, a pesar de la inestabilidad del tiempo, casi no hacía frío, por lo que habían dispuesto algunas mesitas en el exterior, y por las ventanas abiertas se colaba la música del piano. Ricciardi encontró a Modo acomodado en el sitio más resguardado del viento, enfrascado en la lectura del periódico, de paso aprovechaba para disfrutar de vez en cuando de las hermosas muchachas que pasaban por ahí. A pocos metros de distancia, como era habitual, sentado sobre las patas traseras como si de un momento a otro tuviese que salir corriendo, se encontraba el perro sin nombre.

—Ah, por fin llegas. Me estaba haciendo a la idea de que este sería el enésimo plantón que me das, mi sombrío amigo. Pero esta vez te habría perdonado, porque me gusta tu nuevo hábito de ir al burdel. De acuerdo, por ahora se trata de trabajo, pero quizá con el tiempo le tomes el gusto y te conviertas en cliente.

Ricciardi se sentó dando la espalda a la calle; el suicida de la cara ensangrentada seguía murmurando: «Nuestro café, amor mío; nuestro café, amor mío», y el comisario sabía que a la larga aquella letanía acabaría en una fastidiosa jaqueca.

—No contaría con ello. No son lugares para mí.

—¿Porque la gente va allí a divertirse? Pero dónde pasas tú las veladas, ¿en el cementerio, charlando con sus moradores?

El comisario no le dio pie.

—Estás de broma, de acuerdo. Pero con tu trabajo deberías saber lo que les ocurre a quienes experimentan fuertes pasiones. Los cuchillos, las porras, las pistolas y los puños de acero en sí mismos son inocentes si permanecen en el cajón de un escritorio. Pero las manos son culpables, las mueve el vientre, el corazón y esas emociones que tú buscas en sitios como tu Paraíso.

Modo estiró las piernas.

—Esa es la cuestión. Sé que piensas así; y que es precisamente eso lo que hace que parezcas un personaje salido de una de esas novelas góticas del siglo pasado. Pero sabes bien que el principal motor de la humanidad es el sentimiento, y que al

final, el sentimiento no es más que una forma refinada de llamar a la sangre que fluye y alimenta los deseos. Somos animales, amigo mío, no lo olvidemos. Mal que le pese a la iglesia, que quiere convencernos de que somos puro espíritu, o a vuestros simpáticos gobernantes, que nos ven como una lista de números en un papel.

Ricciardi consideró la cuestión.

—De modo que para ti el burdel es un lugar de emancipación, ¿es así? ¿No piensas en las chicas que trabajan allí? ¿En sus sueños, en sus esperanzas? ¿En el hecho de que deben satisfacer a saber qué tipo de perversiones incluso violentas?

Modo se puso serio.

—Las chicas están allí por voluntad propia. Nadie las obliga, y creo que la libertad de elegir qué tipo de vida se quiere es también un signo de civilización. Y créeme, están más seguras allí dentro, con un control médico constante, un mínimo de servicio de orden y condiciones sanitarias decentes, que en la calle. En numerosas ocasiones vi cuando echaban a patadas a algún borracho que se había propasado con alguna, y eché una mano en eso. ¿Qué te crees, que soy de los que se aprovecha de esas pobres muchachas indefensas?

Ricciardi negó vigorosamente con la cabeza.

—No, no, Bruno. Ya sé cómo piensas, faltaría más. Pero es un hecho que esta muchacha, Víbora, fue asesinada mientras trabajaba. Y que uno de sus clientes recurría a menudo a juegos violentos.

—Ya sé que hay gente así. Pero créeme, son más los que piden recibir unos azotes que darlos. De todas maneras, las muchachas expertas, y Víbora seguramente lo era, mantienen el control de la situación. ¿Y ahora comemos o pretendes matarme de hambre con tus divagaciones?

Llamaron a un camarero y se dispusieron a pedir.

Modo resopló.

—Me oprime que esta semana no podamos comer carne. Respeto a los católicos, ¿por qué ellos no me respetan a mí? Toda la maldita Cuaresma sin mi sabroso entrecot, incluido el hueso que le habría pasado a mi amigo de cuatro patas que ves allá.

Ricciardi, que como de costumbre, había pedido dos *sfogliatelle* y un café, se encogió de hombros.

—Anda, algo comerás. Y tu amigo no le hará ascos a las sobras; quizá le recuerden su juventud, cuando rebuscaba en la basura.

Entretanto, el médico le enumeraba al camarero los platos con que pensaba sustituir al entrecot ausente: timbal de macarrones, dentón con anchoas y alcaparras, fresas.

—Y una botella de vino blanco que descorcharás delante de nosotros, que si no, le añadís agua.

El camarero, un hombrecito repeinado de escasos cabellos empapados en brillantina, lo miró ofendido y se alejó más tieso que un palo.

—Y ahora, Bruno —dijo Ricciardi—, ¿qué me cuentas de la autopsia?

—No hay nada como un cadáver para abrir el apetito, ¿eh? En fin, ningún dato nuevo respecto de lo que intuíamos. Nariz fracturada sin traumatismos a causa de la presión de la almohada y no de un golpe. El asesino inmovilizó entre sus piernas el cuerpo de Víbora, y en un momento dado, debió de ponerle la rodilla en el abdomen porque tenía un par de costillas fisuradas. La cosa duró poco, tal vez el asesino pilló a la chica por sorpresa y a ella no le dio tiempo a inspirar hondo. En las manos no tenía ninguna señal, es muy probable que lo único que hiciera fuese tratar de quitarse la almohada de la cara.

—¿Eso es todo?

—Sí. El estado de salud de Víbora era bueno, tenía veinticinco años y aparentaba menos. Y para lo que pueda servirte, incluso muerta era preciosa.

Ricciardi recordó el cuerpo sinuoso desparramado en la cama entre las sábanas revueltas.

—La belleza fue su ruina. Oye, Bruno, ¿no tenía... quiero decir, había rastros de...?

Modo soltó una carcajada, esparciendo macarrones sobre el mantel.

—¿Te das cuenta de que ni siquiera consigues decirlo? ¿Cuántos años tienes, hombre por Dios, ochenta? De todos modos, perdona que te lo diga, es una pregunta estúpida si tienes en cuenta el oficio de la muchacha. Pero incluso una pregunta estúpida puede tener una respuesta inesperada: no, Víbora no había tenido relaciones sexuales vaginales ni anales recientes. Al menos desde hacía varias horas.

Ricciardi lanzó una rápida ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiese oído al doctor Modo.

—Considerando que acababan de abrir, quizá no resulte tan extraño después de todo. A Víbora le dio tiempo a atender un solo cliente, como mucho a dos. Parece ser que con los dos clientes fijos que tenía no siempre mantenía relaciones completas. Y volvemos a estar como al principio.

Modo dejó de masticar y clavó la vista en un punto a espaldas de Ricciardi. La cara se le llenó de una inmensa admiración y dijo:

—Hablando de belleza, ¡mira qué espectáculo!

Ricciardi se dio la vuelta y por la puerta posterior de un automóvil oscuro que el chófer mantenía abierta vio bajar a Livia.

En la parte alta de la via San Nicola da Tolentino el viento se hacía notar más y más a medida que los edificios empezaban a ralear. Maione caminaba sujetándose el sombrero con una mano para impedir que saliera volando a reunirse con las bandadas de golondrinas que dibujaban enigmáticas trayectorias en el cielo.

El sargento estaba sudado y se preguntaba por qué arcano motivo la persona más informada sobre las cuestiones de la ciudad, una auténtica araña en el centro de su telaraña, como siempre se había imaginado a Nenita, tenía que vivir en un lugar tan aislado. Le parecía un llamativo contraste.

Por otra parte, ese detalle le parecía al mismo tiempo muy conveniente: la posibilidad de ser visto, que además de ponerlo en un compromiso como hombre y de perder su principal fuente de información como profesional, disminuía sensiblemente en aquella parte limítrofe de los Quartieri, próxima al corso Vittorio Emanuele que se perdía entre los bosques del Vomero.

La araña en el centro de la telaraña abrió la puerta y lo esperó en lo alto de las escaleras, asomado coquetamente al balcón corrido.

—¡Vaya, qué sorpresa más grata! Mi pretendiente preferido viene a visitarme el primer día de primavera, lo más romántico del mundo. ¡Si estuviéramos en una película de cine, no sabe usted qué bonita canción de fondo tocarían al piano!

Resoplando en el último tramo de escaleras, Maione contestó:

—Yo creo que vives en el último piso expresamente, así yo llego con la lengua fuera y sin fuerzas para llenarte el trasero de puntapiés. Y digo yo, ¿no bastaba con la cuesta empinada que hay que subir hasta aquí, también tenía que haber escaleras?

Nenita se exhibió con su carcajada parecida a un relincho.

—Ay, sargento, es que se me ha olvidado. La próxima vez me avisa con tiempo y me encuentra usted desnuda en la planta baja, así todos se enteran de lo nuestro.

El sargento alargó la mano para asestarle una bofetada al travesti, pero este lo esquivó ágilmente.

—Qué lindo cuando pasa al contacto físico. Adelante, sargento, entre que le preparo un sucedáneo de café. ¿Qué tal está?

Maione se dejó caer en una butaca de bambú, testigo de la pasión que Nenita sentía por todo lo que fuera chino, original o imitación. El armazón de la silla gimió desesperado.

—Hay que ver, Nenita, con lo bien que estaríamos, pero no hay manera, en cuanto se acercan las fiestas, siempre pasa algo que nos obliga a salir corriendo. No hay modo de que disfrutemos de un festivo en paz y en familia.

El travesti se volvió a medias, mientras trajo con tazas y cucharillas en el fregadero.

—Ah, se refiere al homicidio de Víbora, ¿no? ¡Madre mía, qué impresión me causó!



Maione tendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Claro, cómo no ibas tú a estar al tanto. Por lo demás, es tu ambiente, ¿no?

—No exactamente, sargento, ya lo sabe usted. Yo trabajo por mi cuenta, todas las veces que intenté entrar en un lugar como ese, las cosas no salieron bien. A las que somos como yo las quieren, que conste, porque somos una oferta más para la clientela, y yo, modestia aparte, soy famosa. Para que lo sepa, hago ciertas cosas de una manera que...

—¡Por el amor de Dios, Nenita —dijo Maione, levantando la voz—, ni se te ocurra contarme lo que haces! No quiero saberlo ni imaginármelo, que tengo una fantasía enorme. ¡Cállate la boca y prométeme que no hablarás más del tema, si no, me voy ahora mismo!

Nenita relinchó otra vez.

—Sargento, no quería turbarlo. Ya sé que después entro en sus sueños y ya no se conforma más con la vida normal. ¿O es que se cree que no me doy cuenta de que me convierto en una obsesión para los hombres?

—Nada de obsesión, se llama asco, para ser exactos. Y sigue contando, por favor. ¿Qué me decías de ese sitio?

—Que no es adecuado para mí, eso decía. Tienen una clientela demasiado normal, gente que no quiere probar cosas nuevas. Pero allí trabajan varias amigas, gente que conocí... digamos que en otras circunstancias y por eso sé cómo es la situación ahí dentro. Eso es todo.

Sujetando la taza con las dos manos, se aproximó contoneándose al sargento. El quimono de seda negra con flores rojas permitía entrever dos piernas largas embutidas en unas medias color carne, y una combinación de encaje se adivinaba sobre el pecho, debajo de los anchos hombros. Unos enormes ojos, tersos y expresivos, de color castaño, pesadamente maquillados, realzaban la cara larga, de rasgos marcados.

—Ay, sargento, me ha pillado desprevenida, estaba terminando de maquillarme. Cuando se aproximan las fiestas, aquí el movimiento empieza más tarde. No se figura usted hasta qué punto le gusta a la gente hacer algo divertido durante la Semana Santa. Será por el contraste con todas las penitencias que el párroco impone.

—Claro y por eso —ironizó Maione— las penitencias vienen a hacerlas a tu casa.

—Tal cual. Entonces, sargento, si no ha venido a verme por amor, ¿qué es lo que necesita?

El policía tomó un sorbo de la bebida que llenaba la taza e hizo una mueca de disgusto.

—Madre mía del alma, qué asqueroso está el sucedáneo... Verás, necesito información. El comisario y yo creemos que la madama, la tal Yvonne, y una de las chicas, una tal Bianca Palumbo, más conocida como Lily, cuentan menos de lo que saben. Quizá tú tengas algún dato que pueda ayudarnos a entender por qué tenemos esta impresión, eso es todo.

Nenita adoptó un aire pensativo.

—Me habla usted de dos personajes, Yvonne y Lily. Las conozco poco, porque siempre estuvieron en el burdel y yo, como ya le he dicho, nunca tuve mucho que ver con ese establecimiento. Pero me han llegado algunos comentarios, si bien de refilón.

—Desembucha.

El travesti juntó los dedos de las manos, de largas uñas rojas, delante de la boca y se concentró.

—Por lo que oigo comentar por ahí, el burdel no navega aguas tranquilas. *Madame* Yvonne tiene algunas dificultades para pagar a sus proveedores, me lo dijo uno de mis clientes que es pescadero y que como no pudo cobrar lo que debía por la mercadería, me pidió que le hiciera el servicio gratis. Y yo le contesté: oye, muchacho, ¿por quién me tomas, por la beneficencia fascista? Pero él me rogó y me rogó de tal forma que yo...

Maione hizo ademán de levantarse.

—No, Nenita, si empiezas a divagar, yo me largo. Hoy no estoy de humor para escuchar la historia de tu vida.

—¡Ay, sargento, pero qué modales! ¿Con quién voy a hablar yo de las adversidades de la vida sino con los amigos? En fin, que ese amigo que le cuento me dijo que *madame* Yvonne lo recibió personalmente, cosa que nunca había hecho antes, para pedirle que esperara unos días a que se le resolviera el problema. Y él se enteró de que todos los proveedores están en la misma situación, menos el de la fruta que viene del Vomero, Peppe la Fusta, ese no exige cobrar a causa de Víbora. Pero esa es otra historia.

—Espera, primero terminemos de hablar de *madame*. De modo que tiene poco dinero. Qué raro, porque por lo que sé trabajan a pleno rendimiento.

—Sí, sargento —le confirmó Nenita—, sobre eso no hay duda, es uno de los burdeles más famosos de Nápoles. Pero está el hijo de *madame*, ya lo habrá visto, un chico medio tonto al que le gustan las cartas, y ella se hace cargo de las deudas porque, como sabrá usted, si se corre la voz de que no paga las pérdidas en la mesa de juego, se lo cargan. Y ella, que hace años ya perdió así a su marido, con la barriga rajada en una taberna del barrio de Vasto, no quiere que su hijo acabe igual. Y eso nos lleva al asunto del que le hablaba y que es el más importante: ¿sabía usted que Peppe la Fusta, el jefe carretero del Vomero, le había propuesto matrimonio a Víbora?

Maione suspiró, resignado.

—Yo sí lo sé. La cuestión es ¿cómo lo sabes tú?

Nenita chasqueó los labios.

—Lo sé porque me lo contó una amiga mía que de vez en cuando trabaja allí, pero no hace de puta sino de criada, pero ella espera poder hacer de puta, es bastante guapa pero un poco cateta porque acaba de llegar a Nápoles desde Frattamaggiore. Yo le dije: No desesperes, porque lo importante es la pasión y tener un buen par de tetorras, y ella me dijo... ¡Está bien, está bien, sargento, no se me enfade! En fin, la

cuestión es que Peppe, el novio de Víbora desde que eran unos críos, estaba locamente enamorado de ella y le pidió que dejara el oficio y se casara con él. Pero ella no estaba segura. Cuando mi amiga estaba por ahí limpiando dijo: Si me caso con él, dispondré de casa propia y podré tener conmigo a mi hijo. Porque no sé si lo sabe, sargento, pero ella tiene un hijo... Ah, ya lo sabe. Bueno, la cuestión es que dijo: Pero si me caso con él, pierdo todo lo que tengo y que gano, y a lo mejor me cae en suerte un hombre que se emborracha o al que matan en una calle cualquiera. En fin, que la chica no estaba nada segura, y decía que quería pensárselo. Y cuando lo estaba pensando, la mataron.

—¿Tú la conocías, a Víbora?

—Solamente de vista, sargento. Era hermosísima, pero un tanto creída, en fin, que no era muy simpática. Las mujeres hermosas son así, se piensan que eso que ya sabe usted es la forma de mandar en el mundo, pero créame cuando le digo que se puede prescindir.

—No lo pongo en duda. Pero la propuesta de matrimonio, ¿cómo podía llevar al homicidio?

—Ah —explicó Nenita con cara de astucia—, eso nos lleva a la otra persona que nombró usted, a Lily, la otra puta. Aquí entra en juego su posición.

—¿En qué sentido?

—Debería saber usted, aunque probablemente ya lo sepa, que Víbora solo tenía dos clientes, pese a que un montón de gente iba al burdel a verla por pura curiosidad. Uno era Peppe la Fusta, que estaba muy celoso pero tenía que resignarse al oficio que hacía la chica, al menos hasta que se casara con él y se marchara del burdel. El otro, al que seguramente ya conocerá, era el caballero Ventrone, el comerciante de santos y vírgenes de la via Chiaia. Sabe cuál le digo, ¿no?

Maione hizo una mueca.

—Claro que lo sé, lo fui a buscar yo porque fue él quien descubrió el cadáver.

—Precisamente. Ahora tiene que saber que antes de que Víbora llegar al Paraíso, la puta preferida de Ventrone, que se gasta allí todo su dinero, era nada menos que Lily. Cuando alguien tiene el vicio de Ventrone, debe estar en sintonía con la puta para encontrarse a gusto, y Lily, que es una mujer fuerte y expeditiva, era perfecta para darle sus buenas palizas. Pero después llegó Víbora, hermosa y además inteligente, y se lo quitó. Aunque Lily, según le confió a mi amiga, no se había resignado y esperaba que Ventrone regresara con ella porque, todo sea dicho, ese hombre es un buen negocio.

A Maione se le iluminó la cara.

—No había pensado en ello. Por eso ella dijo que había encontrado el cadáver y no él.

El travesti batió palmas.

—¡Muy bien, sargento! En mi opinión, el verdadero motivo de la muerte de Víbora es la propuesta de matrimonio de Peppe la Fusta.

—¿Y por qué? Explícamelo.

—Fácil —respondió Nenita, tras acomodarse—. Si decidía decir que sí metía en un lío a *madame*, que se quedaba sin la principal atracción del burdel precisamente cuando más necesitada de dinero andaba; y también Ventrone se quedaba sin su puta preferida, y a lo mejor, fue tal la rabia de perderla que le vino un mal pensamiento. Pero si la chica decidía decir que no, entonces Peppe la Fusta, con lo celoso que era, a lo mejor perdió la cabeza y la mató; o Lily, que esperaba quitársela de encima de una vez por todas, no se resignaba a que la hubiesen dejado sin su mejor golosina.

Maione miró a Nenita con renovada admiración.

—¿De dónde has sacado esa capacidad de deducción? ¿Qué pretendes, quitarme el puesto?

Nenita estalló en carcajadas, tapándose la boca con la mano.

—¡Virgen santa, sargento, qué cosas dice, con lo que yo lo quiero a usted! ¡Para mí es como un abuelo, jamás le jugaría una mala pasada así!

—Conque abuelo, ¿eh? Ya verás tú cuando este abuelo te encierre en un calabozo y tire la llave. Si llegas a enterarte de algún dato interesante, me mandas llamar. Y tú mucho cuidado, ve por el buen camino, que te tengo vigilado.

El travesti se puso de pie para acompañar a la puerta a Maione.

—Sargento, yo iría por el buen camino, pero nunca he sabido por dónde se llega.

Como si siguiera las órdenes de un director teatral, el sol se abrió paso entre las nubes precisamente en el instante en que Livia bajaba del automóvil, ofreciéndose a la mirada de los transeúntes en todo su esplendor.

Ricciardi encogió la cabeza entre los hombros, dando la espalda a la mujer y esperando no ser visto; por su parte, Modo ni siquiera intentó sustraerse a las espléndidas curvas de la soprano.

—Perdona, Ricciardi, ¿pero esa maravilla de la naturaleza no es la viuda del tenor, ese que mataron hace justo un año?

El comisario no tuvo tiempo de hilvanar una respuesta, porque Livia se dirigió hacia la mesa que ocupaban. Acababa de apearse del automóvil y al menos tres hombres se le aproximaron desde distintos puntos de la plaza, impacientes por ofrecerle su compañía: aquel también era un efecto de la primavera.

La mujer vestía un traje chaqueta, con falda de lana ligera en dos tonos de gris que destacaba sus curvas, y blusa de seda azul con estampados en tonos frambuesa. Sobre el pelo corto lucía una boina de lana graciosamente ladeada hacia la derecha; un collar de perlas y unos pendientes de platino y diamantes completaban un atuendo de exquisita elegancia.

Aunque no era por la belleza de su ropa por lo que todos los presentes, hombres y mujeres, se fijaban en ella: su forma de moverse, de mirar a su alrededor tenía algo de felino, suscitaba atracción y temor a la vez. Se notaba enseguida que era una mujer capaz de decidir sobre lo que le ocurría con un mínimo margen de error.

Livia tardó un instante en reconocer la nuca de Ricciardi, por la sencilla razón de que lo buscaba. Lo buscaba siempre, donde fuera, en todos los lugares donde se encontrara en aquella ciudad, a la que se había trasladado expresamente.

Se acercó y dirigiéndose al doctor Modo dijo:

—¿Puedo molestarlo, doctor? Sé que no se acordará de mí, nos conocimos hace un año en trágicas circunstancias. Veo que tiene compañía y que conozco a su acompañante.

Modo se había puesto en pie de un salto, dejando caer la servilleta y el tenedor y sacudiendo la mesita.

—¿Cómo iba a olvidarla, señora? Es un inmenso placer volver a verla. Por favor, háganos el honor de sentarse con nosotros.

Ella se dirigió a Ricciardi.

—Si a su acompañante no le molesta, con mucho gusto lo haré. Quería almorzar.

El comisario se levantó haciendo un amago de reverencia.

—No creo que tenga yo voz ni voto, visto el entusiasmo del doctor. Por favor, Livia, siéntate. Me alegra verte.

El camarero atildado llegó planeando con una silla y Livia se sentó.

—¿En serio? No lo parece —dijo—. Pero prefiero creer en tus palabras más que

en la expresión de tu cara. Por otra parte, nuestro amigo Ricciardi no es de los que deja ver sus emociones, ¿no es así, doctor?

Sin ocultar su decepción, los tres aspirantes a acompañarla dirigieron sus atenciones a otros objetivos. Modo, que le hubiera dado la razón a Livia aunque hubiese dicho que el sol salía por el oeste, se apresuró a confirmar:

—No habría sabido expresarlo mejor, señora. No hay como Ricciardi si uno quiere sufrir. Precisamente decíamos que...

—... Que esta es, mejor dicho, era una comida de trabajo —interrumpió Ricciardi—. Hablábamos de un caso que investigamos en la jefatura y que el doctor Modo examinó ayer.

Livia agitó las largas pestañas.

—Ah, bien. Y no habrá nada malo en que una muchacha aburrída os escuche, ¿verdad?

Ricciardi hizo un gesto vago con la mano.

—No me parece oportuno. Son asuntos de trabajo y...

Modo no podía creer que él pudiera suscitar el interés de aquella mujer.

—En realidad se trata de un caso interesante, señora. El homicidio de una mujer hermosa.

Livia abrió la boca de par en par y se llevó una mano enguantada a la cara.

—¡Dios mío! ¿Y quién es la mujer a la que mataron? Esta mañana no he leído los diarios y...

Ricciardi fulminó a Modo con la mirada.

—Porque la investigación sigue en curso. El doctor me comentaba los resultados de la autopsia, pero se trata de algo de lo que no podemos hablar.

Livia miraba a Ricciardi pero se dirigió al médico.

—¿Lo ve, doctor? Ricciardi no solo me niega su compañía sino también una conversación normal. ¿Qué opina, por qué se comporta así?

—Señora, solo un loco podría negarle a usted algo, créame. Ya se lo cuento yo. Mataron a una prostituta en una casa de tolerancia muy conocida, no lejos de aquí, en la via Chiaia. Era una mujer célebre en su campo, conocida con el nombre de Víbora, como el personaje de la canción. —A media voz entonó—: Víbora..., víbora, en el brazo de la que hoy destruye todos mis sueños parecías un símbolo, el símbolo atroz de su maldad...

Livia lo miró fascinada.

—¡Qué bonita voz, doctor! He sido cantante lírica y sé juzgar la entonación. Canta usted muy bien.

Modo se ruborizó como un colegial.

—Muchas gracias. En fin, que a esta mujer la asfixiaron con una almohada y Ricciardi tiene que descubrir quién lo hizo. Por mi parte solo pude comprobar las causas de la muerte. Eso es todo. Ya habíamos comentado el asunto y estábamos comiendo.

La mujer se dirigió a Ricciardi.

—Un trabajo así puede hacer que se te pase el apetito, ¿no? ¿Tienes alguna idea de quién pudo haber sido?

Ricciardi negó con la cabeza.

—No, todavía no, la mataron ayer, aún es pronto. Estamos barajando varias pistas. Claro que una mujer como ella estaba rodeada de muchas pasiones, de emociones fuertes; resulta difícil determinar cuál de ellas pudo haber sido la más letal.

Modo se había puesto a masticar otra vez, tras pedir un tenedor limpio, con el que apuntó hacia el comisario.

—¿Se da cuenta? La culpa la tienen por fuerza las emociones. Nuestro Ricciardi podría prescindir de ellas, las borraría. De eso mismo hablábamos cuando usted llegó.

Livia no se sorprendió.

—Conozco las opiniones de Ricciardi sobre las emociones. Me consta que considera importante alejarlas de su vida. Tal vez tenga razón, los sentimientos pueden causar dolor, mucho dolor. Yo lo sé por experiencia; por desgracia, el saldo entre amor y sufrimiento es siempre pasivo. Pero creo que es imposible evitar el amor. ¿No le parece?

El comisario guardaba silencio, con la vista perdida en el vacío. Modo comprendió mucho más de lo que Livia acababa de decir.

—Tiene razón, señora. De la mañana a la noche, en el hospital veo a la gente luchar contra la enfermedad y la muerte solo por amor. Muchos vienen a pedirme con lágrimas en los ojos que salve la vida de su amor, porque de él depende su propia supervivencia. El amor puede destruir, es verdad, pero también puede salvar.

Ricciardi clavó la vista en su amigo. A sus espaldas el viejo suicida repetía sin cesar solo para oídos del comisario: «Nuestro café, amor mío; nuestro café, amor mío». El recuerdo del amor, reflexionó, le sobrevivió.

—Lo único que sé es que tal vez sin amor Maria Rosaria Cennamo, más conocida como Víbora, todavía estaría con vida. Y sentiría en su piel la primavera, en lugar del mármol de tu mesa de trabajo, Bruno. De todos modos, no es relevante lo que yo piense de los sentimientos, sí lo es encontrar a quien se sintió tan importante para quitarle la vida asfixiándola con una almohada.

Su tono fue duro y perentorio. Livia lanzó a Ricciardi una mirada de infinita tristeza, y pensó que hubiese hecho cualquier cosa, que estaba dispuesta a dar lo que fuese con tal de llevar un poco de amor a la vida de aquel hombre.

Tras un instante, para conducir la conversación por otros derroteros, Modo comentó:

—Da la impresión de que el tiempo quiere demostrar la locura del mes de marzo, ¿no cree? Ahora hace calor y esta mañana parecía que hubiese regresado el invierno.

Livia agradeció el intento del doctor.

—¿Qué hará usted por Pascua? Sé que en el San Carlo organizan una fiesta a la

que me gustaría asistir, pero no tengo acompañante.

—Por desgracia, mi querida señora —se lamentó Modo—, siento cierta aversión a las ocasiones mundanas. Incluso porque en estos tiempos que corren los espantapájaros con camisa negra también pululan en los lugares de cultura, aunque no posean ninguna, y ver los maravillosos suelos de nuestro teatro real pisoteados por esas feas botas le causaría una gran angustia a mi pobre corazón.

—Cuidado, Bruno —dijo Ricciardi, con feroz ironía—. Con las amistades que tiene, tal vez la señora Livia informe de tus palabras y te haga deportar.

Se arrepintió inmediatamente de lo que dijo nada más percatarse del silencio frío que siguió. Aquella ofensa inesperada y gratuita sacudió a Livia, que apretó los labios. Modo lo miró disgustado.

—A veces no te entiendo, Ricciardi. Hablo demasiado y no oculto mis ideas, es cierto. Pero no es menos cierto que cada cual puede tener los amigos que le apetezca.

Livia lo miró con simpatía.

—Mi querido doctor. Soy amiga de algunas personas que ocupan puestos políticos, es verdad. Pero puedo asegurarle que la política no anima nuestras conversaciones, y que mis conocimientos del tema son demasiado limitados para tener una opinión, y que jamás, bajo ningún concepto, sería capaz de algo tan horrible como una delación. No soy más que una mujer estúpida que ama las cosas bellas y la música lírica, y que, para su suerte, todavía cree que el amor no es una desgracia, pese a que tengo motivos válidos para pensar lo contrario. Si me disculpan, se me ha quitado el apetito. Buenos días.

Se levantó y sin poder contener las lágrimas de frustración, se dirigió hacia el coche junto al que el chófer la esperaba fumando.

Mortificado, Ricciardi hizo ademán de levantarse para retenerla, pero luego se dejó caer en la silla.

Modo lo observaba con expresión apenada: su amigo nunca le había inspirado una tristeza tan honda.

Por mirar hacia donde ellos se encontraban uno de los camareros tropezó con una alfombra y se le cayó la bandeja.



Maione se encontró en la jefatura con un Ricciardi de pésimo humor.

No se sorprendió especialmente, sabía hasta qué punto un crimen, sobre todo cometido contra una persona débil e indefensa como un niño, una mujer o un viejo, dejaba en el alma de su superior una herida profunda que sangraba durante días. En esta ocasión captaba una tristeza distinta, que parecía venir de más lejos, de un lugar más profundo.

Le refirió con detalle el encuentro con Nenita, incluidas las consideraciones del travesti sobre los posibles culpables y el móvil probable del homicidio.

—En fin, comisario, ¿se da usted cuenta? Así como si nada empezó a darme su opinión sobre quiénes pudieron haber sido los asesinos y por qué. Aunque la verdad no expresó una opinión.

Ricciardi reflexionaba.

—Interesante lectura de la situación. Prácticamente la respuesta de Víbora a la propuesta de Coppola era determinante. Pero el punto es otro: ¿la muchacha había o no había dado esa respuesta? Más allá de la decisión, lo que debemos descubrir es qué dijo y a quién se lo dijo.

Maione agitó la mano ante sí.

—Si yo tuviera que expresar no digo una opinión ni una sensación, sino un deseo, me gustaría que hubiese sido el comerciante de santos y vírgenes. Desde el primer momento me dio asco, y saber que su capricho era la violencia lo convierte aún más en sospechoso. Quien usa la violencia como juego, tarde o temprano acaba tomándosela en serio, comisario.

Ricciardi se levantó y se asomó a la ventana; la tarde tocaba a su fin y se había librado definitivamente de la lluvia, pero el cielo seguía cubierto. El tráfico era escaso y titubeante, y los pocos transeúntes pasaban con sus paraguas cerrados.

—Primavera. El tiempo cambia cada cinco minutos. Cuando las cosas varían sin cesar, ¿cómo prever o programar nada?

Maione esperó en silencio sin saber adónde quería ir a parar el comisario.

Ricciardi se volvió hacia su subordinado.

—Todavía nos falta algún elemento. Me gustaría ver cara a cara al hijo de Ventrone, por ejemplo. Por lo que parece la tenía tomada con su padre, en consecuencia, también con la chica por la relación que mantenía con el viejo. No es demasiado tarde, la tienda seguirá abierta. Vayamos a echar un vistazo.

Fuera de la oficina se cruzaron con el subjefe de policía Angelo Garzo, superior directo de Ricciardi, que subía las escaleras silbando mientras se dirigía a su despacho de la planta superior.

—Ah, Ricciardi y Maione. ¿Qué tal vamos? ¿Qué hacen aquí?

Maione pensó que el hombre le resultaba más insoportable cuando estaba alegre que cuando estaba furioso. Un burócrata arribista e inútil, que lo único que sabía era

cuidarse el bigote y lamerle el culo a los poderosos, reflexionó el sargento, y poner palos en las ruedas a cuantos trataban de trabajar en serio.

—Muy poco, me temo —contestó Ricciardi—. Investigamos el homicidio de la via Chiaia, una muchacha que...

—Ah, sí —lo interrumpió Garzo—, me he enterado, una puta, ¿no? Hermosísima..., me lo contaron, claro está. Y además famosa, ¿cómo la llamaban? Áspid, me parece..., no, Víbora, eso es, Víbora. Conozco el establecimiento, me hablaron de él, El Paraíso. Ahora que lo pienso, ayer en casa del barón Santangelo alguien se quejaba de que lo cerraron justamente después del homicidio, y prometí comprobarlo. ¿Cómo tenemos la situación?

Maione observó a Ricciardi; cuando hablaba con el subjefe de policía, aunque no dijera nada ofensivo, se le notaba el menosprecio en el menor gesto, desde la expresión de la cara hasta la postura. Garzo no se daba cuenta, pensó el sargento, simplemente porque era muy estúpido y engreído.

—Tuvimos que llevar a cabo las investigaciones necesarias, dottore Garzo. Como ya sabe, debíamos estar seguros de haber reunido todos los datos. El tiempo necesario para una inspección, luego intervinieron el forense y el fotógrafo. Respetamos los procedimientos.

Como siempre que hablaba con Ricciardi, Garzo empezó a sentirse incómodo. Aquel individuo de aspecto mordaz y extraños ojos verdes nunca le había caído bien, tampoco le gustaba los comentarios que oía sobre él: un hombre sin vicios, sin vida social. Y además, jamás decía un «sí, señor». Claro que resolvía los casos, de modo que debía incentivarlo adecuadamente; pero había veces en que no se enteraba de cuándo debía obedecer.

—Vamos, Ricciardi, se trataba de una puta, ¿no? Son mujeres que viven en el pecado, por lo tanto, también en la violencia. Ellas solas se buscan estas situaciones. Por descontado que debemos investigar, pero no es que haya muerto una persona respetable. En fin, ¿ya está abierto el burdel?

—Todavía no, dottore. Podrá reabrir a partir de mañana, ya he dado permiso.

Garzo se mostró satisfecho.

—Bien, así podré decirle al viejo sátiro de Santangelo que me encargué de que El Paraíso reabriese. Gracias, Ricciardi, y le pido por favor, discreción. Siempre la máxima discreción.

¿A qué viene eso?, pensó Maione. Después, mientras bajaban las escaleras, añadió a media voz:

—Menudo cabronazo el subjefe de policía que nos ha tocado en suerte.

Ricciardi no dio muestras de haberlo oído.

Mientras se dirigía a la tienda de Ventrone por la via Toledo y la via Chiaia, Ricciardi iba pensando que la semana que precede la Pascua era el momento más raro del año. De un lado imperaban el recogimiento y la oración en conmemoración del sufrimiento de Cristo propio de los católicos más observantes, que contemplaban el

doloroso final del paso por la tierra del hijo de Dios como una ocasión de penitencia y mayor rigor; por otro lado estaban los vividores agnósticos, que soportaban mal las restricciones y buscaban obsesivamente la manera más o menos clandestina de divertirse, como era su costumbre, en los numerosos burdeles y garitos ocultos en los mil callejones de la ciudad.

Y en medio estaban todos los demás, es decir, la gran mayoría de la población, suspendida entre el rito de la Pasión y los preparativos de la fiesta, con todas las tradiciones gastronómicas que comportaba.

Pasaron enfrente de El Paraíso, todavía cerrado; pero en el portoncito entrevieron a Marietta, la portera, mientras informaba a dos hombres que asentían contentos.

El acordeonista ciego con vista de lince tocaba una polka a pleno rendimiento, para gran satisfacción de un grupo de granujillas que bailaban.

Un cura gordo, con sus paramentos sacerdotales, seguido de dos monaguillos, se afanaba de puerta en puerta, en el provechoso rito de la bendición de casas; uno de los niños intentaba seguirle el ritmo, obligado a transportar en equilibrio el recipiente con el agua bendita y el hisopo; el otro, que avanzaba con mayor agilidad porque solo llevaba la bolsa de tela con las ofrendas, se burlaba de él.

En muchas ventanas las mujeres, sacudidor en mano, aporreaban abrigos y sobretodos antes de guardarlos definitivamente, o al menos eso confiaban hacer cuando acabara el tiempo inestable.

Desde algunos balcones llegaba el lamento inocente de los corderos y los cabritos lechales, cuyo sacrificio se produciría al cabo de unas horas entre las lágrimas tibias de los niños, que en un mes se habían encariñado con los animalitos tiernos e ignorantes de su destino; en los mismos balcones se oían el aleteo y el bello y desesperado canto de los pájaros comprados en la feria de San José.

La vida continúa, pensaba Ricciardi. La vida no se detiene. Excepto para ti, Víbora, o para ti, viejo suicida enamorado que sigues delante del Gambrinus. Y para muchos otros como vosotros, cuya extrema pasión sigue aleteando en el aire, entonando solo para mí su triste canción.

La galardonada empresa Ventrone e hijo funcionaba en una preciosa tienda con tres escaparates, justo al final de la via Chiaia.

Los demás establecimientos especializados se habían concentrado en las calles adyacentes al palacio del Obispo, en la glorieta Donnaregina, por la zona de la catedral; pero el abuelo de Ventrone había intuido que el mayor número de capillas privadas se encontraba en el interior de los palacetes nobles del barrio más rico de la ciudad, y había decidido abrir precisamente allí. La idea había sido un acierto, y tres generaciones de Ventrone habían prosperado gracias a las conciencias de los cabezas de familias nobles que compensaban con una nueva estatua o un exvoto la necesidad de autoabsolución por una riqueza que, con demasiada frecuencia, se mostraba indiferente al sufrimiento del prójimo.

Ricciardi y el sargento se detuvieron a observar los objetos expuestos en los escaparates. En uno de ellos, un Cristo crucificado de casi dos metros de alto dominaba en el centro, y colgados del techo lo rodeaba una bandada de ángeles de caras afligidas. La expresión del hombre era de inmenso sufrimiento y sacrificio. En las demás exposiciones, las estatuas de santos se alternaban con diversas representaciones de la Virgen, retratada con manto azul y corona en la cabeza, y muchos exvotos de plata que hacían referencia a todos los dramas humanos por los que se podía solicitar la intercesión divina, incluidas las penas de amor por las que se ofrecía un corazón traspasado por una o más espadas.

Los dos policías entraron y se encontraron en un amplio ambiente donde se exhibían centenares de objetos relacionados con la religión católica, incluida la inquietante presencia de muchas estatuas de tamaño natural cuyos ojos dolientes, severos y suplicantes se clavaron en ellos. En un gesto irracional, Maione se quitó el sombrero y se persignó.

Un muchacho muy flaco y alto, con traje oscuro, atendía a una anciana que lucía un sombrero rematado por una larga pluma negra. Con aire compungido y voz embaucadora, le decía:

—Sin duda, duquesa, su pobre marido, que como recordará usted era un fiel cliente, lo agradecerá muchísimo. En una capilla aristocrática como la suya, tan amplia y elegante, un ángel con candelabro de cuatro brazos es un adorno magnífico. Le aseguro que, desde el otro mundo, no podrá enviarle más que un montón de bendiciones.

La duquesa levantó una mano temblorosa y enguantada, la posó en la mejilla del muchacho que amagó una reverencia, y dijo:

—Eres un muchacho diligente, Augusto. Tu pobre madre estaría orgullosa de ti. Te mereces mucho, verás que todo volverá a su cauce ahora que..., tú ya me entiendes.

Ricciardi notó un súbito rubor en la cara de Augusto, que esbozó una sonrisa

tensa y besó la mano de la vieja, tras lo cual esta se marchó.

Cuando se quedaron solos, se acercó a los dos policías.

—Buenas tardes, señores. ¿En qué puedo servirlos?

—Buenas tardes —contestó Maione—, el señor Ventrone hijo, ¿verdad? Soy el sargento Maione y este es el comisario Ricciardi, de la brigada móvil. Hemos venido a hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

El joven se puso tenso.

—¿A mí? Tal vez buscan a mi padre, pero no está. No se ha sentido bien últimamente. Si quieren, puedo avisarle y traerlo aquí cuando ustedes prefieran.

Ricciardi dio un paso al frente.

—No, no buscamos a su padre. Al menos por el momento. Queríamos hablar con usted, si puede dedicarnos unos minutos.

Ventrone analizó rápidamente sus circunstancias, y comprendió que no tenía manera de evitar la confrontación. Comprobó que la calle estaba casi desierta y la tienda vacía.

—De acuerdo. Pero si entra algún cliente, deberán disculparme.

Ricciardi comprendió que se encontraba frente a un muchacho reflexivo e inteligente.

—No se preocupe. ¿Cómo es que está solo? Su padre...

Augusto lo miró fijamente.

—Mi padre, como bien sabrá, ha sufrido una fuerte impresión. Y ciertamente no ayudó en nada que lo llevaran a la jefatura a primera hora de la mañana como un delincuente de baja estofa. Además, hace ya varios meses que no podemos permitirnos tener un dependiente en la tienda, en la fábrica contamos con demasiados obreros aunque, de todos modos, nuestros clientes deben ser atendidos con el esmero adecuado. Prefiero ocuparme yo mismo.

Ricciardi se encogió de hombros.

—En vista de que habla usted con tanta libertad, no olvide que su padre encontró un cadáver. Debería habernos informado de inmediato sobre el particular, pero no lo hizo. Ir a buscarlo con discreción fue una deferencia, créame. El hecho de que ahora estemos aquí y no en mi despacho es en consideración a su buen nombre.

El muchacho acusó el golpe, pestañeando varias veces.

—Sí, por descontado. Se lo agradezco. Se hará usted cargo de que nuestro establecimiento es... peculiar... y exige buena fama y discreción. Dígame, ¿en qué le puedo ser útil?

Por fin, pensó Maione, antes de colaborar la gente siempre necesita que la sacudan un poco.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó Ricciardi—. Supongo que en la época de Pascua el negocio prospera.

Augusto hizo una mueca.

—Diría que no. Se nota la crisis, y los santos también se han convertido en algo

de lo que en las casas pueden prescindir. Las familias pudientes escasean cada vez más, los grandes apartamentos se dividen y se alquilan, y las que compran son las capillas. Las ofertas mermaron, y para colmo los párrocos prefieren utilizar paramentos y estolas hasta que se deshilachan antes de comprarlos nuevos.

Ricciardi fingió sorprenderse.

—¡Habrase visto! Y yo que estaba convencido de que su padre disponía de mucho dinero.

El muchacho captó la indirecta y se puso rojo de vergüenza. Pero su voz no dejó traslucir demasiado su emoción.

—No he dicho que estuviéramos arruinados. Hace ya tres años iniciamos una producción... llamémosla paralela que nos está dando muchas satisfacciones, confeccionamos banderas, estandartes, gonfalones y banderolas para regimientos y brigadas. En este momento hay una gran demanda, y así compensamos la caída en el mercado religioso.

—De manera que los militares y la guerra sostienen a la iglesia —subrayó Maione—. Esto debería oírlo el doctor, la de cosas que soltaría por esa boca.

—¿Perdone? —dijo Ventrone.

Ricciardi lanzó una mirada al sargento.

—Nada, cuestiones administrativas. De manera que cuando su padre no está, usted es el único que se ocupa de la tienda.

—Por desgracia sí. Estoy aquí la mayor parte del tiempo.

—Por eso no dispone de mucho tiempo libre.

Ventrone suspiró.

—No mucho. A veces, cuando tengo que ir al retrete no me queda más remedio que cerrar un momento la puerta con llave y dejar la tienda. No vivimos muy lejos de aquí, nuestra casa está en mitad de la via Filangieri, no suelo tardar demasiado, máximo media hora.

—¿Y hay ocasiones en que necesita a su padre? —preguntó Ricciardi.

—Puede ocurrir. Por desgracia, solo él tiene firma para retirar la mercancía de los proveedores.

—Comprendo. En fin, que entonces debe ir a buscarlo.

—Sí —murmuró el muchacho—. Debo ir a buscarlo. Lo bueno es que sé dónde está. Al menos hasta ahora.

El tono, frío y cortante, hizo que Ricciardi estuviera alerta.

—¿Por qué dice usted hasta ahora?

—Hablemos claro, comisario —respondió el muchacho, irritado—. Mi padre estaba obsesionado con esa mujer. No podía prescindir de ella. Sería inútil negarlo y daría a entender que quiero darle una protección que no necesita. Fue un error que huyera cuando la encontró, y se lo dije. Pero él no la mató, nunca lo habría hecho. Quizá con el tiempo lo habría convencido de lo absurdo de esa relación.

Siguió un silencio incómodo tras el cual Ricciardi dijo:

—¿Y ahora?

—Y ahora, espero que se haya terminado de veras. Siempre frecuentó ese lugar, e imagino que seguirá haciéndolo, aunque de forma menos asidua. Con eso me conformaría. No es solo una cuestión de nombre, sabe, sino también de dinero. No se puede usted imaginar cuánto le daba a esa mujer.

Ricciardi observaba al muchacho.

—Usted la odiaba, ¿verdad?

Augusto se puso triste.

—No la odiaba, eso no. Aunque no voy a negarle que me siento aliviado, por el destino de nuestra familia, por el hecho de que... de que ya no esté. Verá, tengo una amistad. Se trata de la sobrina de la duquesa Ribaldini, la señora que han visto salir hace un momento. No estamos prometidos, aunque espero que un día..., en fin, que si lo de mi padre hubiese continuado, no habría podido soñar siquiera con casarme. De modo que sí, me alegro de que haya terminado, aunque hubiera preferido que fuese de otra manera.

Ricciardi pensaba en la fuerza del amor y del dinero.

—Cuando se enteró del crimen —dijo—, ¿dónde estaba usted? ¿Y cómo lo informaron?

Ventrone frunció el ceño.

—No entiendo su pregunta, comisario. Y no me gusta. Yo estaba aquí, en la tienda, donde estoy siempre, como acabo de decirle. Y me enteré por la única persona que habría podido decírmelo, mi padre, que se presentó aquí pálido como un muerto.

—Comprendo. Por ahora no necesitamos más datos, señor Ventrone. Disculpe la molestia y que disfrute de lo que queda del día.

\* \* \*

Cuando estuvieron en la calle se percataron de que casi todas las tiendas estaban cerradas.

—Aquí tenemos a otro que, si la pobre Víbora hubiese dicho que no a Coppola, habría contado con un buen motivo para matarla —comentó Maione—. Su padre, además de arruinar la empresa, estaba quitándole al muchacho las esperanzas de una buena boda.

Ricciardi caminaba con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, mientras el viento le despeinaba el mechón de cabello sobre la frente.

—En efecto. Y como iba a buscar a su padre al Paraíso con frecuencia, tal vez nadie hubiese notado su presencia allí. Parece increíble, pero cada vez que hablamos con alguien encontramos nuevos móviles para este homicidio.

—Tal cual, comisario. ¿Y ahora qué hacemos?

Ricciardi cambió de acera para evitar al suicida del Gambrinus, y Maione iba tan pensativo que lo siguió mecánicamente.

—Mañana daremos una vuelta por el Vomero. Iremos a visitar a la familia de la fallecida, y a ver la empresa de Coppola más de cerca. A estas alturas me parece que son los únicos elementos que nos queda por comprobar, ¿no?

Maione suspiró.

—Así es, y ojalá que no llueva, este tiempo loco hace lo que le viene en gana. Si me ensucio otra vez las botas, mi mujer me pega un tiro con el revólver de servicio, así por lo menos lo usa alguien. Buenas noches, comisario.



Ricciardi caminaba con el viento de cara y reflexionaba sobre cómo la leve pendiente de la calle que recorría para volver a su casa daba la impresión de cambiar siempre, un día era una bajada ágil y al día siguiente una cuesta empinada y abrupta, como una montaña por escalar.

Visto en perspectiva, el destino de Víbora, el final de una vida tan joven, parecía ahora casi marcado. Cuanto más avanzaba la investigación, resultaba más evidente que la propuesta de matrimonio de Coppola, en apariencia un regalo de la suerte, en realidad habría tenido el efecto de una condena.

Como de costumbre, ante una muerte provocada por otro, Ricciardi pensaba en el hambre y el amor, antiguos enemigos que se aliaban haciéndose sombra, proporcionándose coartadas, ocultándose entre ellos y confundiendo las ideas de quienes hurgaban en busca del culpable.

El amor, sus múltiples perversiones y las pasiones hijas del contagio que lo convertían en la peor de las enfermedades: Coppola ante un rechazo, Ventrone ante un posible adiós. Pero también el apego de Lily por el comerciante, y la esperanza de Augusto de labrarse un futuro. El hambre, el interés, las deudas y la necesidad ciega y desesperada de dinero: *madame* Yvonne, su hijo jugador y la perspectiva de perder a la mejor yegua de la cuadra; y Lily, que tal vez lo único que quería era que Ventrone le diera el mismo dinero que le garantizaba a Víbora. Y a saber quién más se ocultaba en las sombras.

A veces, pensaba el comisario, sería mejor no ver. Sería mejor fingir estar ciego, como el músico mendigo sentado en la esquina de El Paraíso.

El Paraíso, suprema ironía. Un lugar habitado por las pasiones del infierno, con el nombre del Edén. Aunque tal vez sea un acierto, reflexionó. Quizá el paraíso y el infierno existen expresamente para intercambiar sus papeles y fingir que son la perfecta morada de cada uno.

«La fusta», había dicho Víbora a modo de imagen, susurrando al oído de la maldición que perseguía a Ricciardi. «Ay, mi fusta». ¿Una forma cariñosa de referirse a su antiguo enamorado, al que tal vez demostraba su pena por haberlo rechazado? ¿O acaso la búsqueda última de un instrumento para defenderse y escapar a la furia ciega de Ventrone?

\* \* \*

Rosa se había pasado toda la tarde dándole a Enrica una lección magistral sobre el ragú al estilo de Cilento.

Había empezado así:

—Señorita, ¿sabe preparar el ragú napolitano? ¿Sí? Pues olvídalo ahora mismo.

Borre todo lo que sabe, esta es una receta diferente, y si quiere intentar hacerla, debe imaginársela como una forma de decir: «Te quiero»; al prepararla estará provocando una expresión, su hombre debe exclamar: ¡Mmmmm!, y después debe mirarla sonriendo. Los hombres de Cilento son de pocas palabras, tiene que conformarse con esa sonrisa. ¿Lo ha entendido bien?

A Enrica, Rosa le producía ternura y al mismo tiempo un poco de temor, verla así con la cucharita de madera en la mano como el director de orquesta sostiene la batuta. El utensilio temblaba un poco empuñado por la mano titubeante que, no obstante, se movía con la extraordinaria seguridad que le daba a la mujer lo que estaba haciendo.

Enrica había escuchado la historia del ragú: los ojos y las palabras habían dispuesto en la olla carne de capón con hueso, y no de cordero, unos filetes de cerdo estirados en la tabla de picar sobre los que debían distribuirse unos trozos de queso *caciocavallo* y jamón, perejil («¡Con su tallo!», había recomendado Rosa, decidida), pasas de uva, sal, pimienta y ajo, que había que enrollar, atar con bramante y luego dorar unos minutos en una sartén con un poco de cebolla.

—¡Señorita, no vaya usted a pensar que este es el segundo plato! Después viene el cabrito.

Al llegar a ese punto se había interrumpido para mirar fijamente a la muchacha, las gafas con montura de carey, un rizo rebelde escapado del pasador detrás de la oreja, las mejillas encendidas por el calor del fuego; y por primera vez había intuido la fascinación de la joven, la gracia silenciosa y submarina que había hechizado a su señorito desde el otro lado del cristal de la ventana. Después Rosa había recogido cuanto había preparado para guardarlo en el aparador y le había dicho:

—Ahora le toca a usted. Veamos si ha entendido lo que debe hacer.

Una expresión de terror se apoderó del rostro de Enrica.

—Pero señora, ¿yo? No sé hacerlo como usted. Yo cocino de una forma distinta, la verdad es que... no me veo capaz.

Rosa se enterneció.

—Piensa demasiado, señorita. En lugar de pensar, ame. No pierda el tiempo. Además, estoy cansada, me duelen las piernas, mire, me siento aquí. Y no diré nada. Los ingredientes están todos en la nevera y la despensa, cocine sin pensar. Cocine con el corazón.

Dicho lo cual se sentó.

Y Enrica se puso a preparar la comida de Pascua para Ricciardi.

\* \* \*

Cuando se disponía a enfilear el último tramo del trayecto, Ricciardi se dio cuenta de que se dedicaba a pensar en Víbora para evitar otra imagen que le producía una profunda inquietud, la imagen de Livia que lo miraba herida, tratando desesperadamente de contener las lágrimas.

En ciertos aspectos las dos figuras, la de la prostituta que le hablaba a su galán entre murmullos y la mujer que, turbada, apretaba los labios sentada a la mesa del Gambrinus, le inspiraban la misma pena: eran algo roto, inútilmente herido.

Se había comportado como un auténtico cabrón, pensó. No sabía cómo ni por qué se le había ocurrido aquella maldad inoportuna y, sobre todo, por qué había acabado soltándola y abofeteando moralmente a una persona cuya única culpa era quererlo.

Analizó lo que sentía por Livia. No podía negar que lo atraía de un modo que tenía poco de mental y sentimental. Ella era la piel, el llamado animal del vientre y la sangre; la belleza, la gracia de Livia lo sacaban del cuarto silencioso en el que se había encerrado de niño, cuando comprendió cuál era la condena que lo hacía distinto de los demás, y lo conducían al centro mismo del torbellino de la pasión. Precisamente lo que lo aterrorizaba.

¿Y Enrica? Ella también lo llamaba para que saliera de aquel cuarto; ella era la dulzura, el encanto tal vez ilusorio de una vida normal, hecha de cosas pequeñas y dulces, de caricias, de acuerdos sencillos y maravillosos.

Quizá ambas lo amaban. Cada cual a su manera. ¿Y él? ¿Qué sentía él, bajo el velo del miedo que lo envolvía, sin atreverse a mirar al amor de frente?

Vio otra vez la cara de Livia, preciosa y dolida, mientras se mordía el labio para reprimir el llanto, la boina de lana graciosamente inclinada hacia la derecha sobre el cabello corto. Entretanto, alrededor de ella el mundo se detenía, y él escuchaba el latido de su propio corazón y la voz del suicida que repetía: «Nuestro café, amor mío; nuestro café, amor mío».

Aminoró la marcha y se detuvo, a un centenar de metros de su casa.

\* \* \*

Enrica pensó: Ámame.

Mientras sus manos, con tranquila determinación, estiraban los filetes de ternera sobre la tabla de picar, y los dedos esparcían una pizca de sal.

Ámame.

Rosa, sentada a un metro de distancia, le había dicho: con el corazón, no con la cabeza. Y ella había abandonado la cocina, su tiempo y el mundo, y había ido en busca de su amor para hablarle con la voz del sentimiento cada vez más grande que le llenaba el alma con el coraje que le faltaba.

Ámame.

Mientras las manos desmenuzaban con cuidado los trozos de *caciocavallo*, el queso curado típico de la tierra donde se había criado su amor.

Dame la vida que quiero, le decía; dame una casa nuestra, que no se parezca a la mía ni a la tuya, que conozca los espacios de nuestros movimientos y de nuestro estar.

Dame las paredes y los cuartos, que yo te daré las cortinas y las alfombras. Llenemos juntos nuestros recuerdos, aportemos las cosas que guardamos cuando nos

esperábamos sin saberlo, y las nuevas que buscaremos juntos, que cada una de ellas, un marco, un florero, una silla, nos recuerden durante toda la vida el instante en que la elegimos, mirándonos en silencio.

Ámame.

Mientras las manos acariciaban el jamón, buscando los fragmentos con la justa proporción de grasa y carne, de alimento y sabor.

Ámame.

Porque yo soy la que dará paz a tu dolor, sea el que fuere, desde cualquier rincón oscuro y lejano que nos depare el tiempo. Yo soy la que contemplará tu dormir agitado y te acariciará la frente en silencio hasta que se borre esa arruga y la respiración se vuelva regular.

Mientras las manos limpiaban con esmero los *malevizzi*, pequeños tordos tiernos capturados en las ramas de los olivos entre los que jugaba su amor cuando era niño.

Ámame.

Y dame dos hijos, para que no estén solos toda la vida. Que tengan tus ojos, esos maravillosos ojos del color del mar sobre las rocas en un día soleado, pero sin dolor. Que tengan tus manos finas y delicadas, y mi serenidad, y mi fe en el futuro. Que tengan tu sensibilidad y mi dulzura. Que tengan tu agudeza y mi actitud abierta ante el mundo.

Ámame.

Mientras las manos colocaban una hoja de laurel, envolvían los *malevizzi* en una fina loncha de tocino y los cubrían con una salsa de aceite de oliva, zumo de limón y vinagre blanco preparada de antemano.

Porque yo soy la que cuida de tu felicidad. La que luchará por tu felicidad.

Ámame.

Rosa, que fingía descansar, sonrió.

\* \* \*

Ricciardi esperó en un portón hasta que vio a Enrica salir de su casa. Solo cuando ella, un poco triste tras echar un vistazo a su alrededor, hubo entrado en el edificio donde vivía y cerrado la puerta, se movió.

Cuando se disponían a salir hacia el Vomero, donde residía la familia de Víbora, Ricciardi y Maione recibieron la visita inesperada de Vincenzo Ventrone.

Por su actitud y su semblante, el hombre no guardaba ningún parecido con el individuo osado y agresivo de la mañana anterior. Sostenía entre las manos el ala del sombrero y le daba vueltas con nerviosismo. La cara pálida y febril lucía los signos de dos noches insomnes. El bigote colgaba inerte alrededor de los labios exangües.

—Me enteré de que anoche pasaron ustedes por la tienda. Lamento no haber estado, pero me siento bastante cansado y en estos días prefiero no dejarme ver por mis clientes. Por lo demás, mi hijo, al que conocieron, está más que preparado para llevar adelante el negocio. A decir verdad, a veces pienso que si yo no estuviera sería mejor.

Pese a la antipatía instintiva que le había provocado el hombre, Maione se apiadó de él.

—Un muchacho cabal, su hijo. Puede estar tranquilo.

—Sí. Es una suerte tenerlo a él. Verá, he estado pensando mucho. Sé que desde su punto de vista yo..., en fin, que podría haberla matado yo. Pero no lo hice, ya lo verá, confío en ustedes. Pero no he venido por eso.

Ricciardi y Maione esperaron a que el comerciante se armara de valor y continuara. Parecía realmente trastornado.

—Ella... Víbora... Ni siquiera sé cómo describir qué tipo de mujer era. Uno va a esos lugares por curiosidad y para divertirse. Para no pensar. Después uno descubre que está comprando tiempo. Es el único lugar donde el tiempo se compra, y donde también se compra el tiempo de una persona para que te escuche. Y así uno empieza a hablar. A veces un minuto, a veces cinco. Y al final uno acaba yendo solo para hablar.

Era evidente que hacía un esfuerzo; debía de ser difícil expresar lo que sentía, allí en la jefatura, delante de dos policías.

—No me sorprenderé si no me creen, pero para mí ha sido una pérdida. No quiero decir que se tratara de una persona querida, como ustedes saben, tengo un hijo. Pero Víbora..., Maria Rosaria era una amiga. Una querida amiga.

—¿Y cómo es que viene a decirnos todas estas cosas a nosotros? —intervino Maione en voz baja, circunspecto.

—Tiene razón. ¿Por qué vengo a decírselas a ustedes?

La pregunta que se hizo a sí mismo cayó en el silencio.

—*Madame Yvonne* —dijo luego— me explicó ayer que el doctor..., en fin, que ya terminaron con el cadáver, y que se puede proceder con el entierro. ¿Es así, verdad?

Ricciardi contestó vagamente.

—Imagino que sí. El forense terminó con la autopsia, me lo dijo ayer, de modo

que supongo que sí se puede.

Ventrone asintió.

—Como usted sabe, trabajo con religiosos, de modo que tengo amigos que pueden explicarme las cosas. El ritual niega la sepultura religiosa a algunas categorías: a los masones y a los miembros de sectas heréticas, a los suicidas, a quienes mueren en duelos, a los pecadores públicos y manifiestos. Por desgracia, Víbora entra en esta última categoría.

—Verá, Ventrone —lo interrumpió Ricciardi—, no sé exactamente en qué podemos...

El comerciante levantó la mano y dijo:

—Por favor, no me interrumpa, que ya bastante difícil me resulta. Anoche no pegué ojo; en un momento dado me quedé traspuesto y vi a Víbora como era cuando... cuando la vi por última vez. Y en el sueño me habló, me pidió que la enterrara cristianamente. Así lo dijo, cristianamente. Y comprendí que debo hacer algo por ella, para que no la echen en una fosa, quién sabe dónde. —Y tras suspirar, continuó diciendo—: Mañana es Jueves Santo, el comienzo del triduo pascual. Queda descartado un cortejo fúnebre normal, los así llamados biempensantes protestarían. Ya hablé con algunos amigos con los que tengo relaciones de trabajo desde hace años, y que me deben, entre otras cosas, algún dinero. Una confraternidad, una cofradía que está dispuesta a recibir los restos mortales en una capilla colectiva, pero con su nombre, cristianamente. —Repitió el adverbio como si fuese una palabrota—. El funeral debe celebrarse por la mañana, muy temprano, para pasar inadvertido. Participarán, quieren participar las chicas que trabajaban con ella, que eran su familia. Y *madame*, naturalmente. Yo correré con todos los gastos, ya he dispuesto todo lo necesario, pero no podré estar presente, tengo ciertos deberes para con mi hijo, mi empresa y la memoria de mi esposa. No podré estar presente. Pero se lo debo a ella, le debo que la entierren como ella quería. Es una cuestión de misericordia y humanidad.

Dio la impresión de que fuera a echarse a llorar. Maione y Ricciardi se miraron sin encontrar las palabras. Cuando Ventrone recobró la compostura, añadió:

—Al llegar al cementerio será recibida por los hombres de la cofradía que se ocuparán del resto. Habrá incluso un cura, que permanecerá dentro de la capilla para no ser visto y dará su bendición. A él también le pagué. Bastó con pagar y ya. Siempre basta con pagar. —La amargura del hombre se palpaba en su voz—. Sin embargo, me explicaron que para el movimiento anómalo de las chicas, así todas juntas, es necesaria la autorización de la jefatura. Se trata de prostitutas, y el hecho de que bajen a la calle podría constituir una incitación. Pero nosotros sabemos que no es así, ¿verdad? Solo se trata de unas amigas que acompañan a una mujer en su último viaje. Se lo ruego, comisario, le ruego como nunca he rogado a nadie. Haga lo posible para que no esté sola en ese camino. Era una mujer que nunca hizo daño a nadie en su vida demasiado breve. No se lo merece.

—No tema, Ventrone —dijo Ricciardi, tras reflexionar—. Estaré presente. Nadie detendrá el cortejo fúnebre de Víbora.

\* \* \*

Mientras iban hacia la terminal del tranvía en el que viajarían al Vomero, Maione dijo:

—Comisario, ¿estamos seguros de que es una buena idea? Digo, participar en el cortejo fúnebre de una puta. De acuerdo, no negaré que muchas son buenas chicas, pero putas al fin. ¿Y si alguien lo viera y luego le fuera con el cuento al imbécil de Garzo? Solo nos falta ahora que después aprovechen para acusarlo, precisamente a usted, de visitante de burdeles.

Ricciardi caminaba con las manos en los bolsillos, los ojos clavados al frente.

—Lo que dijo Ventrone me impactó, ¿sabes? Estamos investigando a todos los demás, todos los que pudieron haber matado a la chica, pero no sabemos nada de ella. ¿Qué esperaba de la vida? ¿Qué había decidido sobre la propuesta de Coppola? Y el propio Coppola, ¿quién era y qué quería de verdad de la muchacha? Por eso vamos al pueblo donde se criaron, para comprender quién fue Maria Rosaria Cennamo, antes de convertirse en Víbora.

Maione no estaba convencido.

—Perdóneme, comisario, pero sigo sin entender qué tiene que ver el cortejo de las siete de la mañana y por qué usted tiene que estar presente.

Ricciardi hizo una mueca.

—Como bien sabes, Raffaele, no hay nada como un funeral para comprender quién fue una persona. Las caras de quienes asistirán y los nombres de quienes no lo harán me dirán algo interesante. O al menos eso espero.

Llegaron a la piazza Dante, desde donde partían los tranvías hacia los principales destinos.

A pesar de que no era tarde, el amplio espacio se fue llenando de personas con distintos rumbos, inspiradas quizá por el día que, contrariamente al anterior, se presentaba cálido y luminoso. Había estudiantes universitarios y graciosas señoritas que se disponían a tomar el tranvía número 2, con destino a las discretas calles en dirección al mar del cabo de Posillipo donde poder conversar y besarse sin ser vistos; vendedores de lácteos y cazuelas que cargaban su mercancía en el número 6, con rumbo al mercado de la Torretta; granujillas que se preparaban a colgarse de la parte posterior del número 11, hacia Portici y las oscuras playas de aquella zona.

—Comisario, podemos elegir entre dos opciones —dijo Maione ya preparado—, tomamos el siete rojo, que nos lleva a Antignano y sube por la Infrascata, o el nueve que va a la Arenella por la via della Salute, pero después habrá que andar un rato. ¿Qué me dice, cuál quiere tomar?

Ricciardi se encogió de hombros.

—El que salga primero, pregunta a los conductores. No conozco la zona, así que no sabría decirte. Más bien infórmate de los horarios de regreso, no me gustaría perder todo el día.

—Comisario, ¿y desde cuándo en esta ciudad se han sabido los horarios de salida y llegada de los tranvías? Para mí que nunca se sabrán. Deben de ser un secreto de Estado. De todos modos, si de una vez por todas hablara usted con el lelo de Garzo y pidiera el coche... ¿Somos o no somos la brigada móvil? ¿Móvil cómo, en tranvía?

Ricciardi adoraba a Maione, apreciaba todas sus cualidades, incluidas las que el propio sargento ignoraba poseer, pero también era consciente de su único y grave defecto: la incapacidad de reconocer que no sabía conducir un automóvil, porque cuando se ponía al volante constituía un gravísimo riesgo para la salud pública.

Decidió dejarlo en la ignorancia.

—Olvídalo, Raffaele, ya sabes que después del accidente del día de los Difuntos me da un poco de náusea cuando tengo que subirme a un automóvil. Demos un tranquilo paseo en tranvía.

Y además, hace un día tan bonito, pensó con tristeza; y sin motivo aparente, ante él se materializó la expresión desolada de Livia.



El primero en salir fue el 7 rojo que después de dejar atrás el Museo Arqueológico se encaramó por la via Salvator Rosa para enfrentarse luego a la cuesta de la via dell'Infrascata, de la que partían callejuelas secundarias que conducían a tabernas y granjas.

Sujetándose con fuerza para aguantar los tumbos producidos por las juntas de las vías, Maione y Ricciardi observaban por la ventanilla el paisaje cambiante, con sus edificios populares que iban dando paso a la desordenada vegetación mediterránea.

Desde el final de la guerra, el Vomero no había cambiado demasiado y, en algunos aspectos, en una ciudad en constante y caótica evolución, representaba incluso la continuidad desde el comienzo del siglo. La colina rematada por Castel Sant'Elmo, que era junto con el puerto la última y dolorosa imagen en desaparecer de los ojos de los emigrantes, seguía siendo solo verde en su mayor parte. Las pocas casas construidas en el coqueto estilo floreal, o a imitación de los estilos románico y gótico, estaban flanqueadas por calles de tierra batida que atravesaban huertos y jardines, y muy pocas de ellas estaban abiertas al tráfico. Un núcleo de construcciones similares a las del centro, altos edificios austeros y anónimos, había surgido como una vegetación atípica en la zona de las estaciones de los funiculares, pero a su alrededor, el campo seguía sin cambios.

En la subida, Ricciardi vio de refilón pastores y campesinos, algún albañil trabajando y, como le ocurría a menudo, al pie de un andamio percibió la imagen de dos hombres, uno con una gran depresión en el costado de la caja torácica, el otro con una evidente fractura de la columna vertebral, ambos expresaban entre murmullos el terror extremo de la caída. También se construye sobre la sangre, pensó con amargura. Uno de los precios del bienestar, aunque no el único.

El conductor anunció la parada de Antignano, y el tranvía se detuvo con un tumbo. El sargento y el comisario se apearon y se vieron en una explanada rematada en un extremo por un muro de vegetación intrincada y en el otro, por un conjunto de casuchas. Unos niños semidesnudos, de piel oscura como cuero viejo jugaban con una pelota de trapo atada con bramante.

Maione llamó a un par de ellos que, a diferencia de sus coetáneos del casco antiguo, no salieron corriendo a la vista del uniforme, y les preguntó dónde podía encontrar a la familia Cennamo.

Tras recibir las indicaciones, los dos niños se adentraron en la aldea. A los costados de las calles, poco más que senderos, las casas, bastante bien mantenidas y casi todas de reciente construcción, se alternaban con la precariedad de las chozas. En el aire primaveral flotaban los perfumes del bosque cercano, y en las ventanas, incluso las más pobres, lucían macetas de geranios multicolores. Junto a los niños estaban los animales, perros y gallinas, y en los bajos, los corrales con cerdos, cabras y ovejas. El ambiente era muy distinto al del resto de la ciudad.

Se encontraron delante de un edificio que, pese a estar en una parte pobre de la aldea, permitía adivinar una condición económica distinta, con su revoque rosa y sus persianas nuevas de madera pintadas de verde, sus balcones panzudos de hierro forjado, e incluso un sotabanco en construcción. Ricciardi y Maione se miraron pensando que, por una suprema ironía de la suerte, el dinero de las familias más mojigatas y devotas del barrio noble había confluído, a través de los placeres perversos de Ventrone, en la vivienda de la familia de origen de una prostituta.

Y los dos pensaron con melancolía que la mujer había pagado aquel bienestar no solo con su propio cuerpo sino también con su vida.

Llamaron al portón y salió a abrir una muchacha muy joven, con un delantal blanco. Sirvienta y todo, pensó Maione.

La criada los hizo pasar a una sala decorada con un gusto chabacano que a Ricciardi le recordó el propio burdel, de no haber sido por una imagen de san Genaro con su tiara y su báculo episcopal de medio metro, debajo de una campana de cristal en el centro de una ménsula. Ninguno de los dos policías dudó sobre la procedencia de aquel obsequio.

La muchacha se asomó a la puerta y anunció:

—La señora bajará enseguida —tras lo cual se arrodilló y siguió cepillando vigorosamente la alfombra de la entrada.

Minutos más tarde entró una mujer. No debía de ser demasiado vieja, y seguramente no siempre había llevado una vida desahogada. La cara estaba arrugada y en la boca conservaba pocos dientes, pero tenía la espalda recta y fuerte. Vestía de negro, con una amplia falda y un chal ligero sobre los hombros; llevaba el cabello teñido sujeto con un pasador de hueso.

Los recibió con tono brusco tras haber observado con intención el uniforme de Maione.

—¿Qué quieren de nosotros? Somos gente honrada, no hemos hecho nada.

Maione estaba acostumbrado a estas reacciones.

—Señora, nadie la acusa de nada. Soy el sargento Maione de la brigada móvil, este de aquí es el comisario Ricciardi. ¿Usted es...?

La mujer no pestañeó siquiera.

—Concetta Cennamo, la dueña de esta casa. ¿A qué han venido, qué quieren?

Ricciardi decidió intervenir.

—Señora, ¿usted es la madre de Maria Rosaria Cennamo?

La mujer se puso rígida.

—Sí, era su madre.

—De modo que sabe que...

Asintió una sola vez y dijo:

—Las mujeres como ella terminan así. Hacía años que no la veía, para mí ya estaba muerta cuando se puso a hacer la calle en vez de dedicarse a criar a su hijo como una persona respetable.

El tono fue cortante y duro, las palabras escupidas con frío desinterés resultaban estremecedoras. Aquella mujer no sentía dolor alguno.

—Señora —dijo Maione—, ¿puedo saber cómo se enteró de lo que le pasó a su hija?

Concetta centró su atención en el sargento.

—Me lo dijo Peppe la Fusta. Vive aquí cerca, al final de la calle. Tuve que consolarlo, lloraba como un crío, estaba desesperado. Todavía la quería, como si siguiera siendo la misma. Como si no fuera lo que era.

De la calle llegó la carcajada de una mujer y los balidos de los corderos. Allí también se preparaban para la Pascua.

Tras una pausa, Ricciardi miró a su alrededor y luego dijo:

—Tiene una casa muy bonita, señora. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica su familia?

Maione apenas pudo contener la risa, le intrigaba saber lo que contestaría la madre de Víbora, que se irguió orgullosa en la silla.

—Mi marido, que se llamaba Gennaro —e indicó la estatua del santo, como si fuese la representación del consorte fallecido—, murió joven. Crie yo sola a esa desvergonzada y a sus hermanos más pequeños. Los hijos tienen el deber de ayudar a su madre, sobre todo a una madre como yo, que sacrificó toda su vida por ellos.

Ricciardi siguió insistiendo.

—¿Entonces los hermanos de Maria Rosaria la ayudan económicamente?

La mujer soltó una carcajada burlona.

—Qué más quisiera. Soy yo quien los ayuda, prácticamente todavía los mantengo, y son tres. Los varones trabajan a jornal, la chica se casó con un desgraciado más desgraciado que ella.

—Entonces esta casa, las obras que está haciendo, su mantenimiento y el de sus hijos, ¿con qué dinero los financia?

Maione se divertía de lo lindo. Sin embargo, Concetta no se mostró en absoluto incómoda.

—Vive conmigo el hijo de esa puta. El dinero sirve para que el hijo tenga un buen pasar. Solo hubiera faltado que no pagara y se lo gastara todo ella.

El sargento intervino.

—¿Dice que el niño vive con usted? ¿Dónde está?

Sin volverse, la mujer batió palmas y le dijo a la criada que llegó solícita con el cepillo en la mano:

—Tráeme al crío.

Después de un momento de silencio hostil, entró corriendo un niño de unos ocho años, con la cara y las manos sucias de barro y las mejillas rojas. Bajo un mechón de cabello negro como la noche brillaban unos ojos hermosísimos. Con una punzada de compasión, a Ricciardi le recordaron los rasgos de la madre, delicados y finos incluso después de muerta; y, paradójicamente, los de la abuela, aunque los de ella estaban

empañados por la dureza.

—¿Cómo te llamas?

El niño miró a su abuela que, con un gesto, le dio permiso para contestar.

—Gennarino Cennamo, para servirlo —dijo luego.

Ricciardi miró a la mujer y esta le ordenó al niño que se retirara.

—Es un niño precioso —dijo.

—Es un niño desgraciado —rectificó Concetta—, nacido de una mujer de mala vida que no supo conservar a su hombre, el padre de la criatura; que no consiguió que se casara con ella y que tampoco consiguió casarse con otro; que lo único que supo en la vida fue hacer de puta, y no hay dinero suficiente para lavar la vergüenza con la que ha manchado a su hijo y a toda su familia. Preferiría seguir viviendo en medio del barro, y robarle la comida a los perros y a los cerdos, antes que cargar toda la vida con la vergüenza que esa me hizo sentir.

Soltó aquella parrafada sin variar el tono, sin mostrar rabia. En el corazón de aquella mujer no quedaba una gota de amor o de dolor para su hija asesinada.

—¿No sabe quién pudo haberlo hecho? —preguntó Ricciardi—. ¿Sabe si tenía algún enemigo, si había alguna mujer celosa, por ejemplo, o un hombre que la odiara?

En el silencio que siguió, la mujer no dejó entrever sentimiento o vacilación alguna.

—Siempre hay alguien que odia a las que son como era ella —dijo luego—. De niña era igual, demasiado hermosa. Como usted sabrá, la belleza es una culpa. La belleza es algo que no todo el mundo se puede permitir. Si eres demasiado hermosa, tienes que irte, porque si no, acabas como ella. De todos modos no tengo ni idea de quién pudo haberlo hecho, enviaba el dinero por correo, hacía años que no le veíamos el pelo. Su hijo ni siquiera sabe quién es. Quién era.

La corrección fue su única vacilación.

—Un último detalle, señora —dijo Ricciardi—. ¿Sabía que Giuseppe Coppola, al que usted conoce como Peppe la Fusta, le había propuesto matrimonio a su hija?

—Sí, lo sabía. Antes de hacerlo vino aquí para pedirme permiso, ¿se imagina?

El comisario se sorprendió de que la mujer se mostrara divertida ante la idea.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que estaba loco, que eso era algo que no podía ocurrir nunca, que perdería el buen nombre y que su familia nunca se lo perdonaría. Peppe es un buen muchacho, no se merecía esa maldición.

Maione estaba disgustado. Los dos hombres se pusieron de pie.

—Gracias por su colaboración, señora. Sepa usted que mañana, a las siete, desde... desde la via Chiaia sale el cortejo fúnebre de su hija.

Concetta lo miró con frialdad.

—¿Desde cuándo las mujeres como ella tienen un funeral? La echarán a una alcantarilla, como se merece.

Ricciardi no pudo contenerse:

—¿Se da usted cuenta, señora? Habla de su hija, usted la engendró, una muchacha que tenía veinticinco años, que era apenas una niña cuando la violaron. ¿No cree que tiene derecho a un poco de piedad?

Concetta se levantó con sorprendente agilidad. Miró fijamente a Ricciardi y dijo:

—Yo solo sé que era una puta. Y que ahora nos ha dejado con deudas. Ya me dirá quién terminará ahora de pagar las obras.

No pensó que fuera a sentirse tan mal. Todavía en la cama, con los postigos cerrados, en la oscuridad de su cuarto, con la almohada empapada en lágrimas. Nunca lo hubiera dicho. Nunca.

Tenía un pasado, una vida que en muchos momentos había sido difícil. La pérdida de su hijo de un año a causa de la difteria había sido el momento más doloroso con el que se había acostumbrado a comparar todos los acontecimientos negativos ocurridos después.

La personalidad prevaricadora y violenta de su marido, el tenor más apreciado del país, amigo personal del Duce, cuyo genio iba unido al egoísmo más marcado que jamás había visto; había sufrido por sus continuos engaños, por el abandono al que la había obligado, por el silencio en el que la había dejado.

Se había aferrado a sí misma, a su belleza, a una vida social de la cual se había convertido en centro gracias a su atractivo, su gracia, su clase; los mismos motivos por los que después había soportado desaires, maledicencias, calumnias y otras traiciones. La belleza es un delito que no tiene perdón.

Dejó de buscar el amor. No había renunciado a él, no, sencillamente en su fuero interno había relegado ese sentimiento a un rango inferior. Hubo algunos hombres, en especial cuando decidió aceptar que la cortejara alguno que había logrado fascinarla o despertar su curiosidad, que había dado muestras de ser distinto de los otros pero que luego se había revelado igual a todos.

Después se había producido aquel encuentro, aquella amistad absurda que había echado por tierra todo propósito de soledad y serenidad, de renuncia al futuro. Un encuentro ocurrido en la más ilógica de las circunstancias, la investigación del asesinato de su marido.

Le había bastado con ver aquellos ojos, aquellos cristales de mar en los que se sumergía sin poder salir a la superficie. Livia se había enamorado de Ricciardi nada más mirarlo a los ojos, ahora lo sabía. Hay emociones que dejan huella, penetran en un territorio inexplorado del alma, acceden a un suelo desconocido del corazón y se apoderan de él para siempre.

Livia lloraba: porque antes que él nadie había encendido una emoción que no se repetiría y de la que ya no podía prescindir.

Por él se había mudado a esa ciudad que había aprendido a apreciar, pero en la que siempre sería una extranjera; la capital, que la consideraba una de las más admiradas reinas de la vida social, donde contaba con amistadas en las altas esferas de la vida política y económica, le había parecido el escenario vacío de un teatro de provincias.

Había elegido un apartamento, lo había decorado como si se tratara de la casa de una recién casada. Se había abierto otra vez a la esperanza, ella, que se creía muerta.

En aquella casa lo había tenido entre sus brazos, una noche de fiebre y lluvia,

cuando las eternas defensas de él habían caído ante los embates de una soledad, de una decepción o a saber qué otra cosa, a ella no le importaba: lo único que sabía era que lo había tenido en la piel, en el cuerpo. Que los besos, las caricias y la huella de él en su interior no habían sido producto de uno de tantos sueños o de la imaginación con la que acompañaba su propio placer solitario, sino una maravillosa realidad.

Había confiado en desmoronar poco a poco sus defensas, en sacar a flote lo que llevaba dentro y que se reflejaba en su rostro con un perenne rictus de dolor, ayudarlo a borrar aquella pena; había confiado en que la suerte le tuviera reservado un futuro en lugar de un mar de lágrimas; había creído que podría una vez más imaginar que el amor existía, que existía también para ella.

En contra de sus costumbres y su naturaleza había insistido, lo había cortejado. Ella, habituada a elegir entre muchos; ella, contemplada con veneración por los hombres y con recelo por las mujeres cuando entraba sola en el teatro; ella, que a diario recibía flores de admiradores de todas las edades. Y no se había desalentado ante la puerta cerrada del corazón de Ricciardi, que decía estar comprometido; Livia estaba convencida de que no era verdad. Que lo decía por mantenerla a distancia, tal vez para preservarla de quién sabe qué terrible secreto.

Imposible que hubiese otra. Lo habría notado, lo habría visto. Él iba del trabajo a casa y no se relacionaba socialmente, vivía con su vieja tata; Livia la había conocido con motivo del accidente sufrido por Ricciardi, la había visto en el hospital, acompañada de otra pariente, una joven alta que se había marchado enseguida.

Todo eso antes del episodio de ayer. Al verlo, el corazón le había brincado en el pecho, como siempre; se alegró de ver al doctor Modo, un hombre simpático e inteligente, amigo de él. Amaba compartir todos los aspectos de su vida, más aún una de sus poquísimas amistades. Y después aquella maldad inútil y violenta.

No fueron las palabras, aquella referencia vulgar e inoportuna a sus amistades. Ni siquiera el tono, frío e inexpresivo, como solía ser siempre por desgracia. Lo que la hirió fue la manifiesta voluntad de hacerle daño. La incomodidad del médico le confirmó aquella terrible sensación.

Se echó a llorar nada más subirse al coche, sin responder a las discretas palabras de su chófer que le preguntaba si necesitaba algo; lloró al llegar a casa y alejó a la doncella que le preguntaba si se encontraba mal; lloró toda la noche, en la cama, sin probar bocado. Lloró por la esperanza muerta, por el espejismo del amor perdido, por el silencio que acompañaría otra vez su vida. Por la soledad que había regresado para no abandonarla más.

Decidió que se marcharía. Que no soportaría seguir en aquella ciudad, donde corría el riesgo de cruzarse con aquellos ojos que la habían hecho pensar que su vida no estaba acabada para después decepcionarla de aquel modo tan tortuoso.

Regresaría a Roma para reconstruir fragmento a fragmento un mínimo de confianza en sí misma. A Roma, donde era apreciada y quizá, de un modo extraño e insatisfactorio, también amada. Donde le quedaba alguna amistad. Volvería a ser

Livia Vezzi, dueña de la noche, la más hermosa. Al menos eso.

Mientras detrás de los postigos la primavera urdía sus propios cambios, Livia pensó que dejaría Nápoles inmediatamente después de las fiestas y más tarde se ocuparía de disponer el traslado de sus enseres.

Daría así la espalda al amor.



Ricciardi y Maione estaban acostumbrados: en su oficio no era posible llegar sin anunciarse, por sorpresa.

En el mejor de los casos los precedía un anuncio compuesto de susurros y chivatazos detrás de los postigos, mientras el sonido de las botas y los zapatos llenaba el silencio de los callejones solitarios. En el peor de los casos, una cohorte de chiquillos vociferantes los precedía cual irreverente fanfarria.

Así fue también en esa ocasión, los recibió una pequeña pandilla de niños descalzos que chapoteaban en el barro y los charcos de alrededor, riendo y cantando estribillos en dialecto al tiempo que trataban jocosamente de quitarle de la funda la pistola al sargento, que los echaba sin demasiada convicción como hace un buey con un enjambre de moscas borriquetas.

Al final de la calle, a un centenar de metros de la casa en construcción de los Cennamo, había una empalizada con una verja abierta de par en par. En la tierra se notaban las rodadas de los carruajes, y en el preciso momento en que llegaron, entró un cargamento de brécoles tirado por un mulo, con un campesino que seguía el carro. El hombre los observó con recelo, no los saludó ni se llevó la mano a la gorra.

Se encontraron en un amplio patio. El olor del establo cercano era penetrante, como el de las verduras apiladas en un local en el que vieron entrar el carrito cargado de brécoles. Salió a recibirlos una mujer de anchos hombros y aire decidido, que se limpiaba las manos en un delantal. Por el cabello rubio y los ojos azules dedujeron enseguida que se trataba de una consanguínea de los Coppola.

—¿Necesitan algo?

El tono no era hostil, más bien expeditivo: allí se trabajaba y no se podía perder el tiempo.

—Señora, ¿es aquí donde trabaja Giuseppe Coppola? —preguntó Maione—. Somos de la brigada móvil, el sargento Maione y el comisario Ricciardi. ¿Podemos hablar con él?

La mujer no se mostró en absoluto impresionada por la presencia de los policías en su patio. Los miró, mientras se secaba la frente con un pañuelo que acababa de sacar de un bolsillo de la falda.

—Me llamo Caterina, soy la hermana de Giuseppe Coppola. ¿Qué quieren de él?

No estaba mal la hermana de Giuseppe Coppola: tenía unos colores preciosos, los ojos le brillaban al sol igual que el pelo color del trigo maduro; pero sus rasgos se veían endurecidos por un carácter autoritario y resuelto y dos arrugas profundas en las comisuras de la boca. Sus brazos fuertes estaban habituados al trabajo pesado.

Maione dejó bien claros los papeles:

—Señora, si queremos hablar con él son asuntos que no le incumben, de lo contrario, hablaríamos directamente con usted, ¿no le parece? Un poco de paciencia; si está, vaya a llamarlo, por favor.

La mujer miró un buen rato al sargento como si estuviera a punto de darle un empujón. Maione adoptó la cara de sueño que solía poner cuando no quería dar vía libre a la polémica.

—No sé dónde se encuentra mi hermano. Estos días no hay manera de saber adónde va. Ojalá no tarde en despertarse, porque si no aquí se va todo al diablo. Mire en el establo. Yo tengo que comprobar la descarga de brécoles.

Se volvió hacia el carretero que habían visto entrar y le ordenó algo incomprensible en un dialecto cerrado. El hombre se detuvo con un enorme manojo de brécoles en los brazos, como paralizado por el grito, y depositó otra vez la mercadería en el carrito a la espera de nuevas instrucciones, atemorizado a ojos vistas por la mujer que fue hacia él a grandes zancadas.

—Una señora enérgica, ¿eh? —dijo el sargento—. Es peor que un hombre.

Procurando esquivar las boñigas de caballo desperdigadas por el patio, donde escarbaban unas cuantas gallinas, se internaron en la granja.

En contra de lo afirmado por Caterina, la empresa de los Coppola parecía funcionar a las mil maravillas. A un costado del amplio almacén se alineaba una decena de carros pintados de azul, y todavía quedaba sitio para otros tantos, que en ese momento debían de estar fuera. Unos hombres, todos con sombrero oscuro de fieltro y pañuelo anudado al cuello, se afanaban alrededor de los carros: revisaban las juntas y aceitaban los cubos de las ruedas. En el lado opuesto se veía la entrada a los establos, un gran arco del que procedían los relinchos. A Maione le recordaron las carcajadas de Nenita.

Al verlos entrar, con cara de preocupación, los trabajadores se concentraron todavía más en lo que hacían: en aquella ciudad todo el mundo tenía algo que temer cuando aparecía la autoridad. Los policías fueron hacia donde estaban los caballos.

Encontraron orden y limpieza en el establo donde trabajaban tres hombres y dos mujeres, ocupados en cepillar y asear a los animales. Allí también comprobaron que había diez caballos y faltaban otros diez. La mayoría estaba trabajando.

Un hombre se apartó del grupo y fue hacia ellos: se trataba de Pietro, el menor de los hermanos Coppola, al que Ricciardi había conocido en la jefatura.

—Buenos días, comisario. ¿Se acuerda de mí?

Ricciardi asintió y se lo presentó a Maione.

—Hemos venido a Antignano a ver a la señora Cennamo, la madre de Maria Rosaria. Y se nos ocurrió pasar un momento, para conocer el lugar y ver a su hermano.

Maione pensó que, aparte del pelo negro, el muchacho habría podido ser el gemelo de Caterina, pese a no poseer la musculatura poderosa de su hermana, aunque era bien ancho de espaldas. Daba la impresión de tener mejor carácter, porque Pietro sonrió y levantó las manos en las que sostenía un cepillo y un trapo.

—Sargento, disculpe que no le dé la mano, estaba limpiando a la yegua alazana que ve allá. Bonita, ¿eh?

En efecto, era un animal espléndido, alto y flexible, con las crines y la cola que parecían de seda beige, los ojos profundos y expresivos.

—Es bonita, sí —comentó Maione, admirado—. No tiene pinta de necesitar que la limpien. Los imaginaba distintos a los caballos de tiro.

Pietro se rio otra vez.

—Tiene razón. La verdad es que nos cuesta bastante convencerla de que tiene que tirar del carrito como los demás. Dígame, comisario, ¿en qué puedo ayudarle?

Ricciardi miró a su alrededor; allí tampoco había señales de Peppe la Fusta.

—¿Y su hermano? La señora de la entrada, que se ha presentado como su hermana Caterina, nos ha indicado que lo buscáramos aquí, pero me parece que no está.

Al muchacho se le borró la sonrisa de la cara.

—No, está en casa. Casi no sale desde... desde hace unos días. Espere, voy a llamarlo.

Hizo un gesto con la mano y se acercó a una guapa chica morena, joven y no muy alta.

—Les presento a Ines, mi novia. Ines, ve a casa a llamar a Peppe.

La chica hizo una breve reverencia y se alejó. Pietro suspiró.

—Teníamos pensado casarnos dentro de unos meses, en junio. Llevamos mucho tiempo de novios. Pero con mi hermano así... no me animo, y lo hemos postergado para más adelante. Ines tiene una hermana mayor, se llama Ada, y hace mucho que le echó el ojo a mi hermano, es maestra aquí, en Antignano, todos teníamos esperanzas de que Peppe se decidiera a dar el paso. Pero volvió a ver a Maria Rosaria y ya no pensó en nada ni en nadie.

Maione se secó la frente con el pañuelo.

—Dígame, Coppola, ¿cómo se organizan aquí?

—Es fácil, sargento. Yo me ocupo de los caballos y controlo los suministros. Mi hermana Caterina se ocupa de la mercancía, de dirigir a los campesinos y hortelanos y de la carga y descarga de los carros. La otra hermana, la más pequeña, a la que no han visto, Nicoletta, es la que va a los huertos y controla el cultivo de frutas y verduras. Y mi hermano se ocupa del dinero, él es el mayor, ¿sabe? Él creó la empresa y la dirige. Por eso ahora estamos en apuros, seguimos adelante, pero si no se recupera pronto, las cosas dejarán de ir bien.

Las palabras iban acompañadas de un tono preocupado. La empresa dependía mucho de Peppe; y tanto Caterina como Pietro confiaban en una pronta recuperación moral de su hermano.

—Mañana a las siete se celebra el cortejo fúnebre de Víbora —anunció Ricciardi—. Queríamos avisar a su hermano.

El muchacho se agitó.

—¡Por favor, comisario, no se lo diga! En el estado en que se encuentra ahora es capaz de cometer un disparate. ¡Lleva dos días sin dormir, bebe, no prueba bocado!

¡Nadie puede prever lo que puede llegar a hacer si se encuentra con quienes frecuentaban a Maria Rosaria! Y si...

Se interrumpió bruscamente cuando vio llegar a su hermano acompañado de Ines. Peppe tenía la barba crecida y el paso inseguro, el pelo sucio e impregnado de sudor, la camisa arrugada. Ricciardi y Maione notaron enseguida que había bebido, y mucho, pese a que todavía no era la hora de comer.

—¿Qué tal, comisario? ¿Alguna novedad? ¿Algún sospechoso?

La voz aguardentosa traicionaba la gran pena que el hombre llevaba en el corazón. Y no solo la voz.

—Saludos, Coppola. Estamos investigando. ¿Y a usted se le ha ocurrido algo?

Peppe miró a su alrededor, amenazante. Ines se alejó enseguida, regresó a la fuente y retomó la limpieza de los caballos. Pietro, en cambio, se quedó cerca, se sentó en el suelo y se puso a tallar una madera mientras miraba con preocupación a su hermano borracho. Maione pensó que el muchacho debía de sentir por Peppe un afecto rayano en la veneración, y verlo en ese estado debía de ser muy doloroso para él.

—Comisario, lo he pensado mucho y para mí no hay duda, el que mató a Maria Rosaria debe de haber sido ese cabrón del comerciante de santos y vírgenes, Ventrone.

—¿Por qué lo piensa? —preguntó Ricciardi—. ¿Y cómo sabe lo de Ventrone?

—Rosaria me hablaba de él, y yo lo sabía por lo que me contaban en el burdel, que aparte de mí, él era su único cliente. Un hombre sin sangre, encorbatado y con las manos limpias; pero con mucho dinero. Mientras él siguiera viéndola, ella ganaría demasiado. Yo le dije que no se preocupara, que el dinero para terminar la casa de su madre, ya la ha visto, ¿no?, se lo daba yo. Yo trabajo, ya lo ve, comisario. La empresa va bien. Si me decía que sí, ella venía aquí a vivir como una reina. Como una reina.

El hermano se levantó e hizo ademán de acercarse, pero Peppe lo detuvo.

—¿Y qué motivo pudo haber tenido Ventrone para matar a la muchacha? —preguntó Ricciardi.

Una rabia inmensa desfiguró el rostro de Coppola en una mueca horrible.

—¿Y a mí me lo pregunta, comisario? Porque la habría perdido. Ella había decidido casarse conmigo, lo sé, lo presiento. Lo único que quería era tener tiempo para decírselo a todos. Yo lo entendí así, y él también, por eso la mató. Y yo, tiempo al tiempo, lo mataré con mis propias manos.

Pietro corrió hacia él con los ojos bañados en lágrimas.

—¡No, no, Peppe! ¡No digas esas cosas! ¿No piensas en mí, en nosotros? ¿En la vergüenza de nuestra familia, en el fin de la empresa que has creado, no piensas en eso? ¿Y crees que si te ensucias las manos con sangre y acabas en la cárcel, o peor aún, consigues que te maten a ti también, Maria Rosaria volverá a la vida?

Maione puso una mano sobre el hombro de Peppe.

—Su hermano tiene razón, Coppola. Arruinará usted su vida y la de sus seres

queridos. Déjenos hacer nuestro trabajo, verá que el comisario encuentra al culpable. Es cuestión de tiempo. No se comprometa.

Peppe seguía murmurando frases inconexas. Un hilo de baba le colgaba de los labios, las lágrimas incontroladas le surcaban las mejillas. Los trabajadores dejaron de almohazar y lavar a los caballos para contemplar la escena horrorizados. Pietro lloraba sin consuelo rodeando los hombros de su hermano con un brazo.

La primera en reaccionar fue Ines, la novia de Pietro, que batió palmas en dirección a los hombres y, con un tono que a Maione le recordó el utilizado por Caterina, les dijo que siguieran trabajando.

Ricciardi le hizo una seña al sargento y le dijo al muchacho:

—Coppola, nosotros nos vamos. Se lo ruego, por el bien de su hermano, no lo pierda de vista. Si le ocurriera algo a alguien, deberemos considerarlo responsable. ¿Está claro?

Empujando al hermano hacia la casa, el muchacho respondió:

—No se preocupe, comisario. Yo no lo dejo nunca a mi hermano. Y mañana..., una flor para ella, de su parte.

\* \* \*

Sentados en un banco cerca de la parada del tranvía, Ricciardi y Maione entretuvieron la espera haciendo un repaso de la investigación.

—Qué curioso es todo, la verdad —dijo el sargento mientras se abanicaba con el sombrero—. Hablamos con un montón de gente, y, por un motivo u otro, cuantos conocían a Víbora podrían haberla matado, incluso los que no la conocían. Pero lo más curioso es que todos dicen que la querían: Coppola, Ventrone, Lily y *madame*. La única que la odiaba era su madre, pero dependía de ella económicamente, de manera que dudo que le retorciera el pescuezo a la gallina de los huevos de oro. Menudo enigma, ¿eh, comisario?

Ricciardi miraba el vacío con las manos en el regazo.

—Una situación compleja, sí. Tampoco nos ayudan el lugar del delito, ni el cadáver, que no presentaba marcas ni señales. En cuanto a la oportunidad, los cuatro la tuvieron; uno acababa de separarse de ella, el otro la encontró, las dos mujeres ya estaban en el burdel. Claro que los principales sospechosos siguen siendo Coppola y Ventrone.

Maione hizo una mueca.

—Sí, pero si quiere que le sea sincero, por un motivo u otro a mí Ventrone no me convence. Sobre todo por la reacción de Coppola, ya vio usted, se ha vuelto loco. Nadie hace una cosa así para acabar con la vida destrozada de esa manera, ¿no? Por otra parte, el comerciante podría querer ocultar la culpa haciendo ver que se preocupa por el entierro.

El comisario hizo una mueca burlona.

—Ventrone te cae fatal, ¿eh? La verdad es que tampoco veo nada claro a la gente de aquí, del Vomero. La madre de Víbora, por ejemplo, me parece demasiado resuelta. Su odio es excesivo, teniendo en cuenta que ha sacado partido del oficio de su hija. Y Coppola también tiene a veces unas reacciones exageradas. ¿Has visto cómo lo controla el hermano? Como si fuera a estallar de un momento a otro. Hay algo que todavía no está claro.

Traqueteando por la esquina apareció el tranvía, uno de los nuevos con ocho ruedas, pintado en dos tonos de verde.

—En medio de tantas plantas —se rio Maione—, con lo verde que es el tranvía no se lo ve llegar. ¡Menos mal que ha hecho ruido!

Ricciardi dio un brinco y subió al estribo.

El sol comenzaba el espectáculo del ocaso.

Noche de primavera.

¿Tú qué quieres de una noche de primavera?

Tú que eres vieja, que frente a tu puerta espera la muerte para entrar y oyes su respiración, ¿tú qué le pides a la noche de primavera?

Tal vez que te permita disponer de tiempo para hacer lo que debes hacer. Que se haga realidad aquello que no depende de ti, que alguien encuentre el valor de hablar y alguien más el de decir que sí. Que quien tú amas no se condene a la soledad cuando tú te hayas ido. Que la primavera haga fluir la sangre más deprisa, que la inconsciencia prevalezca sobre el miedo.

Eso querrías de la noche de primavera que derrama su perfume en la calle.

¿Y tú, qué querrías de la noche de primavera?

Tú que ahogas el silencio en el vino, y te miras las manos pensando en lo que han hecho, temiendo lo que podrían hacer, ¿qué le pides tú a la noche de primavera?

Tal vez que te permita ver otra vez aquella sonrisa. Aunque nada más sea una vez, aunque no más sea un mísero instante. Para escuchar la palabra que te habría dicho y comprender, sentir y poder soñar. Y poder respirar de nuevo.

Eso querrías de la noche portadora de viento.

¿Y tú qué querrías de la noche de primavera?

Tú que observas a las mujeres de tu pasado, tan distintas, tan hermosas. Tan muertas. Con sus cuerpos intentaste saciar el tuyo, de sus manos deseaste el placer que recibiste de una sola, que ya no está. ¿Qué le pides tú a la noche de primavera?

Tal vez que borre su recuerdo de tu pensamiento. Poder sepultar detrás de la imagen de su cadáver este aspecto de tu mente, este aspecto oscuro, este aspecto negro. Y recuperar el respeto en la mirada de la gente y en la de tu hijo.

Eso le pedirías a la noche de los aromas nuevos.

¿Y tú? ¿Qué querrías de la noche de primavera?

Tú que sigues llorando sobre la almohada sin hallar la paz del sueño. Tú, que eres rica y bella, deseada y amada, pero te sientes la mujer más fea, miserable y desesperada de la tierra. ¿Qué le pides tú a la noche de primavera?

Tal vez que te haga olvidar el amor. Que aleje de tu noche esos ojos verdes que te miran fijamente desde la oscuridad, revolviéndote el estómago e hiriéndote el corazón. Que te permita resignarte a la esperanza perdida.

Eso querrías de la noche en que el mar se llena de espuma.

¿Y tú, en cambio? ¿Qué querrías tú de la noche de primavera?

Tú que velas con el cuerpo apenado por los mil pequeños traumas y las minúsculas heridas que tan bien conoces. Que has vivido otro primer día de este terrible oficio, cargando sobre los hombros el vicio de tantos que no tienen el valor de buscar en sus esposas lo que realmente desean. ¿Qué querrías tú de la noche de primavera?

Tal vez un hombre. Solo un hombre. Por más vicios que tuviera, por más desesperado que estuviese. Por más daño que quisiera infligir, por más daño que quisiera recibir. Solo un hombre, que se quedara a dormir a tu lado cuando terminara de buscar con rabia ciega su propio furor. Solo un hombre, que siguiera allí al despertar.

Esto le pedirías a la noche de las hojas recién retoñadas.

¿Y tú? ¿Qué le pides a la noche de primavera?

Tú que durante todo el día has tratado de poner remedio a la enfermedad, al dolor, a los celos, a la rabia. Tú que has suministrado medicamentos, que has suturado desgarrones y heridas. Que al acostarte creías poder sucumbir al sueño pero sigues allí, la vista clavada en el techo, negra pantalla para tus recuerdos. Dime, ¿qué quieres de la noche de primavera?

Tal vez un mundo nuevo. Un mundo distinto donde el causar sufrimiento no sea un mérito, un objetivo que perseguir. Donde la patria sea el universo, donde las fronteras no deban ampliarse con las armas. Donde se pueda enfermar solo porque así lo quiere la naturaleza y no a causa de la mano humana. Y tal vez no sentir como tuyo el sufrimiento de todos.

Eso querrías de la noche de la magia nueva.

Tú, tú: ¿qué querrías tú de la noche de primavera?

Tú que estás tan nerviosa que no consigues pegar ojo. Tú que vas conociendo los olores, los espacios, los territorios habitados por el hombre que amas y vas bebiendo sus movimientos, imaginando sus expresiones. Tú que rozas sus telas, sus cortinas, sus sillones, captando las miradas de esos ojos que precedieron tu caricia. ¿Qué deseas tú de esta noche de primavera?

Tal vez que se llene el espacio, en tu día y en tu vida. Que él entienda como has hecho tú que ha llegado el momento, que han llegado los días del amor en que las manos se rozan, como llegará el verano de la luz y de los sueños.

Eso querrías que te diese la noche de los mil engaños.

¿Y tú? ¿Qué quieres tú de la noche de primavera?

Tú que has notado su huella en el vientre y ahora está muerta. Tú que la has visto dar los primeros pasos y pronunciar la primera palabra, que te enorgulleciste al ver su belleza. Que la imaginaste vestida de novia, algo que jamás ocurrió. Que la habrías ayudado a parir sujetándole la mano, pero hasta eso te fue negado. Que vas diciendo por ahí que la odias, que no le has perdonado la vergüenza que te ha causado, que no reconoces a la puta en la que se convirtió. ¿Por qué no duermes entonces en esta noche de primavera?

Tal vez porque ahora que está muerta vuelves a encontrártela ahí, sentada al borde de tu cama blanda, esa que ella pagó sin rechistar, sin ver jamás lo que había comprado. Porque su cadáver te mira y no te habla, te mira sin reproches y sin amor, simplemente te mira. Y espera una palabra que ya no puedes decirle, porque los cadáveres no oyen, porque los cadáveres no tienen oídos. Y en la noche insomne, tú



ni siquiera puedes pensar esa palabra.

Eso querrías de la noche del silencio triste.

¿Y tú? ¿Tú que nunca pides nada, qué le dices a la noche de primavera?

Tú que no eres nuevo en esta costumbre de observar la noche mientras esperas conciliar el sueño, tirano renuente, y no soñar. Tú que sientes resonar en tu pecho la voz de los vivos y la de los muertos, que persigues una lógica sin hallarla, ¿qué buscas y qué encuentras en esta noche de primavera?

Tal vez buscas una cara y encuentras otra. Tal vez querrías recuperar la imagen que te da paz, una dulce figura zurda que se mueve tranquila en sus espacios, soñando con que sean los tuyos. Y en cambio ves los ojos negros, profundos, rebosantes de lágrimas por culpa de tu ofensa gratuita. Y captas esa nueva debilidad, la grieta en un alma que creías fuerte e independiente, y ahora descubres que debes enfrentarte a una nueva ternura.

Y tal vez esos ojos se transforman en una cara muerta, sin expresión, con un vago recuerdo de belleza en los rasgos, que te pide justicia sin palabras, o venganza por la vida que le quitaron, por el futuro desconocido.

Querrías un poco de paz de la noche en que la sangre se alborota.

Y tú por último.

Tú que has matado. Tú que estás entre estos y eres otro distinto, tú que esperaste a que dejase de respirar bajo la almohada, a que el cuerpo antes caliente se enfriara, a que la sangre dejara de fluir por sus venas.

¿Qué le pides tú a la noche de primavera?

Tal vez que disuelva la sombra del remordimiento. Que te dé razón, cuando pensaste que no habría vida estando ella en el mundo. Que no habría esperanza ni paz con ella en el mundo. Y que te diga que sin ella será posible vivir, que no te has equivocado, que todo volverá a su sitio.

Que no fue venganza, que no fue rabia. Sino necesidad. Que no fue desesperación sino esperanza.

Que la noche de primavera te diga que solo había una manera y que hiciste lo que tenías que hacer.

Que para poder renacer no hay más remedio que morir.

Eso querrías oír de la noche que no puede darte paz.

Porque no la tiene.

Para el Jueves Santo la primavera escogió el traje gris.

La mañana se presentó cubierta, con un sol pálido y enfermizo que no estaba con ánimos de cumplir con su deber. Una luz lechosa bosquejaba las siluetas sumergiéndolas en una neblina vaga. Los escasos transeúntes de las horas tempranas se movían pegados a las paredes, intimidados por un aire húmedo e incomprensible: la primavera seguía ilusionando y decepcionando, imitándose a sí misma sin auténtica convicción.

Ricciardi había anticipado en media hora su salida diaria, para llegar al cortejo fúnebre de Víbora con la puntualidad prometida. El mensaje del hospital que había encontrado la tarde antes sobre su mesa, al regresar del Vomero, indicaba que la entrega del cuerpo se haría a la única persona que lo había reclamado, la señora Lidia Fiorino, conocida como *madame* Yvonne; de modo que todo había salido según lo previsto, y se celebraría el extraño funeral.

Tenía la certeza de que si hubiese solicitado autorización por la vía jerárquica, habría tardado días en llegar y, probablemente, la solicitud habría quedado retenida en la mesa de algún funcionario mojigato que, horrorizado, habría dictaminado la imposibilidad de que un grupo de prostitutas recorriera las calles en plena Semana Santa. Tal vez ese funcionario habría sido el propio Garzo, no obstante su amistad con los usuarios del burdel: una cosa era mantenerlo abierto y otra muy distinta permitir que enterrasen a una mujer pública a la que le habían arrebatado la vida violentamente.

Nada disgustaba más a Ricciardi que la hipocresía. La violencia e incluso el estallido de ira que daba paso al delito formaban parte de la naturaleza humana, pero enmascarar, esconder, fingir eran construcciones erigidas en nombre de las convenciones que apuntaban a la comodidad y a obtener ventajas personales. Nada tenían de natural.

Por ello, mucho mejor estar presente para resolver *in situ* los posibles flecos. Un comisario era una autorización viviente. A Maione no le faltaba razón, desde el punto de vista burocrático, asistir a la ceremonia constituía un peligro y una irregularidad grave. Pero Ricciardi había visto la imagen de la muchacha, hermosa y muerta, de pie delante de un espejo que no la reflejaba, mientras repetía hasta el infinito su último e incomprensible pensamiento. Por absurdo e inexplicable que pareciese, conocía a esa mujer y no podía permitir que la enterraran sin nombre, como un animal vagabundo, en una fosa común.

Mientras sus pasos resonaban sobre la calzada húmeda de la calle desierta, el comisario reflexionaba sobre los encuentros del día anterior. Algo se le escapaba, una sensación aguda de desorden; en aquella desagradable historia sus ojos no habían mirado bien, sus oídos no habían prestado toda la atención necesaria. Víbora catalizaba a su alrededor emociones muy fuertes, y una de ellas había causado el

crimen, pero ¿cuál? A veces la solución era la más simple y por eso uno no la veía. El homicidio era algo tan grave y tan grande que hacía inconcebible la obviedad.

Quizá Víbora le había dicho que no a Coppola, y él, en un arranque de ira la mató; y ahora se emborrachaba para olvidar que había eliminado con sus manos su principal razón de vivir. Quizá la madre de Víbora no aguantó más la vergüenza o no había conseguido más recursos económicos y había matado a su hija. Quizá el hijo de Ventrone había pretendido liberar a su padre. Quizá ante la perspectiva de perder su fuente de placer el propio Ventrone la había asfixiado en un último y terrible juego erótico.

Y quizá no.

En la esquina de la via Toledo se cruzó con un grupo de mujeres vestidas de negro que se dirigían a la ceremonia con la cabeza cubierta; una de ellas llevaba una vasija con trigo del sepulcro. Una de las tradiciones más antiguas y pintorescas de la Semana Santa: sobre un lecho de estopa de retama, en la más completa oscuridad dentro de arquibancos, se ponían a germinar semillas de trigo y garbanzos para que crecieran rigurosamente blancos y así, adornar con ellos los sepulcros, los altares preparados en las iglesias para celebrar la sepultura de Jesús.

Ricciardi recordaba que un profesor de la universidad había mencionado que la costumbre se remontaba a los ritos paganos de la fertilidad celebrados al comenzar la primavera. Aquella comparación lo llevó a pensar hasta qué punto las limitaciones, las penitencias y las constricciones podían producir un estallido incontrolado de violencia y, por tanto, el delito: por una parte la penitencia, la conmemoración de la muerte en la cruz, y por otra, la primavera, el florecimiento de la vida. Tal vez no le faltara razón al doctor Modo cuando en sus interminables parrafadas políticas clamaba por la liberación de toda forma de imposición social.

Debajo del edificio donde se encontraba El Paraíso, un furgón negro esperaba su triste carga. El vehículo era anónimo, sin distintivos ni adornos: podía estar destinado al transporte de cualquier mercancía. Ricciardi apreció el cuidado puesto por Ventrone en que todo se hiciera sin llamar demasiado la atención.

Todavía no había nadie, Ricciardi llegaba con media hora de antelación. Se detuvo al otro lado de la calle, y se refugió en un zaguán. La ciudad se iba despertando, no quedaba mucho tiempo si se quería pasar más o menos inadvertido. Paseó la mirada por los edificios circundantes y vio a dos mujeres rezando en un balcón, con el rosario en la mano y los labios en perpetuo murmullo; un hombre con cara de sueño sorbiendo café de una tacita; dos criadas ventilando mantas y almohadas, mientras escrutaban ceñudas el cielo para dilucidar si iba a llover y cuándo.

Una voz le hizo dar un brinco.

—Buenos días, comisario. Esta primavera no tiene ganas de llegar, ¿eh?

Siempre lo había sorprendido esa capacidad de Maione para moverse con sigilo cuando caminaba por la ciudad. Para Ricciardi era un misterio cómo se las arreglaba

un hombre de sus dimensiones para transportar un metro noventa y ciento veinte kilos uniformados y aparecer como por arte de magia sin que nadie lo viera llegar; pero aquella particularidad resultaba tan conveniente en las vigilancias y los seguimientos que resultaba inútil buscarle explicación.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No habías dicho, y con toda la razón, que era peligroso estar presentes sin la famosa autorización escrita?

—¿Qué quiere que le diga, comisario? —replicó el sargento—. Será que no es usted el único inconsciente de la jefatura. Además, después de oír lo que la madre de esta muchacha dijo ayer, me dio más pena todavía. No me parece justo que se la llevaran así, a lo mejor su padre, si siguiera vivo, estaría presente. Puta o no. Por lo que veo no soy yo el único.

Ricciardi siguió la indicación de Maione y vio un perro blanco con manchas marrones sentado en el suelo. Poco después el doctor Modo apareció silbando, con las manos en los bolsillos y el sombrero ladeado.

—Ah, la policía vela por la seguridad pública desde la sombra de un zaguán. Ahora sí que me siento tranquilo.

—¿Tú también aquí? —preguntó Ricciardi, sorprendido—. Y yo que creía que esta mañana estaría solo, fíjate, han convocado una reunión de insomnes y yo sin enterarme. Ya sé que los ancianos duermen poco, pero juro que no esperaba verte aquí, Bruno.

Modo hizo una mueca.

—Es cuestión de puntos de vista, mi amigo tenebroso. Anoche no me acosté siquiera, trabajé hasta tarde mientras tú tenías tus pesadillas, luego me tomé un vaso de vino en la taberna que cerró en último lugar y después un café en el primer bar que encontré abierto, casi a la vez. Y pensé: No puedo faltar al último paseo de una vieja amiga. El perro estuvo de acuerdo conmigo, y aquí nos tienes. Parece que no somos los únicos. Sargento, ¿no es esa una de sus amistades?

Maione miró bien, luego se acercó desconsolado a la silueta alta, vestida de negro, y la cabeza cubierta con un chal del mismo tono, pero con un par de zapatos rojos de vertiginosos tacones y medias de red.

—Nenita, ¿se puede saber qué haces tú aquí?

El travesti se destapó solo los ojos de larguísimas pestañas.

—Sargento, baje la voz —murmuró—, ¡que no le oiga nadie! ¿Por qué, acaso no puedo asistir yo también a un funeral?

—En primer lugar no es un verdadero funeral; en segundo lugar, debería ser algo discreto, y tú no eres de los que pasan inadvertidos.

Nenita se llevó una mano enguantada a la cara.

—¡Pero si me he puesto el único vestido negro que tengo! Claro que he tenido que traerme el chal, porque no tengo sombreritos con velo. Mi amiga, la que trabaja aquí de criada y a la que le gustaría dedicarse a puta, me contó lo del cortejo fúnebre de esta mañana y me dijo que *madame* lo organizó con Ventrone, el comerciante que

no vendrá porque tiene miedo de lo que la gente pueda comentar, y que...

Maione levantó una mano.

—Por el amor del cielo, Nenita —suplicó el sargento—, no soporto tener que escucharte a estas horas de la mañana, ¿o es que no te has fijado en que casi siempre voy a verte a última hora de la tarde? No me interesa cómo te has enterado, lo único que quiero saber es qué haces aquí.

Nenita soltó una risa, contenida en las intenciones pero parecida al relincho de un caballo ronco.

—Las de nuestro oficio debemos mostrarnos solidarias. Le ocurrió a ella, pero podía haberle ocurrido a una de nosotras, en un burdel, en una casa o en la calle. Así que por eso he venido.

—Lo que nos faltaba esta mañana —comentó Maione, desanimado—, el sindicato de las putas. Está bien, ponte allá atrás y quédate tranquilita y con la boca cerrada. Y sobre todo, que nadie se entere de que nos conocemos.

—Sargento, lo que usted diga. Los grandes amores siempre encuentran obstáculos. No se preocupe, me pongo al fondo de todo y no lo molesto.

El sargento consideró durante un instante la conveniencia de darle una patada al travesti, luego decidió postergarlo y fue a reunirse con el comisario y el médico.

—Sargento, no pueden seguir viéndose así —dijo Modo—. Tarde o temprano deberá dejar que su relación salga a la luz.

—Doctor, haga el favor, no empiece usted también. ¡Estoy echando a pares y nones si monto una buena redada, aprovechando que estoy aquí, así me libero de una vez y para siempre de ese incordio!

En ese momento se abrió el portón y el pianista, el camarero, el hijo de *madame* y el chófer del furgón sacaron el cajón con el cuerpo de Víbora.

Ricciardi comprobó lo que temía: intrigados por el insólito movimiento, mujeres y niños comenzaron a asomarse a los balcones y las ventanas de los edificios circundantes.

El edificio de El Paraíso, según correspondía a una actividad como la que se llevaba a cabo en la casa, era tolerado por su discreción: las ventanas con las cortinas echadas, las entradas reservadas, los proveedores que accedían por el costado, las chicas que se exhibían únicamente a los clientes, rara vez salían más que ocasionalmente y siempre solas y en horarios especiales. Cuando tocaban música lo hacían en una sala interior y el sonido no llegaba a la calle. Todos conocían la existencia del burdel, pero nadie hablaba de él ni lo nombraba: aquel era un barrio respetable.

Naturalmente todo el mundo se había enterado del crimen, pese a que los diarios, que desde hacía años silenciaban las noticias de sucesos que suponían hechos de sangre, no lo habían mencionado; pero las noticias volaban, y El Paraíso se hallaba bajo la vigilancia constante de las chismosas del barrio, a la caza de la noticia excitante.

Fíjate, ahora se permitían nada menos que un funeral. Claro que no había curas a la vista, solo faltaba, ni carruaje negro tirado por caballos enjaezados con un penacho alto, pero seguía siendo un cortejo fúnebre, aunque por la hora las tiendas todavía no estuviesen abiertas ni hubiese gente en la calle.

Las madres mandaron a toda prisa a sus hijos a meterse dentro de sus casas, no querían que viesen aquello, y ellas entraron detrás golpeando ostensiblemente los postigos y luego se pusieron a espiar detrás de las cortinas. Algún que otro hombre se asomó sacudiendo la cabeza; en un balcón se oyó una carcajada.

El ataúd fue depositado con delicadeza en el furgón; los hombres se colocaron a un lado; por el portón, de dos en dos como monjas en procesión saliendo del convento, desfilaron *madame* Yvonne y las que habían sido compañeras de Víbora.

Nada podía reprochársele a la sobriedad con la que las mujeres iban vestidas. Trajes negros, sombreros con velo o chales en la cabeza ocultaban el cabello. Ni una nota de color, ni un solo escote, ni una sola pierna asomaba desnuda a través de la audaz abertura de alguna falda; ni un solo zapato de alto tacón, nada de maquillaje exagerado. Salvo Nenita, que por lo demás permanecía semioculta entre las sombras del edificio, y aparte de la escasa presencia masculina, habría podido tratarse del entierro normal de una persona respetable que no había podido permitirse una costosa ceremonia.

El silencio era absoluto, desde las ventanas las miradas aviesas creaban una tensión palpable. Una de las chicas se acercó a la caja de madera oscura y la acarició despacio con la mano enguantada. Después de ella, de una en una, todas las demás rindieron su tributo personal a la que había sido la más célebre de las prostitutas:

quizá, tal como Nenita le había dicho a Maione, todas pensaban que la suerte de la muchacha habría podido tocarle a ellas, o tal vez se tratara de la melancolía por una joven vida segada.

Ricciardi observó que Ventrone, según había anunciado, no estaba, y que Pietro Coppola había conseguido mantener alejado a su hermano, según lo prometido. De la madre de Víbora no había ni señales: el comisario había esperado que la mujer cambiara de opinión.

El doctor Modo se acercó al acordeonista, ya apostado desde primera hora de la mañana en su lugar evidentemente remunerativo, y le murmuró algo al oído; después le entregó un billete y el hombre le dio las gracias quitándose el sombrero. Acto seguido se puso a tocar un tango muy famoso.

La melodía, incongruente con la hora y las circunstancias, causó una reacción de sorpresa en el pequeño cortejo y también en las pocas personas que seguían asomadas a las ventanas; se abrió algún postigo dejando ver caras de asombro. La melodía era hermosa, y el ambiente, la luz gris de aquella mañana húmeda y triste, los rostros pálidos de las chicas poco habituados al sol bajo los sombreros negros, la hicieron conmovedora.

El médico se acercó a Maione y a Ricciardi y se encogió de hombros.

—Es la música que me gustaría para mi entierro. La conoces, ¿no?

Ricciardi asintió con vaguedad.

—Claro, la escuché en la radio. ¿Por qué esta?

—Porque habla de una casa de citas, un lugar donde se intercambia amor a escondidas, un apartamento en el segundo piso de un edificio de Buenos Aires. Se titula *A media luz*.

Cuando el tango llegó al estribillo, el médico se puso a cantar a media voz:

—«Y todo a media luz, que es un brujo el amor, a media luz los besos, a media luz los dos. Y todo a media luz, crepúsculo interior. ¡Qué suave terciopelo la media luz de amor!».

Varias de las muchachas se volvieron hacia el médico, cuyo canto era poco más que un murmullo. Una de ellas le lanzó un beso con la punta de los dedos. El médico respondió con una leve reverencia.

—Doctor, explíqueme lo que ha cantado —pidió Maione.

Modo se pasó la mano por la cara. Parecía conmovido.

—Son palabras, sargento. Nada más que palabras. Dicen que el amor embruja y que con poca luz, los besos son suaves como el terciopelo.

Desde un balcón, imposible saber cuál, salió volando un geranio rojo. Se cerraron con rabia dos postigos, un sonido seco como una bofetada. Había muerto una muchacha. Había muerto una puta.

El chófer se volvió hacia Ricciardi, que le hizo una seña con la cabeza. El hombre se acercó a *madame* Yvonne, que parecía una montaña vestida de negro, y le susurró algo al oído. La mujer se volvió hacia las chicas y batió palmas dando por concluida

la ceremonia.

Cuando las mujeres se disponían a entrar en el edificio, desde la esquina del callejón asomó un grupo de cuatro hombres; vestían ropas oscuras y, por algún motivo, soltaban groseras carcajadas, mientras le tomaban el pelo al más robusto, que se mostraba contrariado.

Llevaban camisas negras.

Con el impulso que les dio la cuesta abajo casi se llevaron por delante al pequeño cortejo de muchachas; se miraron desorientados, evidentemente borrachos, venían de una noche de juerga. Al reconocer al personal de un establecimiento que tal vez frecuentaba, uno de ellos dijo:

—¡Caramba! ¡Pero si son las putas de El Paraíso! ¿Qué hacen todas aquí fuera?

Uno de ellos le dio un empujón al acordeonista, que cayó despatarrado con un sonido discordante. El instrumento se estrelló contra el suelo, pese al intento de amortiguar el golpe del hombre, que se desplomó con un grito ahogado.

Otro de los hombres, que apenas se tenía en pie, soltó una carcajada y con un comentario vulgar le palpó el trasero a la chica que tenía más a mano, arrancándole un grito. En una ventana se oyó un «¡Bien hecho!», y el hombre dio las gracias con una reverencia temblorosa.

Los demás, para no ser menos, alargaron la mano, rapaces como zorros en un gallinero. Las mujeres se abrazaron y Lily lanzó un manotazo al primer fascista que había tocado a una de sus compañeras; pillado por sorpresa, el hombre resbaló y cayó al suelo. Sus amigos empezaron a mofarse, y él, ofendido, se puso en pie y abofeteó a la muchacha.

Todo ocurrió en pocos segundos.

El doctor Modo fue el primero en reaccionar: zarandeó al más próximo, que cayó arrastrando consigo a uno de sus camaradas. Los otros dos dejaron de fijarse en las mujeres y, amenazantes, se fueron hacia el médico.

Fue entonces cuando el perro se interpuso entre Modo y los fascistas, enseñó los dientes, se le erizaron los pelos del lomo y gruñó por lo bajo. Uno de los hombres sacó un cuchillo: la situación era crítica.

De las sombras del zaguán de enfrente salió la considerable mole del sargento Maione que, hasta el último momento, había confiado en que las cosas volvieran a su cauce sin que tuviera que intervenir. Antes de actuar, al ver que Ricciardi se disponía a salir, le murmuró:

—Comisario, espere, se lo ruego. Déjeme a mí.

Se colocó delante del médico, y acercó la mano a la pistola que llevaba en la cintura.

—Calma, señores —dijo, dirigiéndose a los cuatro—. ¿Están seguros de que les conviene seguir adelante?

Se produjo un terrible momento de silencio: en las ventanas y los balcones había al menos una decena de espectadores; las muchachas y *madame* Yvonne habían



retrocedido al zaguán del edificio, desde donde contemplaban la escena. A los fascistas les fastidiaba tener que retirarse, pero el policía corpulento parecía resuelto a defender al médico.

Tras un largo momento de indecisión, el más alto guardó el cuchillo con ostentosa lentitud. El mayor de ellos, que parecía tener más autoridad, se volvió hacia el médico y le dijo:

—A usted lo tenemos visto. Es ese médico del hospital dei Pellegrini, que cuando le da a la sin hueso no hace más que soltar tonterías. Le gusta la política, ¿eh, doctor? Pero ándese con ojo. Que si uno hace política en el bando equivocado, puede acabar mal.

Modo lo miró un buen rato. Después soltó un escupitajo que aterrizó a pocos centímetros de la punta de las botas del hombre que, asqueado y rojo de rabia y humillación, retrocedió de un salto. El fascista asintió ostensiblemente, sin apartar la vista de la cara de Modo, como queriendo grabársela en la memoria.

Le hizo una seña a sus camaradas y echó a andar por la calle, seguido de los otros tres.

Después de una pausa, el chófer del furgón cerró las puertas a toda prisa, se sentó al volante y arrancó en dirección al cementerio. Las mujeres entraron, no sin antes haberle enviado al médico muestras de aprecio y gratitud.

Nenita se acercó a Maione.

—¡Qué hombre! —exclamó con tono de adoración—. ¡Al verlo creí que me daba algo, fíjese, tengo la piel de gallina!

El sargento fingió lanzarle un tortazo y el travesti se alejó por las callejuelas riendo por lo bajo.

De todas las fiestas del año, la Pascua era la que Lucia Maione amaba con más pasión.

La Navidad tenía su encanto, sin duda, las *pizzas* de cebolla y anchoas y la preparación de las escarolas, el pesebre con su río que fluía de veras gracias a un enema oculto entre el cartón piedra, los dulces y la mesa bien puesta, y las cartas de los niños con los propósitos para Año Nuevo; y el día de los Difuntos con su turrón; y la maravillosa fiesta de Piedigrotta, rica en música y canciones. Pero la Pascua, la Pascua era la primavera y las ventanas que se abrían dejando entrar de nuevo el sol y el perfume del mar.

Para Lucia, como para todas las madres de familia de la ciudad, la Pascua empezaba con el carnaval, cuarenta y un días antes; seguía luego la preparación de la comida del martes de carnaval, por la que, modestia aparte, era célebre en todo el barrio: su majestad la lasaña, el plato de los reyes, con ragú y albondiguillas; las salchichas y los *friarielli*, los higadillos en la *rezza*, la redecilla hecha con intestino de cerdo y laurel y, sobre todo, el *sanguinaccio*, la crema de cacao, leche y sangre de cerdo acompañada de cidra confitada que los niños esperaban durante todo el año.

Cuando terminaba la comida de carnaval, Raffaele se dejaba caer en el sillón después de haberse zampado dos raciones de cada plato y exclamaba la frase de rigor: «Lucia, si sigues así me vas a matar. ¡Pero qué muerte más hermosa!».

Llegaba luego la Cuaresma, que obligaba a la mortificación y la penitencia. Aunque no era una santurrona, de esas mujeres que cada vez que tenían un momento libre se metían en la iglesia a rezar, Lucia quería que sus hijos tuvieran bien claras las tradiciones derivadas de la religión. Ella y su marido se habían criado así, y así debían criarse sus hijos. De manera que durante cuarenta días las legumbres, que no daban mucho margen a la imaginación de una cocinera refinada, sustituían a la carne; Lucia se limitaba a preparar de vez en cuando las cuaresmales, unas pastas secas con fruta confitada y almendras enriquecidas con una pizca de canela, que acompañaban a los niños durante un período que parecía aún más largo de lo que era.

Después llegaba la primavera, y la Semana Santa que culminaba en la Pascua. Cuando no llegaban juntas había que morder el freno, pues el despertar de la naturaleza y el sol nuevo que hacía cosquillas en la piel no combinaba bien con la última parte del período de penitencia; pero como ese año, en que primavera y Semana Santa coincidían a la perfección, entonces la fiesta era doble.

Mientras recorría la plazoleta della Carità rumbo al mercado della Pignasecca, Lucia pensó que estaba lista: había preparado con mucha antelación su batería de armas. Las cazuelas estaban relucientes, los cuchillos, afilados, los ingredientes que podían conservarse estaban comprados, los menús, planificados hasta el último detalle. Solo quedaba esperar.

Los últimos días los había dedicado a otro ritual doméstico de gran importancia:

la limpieza de primavera. Por primera vez hizo participar a Maria, su hija mayor, que acababa de cumplir diez años, y a Benedetta, que era su coetánea.

Al pensar en la niña Lucia sonrió. Raffaele la había llevado a casa la Nochebuena, cuando temió que su marido hubiese salido a cometer una tontería pero, por suerte, después se arrepintió. Al llegar a casa apareció con aquella pequeña mujer de cara seria, modales exquisitos y voz miedosa: Benedetta había perdido a sus padres de forma trágica, y el corazón de Raffaele se negó a celebrar la festividad sabiendo que aquella niña iba a estar sola en el colegio. Después de aquella noche se había quedado con ellos. Maione había conseguido su custodia, y ahora acababan de solicitar su adopción. Donde comen siete, le había dicho Lucia a su marido, comen ocho, además, esta niña come como un pajarito.

De modo que Lucia, Maria y Benedetta habían puesto manos a la obra para cumplir con las grandes maniobras de la limpieza de primavera: sacudir y cepillar alfombras, cortinas y prendas invernales, sin olvidarse de volver del revés los bolsillos para eliminar la pelusa blanca del interior; reparar el daño causado por el uso, ojales y presillas desgastados, bolsillos que reforzar, botones al borde del abismo que había que coser, forros a los que dar unas puntadas; desmanchar y desengrasar cuellos y puños con salvado caliente. Después venía la conservación propiamente dicha en los arcones, había que colocar los amplios baúles en altillos y desvanes, sin olvidarse de la naftalina, el alcanfor y la pimienta, armas necesarias contra las polillas.

La espera ya estaba tocando a su fin, y las mujeres de casa Maione estaban a punto de medirse en el banco de pruebas más serio y comprometido de la cocina napolitana: el roscón *casatiello* y la tarta *pastiera*. Lucia se disponía a iniciar a las dos niñas en los secretos más íntimos y mejor guardados de la familia, esos que utilizarían después para que sus hombres las mirasen con reconocimiento y beatitud todos los días de Pascua de su vida.

Pero antes venía el Jueves Santo, el día de la visita a los sepulcros, el día en que se recordaba la última cena de Jesús. En nombre de esa conmemoración, la tradición gastronómica imponía la sopa marinera, primera nota destacada de los platos pascuales.

Cuando se trataba de mejillones, almejas y chirlas, en lugar de comprarlos directamente a los pescadores Lucia prefería hacerlo en un puesto del mercado della Pignasecca, que conocía bien y que, en consideración de que era una buena cliente, jamás le habría vendido mercancía que no estuviera fresquísima. Entre los ingredientes de esta sopa estaban también los chocos y los pulpos, de modo que aquella compra supondría una larga y atenta selección.

El mercado era amplio y estaba muy concurrido: constaba de una multitud de puestos grandes y pequeños y carritos que invadían el laberinto de callejones alrededor de la gran estructura del hospital dei Pellegrini. Lucia se lanzó con la pericia de un capitán de altura en un archipiélago cuyos escollos y bajíos conoce de

menoría. El cabello rubio que se escapaba del pañuelo atado a la cabeza, el paso seguro y los bonitos ojos azules llamaron la atención y cosecharon el saludo de varios comerciantes, a los que agradeció con un gesto: nunca hay que dejarse atraer por lo que no sirve, pensó. Directa al objetivo; el puesto de pescado se encontraba al final de la calle, había que pasar delante de la entrada lateral del hospital.

Echó una mirada de refilón al patio; temía aquel lugar como esposa de policía que a diario, rezando instintivamente un avemaría, veía a su marido salir rumbo al trabajo: recordaba la hospitalización del comisario Ricciardi, tras aquel feo accidente de coche el día de los Difuntos, y la preocupación de Raffaele. Había ido a verlo y a llevarle el turrón que había preparado ella misma.

Se disponía a alejarse cuando entrevió un movimiento extraño: un perrito, la correa atada a un palo, trataba de soltarse como un poseso. Desde el otro extremo del patio dos hombres conversaban animadamente junto a un coche oscuro, parado con el motor encendido. Uno tenía la bata y el pelo blancos, debía de ser un médico; Lucia se preguntó si no sería el doctor Modo, del que su marido hablaba con gran estima y afecto. El otro hombre le llamó la atención a Lucia, pues vestía con elegancia, traje con chaqueta cruzada, sombrero a tono; al contrario que el médico, que gesticulaba enojado, el otro se mostraba tranquilo, impassible, los brazos colgando a los lados.

Lucia se detuvo, intrigada. Por la distancia no conseguía oír el contenido de la conversación, pero el médico parecía furioso. El perro ladraba desesperado. Curiosamente nadie pasaba por el patio, casi siempre muy concurrido y las ventanas del hospital estaban cerradas. A la entrada del patio había dos puestos, pero los comerciantes, indiferentes a aquel suceso, siguieron ordenando la mercancía en sus cajas.

En un momento dado, se apearon del coche otros dos hombres y se colocaron a ambos lados del médico; lo subieron velozmente al vehículo mientras el hombre elegante, que hasta entonces había estado discutiendo con el médico, rodeaba el coche y se subía por la puerta anterior. El vehículo salió a velocidad sostenida y pasó cerca de Lucia.

El médico miró hacia fuera y, por una fracción de segundo, su mirada se cruzó con la de la mujer. Su cara estaba roja y su expresión, exaltada, y en sus ojos Lucia percibió la rabia y algo más: un punto de melancolía.

En cuanto el vehículo dobló la esquina, la mujer reaccionó e hizo ademán de pedir ayuda, pero uno de los dos comerciantes que habían fingido indiferencia, se le acercó.

—Señora, hágame caso —le dijo—, déjelo estar. Si no quiere poner en peligro a alguien, no le cuente nada a nadie de lo que acaba de ver. Son tiempos difíciles.

En el patio el perro consiguió por fin soltarse y salió corriendo detrás del coche, que ya se había perdido de vista.

Desde su puesto de observación, lo sucedido al final del extraño rito fúnebre de Víbora le había dado a Ricciardi muchas ideas sobre las que reflexionar. La primera se refería a Modo. Tarde o temprano, su actitud frente a cuantos representaban el régimen, aunque se tratara de algún muchachote que se aprovechaba de la camisa oscura para armar un poco de alboroto, le causaría graves problemas. Ojalá se limitaran —porque en esta ocasión se salvó por los pelos— a ser víctima de una paliza.

Cuando las mujeres se retiraron y el médico, Maione y el comisario se quedaron solos en la calle, el médico no admitió los reproches, al contrario, le llamó la atención a Ricciardi por no haber intervenido.

El sargento respondió por su superior.

—He sido yo quien le dijo al comisario que no se metiera, doctor. Estamos aquí sin autorización, solo faltaba una pelea en la calle para que el subjefe de policía, ese cabrón de Garzo, nos encerrara en el calabozo a los dos. Yo siempre puedo decir que pasaba por casualidad, el comisario, no.

Maione tenía razón, pero no era eso lo que a Ricciardi le urgía aclarar.

—Bruno, la cuestión es que si sigues por ese camino, te meterás en un lío del que será imposible sacarte. El problema no son esos cuatro borrachos en busca de bronca, sino quien los dirige. Yo tuve que vérmelas con ellos el verano pasado a raíz del homicidio de la duquesa Musso, y puedo asegurarte que son capaces de hacer cosas que ni siquiera imaginamos. Te lo ruego, si no quieres hacerlo por ti mismo, hazlo por todos aquellos a quienes puedes ayudar. Contrólate.

Modo se volvió hacia Ricciardi encolerizado.

—¿Me estás diciendo que debemos aceptar las cosas que acabamos de ver? ¿Que un pequeño idiota, solo porque lleva una camisa negra y un par de botas, se sienta con derecho a palparle el trasero a una mujer que está llorando en el funeral de una amiga? Yo no, no lo aceptaré nunca, y si quieren fusilarme por eso, que lo hagan. Yo —gritó señalándose enérgicamente el pecho varias veces con el índice—, yo defendí a este país en el Carso. Suturando heridas con alambre, amputando brazos a la altura del tronco con bayonetas. ¡No permitiré que lo conviertan en una mierda!

Se dio media vuelta para marcharse y luego, tal vez arrepentido, se detuvo para volver sobre sus pasos.

—Ya sé que eres mi amigo, Ricciardi. Yo también te aprecio, aunque seas un cabrón callado y taciturno que nunca se sabe bien en qué está pensando. Pero yo soy yo. No puedo cambiar a voluntad. Si me detuvieran, déjalos, querrá decir que era mi destino.

Y se marchó. El perro, tras mirar fijamente durante un momento a Maione y Ricciardi, lo siguió, como de costumbre, a pocos metros de distancia.

—Comisario, a mí ese perro me da grima —comentó Maione—. Parece un

cristiano mudo.

—¿Qué quieres que te diga, Raffaele? —le dijo Ricciardi—. Esperemos que nuestro doctor no se meta en líos. Esperemos.

Del portón de El Paraíso salió Tullio, el hijo de *madame*. Se detuvo un momento para encender un cigarrillo y luego echó a andar con la cabeza gacha y el viento en contra, hacia la piazza Trieste e Trento.

—Ahí lo tienes —dijo Ricciardi al cabo de un momento—, una pieza del mosaico de la que no nos ocupamos lo suficiente, me parece. Raffaele, síguelo a ver adónde va. Después quiero que me informes, te espero en la oficina.

\* \* \*

Maione cruzó a la acera de enfrente para aprovechar, como tenía por costumbre, la sombra intermitente de los zaguanes. La experiencia le había enseñado que así reducía en gran medida el riesgo de ser descubierto. No es que temiera la atención del muchacho: había mirado a su alrededor al salir del burdel y ni siquiera se había percatado de la presencia del sargento y Ricciardi que, sin esconderse, charlaban en el vestíbulo del edificio de enfrente.

Observó los hombros de Tullio, su cabeza aparecía y desaparecía entre la multitud del Jueves Santo que invadía la via Toledo. Tendría poco más de veinte años, la cara picada de viruelas, los anchos hombros un tanto encorvados, el pelo tirando a rubio, pero nunca había oído su voz. Nenita había sido claro al respecto: un jugador, esclavo del espejismo de una ganancia fácil que no llegaba nunca. Cuántos sueños como ese había visto Maione que acababan en la punta de un cuchillo. Deudas, y más deudas contraídas para saldarlas.

Al cabo de un rato el muchacho enfiló decidido por un callejón. Maione no se dejó pillar desprevenido porque conocía la ubicación de las principales casas de juego clandestinas, muy activas incluso durante la semana de Pascua. Había descubierto ya a un par de guías, personajes más o menos turbios que cumplían la doble función de hacer de centinelas en caso de que llegara la policía y atraer a los jugadores potenciales que pasaban por ahí. De lejos comprendió que el muchacho trataba de entrar en una casa que el sargento conocía, la de Luigino della Speranzella, cuyo fornido portero era Simoncelli, un expresidiario que él mismo había detenido un par de veces por robar carteras.

Hubo entre los dos una discusión breve y agitada. Maione hubiera podido reproducirla palabra por palabra: Tullio quería entrar a jugar y Simoncelli se lo impedía porque antes debía pagar la deuda. Estaba claro que el joven había agotado el crédito concedido.

La discusión fue degenerando, el muchacho era robusto y no estaba acostumbrado al rechazo, el portero era muy consciente de su función. En la penumbra se vio un destello, y Maione decidió que había llegado la hora de intervenir; pero la exhibición

del cuchillo había bastado para que, intimidado, el muchacho se alejara.

El sargento lo vio probar suerte en dos locales más, donde fue recibido con un rechazo igual de firme, aunque menos violento, y al final, desanimado, optó por volver para el burdel.

Maione regresó a la casa de juego de Luigino della Speranzella y, tras acercarse a Simoncelli por la espalda y sin hacer ruido, murmuró desde la sombra:

—Eh, Simonce', ¿qué tal vamos?

El hombre pegó un brinco, soltó un gritito estridente y se volvió con agresividad. Se trataba de un tipo enclenque, con aire enfermizo y peligroso, las mejillas hundidas y los ojos pequeños y huidizos. Vestía un frac ridículo y mugriento y calzaba unos zapatos medio desfondados. Había hundido la mano en el bolsillo interior, el mismo del que, momentos antes, Maione lo vio sacar el cuchillo.

—Ah, sargento, es usted, buenas tardes. ¡Qué susto me ha dado! El corazón me late a mil, un poco más, y me caigo muerto aquí mismo.

Maione dio un paso al frente y salió de las sombras.

—Y tú para tranquilizarte el corazón llevas encima un cuchillo, ¿eh? ¿Quién hay dentro, qué tal va hoy la partida?

El hombre levantó las manos como para defenderse.

—¿Qué partida, sargento? Para que lo sepa, estoy aquí porque me gusta una señorita que vive en el edificio de enfrente, no...

Con un gesto veloz, Maione agarró a Simoncelli de la muñeca y empezó a apretársela sin que mermara un milímetro el ancho de la sonrisa que lucía en la cara.

—¿No me digas? Tiene que ser muy guapa esa señorita para que no te muevas de aquí las veinticuatro horas de cada día de la semana. ¡Qué gran amor! Yo soy un romántico, Simonce', y quiero creerte. Ahora me pongo a tu lado y los dos le cantamos una serenata bien bonita, ¿te parece? Canta, canta, Simonce', que yo te sigo.

El hombre palideció de dolor.

—¡No, no, sargento, que me rompe el brazo! De acuerdo, de acuerdo, arriba hay muy poca gente, ya sabe que en la semana de Pascua hay poco movimiento. Por favor, sargento, déjeme...

Maione soltó el brazo y, con expresión decepcionada, le sacó a Simoncelli el cuchillo del bolsillo.

—Qué pena, y yo que creía que te habías enamorado de verdad. Te habrás dado cuenta de cuánto me importa tu corazón, ¿eh? Será mejor que me quede con esto, de lo contrario si la señorita de enfrente no consiguió rompértelo, lo conseguirás tú solito. Tal vez con la ayuda de alguien, como el muchacho de antes. Por cierto, ¿por qué no me cuentas su historia? Me enternecen las historias de jóvenes; en una de esas me conmuevo y no te mando a la cárcel.

El exconvicto sudaba copiosamente.

—¿Quién, el hijo de la del burdel? No, sargento, ni en sueños, es un pusilánime,

ningún problema. Yo solo quería asustarlo, si no, se ponía pesado y no había quién le parara los pies.

Maione volvió a agarrar al hombre por el brazo pero sin apretárselo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que no lo dejaste subir si hay tan poco movimiento? ¿A tu jefe le va mal que haya uno más que se deje aquí el dinero?

Simoncelli miró la mano enorme de Maione posada en su antebrazo y decidió decir la verdad. Y decirla a la velocidad del rayo.

—No, sargento, ese muchacho no tiene dinero. Es más, por lo que sé, le debe dinero a todos por esta zona. Ya sabe cómo son estas cosas, es lo que tiene el juego. Cuando uno empieza a perder, sigue jugando y no hay manera de parar. Por eso ya no lo dejan jugar ni aquí ni en ningún otro sitio. Si no, se arruina cada vez más.

Maione se mostró enternecido y le apretó el brazo.

—Pero qué bonito comprobar que sois tan escrupulosos y que os preocupa el bienestar de los jóvenes. Propondré que os concedan una medalla, creo que os la darán en un abrir y cerrar de ojos.

El hombre lloriqueó de dolor.

—No, no, sargento, por favor... Verá, hay orden de no dejarlo jugar más si no trae el dinero y lo enseña aquí, en la entrada. Y si lo trae, una parte va para saldar la deuda antigua. Si no, no puede entrar. Aunque haya que emprenderla con él a bofetadas.

—Y la emprendes a bofetadas con esto, ¿eh? —preguntó Maione agitando el cuchillo frente a la cara del hombre—. Con qué ganas te llenaba yo a ti la cara de bofetadas. Vamos a ver, Simonce', escúchame bien, si alguien llegara a encontrar por estos callejones a ese muchacho con alguna herida, voy a buscarte a tu cama y te planto delante de la primera señorita para que le cantes una serenata y luego la verás al cabo de treinta años. ¿Lo has entendido, sí o no?

El hombre asintió varias veces, masajeándose el brazo con frenesí.

—Sí, sí, sargento, entendido, entendido. Pero yo solo puedo responder por mí, no por los demás. ¡Ese muchacho le debe dinero a mil personas de por aquí! ¡Qué puedo hacer yo, no soy su ángel de la guarda, compréndalo!

Maione le quitó el polvo del brazo con gracia manifiesta.

—Yo ya te he avisado, después no me vengas con que no te lo dije. Felices Pascuas, Simonce'. Procura no arruinarte las fiestas.

En la jefatura, cuando Maione hubo informado a Ricciardi del resultado de sus pesquisas, el comisario le preguntó:

—¿Tú crees que la madre conoce al detalle la situación de su hijo? ¿Los riesgos que corre, el hecho de que intente seguir jugando?

El sargento se encogió de hombros.

—No lo sé, comisario. Creo que sabe que su hijo tiene deudas, pero es posible que no sepa exactamente cuánto debe. Claro que la situación del muchacho no es nada buena, para mí que tarde o temprano acabará recibiendo una buena paliza, es cuestión de tiempo. Lo bueno es que, por lo que he podido comprobar, al tratarse de



un joven que juega en establecimientos modestos, no debe de apostar grandes sumas, esa gente no da mucho crédito a los jóvenes.

—Pero la cuestión del burdel sigue estando ahí. Todos saben que la casa de citas es de alto nivel, de modo que piensan que tarde o temprano la madre pagará las deudas del hijo. Por lo que te contó Nenita, la madama tampoco paga bien a los proveedores. Y si Víbora hubiese decidido marcharse, para El Paraíso habría sido un problema grave.

—Sí, pero ¿por qué matarla? —preguntó Maione—. ¿Así no la perdían de todos modos?

—No estoy convencido. Fueron muchos los que pidieron la reapertura urgente del prostíbulo, quizá ahora vaya más gente para conocer el lugar donde ocurrió la tragedia. Ya sabes que las cabezas funcionan a veces de un modo extraño. Debemos analizar las distintas pistas, tengo la sensación de que algo se nos escapa.

Bianca Palumbo.

¿Y quién es la tal Bianca Palumbo? Mejor dicho, quién era. Si es que existió.

Lily recordaba el momento en que aquel extraño comisario de ojos verdes le había pedido que dijera su nombre. Lo recordaba mientras drapeaba el vestido de seda sobre sus pechos turgentes, esos pechos enormes y blancos que habían cambiado su identidad.

Porque fue después de cumplir los trece años cuando resultó evidente que había dejado de ser Bianca Palumbo, la niña de Porta Nolana que jugaba con las palomas y la muñeca de trapo en la buhardilla donde vivía con su madre y sus ocho hermanos. Desde aquel día en que callejeaba por ahí para entretenerse y un vendedor de fruta que pasaba la invitó a dar un paseo en el pescante de su carro.

Por otra parte, una niña de Porta Nolana no tenía muchas salidas; no si era graciosa, de cabello rubio, nariz impertinente y pechos enormes. No le había ido peor que a muchos otros.

Salió de la habitación sin mirar al final del pasillo y fue hacia el balconcito que daba a la sala. Amedeo, el pianista, interpretaba un *jazz* rítmico y veloz: la música que adoraba, aunque *madame* prefería el vals o el tango a aquella «música de negros» que hacía fruncir la nariz a los fascistas; aunque esos no acudían en tropel a El Paraíso. Preferían lugares más sencillos donde no te miraban torcido si soltabas sonoras carcajadas, empinabas el codo o no sabías tener las manos quietas.

Amedeo lanzó una tierna mirada a Armando, el camarero, que le correspondió y pasó raudo con la bandeja en precario equilibrio. Lily pensaba que era una auténtica ironía que el único amor verdadero en la casa del amor sin amor fuera precisamente el amor entre dos hombres. Hacía años que ocultaban su relación, siempre se buscaban, eran muy tiernos el uno con el otro y muy tímidos con el resto del mundo.

Como siempre en los dos últimos días, la sala estaba repleta. Víbora había atraído más clientes muerta que en vida, ¿quién lo hubiera dicho? A los habituales se sumaron los que querían ver y saber, respirar el aire de un lugar donde, junto a los otros fluidos habituales se había derramado también sangre.

A decir verdad, pensó Lily mientras se contoneaba ante todas aquellas bocas abiertas, no hubo sangre. Sino una almohada que había cortado la respiración. Y ya. Esa también era una gran ironía, ¿no? Una puta asesinada con una de sus herramientas de trabajo, una almohada. De risa.

La cuestión es que acudían en masa. Quizá, entre las muchas perversiones, estaba la de ver la muerte. O averiguar más.

Eligió entre todos a un muchacho alto y moreno de finos bigotes. Quizá su aparente timidez, su aire despistado ocultaban una agradable sorpresa. Total, él no estaba, lo había comprobado enseguida.

Por lo demás, él nunca pasaba por la sala. Conocía muy bien la mercancía, no

necesitaba visitar la exposición. Y compraba a precios elevados para ser el primero en elegir y tener la exclusiva.

Al principio, fue eso lo que a Lily le había gustado de él. La decisión, la seguridad, el saber lo que quería y cómo obtenerlo. Después, en la habitación, se convertía en lo contrario: un tipo débil, tembloroso, y fuerte en el momento adecuado.

Mientras esperaba que el muchacho, con mano insegura, pagara el servicio a *madame*, fingiendo una impaciencia que no sentía en absoluto, recordó lo que le decía la madama del primer burdel donde había ido a parar con dieciséis años: debes ejercitar tu arte y no rechazar a ninguno de los huéspedes. Sé amable y servicial, recuerda que tu único objetivo es que vuelva, y que vuelva y pregunte por ti. Aprende a conocer sus gustos y complácelo sin oponer resistencia: haz como si se tratara del mejor polvo de tu vida, gime, suspira, revuélcate, ruega piedad, elogia sus dimensiones, su vigor. Finge el orgasmo, varias veces, y acaba al mismo tiempo que él; no lo hagas nunca en serio, mantente lúcida, pero finge. Y como eres tan joven, cuéntale que estás aquí por una terrible desgracia, un viejo te arruinó la vida cuando eras pura como un lirio. Descubrirás, le decía, que follar es solo uno de los motivos por los que estamos aquí. Y que entre todos esos motivos, no está tu placer.

Cogió al muchacho de la mano sin dejar de recordar. Desde entonces, desde aquellas palabras, hubo muchos hombres. Lily nunca tuvo que esforzarse para no gozar, ni para encontrar enseguida y fácilmente la manera de llegar al corazón del cliente. Escuchaba a los que querían hablar, y eran muchos, los más rentables, los que compraban horas de su tiempo para contarle su vida de forma confusa y tediosa, tumbados en la cama con los pantalones desabrochados, mirando el techo; esperaba a los que no conseguían una erección, haciéndoles comprender que el secreto quedaría encerrado entre aquellas cuatro paredes; se masturbaba con pepinos y bastones simulando los momentos culminantes del placer, mientras los ancianos de barrigas prominentes y gafas de montura de oro la miraban desde el sillón, con la boca abierta de par en par.

Al cabo del primer año, de Bianca Palumbo no quedaba ni rastro. Solo existía Lily, la puta insensible, de pechos enormes, que nunca perdía la lucidez y resoplaba cuando sus compañeras de corazón tierno le contaban historias de amor. Todo menos el amor, pensaba. La peor de las desgracias, la maldición definitiva.

Tras cerrar la puerta a su espalda, se desató la bata de seda y la dejó caer. El muchacho la miraba estupefacto, sin poder apartar la vista de aquellas espléndidas tetas, duras y firmes pese a su tamaño. Lo llevó hasta el lavabo y empezó a desabrocharle los pantalones.

Cuando conoció a Enzo llevaba poco tiempo en El Paraíso. Formaba parte de un grupo de quince chicas, pensó que no tardaría en marcharse. Y fue él quien la encontró, quien la eligió, quien le hizo entender a *madame*, a fuerza de dinero, que no quería que abandonara la casa como las otras al cabo de dos semanas.

Se entendieron de entrada. Ella había tenido a otros como él, hombres acostumbrados a mandar, ricos y poderosos, que en el dormitorio volvían a ser niños y querían jugar: no le disgustaba si pedían un par de bofetadas o una quemadura de cigarrillo en el muslo. Para ser sincera, era lo único que le gustaba; esos cabrones se lo tenían merecido. Pero él no era así. Él buscaba otro lugar, la cima de una montaña, un abismo en el fondo del mar. El dolor era para él algo que se decía, una forma de hablar. Y Lily había descubierto que para ella también era así. Exactamente así.

Extrajo el pene mustio del muchacho y dejó que el agua fluyera, murmurándole palabras de aliento. Él no le había quitado los ojos de los pechos.

Se lo había oído comentar a las putas más viejas, pero no se lo había creído: que podías encontrar a alguien a quien habrías pagado de buena gana en vez de que él te pagara a ti. No por una cuestión de belleza, que a ella no le iba ni le venía, ni por ternura, sentimiento para ella desconocido; era precisamente por un motivo sexual. Lily gozaba con Ventrone. Era como si él conociera las teclas más ocultas de su placer, esas que Lily ignoraba poseer; y saltaba cada vez que ella, de repente, lo sorprendía con un mordisco o un pellizco, sonriéndole con gratitud.

Secó el pene del muchacho después de habérselo lavado. Ninguna señal de erección.

Con él, de un modo absurdo y cerebral, Lily hacía el amor. Se había convertido en su esclava, y él en esclavo de ella. Le parecía casi absurdo que Ventrone pagara para hacerla feliz. Había descubierto una serie de variantes que lo volvían loco: objetos, posturas. Había despertado en ella una creatividad insospechada y maravillosa.

Hasta que...

Hasta que llegó la otra.

Víbora.

El muchacho la miró a la cara por primera vez.

—¿Eres tú la que la encontró? He oído decir que eras tú.

Nunca supo qué había encontrado Ventrone en la habitación de Víbora que ella no había sabido darle. Fue suficiente que un día se encontrara indispuesta para perderlo: había querido probar «con la guapa», la mujer de la que tanto había oído hablar; después ya no había vuelto a estar con ella más que de vez en cuando, cuando la otra no se le abría de piernas.

Lily no le preguntó nada. Habría sido un signo de debilidad, un defecto de esa voluntad que él tanto amaba. Pero no conseguía imaginar el porqué, entonces se lo había preguntado a Víbora una mañana lluviosa, mientras se pintaban las uñas y fumaban esperando la hora de abrir. La muy puta le había dicho: A lo mejor un día te enseño.

Ahora él no venía al Paraíso.

Llevaba ya dos días. Desde que pasó aquello.

Pero Lily sabía que regresaría a su lado. No cometería el error de ir a buscarlo, bastaba con esperar. Él volvería. Ahora que había terminado el hechizo, ahora que esa

no lo engatusaría más, fingiendo las cosas que para ella eran naturales.

Y cuando regresara, ella lo miraría a los ojos y todo quedaría claro. En el fondo, lo había hecho por él. Solo por él. Y un acto de amor así no podía pasar inadvertido.

Porque en sus ojos había leído el terror. El terror por lo que había ocurrido. El terror de verla muerta.

Muerta.

Dios, cómo sabía ser infame. Era bien cierto, una puede hacer de puta o ser una puta: son dos cosas muy diferentes.

Pero ahora estaba muerta. Fría e inmóvil en un cajón, bajo tierra, con la lengua negra asomando por esa boquita de piñón.

—Sí —le contestó al muchacho—. Yo la encontré.

En sus manos el pene tembló como un pez moribundo.

—Si quieres, te lo cuento, mi apuesto amigo. Si pagas por lo menos media hora, te lo cuento todo.

Asomado a la ventana de su despacho, Ricciardi contemplaba cómo caía la noche sobre la ciudad.

El ruido de las matracas, penetrante y repetitivo, llenaba sin tregua el aire, otra vez fresco y chispeante. Los niños esperaban las fiestas justamente para sacar esos objetos infernales nacidos para sustituir a las campanas, que en esas fechas no se podían utilizar para anunciar las ceremonias del jueves y el viernes, y convertidos en un juguete de madera y hierro con el cual atormentar a quienes, como él, intentaban concentrarse.

No conseguía resolver el delito de Víbora.

Cuantas más vueltas le daba, más se convencía de que las pasiones suscitadas por la muchacha en quienes la rodeaban podían ser un motivo probable para quererla muerta.

No dejaba nunca de repetirse que la génesis de todo delito se asentaba en dos pasiones primarias: el hambre y el amor. Se combinan mezclándose hasta el infinito, convirtiéndose el primero en ansias de poder, prevaricación, envidia; el segundo en celos, soledad, desesperación. Y en las manos son armas que generan una confusa sed de sangre y justicia que solo se apaga con la muerte.

Hambre y amor en todas sus variantes danzaban también en esta ocasión alrededor del cadáver de Víbora: hambre era la de *madame* Yvonne y su hijo; hambre generada por las deudas de juego, el miedo a perder la mejor de las ocasiones de obtener ingresos; hambre era la de la madre de la muchacha, acostumbrada a disfrutar de un dinero procedente de una fuente tan despreciable a la que, tal vez, la propia Víbora había decidido poner fin; en cierto sentido, también era hambre en el caso de Augusto, el hijo de Ventrone, que temía la bancarrota de su negocio a causa de la negligencia y el despilfarro de su padre, y algo similar había percibido en Caterina, la fornida hermana de Coppola, que, a su vez, era esclavo de su amor por la muchacha. Y amor era el que, de un modo perverso y para Ricciardi incomprensible, sintió Vincenzo Ventrone, que hasta se había visto obligado a ocuparse del extraño funeral de la asesinada; y tal vez el amor había llevado a Lily, la prostituta rubia, a decir que ella había encontrado el cadáver para proteger a Ventrone. ¿O acaso había sido el hambre? A saber qué otros sentimientos, qué otras pasiones, qué otras emociones habían rondado como lobos a Víbora, atraídos por el olor de su belleza. Pasiones, emociones y sentimientos de los que no había encontrado rastro. Al menos de momento.

Repasó mentalmente la habitación donde había ocurrido el delito. El contenido de los cajones no decía nada; los objetos desperdigados sobre la cama y el suelo, la plata de los frascos, de la pitillera. El peine de hueso, el cepillo de madera tallada con cabellos rubios, probablemente de Lily, y los cabellos rubios en la almohada, probablemente de Coppola.

La fusta de la que hablaba el cadáver no estaba allí, suponiendo que hubiese existido.

El Asunto, como llamaba Ricciardi para sus adentros al conjunto de sus percepciones, lo engañaba con demasiada frecuencia: ofrecía un reflejo, un eco confuso del último fragmento de una existencia que, asomándose a la oscuridad de la muerte, volvía la vista atrás. Eran muchas más las veces que el Asunto lo había alejado de la verdad, que las ocasiones en que lo había ayudado a encontrarla: muchas más. Por eso mantenía al margen la frase, la palabra que percibía, hasta que le encontraba una explicación al final, cuando el cuadro de acontecimientos quedaba completo, en parte gracias al duro trabajo de investigación y en parte a la casualidad y a la suerte.

Sin embargo, en esta ocasión, la fusta de la que hablaba la boca muerta de Víbora resultaba aún más equívoca. ¿Era un instrumento de trabajo de la prostituta, una forma cariñosa de referirse a su antiguo novio? En este último caso, ¿un pensamiento amoroso dirigido a su propio verdugo o una última invocación antes de ser eliminada por otra mano, tal vez una petición de socorro?

¿Qué habrías contestado, Víbora, a la propuesta de Coppola?, preguntó Ricciardi a la ventana. ¿Qué esperabas para contestar? ¿Que pasara la Pascua para celebrar tu profana resurrección?

Las matracas de la calle golpeaban, cada vez más fastidiosas, madera contra hierro. Ricciardi había oído decir que, en sus orígenes, el sonido de aquel juguete antiguo servía para ahuyentar a los malos espíritus. Pensó con amargura, por enésima vez, que los que espantan no son los espíritus, sino los vivos.

Él lo sabía demasiado bien.

Maione había conseguido arañar una tarde de libertad, como era tradición el Jueves Santo. Se trataba de un rito imprescindible al que nadie habría renunciado: el *struscio*, la visita a los sepulcros.

Después de la comida, que consistía en la celeberrima sopa marinera de Lucia, y la necesaria siestecita, los Maione en pleno se vestían bien, con los trajes primaverales preparados para la ocasión, y salían; delante, la madre del brazo del sargento con su uniforme pulcro y bien planchado y las botas relucientes; detrás, en pareja y de la mano, los hijos, elegantes y peinados, los varones con pantalones bombachos que cubrían las rodillas eternamente despellejadas, las niñas con sus faldas de tablas almidonadas. Ese año debutaba en aquel rito Benedetta, la hermanita adoptada, la más feliz.

En realidad, la salida no era más que un simple paseo, dignificada por la visita a un número impar de iglesias en las que se rendía homenaje a un altar lateral, suntuosamente adornado para recordar el descendimiento de la cruz y la sepultura de Jesús. Los Maione visitaban cinco, completando el trayecto desde la piazza Trieste e Trento a la via Pessina, después de la piazza Dante: menos de dos kilómetros de recorrido en el que empleaban toda la tarde y las primeras horas de la noche, porque de paso se aprovechaba y se veían los escaparates adornados para recibir la nueva estación, se tomaba nota de los nuevos modelos de sombreros o trajes, y los niños estudiaban las tiendas donde se exhibían el obsequio que les gustaría recibir por Navidad o su cumpleaños, únicas ocasiones en que estaban previstos los regalos personales. Aunque la mayoría de las veces el regalo consistiría en algo menos lúdico pero mucho más necesario, como una prenda de vestir.

Durante el paseo llamado *struscio*, en referencia al recuerdo ya perdido del lento andar penitencial de los peregrinos, se caminaba arrastrando los pies y el tiempo empleado en cubrir el trayecto se dilataba también porque la gente se iba cruzando con sus conocidos. Todo era una sucesión de reverencias y saludos quitándose el sombrero con una sonrisa en los labios, incluso entre quienes se veían a diario en el curso normal de sus actividades; pero el *struscio* era toda una ceremonia, una ocasión especial, una fiesta antes de la fiesta.

El comercio salía al campo de batalla con todo su arsenal y a todos los niveles. Contar con un escaparate en el trayecto era una ocasión que no debía desaprovecharse, y era espectacular el resplandor de luces y dorados de cafés y pastelerías como Caflish, con sus camareros en la puerta, o la Fiorentina, que prometía sabores exóticos; de las librerías como Sandron, Treves y Vallardi, en cuyos escaparates destacaban las cubiertas brillantes de los libros de aventuras con ilustraciones de tigres y piratas; de las tiendas de artículos de viaje como Anselmi, donde con las maletas formaban un paisaje tropical simulado que hacía soñar con otros mundos. Los niños se detenían boquiabiertos delante de papagayos disecados y



reproducciones a escala de trenes que cruzaban pequeñas ciudades, y los padres debían volver a menudo sobre sus pasos para arrancarlos de allí con un benévolo tirón.

No solo estaban los establecimientos con local fijo; era aquella la ciudad del comercio móvil, y los vendedores ambulantes no se hacían rogar cuando se trataba de añadir confusión a la confusión con sus puestos muy perfumados sobre ruedas de colores o incluso con una toalla o una pequeña cesta. Aceptaban el desafío de los escaparates destellantes atacando con sus dos armas de siempre: el precio más bajo y el anuncio a viva voz de sus mercancías. Desgarraban el aire silbidos, vocalizaciones y sonidos producidos por los más diversos instrumentos, además de las sabrosas expresiones empleadas para describir la mercancía en venta, en su mayoría de tipo estacional. Violetas, hierbas aromáticas, trigo para la *pastiera*, mandarinas; pero también el *spassatiempo*, la mezcla de pistachos, garbanzos tostados y semillas variadas que, en cucuruchos hechos con hojas de periódico, amenizaba el paseo de los niños, y la inevitable *pizza*, con un puñado de anchoas y su poquito de tomate.

Maione reservaba una pequeña cantidad del raquíico presupuesto familiar para invertirlo en la pastelería Denozza, situada en la parte alta de la via Toledo y una de las más económicas, aunque no menos apreciable que las otras en cuanto a calidad. Conocía al dueño, que le reservaba una mesita, alrededor de la cual se sentaba la familia a tomar un café, los mayores, y un helado *spumone* de chocolate, los niños, para quienes aquella era la auténtica meta del paseo.

Una vez sentados, el sargento se dedicó a observar a su mujer, que rogaba a sus hijos que no se ensuciaran los trajes. Desde la comida Maione tenía la desagradable sensación de que Lucia lo evitaba y limitaba la conversación a lo estrictamente indispensable; hasta los elogios a su extraordinaria sopa, que casi siempre le arrancaban una sonrisa aunque estuviese enfadada, en esta ocasión le resultaron indiferentes.

Maione sabía que pedirle explicaciones solo habría servido para que se encerrara más aún en sí misma; lo había intentado durante mucho tiempo después de la muerte de su hijo, antes de que ella sola decidiera seguir viviendo, y de nada le había servido. Intuía que Lucia no la tenía tomada con él y, en cierto modo, eso lo alarmaba aún más: ¿qué preocupación podía tener su mujer para no querer contársela?

Le aterraba la idea de que pudiera tener algún problema de salud. Mientras la miraba acercar la cucharilla a la cara de su hija más pequeña, sujetando una servilletita debajo de su cuello e imitando el gesto de tragar con su propia boca, pensó en cuánto la quería: tanto que le dolía, que se le encogía el corazón, que sentía como una desesperación. En su mente sencilla de marido y padre, el sargento notaba que se mezclaban la exigencia de proteger con todas sus fuerzas su principal razón para vivir y el miedo a no estar a la altura de aquel deber.

Por su parte, mientras le daba de comer a su hija, Lucia notaba la mirada de su marido. No tenía que darse la vuelta para estar segura: siempre captaba al vuelo si la

estaba mirando, incluso de jovencita, cuando él, como les ocurre a todos los hombres, aún no se había enterado de que ella le gustaba. En esta ocasión se hizo la despistada para evitar sus preguntas y, sobre todo, las respuestas que se habría visto obligada a darle.

No sabía qué hacer. Había sido testigo de algo doloroso, lo había comprendido al instante; algo sin duda relacionado con un hombre a quien su marido apreciaba, o que incluso era su amigo: la descripción correspondía, y ella misma lo había visto de refilón durante su visita a Ricciardi cuando este estuvo hospitalizado. Pero ¿de qué se trataba? No lograba entenderlo.

¿Una detención? Tenía toda la pinta, pero entonces su marido se lo habría comentado o habría cambiado de humor, pero no había sido así.

¿Un secuestro? ¿A plena luz del día y después de una acalorada discusión? Le parecía imposible. Por otra parte, el médico no había pedido auxilio, y no le había faltado oportunidad de hacerlo, aunque estaba claro que no se iba con aquellos hombres por voluntad propia.

A Lucia se le había quedado bien grabada la expresión del comerciante que le había aconsejado guardar silencio por su propio bien y, sobre todo, por el de sus seres queridos. Que le había casi implorado que no se lo contara a nadie. Su expresión era la de alguien que sabía de qué hablaba, y dejaba entrever más que las pocas palabras susurradas en mitad de la calle.

A Lucia no le interesaba la política ni los políticos, para ella eran todos iguales, pero ahora las cosas estaban cambiando. A diario llegaban noticias de palizas, heridos, detenciones. Decían que había espías por todas partes, que si se hablaba mal de un funcionario, de una institución, había siempre quien iba con el cuento y enseguida aparecía alguien a pedir explicaciones por lo que se había dicho. Lucia se había convencido de que era mejor callarse y ocuparse de los propios asuntos.

Además, en ese aspecto, su marido era peligroso: si pensaba algo, lo decía sin ambages. Si le contaba lo que había visto, él se haría cargo, agacharía la cabeza dispuesto al ataque y se metería en un buen lío, y entonces a ella el remordimiento por haberlo puesto en esa situación no le daría tregua.

Con la servilleta le limpió la boca a la niña, notando siempre la mirada de Maione y haciéndose la despistada.

Por otra parte, pensó, si no se lo digo sería como mentirle; y Lucia jamás le había mentado a su marido. ¿Y si al final no se trataba de un asunto político y Raffaele hubiese podido hacer algo por el pobre doctor?

—Rafe’ —susurró sin darse la vuelta—, cuando regresemos a casa tengo que contarte algo. Es importante.

A Maione le dio un vuelco el corazón.

—Luci’, ¿tengo que preocuparme? ¿Ha ocurrido algo grave? Dime solo eso, por favor.

Se volvió hacia su marido, sabiendo que cuando la mirara se tranquilizaría.

—No te preocupes. Tengo que contarte algo que vi, es todo.

El sargento la escrutaba.

—Pero ¿tú te encuentras bien, Luci'? ¿Y los niños están bien?

Ella se rio.

—Pero ¿no nos ves? ¡Si nos tienes a todos delante de ti! Estamos bien, muy bien.

Cuando vayamos a casa te cuento.

Al verla reír, confiada y alegre, Maione notó por fin que se le disolvía el nudo de aprensión que tenía en el pecho. Su mujer y sus hijos estaban bien; nada podía ensombrecerle el *struscio* del Jueves Santo.

—Entonces andando. Todavía nos faltan dos iglesias para terminar la visita a los sepulcros. Benedetta, ven aquí, que te voy a contar la historia de la *pastiera*; tus hermanitos ya la conocen.

Faltó poco para que lo viera. Para que notara ese par de ojos castaños, dulces e inteligentes, clavados en el portón, esperándolo.

Ricciardi salió de la jefatura bastante tarde, pero en la calle aún había mucha gente que prefería visitar las iglesias con las tiendas cerradas, y favorecer así el aspecto religioso que corría el riesgo de ser accesorio al mundano. Al comisario, que no se interesaba ni en lo uno ni en lo otro, le urgía una sola cosa, volver a su casa para librarse de la angustia que le causaba un crimen que no conseguía resolver.

Tras saludar al agente de guardia, recorrió deprisa la breve cuesta que llevaba a la via Toledo; en la esquina se detuvo para atarse un zapato y lo vio.

El perro.

El perro blanco con manchas marrones, una oreja erguida, echado sobre las patas posteriores, inmóvil como una estatua. Estaba en un entrante de la pared de un edificio, un lugar que le permitía evitar la muchedumbre que pasaba a su lado, no perder de vista la entrada de la jefatura y eludir el riesgo de pasar por alto la salida de Ricciardi.

Ricciardi y el perro se miraron un rato. Ambos, curiosamente, en una postura similar, cerca del suelo, uno sentado y a la espera, el otro agachado para atarse un zapato, separados por un río de piernas que paseaban de iglesia en iglesia, de oración en oración. Se miraron y sin palabras hablaron de un amigo común.

El comisario recordó la primera vez que había visto a aquel perro, en un peldaño de la escalera monumental de Capodimonte, junto al cadáver de un niño. Recordó que enseguida tuvo la certeza de que se trataba de una muerte accidental, porque su sentido oculto no le devolvió la imagen del niño como solía ocurrirle cuando la muerte había sido violenta y repentina. Y recordó también que el perro lo había seguido a todas partes y se le había aparecido bajo la lluvia hasta obligarlo a investigar más a fondo y llegar a un descubrimiento atroz.

Y ahí estaba otra vez, fuera de contexto.

Ricciardi buscó la silueta desmadejada del doctor Modo, para asegurarse de su presencia, pero el estómago le decía que no lo vería.

Cruzó la calle y se acercó al perro. El animal no se movió hasta que Ricciardi estuvo a su lado y comprobó que ya no llevaba el collar de cuero que su amigo le había puesto para que no lo tomaran por un perro vagabundo, lo capturaran y lo sacrificaran, como era la costumbre. Como obedeciendo una orden, el perro se levantó y recorrió la via Toledo en sentido contrario a la muchedumbre; de vez en cuando se detenía para que Ricciardi pudiera darle alcance.

A decir verdad, el comisario se sentía un poco tonto siguiendo a aquel perro; en el fondo, Modo siempre lo había dejado suelto, de manera que el animal, siguiendo un impulso pasajero, podía estar recorriendo las calles al azar. Pero aquello le daba mala espina: era tarde y el perro iba sin su collar. De la misma manera que el médico nunca

lo habría atado con correa, tampoco lo habría puesto en peligro de que el lacero de la perrera lo atrapara y lo sacrificaran.

El perro fue hacia el hospital seguido de cerca por Ricciardi. A la altura de los callejones oscuros del mercado della Pignasecca, vacíos a esa hora, se detuvo, gimió y luego se puso a ladrar con insistencia; cuando el hombre lo alcanzó, el perro entró sin vacilar en el patio y se acercó a la cadena de la que colgaba el collar que se había quitado antes de lanzarse en persecución del coche en el que se habían llevado a Modo.

Ricciardi, que no podía saber lo ocurrido, desenganchó de la cadena el fino collar de cuero y se lo puso otra vez en el cuello al perro, que se echó ahí mismo. Así las cosas, Ricciardi decidió entrar en el edificio para comprobar si Modo estaba trabajando y tranquilizarlo en cuanto a la buena salud de su amigo de cuatro patas.

Pero Modo no estaba. En su lugar encontró a un médico joven, que se encogió de hombros y le contó que había sido convocado por un funcionario de la administración para cubrir un turno.

Ricciardi fue hacia la oficina de la planta superior, donde lo recibió un funcionario que se presentó como Egidio Montuori, empleado de secretaría del hospital dei Pellegrini. El comisario se identificó y de inmediato comprobó la cerrazón del hombre, un cuarentón más bien ridículo, con el cuello de celuloide que casi le llegaba a las orejas y unas medias gafas de leer en la punta de la larga nariz.

—Buscaba al doctor Modo, Bruno Modo. Se trata de un asunto importante de seguridad pública y necesito hablar con él.

Montuori echó una rápida mirada a su alrededor, como buscando ayuda.

—¿El doctor Modo? —dijo—. No está aquí. Está..., se fue hace unas horas.

—¿Se fue? ¿Y adónde ha ido?

El tono de Ricciardi era perentorio, por lo que Montuori se encontró en un verdadero aprieto.

—Es que... no lo dejé dicho, además yo no estaba. Ya sabe que dependemos de una congregación religiosa, y a esa hora, cuando lo... cuando se fue, había un cura, no sé cuál. Me parece que se fue... de vacaciones, eso es. Se fue de vacaciones. Dijo que pasaba la Pascua fuera.

Ricciardi pensó que aquel hombre era falso como una moneda de una lira con cincuenta. Lo miró fijamente.

—Señor —le dijo, decidido—, sabe que si le miente a un funcionario de la seguridad pública comete un delito, ¿verdad? Se lo pregunto de nuevo por última vez: ¿dónde está el doctor Bruno Modo?

A Montuori empezó a temblarle el labio inferior.

—Comisario, yo aquí no soy más que un contable. A mí me dijeron que a partir de hoy el doctor Modo está de vacaciones, y que ya avisarán si vuelve al trabajo y cuándo. Es lo que sé y lo que le cuento.

Ricciardi se pasó una mano por la frente. No lo entendía.

—Perdone, pero ¿no me acaba de decir que se marchó a pasar la Pascua fuera? Y ahora me dice que no sabe cuándo volverá al trabajo.

Montuori extendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Tal cual, comisario. No sabemos cuándo volverá al trabajo. Por favor, no le puedo decir más porque no sé nada más. Que tengo mujer y dos hijos pequeños.

Ahora Ricciardi estaba francamente preocupado. Se marchó sin despedirse, y salió al patio a paso vivo.

El perro lo siguió.

\* \* \*

A veces, y en contra de su naturaleza, Ricciardi se dejaba convencer por Modo y pasaba alguna velada charlando y bebiendo cerveza.

El comisario cedía a regañadientes a las alegres y reiteradas invitaciones del médico, y al final acababa alegrándose: era otra forma de vivir la ciudad en las noches de verano, cuando una enorme luna roja colgaba del cielo como si fuese de cartón, o cuando las tabernas envueltas en humo ofrecían un agradable cobijo del frío y el viento. Indefectiblemente las veladas terminaban con un largo paseo durante la cual los dos hombres hablaban de la vida, de la que tenían una visión muy distinta; y se acompañaban a casa el uno al otro varias veces y así prolongaban la charla cuando estaban enzarzados en una discusión hasta que, exhaustos, decidían al fin despedirse.

Mientras Ricciardi, seguido del perro, apretaba el paso para llegar a casa de su amigo, se dio cuenta de cuánto lo apreciaba. Su manera de enfrentarse a las cosas con aparente superficialidad, su profunda implicación en el sufrimiento ajeno, su alegría culta aunque un tanto vulgar y su ironía inteligente le habían llegado al corazón, y sentía angustia de solo pensar que el doctor pudiera encontrarse en apuros.

A lo mejor exagero, reflexionó. A lo mejor se ha tomado unos días de vacaciones para descansar, y ahora está en alguna taberna horrible cerca del puerto bebiendo vino de mala calidad y cantando canciones indecentes, y mañana se reirá de mis preocupaciones. O saldrá a abrirme la puerta en camisa de dormir y me soltará alguna de sus ocurrencias de contenido sexual sobre mi insomnio.

Modo vivía por la zona de la piazza del Gesù, en un edificio antiguo que había conocido tiempos mejores. «Como yo, en el fondo, ¿no?», gustaba comentar entre risas. Ricciardi nunca había pasado del portón, pero atendiendo a las descripciones de su amigo, el apartamento había pertenecido siempre a la familia Modo y ahora era demasiado grande para el doctor.

Cerca del edificio el perro lo adelantó con un gemido, y el comisario confió en que hubiese notado la presencia del médico: pero quien se paseaba, despeinado y preocupadísimo, frente al portón no era Bruno Modo.

Sino el sargento Maione.

—¿Qué tal está?

—Creo que bien. Ahora duermo.

—¿Y cómo duerme?

—¿Cómo debería dormir? Pues duermo. Se agita. Murmura, llora. Pero duermo. Como siempre, desde..., como siempre.

—Qué bien se está aquí fuera. Fíjate qué luna hay. Se nota al fin que ha llegado la primavera.

—A ti no hay quién te entienda. ¿Es que no te has enterado de cómo está la situación? Y tú venga a pensar en la luna, en la primavera. Y mientras tanto el mundo se nos cae encima.

—Eres tú quien no se entera. No ha ocurrido nada. Todo es normal, muy normal. Solo así podrá recuperarse y volver a hacer lo mismo que antes. Y las cosas volverán a su cauce.

—Quisiera ser como tú. Pensar siempre en lo positivo. Pero no; pienso que todo se irá al traste. La policía...

—¡Bah, la policía! Esos no entienden nada, nunca han resuelto nada, no será esta la vez en que vayan a...

—A mí no me gusta ese tipo. El comisario, el de los ojos extraños. Tú hablas y él te mira fijamente, sin expresión. Como si te hurgara por dentro.

—Te repito, nunca han resuelto nada. Si no te dejas impresionar, si mantienes el equilibrio, no te pueden acusar de nada. Tienes que hacer como los jugadores de naipes, lo sabes, ¿eh? Como cuando tienes un punto en la mano y no debes permitir que te lo noten.

—Ja, ja... qué gracioso. Total, tú no tienes de qué preocuparte.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? ¿No estamos los dos en la misma barca? Si se hunde, nos hundimos todos, que lo sepas. No es que unos se salven y otros no.

—También me preocupa el sargento. Parece un zorro viejo. Uno de esos que se hacen los tontos para no ir a la guerra, pero que llegado el momento...

—Sargento, comisario y ya que estás, el Duce en persona: si no tienen nada, no tienen nada. Y de nada te pueden acusar.

—Puede que tengas razón. Lo peor es la cara, la cara de ella. No me la puedo quitar de la cabeza.

—¿Y por qué, por qué quisiste verla? ¿No podías...?

—Claro, podía dejarla como estaba. Pero en el último momento, no sé..., me parecía demasiado dejarla así. Y le quité la almohada.

—Una piedad inútil. Por una puta, una simple y estúpida puta que nos hubiera arruinado la vida y el futuro. Un futuro que nos merecemos, construido día tras día.

—Pero yo la sigo viendo, y la seguiré viendo siempre. No es que me arrepienta, que quede claro. Hicimos lo que debíamos hacer. Pero verla así... después... después,

fue terrible.

—Lo de ahora es una guerra de nervios, y no puedes permitirte debilidades. Ni tú ni yo podemos permitirnos debilidades. Debemos proteger nuestro futuro. Por eso tenemos que estar tranquilos y no perder la calma. No debemos preocuparnos por nada ni por nadie, y mucho menos por la policía, que no encontrarán un culpable ni aunque se topen con él de frente.

—¿Tú crees? Pero el comisario...

—Ya te lo he dicho, nada de nada. No te preocupes. Piensa más bien en si no habremos cometido algún error. Por ejemplo, ¿hay alguien que podría, no sé, haber visto por casualidad o haber...?

—No, ya te lo he dicho. Puse mucho cuidado, nadie puede relacionarme con el caso. Visto desde fuera, ese día no ocurrió nada fuera de lo normal. Había clientes, ya lo sabes, jóvenes y viejos, aquello suele ser un trajín continuo. Había música, cada cual pensaba en... en fin, cada cual iba a lo suyo, al fin y al cabo, ese lugar está para eso.

—Entonces, tal como te he dicho un montón de veces, solo debemos estar tranquilos, no perder la calma y esperar a que pase el tiempo y cure todas las heridas. Y cuando todo haya vuelto a la normalidad, empezaremos a mirar hacia adelante. Y será como si esa puta nunca hubiese existido.

—Había dicho que daría su respuesta el día de Pascua. ¿Te imaginas? ¡El día de Pascua!

—Te repito, será como si nunca hubiese existido.

—Pero seguirá existiendo cada vez que intente dormirme.

—No. Porque teníamos que hacerlo. Respira, respira. Y mira qué luna tan maravillosa hay esta noche.



Maione salió muy inquieto al encuentro de Ricciardi.

—¡Comisario, se ha enterado usted también! Me disponía a ir a su casa aunque ya son más de las doce de la noche. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿A quién nos dirigimos? Aun suponiendo que en esto no tenga nada que ver el sinvergüenza de Garzo, que en estas cosas es un maestro, el muy desgraciado...

Ricciardi estaba tan sorprendido por la presencia del sargento que tardó en frenar el aluvión de palabras.

—Espera, espera, Raffaele. No sé de qué me hablas, explícamelo. ¿Qué haces tú aquí a estas horas?

Maione se quedó de piedra.

—Disculpe, comisario, pero si es cierto que no sabe nada, ¿cómo es que...?

Ricciardi señaló en dirección al perro.

—Me lo encontré echado en la via Toledo cuando salía de la jefatura. Como si me estuviese esperando. Pasé por el hospital, pero un empleado me dijo que Bruno se había ido de vacaciones, a pasar la Pascua fuera. Tuve la impresión de que el hombre temía algo, se mostró evasivo, se contradijo y lo vi preocupado, llegó incluso a decir que tenía hijos pequeños, como si yo tuviera que entender el motivo por el que no me daba más detalles. Entonces empecé a preocuparme. Y aquí me tienes.

—El doctor no está; hace media hora que estoy tocando el timbre de su puerta.

—¿Y tú, quieres decirme por qué has venido? A lo mejor nos estamos preocupando por nada, y Bruno está en algún lugar como El Paraíso, bebiendo y jugando a las cartas.

Maione se ajustó el cuello. Por algún motivo, el hecho de vestir de paisano delante del comisario lo incomodaba.

—Comisario, dudo mucho que el doctor esté divirtiéndose; esto es algo serio. Muy serio. Es probable que los fascistas se hayan llevado a nuestro amigo.

La frase cayó en la noche solitaria como una botella desde un balcón. Aunque hablaba en susurros, el propio Maione echó un vistazo a la calle vacía para asegurarse de que nadie lo hubiera oído.

—¿Cómo que los fascistas? ¿Y tú cómo lo sabes?

Sin dejar de susurrar, Maione le contó lo que Lucia había visto en el patio del hospital.

—... De manera que, como puede usted ver, se trató de una detención en toda regla. Con un coche sin matrícula ni distintivos, el personal vestido de paisano, puede incluso que portara armas ocultas. Tal cual como en las películas norteamericanas, ¿sabe? Cuando la música suena más fuerte.

Ricciardi trataba de ordenar sus ideas.

—Y dices que tu mujer los vio discutir, pero no oyó lo que se decían, ¿es así?

—Tal cual, comisario. Estaba lejos, ellos se encontraban al final del patio y ella

fuera, en la entrada, y además el perro estaba atado y ladraba.

—En efecto, encontré su collar colgado de la cadena. Deben de haberlo atado cuando llegaron, de lo contrario habría hecho lo mismo que en el funeral de Víbora, defender a Bruno. Creo que esa discusión está relacionada, lo deben de haber denunciado esos cuatro imbéciles.

—¿Le parece, comisario? Yo pensé que esos se enteraron de más cosas a través de nosotros, en la jefatura. A lo mejor el tonto de Garzo tiene en su escritorio algún documento y no nos ha dicho nada. A lo mejor el lameculos de Ponte, su perrito faldero, sabe algo. ¡Si es así, juro que le voy a dar tantas bofetadas que se le olvidará hasta el camino de vuelta a su casa! Lo...

Ricciardi negó con la cabeza.

—No creo que en la jefatura se hayan enterado. Esos se mueven por otros conductos. Debemos investigar lo que pasó, y si las cosas están como imaginamos, debemos averiguar dónde lo tienen y por cuánto tiempo...

Maione asintió con gesto sombrío.

—Ya lo sé. Los llevan a las islas. Ponza, Ventotene, Elba. A saber dónde. Eso, los más afortunados... Hay que encontrarlo, comisario. Enseguida. Y conseguir que lo suelten.

Ricciardi aferró del brazo al sargento.

—Así es. Pero debemos actuar con mucho cuidado, porque estos no bromean. Tú tienes hijos, no debes arriesgarte. Déjame hacer a mí.

Maione se soltó, indignado.

—Comisario, ¿cómo se le ocurre pensar algo así? ¿Qué clase de hombre sería yo entonces? Mi mujer me contó que cuando ocurrió, un vendedor ambulante que lo presencié todo, le dijo: Señora, mejor no se meta. Por eso tardó en contármelo, le preocupaba que yo me buscara problemas. Pero ¿cuántos amigos puede uno tener en la vida? Amigos verdaderos, digo. ¿Cuántos? ¿Dos, tres? Para mí el doctor es un amigo. Y si un amigo mío se encuentra en esta situación, yo no me voy a casa a dormir y hacer como si nada. Fascistas o no fascistas. También por mis hijos, comisario: si uno les enseña a vivir de una manera, después no puede darle el ejemplo contrario. ¿O sí?

El razonamiento era impecable, y Ricciardi sabía lo terco que podía llegar a ser Maione. Por otra parte, existía el riesgo de verse implicados en una acusación de encubrimiento, o algo peor, de complot, y él no podía permitir que el sargento pusiera en riesgo su libertad. Trató de implicarlo de manera tal que no saliese demasiado perjudicado.

—De acuerdo. Haremos lo siguiente: mañana por la mañana temprano, antes de ir al despacho, ve a ver a esa amiga tuya que sabe todo lo que pasa y lo que va a pasar, y entérate de dónde lo tienen. Yo iré a un sitio a ver qué averiguo, quizá consiga sacar algo en limpio.

—Sí, comisario. Y por favor, no cometa imprudencias, que yo no soy el único que

se lanza de cabeza cuando hace falta. En cuanto al perro, por ahora me lo llevo conmigo. Es un compromiso que contraí con el doctor.

Un resto de noche para no dormir.

Noche de cabellos canos esparcidos sobre una mesa de madera, en la oscuridad, con otros alientos en una habitación enorme, a saber dónde, a saber por qué.

Noches de pensamientos atropellados, de ideas firmes y miedos grandes, de desafíos y derrotas, de sensaciones firmes en el corazón.

Noche de conciencia limpia, frente alta y espalda recta, de convicciones confirmadas por lo ocurrido: y noche de conciencia sucia por el sufrimiento de los amigos y por la de los enfermos a los que se ha dejado en manos toscas e inexpertas.

Noche de temores por el día que vendrá, por el camino que conducirá lejos, por las batallas que no se podrán empeñar.

Un resto de noche, la que queda.

Noche de ojos verdes abiertos de par en par en la oscuridad, ante un sentimiento que abrigabas sin saberlo.

Noche de estrategias y movimientos, noche de silencio con imágenes que aúllan en la memoria.

Noche en busca de rostros y nombres que fijar en la mente a los que pedir y hasta suplicar.

Noche de temores por el día que vendrá, por las callejuelas que se recorrerán, por las batallas que deberán entablarse.

Un resto de noche, a la espera.

Noche de una mano dormida posada sobre el pecho, como todas las noches, para estar segura de encontrarte al despertar.

Noche alrededor de las camas de los hijos, contemplando el sueño perfecto, las bocas entreabiertas a las nubes y las estrellas y el futuro que tus manos sabrán fabricar.

Noche de incertidumbre, de inadaptación frente al posible dolor de un amigo, frente al silencio que tal vez lo envuelve.

Noche de temores ante el día que vendrá, ante la empinada cuesta por subir a primera hora de la mañana, ante la batalla que habrá que ganar.

En cuanto termine el resto de noche que queda.

El sol había salido hacía menos de una hora cuando el sargento Maione llamó a la puerta del último apartamento del último piso del último edificio de la via San Nicola da Tolentino.

Pasaron casi dos minutos antes de que se abriese la puerta y saliesen de la penumbra los ojos hinchados y legañosos de Nenita.

—Pero quién... Ay, Virgen santa, sargento, ¿es usted? ¿Qué ha pasado, quién se ha muerto?

Maione estaba impaciente.

—Date prisa, Nenita, déjame entrar. Y despierta, échate un cubo de agua en la cara y despierta, que te necesito despejado y alerta.

El travesti se apartó y dejó pasar al sargento al tiempo que se arreglaba el pelo deprisa y corriendo.

—Dígame la verdad, su esposa lo ha echado de casa, ¿es eso? Y como no sabía adónde ir, ha pensado en mí. ¡Qué romántico! Pero no se preocupe, en mi casa siempre encontrará un plato de comida en la mesa. En cuanto a la cama, le aseguro que nunca habrá estado tan cómodo. La mía es de dos plazas y media, y no sabe usted la de acrobacias que...

Maione juntó las manos.

—Nenita, por favor, te lo ruego. Sí, lo has oído bien, te lo ruego. Y yo que nunca he rogado nada a nadie, esta mañana te ruego que estés callado y me escuches. No es momento de bromas, ha ocurrido algo muy grave y tienes que ayudarnos, y ese es también el motivo por el que me contengo y no te mato aquí mismo, como me gustaría hacer. Pero que sepas que mi esposa no me ha echado y que para verme obligado a mudarme a tu casa no debería encontrar refugio en ningún zaguán o callejón de Nápoles. He venido para pedirte ayuda y tienes que prestarme atención.

Nenita se mostró abiertamente sorprendido por el tono de Maione.

—Sargento, ahora sí que consigue preocuparme en serio. Deje que le prepare un sucedáneo de café, nos sentamos y hablamos.

—Déjate de sucedáneo. Tengo que pedirte una información que necesito con la máxima urgencia. Siéntate y escucha.

Nenita se sentó con gracia en su butaquita de bambú, cerrándose la bata de seda. Una sombra de barba negra le cubría la cara y sus ojos conservaban restos de maquillaje corrido; consideró necesario darle al sargento una justificación.

—Por favor, sargento, no me mire usted, que no hace ni media hora que mi cliente se ha ido y tenía pensado maquillarme de nuevo después de dormir al menos una horita. Es tremendo, un albañil del barrio de San Lorenzo, le dice a su mujer que trabaja de vigilante nocturno para redondear el sueldo, pero si quiere que le diga la verdad, no entiendo cómo hace esa para tragárselo... Sí, sí, de acuerdo, tiene razón, es urgente. Cuente, cuente.

Maione lo miraba enfurecido.

—Presta atención. ¿Te acuerdas del doctor Bruno Modo? Ayer estuvo en la via Chiaia, en el funeral, por llamarlo de algún modo, de Maria Rosaria Cennamo.

Nenita soltó una risa por lo bajo.

—¡Ay, Jesús! ¿Tenía que verlo en el funeral de Víbora al doctor Modo para conocerlo? A ese lo conoce todo Nápoles por lo bueno y atento que es con la gente pobre y necesitada. Por no hablar de sus visitas, más que asiduas, a los mejores burdeles de la ciudad. En el Pendino trabaja una compañera mía que prácticamente lo veía a diario... ¡Ay, sargento, madre mía del alma, qué susto!

Maione había sacado el revólver y lo había apoyado con delicadeza en el centro de la mesita.

—No puedo morirme de dolor de hígado, así que es mejor que te mueras tú, Nenita. ¿Ves esto? Está cargado. Y te juro que la próxima vez que te pongas a contarme tu vida, o la de los demás, te pego un tiro y problema resuelto. Siempre podré decir que vine a detenerte y que tú me atacaste, cosa que en cierto modo es verdad, porque si no te callas y me escuchas, primero te meto un tiro y después te detengo. ¿Entendido?

El travesti miraba el revólver con cara de espanto, diciendo que sí con la cabeza. Maione se dio por satisfecho.

—Por fin. Te acordarás entonces de que hubo una discusión entre el doctor, un servidor y cuatro fascistas. Ayer nos enteramos de que al final de la mañana, se llevaron del hospital al doctor en contra de su voluntad, lo metieron en un coche sin matrícula, en el que viajaban por lo menos tres hombres. Tengo que saber quiénes eran esos hombres y adónde se llevaron al doctor, y si fuera posible, por qué.

Las preguntas de Maione fueron recibidas por un profundo e insólito silencio. Nenita señaló el arma sobre la mesa; luego acercó dos dedos de uñas larguísimas al centro de la boca e hizo un gesto para indicar un repentino y asustado mutismo.

Maione suspiró, cogió el revólver y lo guardó en la pistolera.

—Pero mucho ojo, que si vuelves a las andadas, lo saco de nuevo. Habla.

Nenita empuñó un abanico decorado con una elaborada figura de dragón y empezó a abanicarse.

—¡Virgen santa, qué susto! ¡Sargento, acaba de robarme diez años de vida, ya sabe usted que las armas me dan pavor!

—No te quedan otros diez años de vida, Nenita —rugió Maione.

—No me que... Ah, ya, ya. Vayamos al grano, pues. Deme una hora, sargento. Por lo que me cuenta, se trata de algo serio, tiene razón en decir que es urgente. Porque si las cosas están ligadas y al doctor se lo llevaron los fascistas, como mucho al cabo de un día esos suben a los detenidos a un tren o a un barco y se los llevan presos. En este caso me parece que casi seguro que al doctor se lo han llevado los fascistas.

—A mí también me lo parece —convino Maione—. ¿Cómo piensas proceder,

Nenita? Ese no es tu territorio, y como tengo que matarte con mis propias manos, no permitiré que corras ningún riesgo.

—Ay, por fin, una palabra amable. No se preocupe por mí, ¿eh, sargento? Quédese tranquilo, son muchos los fascistas y siempre hay uno que otro con un pequeño vicio. Yo, por ejemplo, conozco a uno al que le gusta mucho cuando..., de acuerdo, de acuerdo, ahora no viene al caso. De todos modos ya tengo alguna idea sobre cómo moverme, y quédese tranquilo, pondré mucho cuidado. Usted deme un par de horas.

Maione se levantó.

—Nos vemos aquí mismo al mediodía. Te lo ruego, Nenita, este es el favor más importante que te he pedido nunca.

El travesti se levantó con gracia y elegancia.

—Descuide, sargento. Lo hago de mil amores, que el doctor es un buen hombre y se merece toda la ayuda del mundo. Pero antes tengo que maquillarme y quitarme de la cara este pegote de barba, que para conseguir la información que necesitamos tengo que estar rutilante.

Ricciardi esperaba, oculto en un entrante entre dos edificios.

Al comprender que sería inútil tratar de dormir un poco, se había levantado y después de vestirse había salido de casa cuando a la noche le faltaba mucho para dejarle su sitio al alba.

Las calles desiertas acompañaron sus pasos cadenciosos en el aire fresco y húmedo que aún carecía de identidad, con esa indecisión propia de la primavera cuando queda suspendida entre el invierno y el verano. De vez en cuando Ricciardi se cruzaba con algún noctámbulo que regresaba de una juerga, achispado y risueño, o con obreros madrugadores montados en maltrechas bicicletas.

No faltaban los muertos, por lo demás nunca faltaban. Un niño al final de la via Foria, caído del tranvía del que se había colgado para viajar de gorra quién sabe a qué destino inútil, con la nuca hundida y una amplia herida sangrante en la espalda provocada por el arrastre, que murmuraba profético: «Virgen santa, virgen santa, que me caigo, que me caigo». Un motociclista cerca del cruce de Sant'Anna dei Lombardi con la via Toledo, con casco de cuero y un par de anteojos por los que se filtraba una negra lágrima de sangre, reía obscenamente diciendo: «Más rápido, todavía más rápido». Sigue así y acabarás mal, le contestó amargamente Ricciardi para sus adentros.

El comisario conocía bien aquella hora imprecisa, que parecía no tener fin, que no era noche pero tampoco mañana. Aquella hora era un territorio con su propio clima y su propio pueblo, con sus fronteras, con sus luces y sombras que se desvanecían al instante sin dejar rastro. La conocía porque, a menudo, cuando los sueños no le daban tregua, salía a la calle y se aventuraba a buscar una paz que no era más que un espejismo de su alma atormentada.

El dolor de los otros se transformaba en suyo. La maldición no era más que la imposibilidad de encerrarse en ese cómodo refugio de egoísmo con que todos venían dotados desde el nacimiento. Todos, menos él.

Jamás sabría por qué motivo le había tocado esa suerte. El motociclista que había ido demasiado deprisa, el niño imprudente que se había caído del tranvía y otros miles como ellos ya eran libres: él no. Nunca lo sería.

Le vino a la memoria Víbora. Desde que se había enterado de lo sucedido a Modo ya no había vuelto a pensar en ella; el asunto de su amigo era terriblemente urgente y por ese día las investigaciones tendrían que esperar.

Era extraño aquel crimen. Por lo general, había que buscar un móvil, un motivo por el que alguien llegaba a cumplir un acto atroz y antinatural; en este caso, existía una jungla de motivos.

Un crimen fraguado por la pasión, pero cometido de forma racional, de lo contrario, el asesino habría dejado algún rastro, un elemento, un objeto; habría cometido un error, como suele pasar cuando nos dejamos llevar por una emoción que



nubla la mente y nos conduce a cometer un crimen. En este caso no había nada. Nada.

Quizá el asesino había sido muy cauteloso. O quizá solo había tenido suerte. Ricciardi no le encontraba ni pies ni cabeza.

Llegó por fin a su destino y se puso a esperar.

Mientras aguardaba a ser recibido por Achille Pivani, recordó las circunstancias en que se habían conocido. El verano anterior, en el curso de la investigación del homicidio de una noble dama, descubrió por casualidad la amistad íntima que el hijastro de esta última mantenía con un extraño funcionario del partido, un septentrional que cumplía tareas muy reservadas, y que sabía muchas cosas de todos: incluso del propio Ricciardi.

En esa ocasión el comisario comprendió que el fascismo era una realidad muy compleja, y que cuanto se fabulaba sobre la OVRA, la tristemente famosa policía secreta que impedía con oculta brutalidad las actividades antifascistas, verdaderas o presuntas, era, como poco, limitado. A través de una nutrida red de informantes constituida, en su mayor parte, por personas corrientes, vendedores ambulantes y porteros, empleados y criadas, recogía datos y noticias que se utilizaban después para reconstruir las posturas sociales y políticas de casi todos, en primer lugar, de las personas con mayor visibilidad. Y cuando el cuadro estaba completo, golpeaba sin piedad.

Pivani era un hombre sutil y atildado, cerca de los cuarenta, de voz sosegada, culto e inteligente; el enfrentamiento entre ambos le había parecido a Ricciardi un duelo con florete, una especie de danza ceremonial, en el que nunca se rozaban pero estaban siempre al borde de un destino potencialmente mortal. En otras circunstancias y en otro universo, ese hombre torturado e introspectivo tal vez le habría caído bien; pero poseía la fascinación sinuosa y letal de una serpiente de cascabel.

Ricciardi se acordaba bien de que al final de la única discusión que tuvo con Pivani, precisamente en la sede del partido frente a la cual se encontraba ahora, el hombre le había recomendado que hiciera lo posible para que Modo tuviera cuidado con lo que decía en público. Llevaba grabadas aquellas palabras que resonaron en su mente como una amenaza retrospectiva cuando se enteró por Maione cómo habían detenido a su amigo. Ahora se disponía a preguntar por lo ocurrido, aun a costa de correr un riesgo personal.

Un hombre con camisa negra llegó silbando, abrió el portón y se sentó en una silla en la entrada, sacó del bolsillo una hoja y la colilla de un puro. Poco después llegaron otros dos, y tras intercambiar algunas ocurrencias chistosas subieron las escaleras; se abrió una ventana del cuarto piso, donde estaba la sede de la sección, según recordaba Ricciardi.

Tenía decidido actuar cuando hubiese visto llegar a Pivani para no tener que permanecer demasiado tiempo entre fascistas hostiles. Su espera no duró demasiado: al cabo de unos minutos, una voz suave que venía de la sombra a espaldas de

Ricciardi, dijo:

—Buenos días, comisario. Qué madrugador. Me consta que es una de sus costumbres.

—Buenos días, Pivani —contestó Ricciardi sin darse la vuelta—. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Tengo que hablar con usted. Es urgente.

—Me hago cargo —murmuró la voz desde la sombra—. Debo decir que esperaba su visita, aunque un poco más tarde. He pensado que lo mejor, para usted y para mí, es que no hablemos en mi despacho. Hay un café, aquí en la esquina, que abre temprano. Vaya para allá, me reuniré con usted dentro de unos minutos. No conviene que nos vean juntos en la calle.

Ricciardi eligió una mesita interior y pidió un café. El local era pequeño y no del todo orientado a la calle principal, por lo que no quedaba tan a la vista de los transeúntes.

Pivani se presentó casi enseguida, se sentó frente al comisario y con un gesto pidió otro café al camarero.

—He de decirle, Ricciardi, que si tuviera que marcharme de esta ciudad, el café es lo que más echaría de menos. Es tan superior a los que hacen en otros sitios, que me vería obligado a dejar de tomarlo.

El comisario lo miraba fijamente sin hablar: no tenía intención de mantener una amable conversación con el hombre que, probablemente, tenía a su amigo bajo llave.

Pivani intuyó su pensamiento porque dijo:

—Veo que está enojado conmigo. Lo entiendo. En su lugar, yo también lo estaría. Pero le aseguro que se equivoca.

Ricciardi no cambió de expresión.

—¿Debería tomármelo con deportividad? ¿Aceptar que tres energúmenos a bordo de un automóvil anónimo, empleando la violencia, se lleven a saber dónde a una de las mejores personas que conozco, un profesional que dedica su vida a ayudar a quienes sufren?

Pivani agitó la mano con displicencia.

—Cuánta imprecisión. En el coche no iban tres personas sino cuatro, contando el chófer. El automóvil era anónimo porque era alquilado, y la organización que se ocupó de todo no es de las que coloca insignias en los vehículos. Por último, no hubo violencia alguna. Su amigo, que es impulsivo pero inteligente, comprendió que no habría conseguido nada si intentaba liberarse y renunció a hacerlo.

—Pivani, no trate de dormirme la píldora —siseó Ricciardi inclinándose hacia adelante—. Quiero que suelten inmediatamente al doctor Bruno Modo y lo devuelvan a su importantísima función social. Este todavía sigue siendo un país libre, y...

El hombre soltó una risita.

—¿En serio? Me honra que lo piense, comisario. No todo el mundo está de acuerdo. Empezando por su amigo. Y sabrá perdonarme, pero dudo mucho que esté usted en condiciones de exigir nada. Nosotros no estamos aquí, no nos conocemos y esta conversación no ha existido ni existirá nunca, ya lo sabe. Por otra parte, usted ya se hace cargo. No tengo más que silbar.

Al decir aquello señaló hacia la cristalera y en la calle Ricciardi vio a dos hombres bien trajeados que charlaban apoyados en la pared.

—Si estamos aquí, es porque yo lo permito —prosiguió Pivani—. Y lo permito sobre todo por curiosidad. Me interesan los aspectos humanos de mi... de mi profesión: me ayudan a comprender mejor lo que pasa, a interpretar. Y a obrar en consecuencia.

Ricciardi era una máscara impasible.

—De manera que somos un experimento, ¿no es así? Ratones de laboratorio. Insectos en un laberinto. Yo en su lugar, iría con cuidado, Pivani. Los ratones y los insectos, en gran número, pueden resultar peligrosos.

El hombre rio divertido.

—¡Y ahora me amenaza! Realmente interesante. Pero no ha venido a pelearse conmigo, ¿verdad? Ha venido para ver si consigue que suelten a su amigo. Sin embargo, no tiene intención de rogarme o suplicarme, sino que me amenaza. ¿Qué espera conseguir con esa actitud?

Ricciardi lo miraba sin parpadear.

—No lo amenazo, Pivani. Espero conseguir que alguien, aunque sea en una organización brutal y rastrera, ponga de su parte para que suelten a un hombre especial con el fin de que pueda reincorporarse a su trabajo. Nada más.

Pivani reflexionó, absorto.

—Brutal y rastrera, dice. Lo sé, puede parecerlo. Pero créame cuando le digo que comparada con organizaciones similares de otros países, nosotros somos una especie de banda musical. En otros sitios he visto cosas que sería incapaz de describir, tal es el horror que, como bien sabe, me inspira toda forma de violencia gratuita.

Ricciardi no quería perder de vista el quid de la cuestión.

—¿No cree que privar de su libertad a un hombre que no ha hecho nada, que no le ha hecho daño a nadie, es la más insoportable de las violencias?

Pivani extendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Tendrá que disculparme, pero sobre eso de que no hizo nada tengo una opinión distinta. Usted es un hombre respetuoso de la ley, ¿no? Entonces sabrá que todas las normas, por ridículas o absurdas que puedan parecer, deben cumplirse. Pero estamos perdiendo el tiempo.

Ricciardi lo miró, perplejo.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo? ¿Qué quiere decir?

Pivani terminó el café con expresión de arrobo.

—Mmm, qué bueno. Verá, nuestra estructura es más bien compleja. Las distintas competencias se organizan por ramas que se ocupan de cosas diferentes. La que a mí me compete no es la que... la que detuvo a nuestro doctor.

Ricciardi no acababa de entender.

—¿Cómo es posible? ¡Si lo sabía usted todo, hasta el último detalle!

—Esa es otra cuestión. Mi trabajo consiste en saber todo hasta el último detalle. En cuanto a la detención del doctor, no fuimos nosotros. Ayer por la mañana se nos informó de lo sucedido durante la triste parodia de funeral por la puta asesinada; uno de los muchachos, el más obtuso, para ser precisos, es hijo de un jerarca en ascenso, que trabaja en Roma. Telefonó a su padre y su padre puso manos a la obra; la detención del doctor es consecuencia de esa llamada telefónica. El coche anónimo con los cuatro individuos a bordo salió de la capital. Eso es lo que ocurrió.

Ricciardi intentaba poner orden en sus ideas.

—¿O sea que a Modo se lo llevaron a Roma?

—No he dicho eso. Tal vez siga aquí; pero no por mucho tiempo.

El comisario quería algo más.

—¿A quién puedo dirigirme? ¿Cómo puedo moverme para ayudar a Bruno?

Pivani lo observó con expresión triste.

—No se imagina usted la cantidad de avisos que me llegan a diario. Sobre el doctor recibí muchos. Llegué incluso a indagar personalmente. Fui a verlo trabajar, comí donde él comía, lo seguí hasta ese lugar donde murió la muchacha. También los vi a ustedes juntos. Y me convencí de que se trata de un hombre valiente, bueno, recto y sensible. —Hizo una pausa y siguió diciendo en voz baja—: Aunque no me crea, escribí mi opinión sobre él. En resumen, decía que era contraproducente para la imagen del fascismo perseguir a personas como él, porque así se crean mártires y los mártires siempre son peligrosos. El doctor ha pasado por los agujeros de un cedazo que, por ahora, siguen siendo bastante grandes. Pero ayer... tuvo mala suerte. Se encontró con las personas equivocadas. Y el sargento, al sacar el revólver, no fue muy listo: aunque también hubo un cuchillo, y quien nos informó lo dijo, y una cosa va por la otra, de modo que su sargento Maione salió bien parado, porque intentamos no provocar escándalos con las fuerzas del orden. Lamentablemente, por el doctor no pude hacer nada.

El comisario esperaba. En el café entraron dos chicas, reían por alguna broma. Pivani las miró melancólico.

—Dichosa la juventud, sobre todo en primavera, ¿no, comisario? La estación de las flores. Para algunos la estación del amor. Pero no para todos.

Ricciardi recordó el dolor con el que Pivani se veía obligado a vivir sus sentimientos, lo había descubierto por casualidad unos meses antes. El funcionario guardó un momento de silencio y luego siguió diciendo:

—Sin perjuicio de que esta conversación nunca ha tenido lugar, quiero decirle que entre sus conocidos más estrechos fuera de su círculo profesional hay una persona. Esa persona, a la que usted mantiene más alejada de lo que ella desearía, tiene cierto poder. No creo que sea consciente de ello, pero es muy querida por una mujer importantísima, de la que es amiga íntima. Casi como hermanas.

Frente a Ricciardi apareció un rostro muy hermoso y afligido, mientras se mordía el labio para no llorar.

—No sé qué siente esa señora por usted, Ricciardi —prosiguió Pivani—. Pero me parece que a juzgar por su comportamiento y, sobre todo, desde que se instaló en esta ciudad, se trata de algo muy fuerte. Por órdenes que vienen muy arriba, la señora está sometida a un estrecho control con el fin de protegerla de cuanto pueda hacerle daño. En el marco de ese control, se le asignó un..., digamos que un funcionario. Este señor que, en ciertos aspectos es colega mío, podría disponer de un conducto preferente para tratar el asunto que le interesa. ¿Me explico?

Ricciardi asintió un tanto vacilante.

—De modo que a través de Livia debería ponerme en contacto con esa persona, ¿es así? Pedirle una cita, hablar con...

—¡No, no, me ha entendido usted muy mal! —rio Pivani—. Él no existe, como tampoco yo existo. Nunca hablaría con usted, incluso negaría haber tenido contacto con su amiga en otros tiempos. Ni se le ocurra tratar de concertar una cita, tendría un efecto muy negativo en la suerte del doctor, porque dejaría al descubierto un fallo en el sistema, y eso es algo imposible. El único camino del que dispone es conseguir que la propia señora hable con él. Él es... como un ángel de la guarda, solo puede relacionarse con ella, con nadie más.

Ricciardi pensaba a toda velocidad.

—¿Y si ella no quisiera ayudarme? ¿Si tuviera motivos para tenerme ojeriza?

Pivani se encogió filosóficamente de hombros.

—Entonces, la suerte del doctor estaría echada. A mí no se me ocurre ninguna otra forma de salvarlo.

El comisario se levantó y dejó un billete sobre la mesa.

—Lo invito al café, Pivani. Usted sigue mostrándose distinto a como debería ser. Tengo que agradecerle el consejo. Una última pregunta, ¿de cuánto tiempo dispongo?

Pivani sacó el reloj del bolsillo del chaleco y lo colocó a cierta distancia.

—Dios mío, con la vejez me estoy quedando ciego; diría que medio día, quizá un día entero. Gracias por el café, Ricciardi. Si de verdad lo hubiese tomado, en caso de que nos hubiésemos visto, y eso, como bien sabe, no ha ocurrido, lo habría encontrado de primera.

A Maione le parecía imposible que hubiese pasado apenas un día desde el funeral de Víbora, tal vez era porque no había pegado ojo en toda la noche.

El perro no quiso entrar en su casa; se echó en el patio, como a la espera, y a la mañana siguiente, cuando el sargento salió bien temprano para ir a ver a Nenita, se lo encontró allí, con el cuenco del agua y la comida intactos. El animal lo siguió de inmediato a unos pocos metros de distancia, lo acompañó a la jefatura y se detuvo en la esquina de la via Imbriani con la via Toledo, en el mismo punto donde la noche anterior había esperado a Ricciardi.

Para el sargento la presencia del perro era un recordatorio constante y urgente de la cautividad del doctor. Con su mirada firme e intensa, el animal parecía decir: ¿cómo te atreves a seguir con tu rutina de siempre, ocuparte de tu trabajo con normalidad cuando en este momento a él quizá lo lleven encadenado, lejos de aquí? ¿Cómo puedes permitir que todos se preparen para la fiesta, que cocinen y compren dulces, cuando él quizá pase la Pascua en una celda?

Maione echaba de menos las peleas simuladas, el recochineo continuo del doctor. No estaba dispuesto a prescindir de él y habría destrozado el mundo con sus propias manos, pero debía hacer como si nada, porque no podía saber si los fascistas contaban con espías en la jefatura, ni cuánto podían acelerarse las operaciones de traslado del doctor si llegaban a pensar que el comisario y Maione buscaban la manera de impedirlo.

A las once, cuando la angustia y la preocupación por Ricciardi, que seguía sin aparecer, y por el tiempo que pasaba inexorable, empezaron a causarle ahogos, decidió ir a ver a Nenita antes de la hora convenida.

En general, tenía por costumbre recorrer el trayecto hasta la via San Nicola da Tolentino a última hora de la tarde con el fin de reducir las posibilidades de ser visto mientras acudía a su cita con el travesti. Lo hacía para protegerlo a él, consciente de que en esa ciudad hasta en los callejones desiertos había centenares de ojos y orejas atentas, y, sobre todo, centenares de bocas dispuestas a hablar con las personas indebidas acerca de un fornido sargento en busca de información. Pero ese día tendría que arriesgarse: las circunstancias lo exigían.

Por suerte Nenita estaba preparado para recibirlo y lo esperaba asomado a la ventana. En cuanto lo vio llegar, se puso a agitar los largos dedos de uñas pintadas y a zumbar como un águila; Maione pensó que el muy imbécil llamaría la atención de todo el barrio y le hizo un gesto brusco para que callara, cruzó luego el portón y se dirigió a las escaleras. Subió los escalones de dos en dos; tardó la mitad de tiempo y perdió el doble de aliento, y al llegar al último rellano fue incapaz de articular palabra.

—Ay, sargento, qué bien que ha llegado antes, porque de un momento a otro vendrá ese cliente mío que vende pescado, el que me trae boquerones frescos cuando

no tiene dinero, o sea siempre, ese que está casado con una arpía que le quita hasta el último céntimo, claro que es su mujer y tiene derecho, pero él está enamorado de mí y no se puede aguantar, ¿qué tiene que hacer una, no apiadarse? Así que me conformo con los boquerones, total, algo hay que comer, ¿no? ¿Se encuentra bien, sargento? Lo veo palidísimo. Siéntese, le traigo un vaso de agua. Tengo grandes novedades para usted. Que cuando Nenita se mueve llega siempre a donde se propone. Por eso le dije esta mañana que tenía que arreglarme: no se trataba de datos que se consiguen a través de alguna compañera, sino directamente de un cliente. Tenga, sargento, beba. ¿Se encuentra mejor ahora?

Maione se bebió el agua sin resollar y por fin notó que el corazón se le apeaba de las orejas para regresar a su sitio.

—Nenita —dijo con voz ronca—, escúchame bien porque no te lo repito más: no te vayas por las ramas. ¿Entendido? No te vayas por las ramas, porque te despellejo, aun a costa de quedarme sin la información. Habla, ¿qué cliente es ese? ¿Es de fiar? ¿Qué te ha contado?

—Está bien, sargento, no me iré por las ramas, pero tiene que dejarme hablar como yo sé, de lo contrario se me olvidará algún detalle importante que puede serle útil. ¿Está de acuerdo?

Maione suspiró, resignado.

—Sigue. Por Jesucristo, que resucitará dentro de poco, sigue. Pero que sea antes de Pascua, por favor.

Nenita se rio por lo bajo.

—¡Qué bromista es! Vamos a ver, hará como un añito o así, conocí a este hombre, que ya no es tan joven, un tipo de Taranto. Bien vestido, un señor. Nos conocimos en la tienda de una compañera mía que..., de acuerdo, de acuerdo, sigo. El hombre se acerca y me pellizca el trasero, hacía calor y yo llevaba ese vestidito ligero, el negro con estampados rojos, ¿sabe cuál le digo? ¿No? ¿Se lo muestro? De acuerdo, de acuerdo, sigo. En fin, que yo estaba nerviosa y en vez de reírme, le doy un bofetón en toda la cara, ¡paf! Se hace silencio, todos nos miran, y ¿qué hace él con la mano en la mejilla? Pues me sonríe de oreja a oreja y me dice: «¡Qué carácter!».

Maione se restregó la cara.

—Nenita, está decidido. Te mato. Lo siento pero tengo que matarte, no me queda otra.

Nenita levantó una mano.

—No, sargento, usted no puede matarme, antes tengo que terminar de contarle. Como le iba diciendo, que empezamos a vernos y él pasa a ser mi cliente. Para que lo sepa, casi todos vienen conmigo también para hablar, porque sus esposas no los escuchan pero yo, como bien sabe, soy de las que escuchan.

Maione empezó a toser con violencia.

—¡Eeh, sargento, por el amor del cielo, no se me atragante! En fin, que este hombre empieza a contarme que antes estaba en la milicia y que luego lo mandaron



para aquí destinado para hacer otra cosa, me lo contó pero se me olvidó. Total que precisamente ayer, que tenía que venir, pasa por aquí y me dice que no puede porque estará ocupado. ¿Y qué tenía que hacer? Dígame, dígame, ¿qué es lo que tenía que hacer?

Maione alzó los ojos al cielo, resignado, y haciendo una imitación aceptable de la voz del travesti, repitió:

—¿Qué tenía que hacer?

—Me dijo: me van a entregar una carga que deben traerme unos tipos que vienen de Roma. De Roma, ¿me entiende?

El sargento prestó mucha atención.

—¿Y? Podría tratarse de cualquier cosa.

—No, sargento. No puede tratarse de cualquier cosa. Porque cuando usted vino me acordé por qué lo destinaron aquí a mi amigo. ¿Y sabe por qué lo destinaron aquí?

—¡Nenita!

—Ahora se lo digo, se lo digo enseguida: es responsable del centro de permanencia provisional de detenidos por delitos políticos. En la práctica es el superintendente de la milicia de la unidad secreta, él la llama «reservada», del cuartel donde tienen a los que después mandan al confinamiento en Ponza o Ventotene. Me lo contó un montón de veces, aunque yo lo escucho con una sola oreja porque me pongo a pensar en mis cosas... ¡Pero por usted, solo por usted, esa oreja funciona a la perfección!

—¿Cómo puedes confirmar que al doctor lo tienen allí? Si la carga venía de Roma no puede ser él, porque lo detuvieron aquí.

Nenita rio por lo bajo, con los dedos posados en los labios.

—Muy bien, sargento, yo pensé lo mismo que usted. Pero también pensé que mi amigo me podía dar algún detallito más. Debe usted saber, porque es importante, que a él le gusta una cosita que yo le hago, digamos una cosita que tiene que ver con mis dos naturalezas, la de mujer y la...

Maione se levantó de la silla de un salto.

—¡Alto! ¡Ni una palabra más! No quiero saber lo que haces con tus amigos, me interesa únicamente lo que te dijo.

Nenita fingió abanicarse.

—¡Ay, madre mía de mi alma, sargento, qué pesado es usted! ¡A ver si deja de ser tan estrecho de miras, que estamos en mil novecientos treinta y dos y no en la Edad Media! En fin, que gracias a mi belleza y a mis peculiaridades, no me costó mucho trabajo enterarme de que esos tipos vinieron de Roma a llevarse a alguien de Nápoles. Y el que vinieron a llevarse es precisamente nuestro querido doctor.

—¿Y cómo haces para estar tan seguro?

Nenita adoptó un aire solemne.

—Sargento, no se atreva a poner en duda mis capacidades. Le digo que lo sé porque le pedí que mirara el nombre en los documentos. Él los lleva siempre encima

en una cartera porque dice que tiene miedo de que se los afanen en el trabajo.

Maione lo miraba aterrado.

—¿No te das cuenta del peligro que has corrido? ¿Y si ese tipo piensa que eres, no sé, alguien que quiere descubrir sus secretos o algo así?

—Descuide, sargento, no caerá esa breva. Porque no habría llegado a la edad que tengo haciendo la calle en una ciudad como esta de no haber sido una que sabe ir a lo suyo. Le dije que a una amiga mía la iba a operar mañana en el hospital dei Pellegrini justamente ese doctor, el único del que ella se fiaba porque su suplente es un burro, y que le habían dicho que a Modo se lo habían llevado en un coche negro. Además, créame cuando le digo que si yo quiero, en esos momentos, a alguien como este tipo soy capaz de hacerle recitar la receta del *casatiello* del derecho y del revés.

—¿Qué quieres que te diga, Nenita? Eres mi salvación. Tarde o temprano acabaré matándote, pero mientras tanto, eres mi salvación. Ahora dime solo dos cosas, dónde está Modo y cuánto tiempo lo tendrán allí.

Nenita puso cara triste.

—Ahora viene lo malo, sargento. Lo tienen con una decena de detenidos que encerraron en los últimos quince días, en el cuartel de la milicia portuaria. Dice que es una sala grande del sótano que usan para eso. Los tienen allí hasta la llegada del barco que se los lleva a Ventotene.

Maione se restregó las manos.

—Malo hasta cierto punto. Todavía no se lo han llevado y yo ese cuartel me lo conozco, estuvimos en Navidad con el comisario por un caso que investigábamos. Basta con que dispongamos de tiempo para decidir cómo proceder.

Nenita suspiró.

—Lo malo, sargento, es que el barco llega pasado mañana. Justo el día de Pascua.

Cuando llegó a la jefatura con la lengua fuera, Maione se encontró a Ricciardi esperándolo cerca del portón.

—Ven, vamos. Te invito a comer.

El sargento comprendió enseguida que su superior no quería hablar de lo ocurrido al doctor Modo en el despacho; por una parte apreció su prudencia, por la otra se preocupó aún más: el comisario no tenía por costumbre mostrarse tan circunspecto.

Al llegar a la esquina de la via Toledo, el perro, que estaba sentado en la sombra, se levantó y fue tras ellos. Enfilaron hacia el Gambrinus.

—Desde esta mañana no se mueve de ahí —dijo Ricciardi—. Es como si supiera.

—A lo mejor sabe realmente lo que pasó —rezongó Maione—. Y le gustaría contárnoslo pero no puede.

Cuando llegaron al café, eligieron una mesa del interior. Ya era la hora de la comida y había muchos clientes. Como era Viernes Santo el piano callaba, pero el acompañamiento musical lo proporcionaba un violinista ambulante que pedía limosna frente al balcón acristalado del local. El aire era dulce y perfumado, y el sol, caliente y luminoso.

Ricciardi y Maione pidieron enseguida para librarse del camarero y enseguida pasaron a intercambiar la información conseguida.

El sargento le refirió a Ricciardi sus conversaciones con Nenita.

—... Así que sabemos tres cosas, comisario: que al doctor se lo llevaron los fascistas, pero que no eran fascistas de aquí y sería cuestión de averiguar por qué; que lo tienen en el cuartel de la milicia portuaria, que usted y yo conocemos bien; y sobre todo que disponemos de hoy y mañana para hacer algo, porque el próximo domingo llega el barco y se lo llevan a Ventotene.

Ricciardi había escuchado con la máxima atención, inclinado hacia adelante para no perderse una sola palabra.

—Así es. Yo me di un paseíto por ese sitio al que fui para comprobar la situación de Ettore Musso di Camparino, te acuerdas, en el homicidio del verano pasado.

Maione dio un brinco.

—¡No me diga, comisario! ¿Otra vez ha ido solo a ese sitio? ¿Por qué no me lo dijo? Habríamos ido juntos y...

El comisario se esperaba la reacción de Maione y tenía preparada una justificación.

—El hombre al que quería interrogar no habría hablado con dos personas. No se habría arriesgado a que alguien pudiese confirmar lo que me decía. Además, me esperaba. Imagínate, ni siquiera quiso atenderme en su despacho, nos fuimos a un café.

—¿Y qué le contó, comisario?

Ricciardi resumió las novedades pero omitió el comentario de Pivani sobre la

participación del propio Maione en la pelea del funeral.

—De modo que por ese motivo vinieron directamente de Roma para llevárselo.

—Y ese hombre también le dio un consejo, comisario. Se ve de lejos que usted tiene influencia en la señora Vezzi; si me lo permite, ya que hablamos de ello, siempre abrigué la esperanza de que su amistad pudiera crecer, es una mujer muy hermosa y, además, creo que es una persona de bien. ¿Qué va a hacer ahora?

Ricciardi miraba el vacío. Parecía haberse perdido, en busca de un recuerdo doloroso. El violín atacó el tango que Modo había elegido como acompañamiento del último viaje de Maria Rosaria Cennamo, alias Víbora.

Un hombre, sentado con dos muchachas a una mesa no lejos de la que ocupaban Ricciardi y Maione, entonó con voz de tenor:

—Y todo a media luz, que es un brujo el amor, a media luz los besos, a media luz los dos. Y todo a media luz, crepúsculo interior. ¡Qué suave terciopelo la media luz de amor!

Ricciardi recordó el canto apenado de su amigo y sintió en el corazón la feroz dentellada de la nostalgia. En la calle, en un lugar desde el que podía verlos sin ser visto, el perro lo vigilaba con una oreja erguida.

Al comisario le vino a la memoria la última ocasión en que había visto a Livia, precisamente en el Gambrinus, recordó cuánto la había ofendido y el reproche del doctor. Amistad, amor, pasión, penumbra. Como suave terciopelo, decía la canción.

—Sé que debo hablar con ella, y sé que debo hacerlo enseguida. Pero créeme, Raffaele, cuando te digo que me resulta más difícil hacer eso que colarme solo entre todos los fascistas y agarrar por el cuello a su Duce. Esta mañana no tenía miedo, ahora sí.

Maione no comprendía los motivos de aquel temor.

—¿Por qué, comisario? La señora es una buena persona, verá que entenderá el problema y nos echará una mano. ¿Quiere que lo acompañe?

—No. Es algo que debo hacer yo solo. En primer lugar porque es lo adecuado; en segundo lugar porque si hay una posibilidad de que Livia diga que sí es si soy yo quien va a suplicarle. Es algo complicado.

—¿Cómo es eso, comisario? Querer a alguien es bien simple, forma parte de la naturaleza humana. Si yo quiero a una persona, la quiero ver feliz. Si algo la hace infeliz, y yo puedo resolverlo, no hay fuerza en el mundo capaz de impedirme que lo haga. Ya lo verá, cuando la señora se entere de lo que ha pasado será la primera en ofrecerse a echarnos una mano.

A Ricciardi le habría gustado sentir el optimismo del sargento.

—No, Raffaele. Por desgracia, la cosa es complicada porque yo mismo la compliqué. La última vez que vi a Livia fue precisamente aquí, y también estaba Bruno. Hice un comentario muy poco afortunado y la ofendí.

Tal vez quería castigarla, pensó. O desacreditarla.

—¿Y por qué hizo algo así, comisario?

Ricciardi se encogió de hombros.

—¿No estaría un poco celoso de ella?

Ricciardi siguió callado.

—Voy ahora mismo —dijo luego—, lo mejor es no perder el tiempo. Nos vemos más tarde en el despacho.

Rosa daba la lección desde la silla, arrimada a la mesa de la cocina.

—La menestra *strinta* le gusta mucho. Los ingredientes son los que tiene usted aquí, los he preparado para que los viera de uno en uno: achicoria, remolachas, y aquí están los cardos. Ahora los ponemos a cocer, luego los colamos bien y al final los secamos con este paño de aquí, ¿lo ve? Y prensamos con fuerza para eliminar el líquido, de ahí el nombre, menestra prensada, estrujada. Después lo echamos todo a la cazuela con el aceite caliente, el ajo, la guindilla y las patatas, que cocimos de antemano y aplastamos bien. ¿Lo ha visto? ¿Está claro?

Enrica miró las verduras y los demás ingredientes y luego respondió con dulzura.

—Sí, señora. Todo claro. Como siempre, un plato sencillo y rico, como toda su cocina. Y si dice que a él le gusta, aprenderé a prepararlo. El problema está en si todo esto servirá de algo o no.

—¿Qué quiere decir con eso, señorita?

—Quiero decir que yo a este hombre no lo entiendo, señora. Carezco de experiencia, es cierto, pero tengo una hermana casada, amigas, y voy al cine de vez en cuando. Oigo las canciones, hablo con la gente. Y mi madre... mi madre no habla de otra cosa, de lo importante que es tener un hombre a tu lado, que voy camino de ser una solterona y demás. Y si un hombre está realmente interesado en una mujer, entonces avanza, hace algo. Trata de verla, de hablarle, se acerca a ella. Le envía flores, habla con sus padres, busca amistades comunes. Pero él, nada.

—¡No es cierto! ¿Acaso no le escribió una carta? ¿Acaso no se asoma de vez en cuando a la ventana para observarla?

—Sí, es verdad. También es verdad que noto que le intereso y que le gusto. Lo veo. No soy guapísima, y como ya le he dicho, carezco de experiencia, pero una mujer sabe cuándo le gusta a alguien.

—Muy bien. ¿Y entonces?

—Entonces, hay algo que no funciona. Debe de haber un motivo que le impide avanzar. Es tímido, ya lo sé; también es reservado, lo entiendo. Pero ha pasado demasiado tiempo, a estas alturas hasta un tímido habría encontrado la manera, aunque sea indirecta, de hablarme, de salir conmigo. Le digo que hay algo que no funciona.

Rosa suspiró. Sus ojos vagaban en el vacío.

—Era un niño raro, ¿sabe? Siempre jugaba solo. En el castillo había niños: los hijos de los granjeros, de las criadas, no se imagina usted el barullo, organizaban más revuelo que las gallinas en el gallinero. Él no. Era muy guapo y, ya lo sabe usted, es muy inteligente. Y conmigo y con su madre hablaba, hablaba; nos contaba sus fantasías y nosotras lo escuchábamos, nos pasábamos horas y horas escuchándolo. Pero no jugaba con los demás niños. —Miró a Enrica—. Tiene algo, sí. Algo en la cabeza, en el alma, no sé. Una señal, una especie de marca que lo obliga a estar solo.

Yo soy una vieja ignorante, pero todavía no chocheo y sé que hay algo. Pero mi señorito es bueno y amable, dulce y sensible. No es justo que porque piense que tiene que quedarse solo, vaya a estarlo de veras.

Enrica la escuchaba jugueteando con una remolacha.

—¿Y qué debería hacer yo? Si lo espero, corro el riesgo de esperar hasta el infinito, porque a lo mejor nunca conseguirá superar esta barrera. Si no lo espero, renuncio al hombre de mi vida. Porque sé que él es el hombre de mi vida. Me lo dice el vientre, porque se me hace un nudo cada vez que pienso en él. Me lo dicen las piernas, que me tiemblan cuando lo veo.

Rosa golpeó la mesa con la mano abierta e hizo saltar los limones.

—¡Entonces que el vientre y las piernas le digan lo que debe hacer! Si él tiene algo en la cabeza y le cuesta dar el primer paso, tome usted la iniciativa.

—Si le gusto porque soy como soy, ¿por qué debería cambiar? Soy una persona reflexiva, normal. La noche de Navidad lo intenté, ya lo sabe. No sé qué fue lo que me pasó, yo no hago estas cosas. Pero sentí la necesidad de desearle buenas fiestas al amor de mi vida, y lo hice. Desde entonces lo noto más cercano, me parece más... sonriente, aunque quizá no sonría de veras. Pero no me ha pedido que salgamos. Tengo la impresión de que a última hora de la tarde, cuando regresa y me ve salir de aquí, se pone contento, pero no es suficiente.

Sin darse cuenta, se había echado a llorar. Las lágrimas caían por sus mejillas y las gafas se le empañaron un poco. A Rosa se le encogió el corazón.

—Señorita, se lo ruego, no llore, esas cosas no debe pensarlas siquiera. ¿Usted por qué cree que fui a buscarla? ¿A usted le parece que no pienso día y noche en lo que será del señorito cuando yo ya no esté? ¿A usted le parece que bajé a la calle y pillé a la primera que pasaba? Él la quiere a usted, solamente a usted. Y si usted lo quiere a él, debe llevárselo. Antes de que aparezca alguna otra y, aprovechando alguna debilidad de mi señorito, se lo quede y haga de él un infeliz para el resto de su vida.

—Pero si él me quiere a mí, ¿cómo va a entregarse a otra?

—Señorita, ese peligro existe siempre. Algunas mujeres tienen... llamémoslos recursos. Y si una de ellas, como esa viuda del norte que se pasea en coche con su chófer, ya sabe a quién me refiero, encuentra la manera, él está perdido. Verá usted, el señorito es bueno, muy bueno. Su conciencia es un peligro; si ella le hace pensar que sin él sufre demasiado, tal vez a él le den escrúpulos de conciencia. Y eso es un peligro.

Enrica se secó las lágrimas.

—¿Qué puedo hacer yo para impedirlo?

—Querida mía, debe moverse. Preparemos esta comida. El domingo está de turno, siempre trabaja en festivos, así que usted puede estar con su familia en la comida de Pascua. Pero por la noche vendrá aquí. Cenarán juntos lo que usted cocine para él. Así ese cabeza dura empieza a entender lo que supone tener cerca a una

persona, y usted, como quien dice, empieza a ganar terreno.

La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿Cenar aquí? ¿Yo? Imposible, ¿cómo podría? Además, no estoy invitada. Jamás haría una cosa así.

Rosa puso cara de ofendida.

—¿Y yo? ¿Es que yo no soy nadie? Vivo aquí, puedo invitar a alguien a cenar. La invito yo, y si me dice que no, me ofenderé y no podré hablarle más. ¿Quiere ofenderme?

—¿Yo a usted? —balbuceó Enrica—. No, de ninguna manera. Pero...

—Entonces está decidido, cenará aquí el día de Pascua. Y pongamos manos a la obra, que quedan menos de dos días.



Debemos emplearnos a fondo, pensó Ricciardi. Disponemos de poco tiempo.

Como mucho dos días, y al doctor acabarán subiéndolo a un barco y llevándoselo a Ventotene. Cuántas veces, bromeando con él y Maione, Modo les había dicho: ojalá me mandaran al destierro; sol y playa, y ya no vería más vuestras caras feas.

Mientras subía por la via Monteoliveto, en dirección a la casa de Livia, en su corazón se mezclaban emociones contrapuestas; tarde o temprano habría terminado por ir a verla para disculparse por el comentario que la había ofendido. Pero sobre todo se preguntaba cuál era la respuesta a la pregunta de Maione: ¿por qué le había dicho aquellas palabras a Livia? ¿Qué sentía por ella?

Ahuyentó todos esos pensamientos, debía concentrarse en la liberación de su amigo.

No conocía la verdadera naturaleza de las relaciones de Livia con sus conocidos romanos. Ignoraba el resultado de su petición de ayuda, en caso de que lograra convencerla. Ignoraba cuánto tardaría en identificar el procedimiento que debían seguir. Ignoraba cómo se encontraba Modo y si no sería ya demasiado tarde.

Lo ignoraba todo.

\* \* \*

Livia no conseguía recuperar las ganas de levantarse.

Estaba enfadada consigo misma, muy enfadada. Hacía tiempo se había jurado no volver a ponerse en manos de los demás ni permitir que otros dispusieran de un poder absoluto sobre su libertad.

Cuando así fue, había estado a punto de morir.

Encerrada en la oscuridad de su alcoba recordaba.

Recordaba los meses posteriores a la muerte de su hijo, cuando no encontraba un solo motivo para seguir caminando por el mundo. Cuando necesitó del consuelo de su marido, un hombre duro y egoísta que se había limitado a decirle: Ni para esto has servido. Y le había echado la culpa, él que no paraba en casa, él que jamás se había perdido una gira ni siquiera para estar en la cabecera de la cama de su hijo enfermo, jamás había renunciado a un viaje, a una velada, siempre pendiente del inmenso e inmerecido talento con que había sido dotado. La había acusado de no haberse cuidado lo suficiente, de no haber atendido con el debido celo la evolución de la enfermedad que acabó llevándose al pobre angelito.

Y así, se encerró en la oscuridad durante semanas, deseando con todas sus fuerzas una muerte que no había sabido buscar con sus propias manos, mil veces al borde de tomar un frasco entero de somníferos y dormir, dormir, dormir y no despertar más.

Recordaba, Livia. Lo recordaba todo.

Cuando se había levantado para abrir los postigos era primavera, como ahora. Se había arrastrado hasta el espejo, se había visto y había jurado que nunca más llegaría a ese extremo. Había desterrado el sufrimiento de su alma y había accedido a una dureza impropia de ella. Se había convertido en otra mujer, capaz de ir por la vida con paso seguro, de pasar indemne por un mundo de tiburones.

Lo había conseguido.

¿Qué la mantenía otra vez encerrada en la oscuridad de su alcoba, sin comer y sin saber si fuera era de día o de noche?

Estaba enfadada consigo misma, por esa debilidad que creía perdida en las nieblas del pasado.

Y estaba enfadada con Ricciardi, con su frío desinterés, con lo que había visto en sus ojos verdes y afligidos y que quizá solo había imaginado.

Ya estaba decidida a regresar a Roma, pero tenía miedo de retomar su antigua vida. Le faltaba la energía necesaria: le parecía que aquello era como escalar una montaña.

Pero lo conseguiría. Se lo debía a la memoria de su Carletto, porque si entonces no había muerto, ahora no podía morir. Aunque para ella ahora estaba muerta la imagen de ese engaño llamado amor.

Oyó que llamaban a la puerta. Dijo: Dejadme en paz.

La doncella pronunció un nombre.

\* \* \*

En un salón graciosamente decorado, Ricciardi esperaba saber si Livia lo recibiría.

Recordaba aquella casa.

Se le encogió el corazón cuando se encontró nuevamente delante del portón. Recordaba una noche de lluvia incesante, el peso inmenso de su dolor, el dolor habitual que aquella noche se había hecho insoportable. Recordaba la fiebre y los escalofríos, la percepción distorsionada de la realidad, la atroz soledad que lo estaba matando. Recordaba una puerta que se abría y luego una cama, una mano fresca sobre la frente ardiente.

Y recordaba el perfume, un perfume especiado, salvaje y sofisticado a la vez. Y una piel suave, acogedora, húmeda. Olores y sabores, una caída lenta como una pluma que llega al fondo de un abismo. Y dos ojos grandes y felices, una boca tierna que se abría en una sonrisa, mientras él se daba cuenta con un nuevo dolor que no podría mantener la promesa, que había traicionado dos veces: la confianza de quien no estaba, la esperanza de quien sí estaba.

Se preguntó qué lo llevaba de nuevo hasta allí. Y le vino a la cabeza la carcajada franca y grosera del doctor, el sombrero inclinado sobre la nuca dejando al aire el mechón de cabello cano, la mano de él en el hombro. Eso mismo hacía ahí.

La doncella apareció para anunciarle que la señora estaba enferma, y a él se le

encogió otra vez el corazón. Insistió. La muchacha le pidió que esperase.  
Y llevaba diez minutos esperando cuando la puerta se abrió y entró Livia.

Con una punzada en el corazón, Ricciardi se vio frente a una mujer distinta de la que apenas dos días antes se había marchado corriendo del Gambrinus.

Livia no iba maquillada y se había atusado el pelo a toda prisa. Llevaba una bata de color rojo oscuro, ceñida con un cinturón y unos zapatos bajos. No fueron su ropa y la falta de cuidado con que se presentaba, lo que le llegó al alma al comisario.

Fueron sus ojos.

La mirada de aquella mujer estaba vacía.

Se había acostumbrado a ver a través de aquellos ojos la alegría, la pasión, la seguridad y también los súbitos relampagueos de rabia. Conocía su desafío y su inquietud. Verlos así, hueros, cansados, despojados de toda esperanza, fue para él como recibir una bofetada en toda la cara.

De pie, uno frente al otro, se miraron un instante. Livia señaló luego una butaca y se sentó con gracia en la esquina de un sofá, lejos de él.

—Qué sorpresa. No te esperaba hoy. ¿A qué debo la visita?

A Ricciardi le faltó valor para hablar. Lo desarmaba verla en ese estado; estaba acostumbrado a defenderse de ella, a levantar barreras contra su impetuosidad, y ahora la tenía ante él fría y distante.

—Perdóname si te recibo en estas condiciones —dijo Livia al ver que él callaba—. Tengo una fuerte migraña que no me abandona desde... desde hace dos días. Es la primera vez que veo luz desde entonces. Hoy no soy la mejor de las anfitrionas.

—Eres tú quien debe perdonarme —reaccionó Ricciardi—. Me he presentado sin avisar, no suelo hacerlo, ni siquiera por motivos de trabajo. Pero tenía que hablar contigo, Livia, de un asunto muy importante.

El rostro de la mujer no reflejó el menor atisbo de interés.

—Te escucho. Imaginaba que para venir aquí el impulso debe de haber sido muy fuerte.

El comisario dejó pasar la ironía que vibraba en aquella frase. Se aferró otra vez a la imagen de su amigo y encontró el valor para continuar.

—Tienes razón. Y aún más razón en estar enfadada conmigo. Mi comportamiento del otro día no tiene justificación. Yo mismo no me lo explico, y créeme que he tratado de entender qué me pasó.

Livia lo miraba inexpresiva.

—Déjalo estar. Yo no lo encontré en absoluto extraño; quizá lo único novedoso era la presencia de otra persona, pero tu comportamiento fue el que siempre has tenido conmigo. Nada que objetar a eso, eres un hombre coherente.

—No es así. Lamento que lo pienses, porque está muy lejos de la realidad. Entiendo que pueda parecértelo, pero debes creerme cuando te digo que no es verdad. Es que soy... soy una persona rara, es todo. Alguien que no se abre. Que no puede abrirse con nadie. Y mucho menos con una mujer, y una mujer como tú, que tiene

derecho a la felicidad. Si te mantengo a distancia es por tu bien.

La mujer soltó una risita irónica.

—¿Y quién eres tú para arrogarte el derecho a decidir cuál es mi bien? ¿Acaso Dios? Déjalo estar, Ricciardi. Ya soy bastante mayor para entender cuándo no le gusto a un hombre sin necesidad de tener que humillarme aún más delante de él. Cambiemos de tema y dime a qué has venido realmente. No me cabe duda de que debe de ser algo grave, de lo contrario no estarías aquí.

Ricciardi lanzó un profundo suspiro.

—Así es. Tengo un motivo y es grave. Se refiere a la persona que estaba con nosotros el otro día. El hombre delante del cual te ofendí tan estúpidamente.

Livia frunció el ceño.

—¿El doctor? ¿Qué le ha pasado?

El comisario le refirió los hechos sin ocultarle nada. Le habló también de lo que Maione había sabido a través de su mujer y de Nenita, así como de su visita a Pivani.

—... Ha sido él, de forma reservada, quien me dijo que tú eres la única persona a la que podía dirigirme en busca de ayuda. Y he venido precisamente para pedirte ayuda.

Livia había escuchado con creciente interés y ahora se mostraba abiertamente airada.

—¿Por quién me tomas? ¿Crees acaso que soy espía del Duce o de un jerarca fascista? Lo siento por el doctor, que me cae bien y me parece una magnífica persona, pero ¿qué diablos crees que puedo hacer yo?

Ricciardi aguantó el arrebato como quien se ve sorprendido por una tormenta de verano.

—Sé muy bien que no tienes relaciones políticas. Por eso el comentario del otro día fue una idiotez propia de un estúpido. Pero el tal Pivani me dijo que quizá tú, sin saberlo, eres muy apreciada por alguien importante de Roma; y precisamente por eso, y por tu seguridad, te asignaron un hombre que forma parte de la misma organización que se dispone a trasladar a Modo al confinamiento.

Ante Livia surgió la imagen de un señor distinguido, de mediana edad, con un portafolios de piel en la mano.

—Falco —murmuró con un hilo de voz.

Era el nombre que él le había dado, junto con una dirección a la que, en caso de necesidad, podía despachar un sobre con una hoja en blanco. Le tenía miedo, tras aquella apariencia anónima se ocultaba una mente fría y oscura, y un conocimiento completo de todas las noticias que hasta ella misma desconocía. Gracias a él lo había sabido todo sobre Ricciardi cuando no pudo resistir a la tentación de informarse, pese a que deseaba mantener la mayor de las distancias con aquel hombre.

Ricciardi asintió.

—Te lo ruego, Livia, te lo suplico. Si se tratara de mí, te juro que no estaría aquí. Pero Bruno es una persona maravillosa, que hace por el prójimo más de lo que hacen

todos los jefes de Roma juntos. No debemos, no debes permitir que lo encierren a saber dónde porque tenga sus ideas. Te lo ruego.

El hielo en el que estaba envuelta Livia no se derritió. Pero la mujer dijo:

—Dudo que yo tenga el poder que me atribuyes; la amistad romana a la que probablemente se refería tu Pivani es una persona con la que la mayor parte del tiempo hablo de trajes y joyas, y de algún cotilleo sobre los nuevos amantes de las amigas que tenemos en común. Y sí, en efecto, en algunas circunstancias vino por aquí un hombre, no sé si el que me dio es su nombre, su apellido o un sobrenombre, y que, por misterioso que parezca, lo sabe todo, absolutamente todo de todo el mundo.

—¿Sabes cómo localizarlo? No queda tiempo, por lo que hemos averiguado, el barco se va el domingo. El día de Pascua.

—No es el único que se va el día de Pascua. Yo también he decidido marcharme. Te libero de mi fastidiosa presencia.

La noticia golpeó a Ricciardi como un soplo de aire helado. Comprendió enseguida que no quería que Livia se fuese.

—Tú..., si lo haces por ti, nada puedo decirte. Pero si te vas por mi culpa, no lo hagas. No lo hagas. Yo... no sé qué decir, pero te ruego, no lo hagas.

Livia lo miró un buen rato, pasmada. Trató de comprender si lo que su corazón le decía era producto de lo que sentía o de lo que le hubiera gustado sentir.

—Trataré de ponerte en contacto con él —dijo Livia—. Lo hago por el doctor, por la impresión que me causó y por lo que me cuentas de él. Dudo mucho que pueda conseguir algo, y si lo consiguiera te alegrarás por partida doble: porque soltarán a tu amigo y porque tu comentario del otro día en el Gambrinus habrá acertado de lleno.

Ricciardi se pasó la mano por la cara.

—Te lo agradezco. En este momento, este asunto está antes que ningún otro. Pero si se resolviera, como espero, hablaré contigo, te lo prometo. Y trataré de convencerte de que no pensaba lo que dije, de que soy un estúpido. Y de que sé apreciar la sensibilidad y la bondad las pocas veces que las encuentro.

Livia calló, intentando que la emoción no le anudara la garganta. Solo Dios sabía cuánto había soñado con oír aquellas palabras, tener al menos una esperanza con aquel hombre. Pero la herida era demasiado reciente.

Se puso en pie.

—Déjalo estar, no es algo entre tú y yo. Me has pedido que te eche una mano y te la echaré. Espero poder darte alguna noticia dentro de poco; si la hubiera, haré que te telefoneen. Mantente alerta.

Ricciardi también se puso en pie.

—Te lo agradezco, sea cual fuere el resultado, Livia. Habrías podido echarme de malas maneras, y me lo hubiera merecido: venir aquí, después de haberte insultado, a pedirte que me ayudes acudiendo justamente a las amistades a las que mi estúpido insulto se refería. Pero decidiste escucharme igualmente. No lo olvidaré. —Hizo ademán de marcharse, se detuvo en el umbral y, sin darse media vuelta, dijo—: Y no

me he olvidado de nada de lo que ocurrió en esta casa la última vez que estuve. Nada. Es la segunda vez que entre estas paredes encuentro una esperanza que no tenía cuando entré.

Salió dejando a Livia en vilo entre el pasado y el futuro.

Miras de frente a la noche, doctor.

Compruebas que a tu alrededor algunos consiguen dormir. Te asombra ver las cosas a las que son capaces de acostumbrarse los seres humanos; lo que son capaces de aguantar.

Miras de frente a la noche, y ella, impasible, te observa a su vez. La noche está acostumbrada a cosas bien distintas. Ha pasado por otros dolores bien distintos y cubierto nostalgias bien distintas.

Un poco más allá hay un profesor de bachillerato, un calabrés. Es homosexual, por eso está allí. Dice no tener ideas políticas, pero tal vez sea fascista y lo han detenido igual. No quiere decir cómo lo han descubierto, pero por ciertas alusiones piensas que lo pescaron con un alumno en el retrete. Duerme y ronca con la boca abierta. Un ejemplo de lo que se denomina el sueño del justo.

Hay un estudiante universitario —le curaste una herida en la frente como has podido— que habla con monosílabos.

Hay un pastor de Avellino que maldijo en la inauguración de una estatua del cabezón de vaca.

Y hay otros que piensan cosas ahora consideradas un delito castigado con el campo de concentración.

Porque, le cuentas a la noche, de eso se trata, de un campo de concentración. Y tú estás a punto de que ser trasladado a uno de esos campos.

Vete tú a saber cuándo dijiste algo en voz alta, qué hiciste y en qué momento, delante de unos oídos cobardes que luego fueron a contarlo. A lo mejor el otro día, en el funeral de Víbora, cuando hablaste con esos cuatro muchachos borrachos. No cuenta el bien que has hecho, no cuenta quién has sido ni quién eres.

¿Te acuerdas de la noche, doctor? ¿La recuerdas en el Carso, cuando el sol frío encontraba en el suelo nuevos cuerpos, cuando el mortero marcaba las horas con más precisión que el reloj? Quizá entonces la noche daba menos miedo.

Entonces sabías quién era el enemigo y luchabas. Hoy los hay que se quitan el sombrero a tu paso y después te denuncian.

Alguien llora sin hacer ruido. Esposa e hijos: al menos tú no tienes esa inquietud. Al menos tú no dejas a nadie.

A saber por qué piensas en el perro, doctor. Y confías en que Maione se ocupe de él, como providencialmente le pediste que hiciera.

Maione, Ricciardi. El sol y la gente.

Dios, cuánto echas de menos tu vida, doctor.

Ahora que te la arrebatan.

Crees que estás cerca del mar, lo notas. El aire huele también a la gasolina de los barcos, de vez en cuando oyes unas llamadas. El puerto, tal vez. Entonces te llevarán en un barco junto con el profesor de bachillerato, el pastor de Avellino y los otros



pobres desgraciados.

Así, sin motivo, piensas otra vez en Víbora, en su carcajada y en su belleza perdida. Hace siete días estabas en El Paraíso, bebiendo, riendo y jugando, y ella pasaba y tú le lanzabas un beso con la mano. Qué pena por ella, qué pena por ti.

Qué nostalgia.

Nostalgia de un mundo que no creías amar tanto.

La noche, doctor.

La noche que no pasa.

Livia se puso en marcha enseguida.

No quería pensar en las implicaciones personales de lo que Ricciardi le había dicho, ni alimentar esperanzas para matarlas en cuanto asomaran la cabeza, pero se sentía impulsada por una nueva euforia.

Además, había dicho la verdad: el doctor le caía bien. Le había inspirado simpatía de inmediato, en cuanto se lo presentaron junto con Ricciardi con ocasión del homicidio de su marido, y esa simpatía se había confirmado a los pocos minutos de su desafortunado encuentro en el Gambrinus.

Livia no se sentía fascista, tampoco antifascista. La política, como dijo también en aquella ocasión, no le interesaba; cada vez que en una fiesta o en el teatro sus acompañantes hablaban de política, ella se abstraía y pensaba en otra cosa. Sin embargo, estaba convencida de que había algo equivocado si un hombre como Modo, abierto, inteligente y, como decía Ricciardi, bueno con el prójimo, acababa en la cárcel para ser enviado al confinamiento o lo que fuese.

Había cogido un sobre, había escrito su nombre y en el interior, según las instrucciones recibidas, incluyó una hoja en blanco. Se lo había dado a la criada para que lo llevara a un edificio no muy lejos de allí y lo entregara al portero.

Después se había puesto delante del espejo y el espectáculo que vio le causó horror; puso manos a la obra y se dedicó a un profundo arreglo de su persona, sin llegar a sospechar siquiera que para Ricciardi nunca había estado tan hermosa.

\* \* \*

No había pasado ni media hora cuando oyó a la criada llamar otra vez a su puerta. Tenía una visita, y el señor no había querido dar su nombre.

Encontró a Falco de pie, frente a la ventana, mirando la calle. Cuando ella entró, sin darse la vuelta el hombre dijo:

—Qué hermosa llega a ser la primavera. El aire de la ciudad también está renovado y se nota. Es el aire de la esperanza, ¿no cree?

Livia se sentó en el sillón.

—Buenas tardes, Falco. Gracias por haber venido enseguida; no es que dudara de su solicitud, naturalmente.

Falco inclinó apenas la cabeza en señal de asentimiento. Era de estatura media, muy elegante y sobrio, vestía traje oscuro de raya diplomática y chaqueta cruzada; despedía un leve aroma a lavanda. Llevaba el escaso pelo canoso peinado hacia atrás y daba la impresión de que acababa de afeitarse.

—Señora, de todos los deberes que me impone mi trabajo, su llamada es, sin ninguna duda, lo más grato. Permítame que aproveche la ocasión para felicitarla por

el nuevo corte de pelo que da realce a sus magníficas facciones.

A pesar de la tensión que sentía, Livia no pudo reprimir la carcajada.

—¡Cuidado, Falco! ¡Que por las grietas de la coraza se le filtra la galantería! Acabaré creyendo que es humano.

Falco se sentó frente a ella.

—Entran ganas de decir «por fin». Por desgracia, no suele ocurrir que se crea que somos humanos. ¿Puedo saber a qué debo su invitación?

—Tengo que llamarle la atención —dijo Livia agitando el dedo índice— por no verlo preocupado a pesar de que es la primera vez que nos vemos a petición mía. Podía haber necesitado de su presencia por algo desagradable, ¿no?

El hombre negó con la cabeza.

—El último informe es de hace dos días; regresó a casa en el coche y sin problemas. Como mucho podía tratarse de un malestar, pero nada grave. ¿Me equivoco?

Livia cambió de actitud y se puso seria.

—No me gusta recordar que me espían en todo momento. Y no está bien por su parte que me lo recuerde.

—Tiene razón. También es verdad que me ocupo de usted con mucho esmero y que mi intención no era otra que tranquilizarla. Nada malo puede ocurrir mientras nosotros velemos con discreción por su seguridad.

Por desgracia no es verdad, pensó Livia. Pero dijo:

—De modo que sabrá que hoy he recibido una visita.

Falco se levantó de nuevo y se asomó a la ventana.

—Sí, ha recibido una visita. Así me lo ha comunicado quien me habló de su invitación. Espero que la persona que vino no la haya molestado.

—Sigo pensando que no es asunto suyo, Falco —contestó Livia, tajante—. Tampoco lo es de quien le pidió que se ocupara de mí. La persona que ha venido a verme con plena aprobación por mi parte, dicho sea de paso, me ha planteado una cuestión y he sentido la necesidad de transmitírsela con toda urgencia. Ese es el motivo de mi llamada.

Falco no dejó de mirar por la ventana y se quedó callado.

—Como le parezca, señora —dijo luego—. Estoy aquí para escucharla y, si puedo, para satisfacer sus deseos.

Livia lanzó un profundo suspiro.

—Falco, tengo la impresión de que ya sabe lo que voy a decirle. Si quiere oírlo expresamente, entonces debo pedirle que se emplee a fondo para que suelten al doctor Bruno Modo, al que retienen sin motivo en algún lugar que usted sabe.

Falco se volvió hacia ella.

—Entonces, señora mía, de ahora en adelante hablaremos de conjeturas. Supongamos que yo conozca a la persona que menciona, y supongamos que sepa que está detenido y que se encuentra en un lugar que conozco, ¿en qué se basa para decir

que eso ocurre sin motivo? ¿Acaso piensa que no puede haber motivos, incluso importantes, para que eso ocurra?

—Por favor, Falco —bufó la mujer—. Usted y yo sabemos muy bien cuáles son esos motivos. Mi amigo, el que me visitó, me lo contó todo, y me fío de él. Ciegamente.

—Se fía. Ciegamente. Hasta el punto de dejar Roma para instalarse aquí por él, y de perseguirlo sin miedo a perder su orgullo. Hasta el punto de permitirle que le importe tan poco su dolor.

Livia se levantó de un salto, enfurecida. La gracia de sus movimientos felinos se acentuó con la rabia.

—Debería echarlo a patadas —siseó—, llamar enseguida a Roma y decir alto y claro lo que ha tenido la osadía de decirme. No vuelva a hacerlo nunca más, ¿entendido? ¡Nunca más!

El hombre pestañeó.

—Disculpe. Le ruego que me disculpe. No es profesional por mi parte, pero creo que una persona como usted, con la vida que ha tenido, no merece sufrir. Y por ser quien es.

Livia se calmó y se sentó de nuevo.

—Entonces comprenderá que si lo he llamado a usted y no he telefonado directamente a Roma es una decisión que le indica hasta qué punto creo también en su sensibilidad de hombre.

—Sí y se lo agradezco. Por otra parte, he de reconocer que aprecio el trabajo del doctor, y el empeño que pone en ayudar a la gente. Al fin y al cabo esta es mi ciudad. Ese es el motivo por el que hemos pasado por alto algunos comportamientos y muchas declaraciones que no se abstuvo nunca de hacer en público. Pero esta vez, como ya sabrá, la cosa ha pasado a instancias superiores.

Livia se inclinó hacia adelante.

—Lo sé, Falco. Pero quizá aún estemos a tiempo de ponerle remedio. ¿Es cierto que el traslado está previsto para el domingo por la mañana?

El hombre la miró fijamente sin responder.

—Ignoro cómo consiguió ese dato su amigo —dijo al fin—, ni siquiera yo lo tenía. Pero es posible, sí. El barco..., el vehículo que debería trasladar a los detenidos podría llegar en cualquier momento entre mañana y el domingo, en efecto.

—De manera que disponemos de pocas horas. Debo saber si puedo contar con usted, Falco, de lo contrario, tendré que recurrir a Roma directamente. Algo que preferiría evitar. Supondría tener que dar demasiadas explicaciones y utilizar un crédito del que no sé si puedo disponer. A las muñecas como yo, ya lo sabe usted, no se les perdona que hablen de cosas serias.

—Usted no es una muñeca, señora. Es una persona maravillosa, dotada de un increíble talento. La oí cantar, en su día, y lo sé.

Ahora la sorprendida fue Livia.

—¿En serio? ¿Cuándo? Llevo sin cantar desde...

—... Desde que ocurrió la tragedia de su hijo, sí. Pero en otra vida me concedía el placer del teatro. Y tuve la suerte de escucharla.

Siguió un silencio cargado de recuerdos.

—Así pues —dijo ella—, en nombre del placer que experimentó entonces, y en nombre de... esta secreta y extraña amistad, si puede ayudarme, hágalo, se lo ruego.

Falco volvió a callar, pensativo.

—De acuerdo. No sé qué efectos podrá tener, le aseguro que nuestros interlocutores hacen gala de unas reacciones francamente imprevisibles. Tampoco sé si tenemos alguna posibilidad de éxito, pero lo intentaremos. Con la mejor de las voluntades, lo intentaremos.

—Se lo agradezco, Falco. Desde ya se lo agradezco. Entiendo que no es fácil, y entiendo lo complejo que puede ser un trabajo como el suyo. ¿Cómo piensa proceder?

—Aún no lo sé. Debo buscar los contactos adecuados, y preparar algún motivo que haga más gravoso retener al doctor que soltarlo. Tal vez la tozudez de su amigo y de su sargento, una posible insistencia por parte de ellos, serían argumentos válidos. No lo sé. Espere mis noticias. Le aseguro que le llegarán, pero no antes de veinticuatro horas. Entretanto, por favor, no tome iniciativas. ¿Me lo promete?

Livia lo miró fijamente; era el momento de decidir si fiarse o no de ese hombre. Decidió hacerlo.

—De acuerdo. Esperaré aquí en casa a que me diga dónde ir a recoger al doctor. Y luego deberá decirme cómo retribuirle este inmenso favor que me hará.

Falco recogió el portafolios de piel y el sombrero que había dejado en una repisa.

—Si consigo salir airoso de esto que es toda una empresa, y lo digo en serio, le pediré que cante para mí. Una sola vez.

A Ricciardi no le gustaba el teléfono.

Nunca había conseguido familiarizarse con ese aparato, que devolvía una voz metálica e inexpresiva e impedía comprender a través de los medios tonos, las dudas y, sobre todo los ojos, aquello que las palabras ocultaban. Además, la certeza de que las conversaciones estaban al alcance de las telefonistas que, en teoría, ponían en comunicación las líneas insertando una clavija en un agujero pero que, en realidad, podían entrometerse a su antojo, según él, le quitaba toda intimidad al diálogo.

Aunque a veces era necesario: sintió alivio tras recibir la llamada de Livia. Le había comentado en voz baja que «la carta había sido entregada» y que «había que esperar la respuesta». Lo había tranquilizado sobre el hecho de que «sería el primero en conocer los resultados» y que para ponerse en contacto con él «le enviaría a su chófer» a la jefatura, pero que no sería hasta el sábado por la noche. Entretanto, «no hacía falta que hablaran o se vieran».

La voz de la mujer, además de metálica, le había parecido monótona e inexpresiva. Se quedó triste y sorprendido por la distancia del tono de ella: era evidente que la herida de la ofensa no había cicatrizado, a pesar de haber accedido a ayudarlo.

Ricciardi se preguntó si la decisión de abandonar la ciudad, que Livia le había comunicado antes de que él le hablara de Modo, era definitiva. Y también se preguntó por qué al saberlo sintió la punzada de la melancolía.

¿No había esperado que la mujer comprendiera que su corazón estaba ocupado? ¿No había confiado en que lo olvidara y dirigiera sus desvelos a alguien más adecuado a ella?

Sus pensamientos lo llevaron de nuevo a Enrica, al lento pero unívoco acercamiento existente, a las tardes que la muchacha pasaba con Rosa y a sus encuentros con ella en el portón cuando se marchaba. ¿Cómo conjugar ese deseo, esa dulce inquietud con la melancolía por la partida de Livia? ¿Qué estaba pasando?

Siempre había tenido la convicción de ser ajeno al amor, de estar tan lejos de él como de la Luna, y ahora se encontraba no solo ante una, sino ante dos emociones para las que no hallaba explicación.

De pronto notó que se ahogaba, y decidió salir de la oficina. En ese momento, las campanas de todas las iglesias empezaron a tocar y a ellas se sumaron las sirenas de los barcos fondeados en el puerto. Las once del Sábado Santo.

La Pascua había llegado oficialmente a la ciudad.

\* \* \*

Ricciardi enfiló hacia la via Chiaia. Pasar por el lugar donde asesinaron a Víbora

quizá le diera alguna idea nueva, o al menos lo distraería de otros pensamientos.

La calle traicionaba, como era habitual, el espíritu de la ciudad, que había cambiado como si alguien hubiese accionado un interruptor: la contrición, la mortificación habían dado paso a la euforia cargada de expectación. El tañido de las campanas, silenciosas durante días por respeto a Jesucristo muerto en la cruz, había avisado al mundo que lo hecho, hecho estaba, y ahora había que esperar grandes cosas: el Salvador resucitaría, salvaría a la humanidad de su destino infernal y todo saldría bien.

Con su alegre redoble las campanas habían querido anunciar a la ciudad que, tarde o temprano, la crisis económica que había puesto de rodillas a centenares de empresas, la pobreza que atenazaba a casi todas las familias y las enfermedades debidas a las precarias condiciones sanitarias terminarían; y que los malos pensamientos podían esperar dos días hasta que se descubriera el sepulcro vacío.

Las radios seguían transmitiendo exclusivamente música clásica desde hacía casi una semana y como seguirían haciendo al día siguiente, pero la sobria y triste melodía sagrada había sido sustituida por impetuosas sinfonías.

Los vendedores ambulantes comenzaron a llamar la atención de las mujeres con renovado vigor, y ahora se veía por las calles a los carniceros ambulantes, con la bata manchada de sangre y el carro cargado de cuchillos y hachuelas, dispuestos a sacrificar a domicilio corderos, cabritos y gallinas destinados a las mesas pascuales. Desde las barandillas de los balcones y los postigos entornados, los niños, que en ese mes de cría se habían encariñado con los animales, miraban aterrados a aquellos portadores de muerte que, con sus agudos silbidos y alegres llamados anunciaban que había llegado la hora.

El aire mismo se llenaba de nuevos olores: salían de las cocinas donde la actividad era febril. El agua de azahar, la canela y la vainilla, el trigo cocido, los limones se abrían paso a codazos entre los aromas de café, pescado al carbón y mil frituras que imperaban junto a los del estiércol de los caballos de tiro y los gases de los escapes de los furgones y automóviles. Imperaba por encima de todos el perfume de los hornos a los que las mujeres llevaban a cocer las *pastiere* y los *casatielli*, auténticos reyes de la fiesta inminente.

No se oían los gritos y los juegos de los niños, tampoco de los granujillas, obligados al silencio por respeto a la festividad, con la excepción del resonar metálico de alguna matraca aislada, sus juegos bulliciosos no estaban permitidos. Pero faltaban pocas horas para que salieran por enjambres a la calle, con balones de papel de diario o trapos atados con cordel, y representaran mejor que nadie la nueva estación que acababa de llegar.

El comisario reparó distraído en el cambio y comprobó que el suicida del Gambrinus, inadecuadamente vestido con chaqueta gruesa, seguía impertérrito llamando a su amor perdido, aunque comenzaba a difuminarse como una fotografía antigua. Por desgracia, pensó el comisario, hay cosas a las que no se las lleva el

viento.

Como compensación, en la esquina de El Paraíso, cerca del callejón por donde pasaban los proveedores, el acordeonista había reiniciado su actividad a pleno rendimiento. El instrumento, roto por los fascistas borrachos la mañana del funeral de Víbora, había sido reparado a la buena de Dios y, bajo los dedos ágiles de su dueño, sonaba como antes. Ricciardi se alegró, y echó una moneda en el platito, incentivaba así un pequeño delito. Divertido, el comisario notó la gran habilidad del hombre para fingir que le llamaba la atención el ruido de la moneda y no la imagen de ella registrada por sus ojos que, ocultos tras unas gafas negras, veían a la perfección.

Se disponía a seguir su camino cuando advirtió que alguien salía por el portoncito lateral; se refugió en las sombras para ver quién era. La amplia silueta y el paso matronal le permitieron reconocer de inmediato a *madame* Yvonne que, resuelta, se encaminó en sentido opuesto al que llevaba Ricciardi.

El comisario esperó unos instantes y fue tras ella. En los seguimientos no era tan hábil como Maione, pero la mujer no se mostraba en absoluto cauta, de modo que no lo vio. Caminaba deprisa, pegada a la pared, un sombrero negro con velo le cubría la cara, los pasos breves y veloces emitían un seco taconeo sobre las piedras anchas. Se cruzó con dos mujeres que intercambiaron una mirada maliciosa y con un hombre que le dirigió media sonrisa procurando que la señora que llevaba del brazo no se diera cuenta. En ninguno de los dos casos dio Yvonne señales de advertirlo. Ricciardi reflexionó que tal vez ellos dos tenían en común mucho más de lo que parecía: ambos vivían en la frágil frontera que separaba la luz de la sombra. Ella porque debía tratar con putas sin serlo; él, con delincuentes.

No paseaba, iba a un sitio concreto: su andar era demasiado decidido. Ricciardi comprendió cuál era su meta cuando la vio aminorar la marcha, pegarse a la pared y observar los escaparates de la tienda de Vincenzo Ventrone.



Siguieron así un rato, a varios metros de distancia, los dos en la misma postura: Ricciardi observaba a Yvonne, que observaba el interior de la tienda de Ventrone desplazándose varias veces para ver mejor.

Al cabo de un rato la mujer se vio obligada a resignarse; sus hombros descendieron bajo el peso de la decepción y, poco a poco, enfiló en sentido contrario el camino que acababa de recorrer.

El comisario aprovechó entonces para acercarse a ella. La madama le lanzó una mirada de través, sin aminorar la marcha.

—Usted también ahora. ¿Qué quiere? ¿Es que una pobre mujer no puede dar siquiera un paseo sin que la policía le pise los talones?

Ricciardi ajustó su paso al de la mujer.

—En absoluto, señora. La he visto de lejos y decidí saludarla.

Yvonne hizo una mueca.

—Bonito saludo. Discúlpeme, comisario, pero hoy no es el mejor de los días con todos los problemas que tenemos. Por cierto, ¿cuándo podremos volver a utilizar la habitación de Víbora? Si supiera la de clientes que nos piden verla y yo estoy obligada a mantenerla cerrada a su disposición.

—Señora, por ahora no puedo darle permiso —respondió Ricciardi, seguro—. Hasta que no hayamos esclarecido lo que pasó es importante que todo siga como estaba cuando ocurrieron los hechos.

La mujer resopló.

—Comisario, siento mucho lo que le pasó a Víbora. Lo siento de veras. Pero la vida debe seguir y en este momento no puedo prescindir de ningún recurso.

—Ningún remordimiento, ¿eh? Y Ventrone era un buen recurso que, al parecer, ahora le falta.

Yvonne se detuvo y se levantó el velo.

—¿Qué insinúa, comisario? ¿Usted qué sabe si el caballero no sigue viniendo después de la muerte de Víbora?

—Es simple, señora. ¿Qué necesidad tenía de ir a su tienda con la esperanza de verlo si, como era su costumbre, continuara visitando a diario El Paraíso? Y dado que, por la información de que dispongo, el caballero Ventrone no se encuentra bien, o eso se rumorea, y tampoco va a la tienda...

La señora se pasó una mano enguantada por la cara.

—Si lo sabe todo, ¿para qué tanto interrogatorio?

Ricciardi se encogió de hombros.

—Por nada, señora. Me preguntaba para qué necesitaba usted hablar con Ventrone. Tal vez su respuesta me ayudaría a entender si hay algún motivo por el que ese hombre ha desaparecido de la circulación.

Habían llegado al edificio de El Paraíso. *Madame* se echó a llorar. No sollozaba,

la voz no se le quebró; las lágrimas sencillamente comenzaron a surcarle las mejillas sin que ella se las enjugara.

Ricciardi miró a su alrededor, incómodo, y le volvió a la cabeza la imagen de Livia en el Gambrinus; evidentemente tenía talento para hacer llorar a las mujeres.

*Madame* abrió la puerta con una llave que llevaba colgada de una cadenita debajo del chal y subió las escaleras; el comisario la siguió. Dada la hora y el día, el burdel estaba sumido en un insólito silencio que olía a desinfectante Lysoform y humo rancio. Cuando llegó a su puesto dominado por la caja, Yvonne se sintió por fin a gusto.

—Comisario, usted no lo sabe. No puede saberlo. Yo era del oficio, como muchas; y ejercí hasta que me quedé seca, y lo bueno fue que no me ocurrió mientras trabajaba. Él, el padre de Tullio, era..., digamos que nunca tuvo un trabajo. Tampoco tenía dinero para pagarme; pero era simpático, alegre. Cómo me hacía reír... La vida de una puta no da para muchas alegrías, ¿sabe usted, comisario? Pero él contaba chistes, hacía teatro, imitaba a la gente de mil maravillas, y yo me divertía mucho, y si se me acercaba, no le decía que no. Y cuando me quedé preñada, no se fue. Podía haberlo hecho sin problemas, ¿no? Yo trabajaba de puta, podía haber sido de cualquiera. Pero se quedó.

Ricciardi sacó el pañuelo y se lo tendió a *madame*, que se secó distraídamente las lágrimas.

—Y quería una casa para nuestro hijo; el único problema era que no sabía cómo ganar dinero, y como se le daban bien las cartas, empezó a jugar y a ganar. Pero después empezó a perder, hasta que lo mataron. Por la tarde me lo mataron. ¿A usted le parece, comisario, que los usureros maten a alguien por la tarde?

En una terraza cercana un cordero soltó un balido agudo que parecía el llanto de un niño.

—Y ahora su hijo siguió lo que su padre dejó a medias. En lugar de dar gracias a Dios por su suerte, por haber salido adelante solos. Y yo no soporto la idea de que termine del mismo modo.

Ricciardi escuchaba con atención.

—¿Cómo piensa impedirselo, señora? ¿Seguirá pagando sus deudas y sacándole dinero a quienes puede chantajear?

—Comisario, yo no chantajeo a nadie. Es cierto que me aprovecho un poco de la amistad de los clientes más fieles, les pido que me adelanten algo; pero a las chicas les doy su parte de mi bolsillo, le aseguro que ellas no salen perdiendo nada.

—Y el principal de esos clientes, el más dispuesto a darle esos adelantos, como usted los llama, era Ventrone, ¿es así? Qué casualidad, justamente el dueño de la tienda más expuesta a los cotilleos y las murmuraciones.

—¿De veras cree que chantajeo a Ventrone? No, comisario, se lo repito: no chantajeo a nadie. El caballero es un antiguo cliente, quizá uno de los más preciados, y es mi amigo. Pero el hijo..., usted lo conoce, ¿verdad? Es joven pero tiene

mentalidad de viejo. De tanto tratar con curas desde jovencito, a lo mejor se volvió un poco cura él también. Estoy segura de que es él quien ha encerrado a su padre en casa para que no venga a vernos.

Ricciardi trataba de comprender el sentido de aquellas palabras.

—¿Por qué? ¿Usted cree que pese a que Víbora ya no está el caballero seguiría viniendo?

Yvonne rio, burlona.

—Comisario, se lo digo yo que de esto sé bastante: cuando un hombre tiene tendencia a venir aquí, viene y sanseacabó. No es cuestión de que lo atienda esta o aquella puta, es el hecho en sí. Ventrone, como muchos, venía incluso cuando su mujer vivía, es más, cuando murió su mujer vinieron aquí, a este salón, a darle la noticia. Si lo piensa, no tiene nada de malo. Cuando uno sufre, busca un lugar donde pueda concentrarse en otras cosas. No es una cuestión de sexo, sino de cabeza. Si pudiera, Ventrone vendría aquí, como venía antes de Víbora, como vendrá cuando los gozos del cuerpo no sean más que un recuerdo. Usted no es de los que van al burdel, lo sé. Si lo fuera, se daría cuenta de cuántos son los que siguen viniendo igualmente aunque el aparato solo les sirva para mear, y pagan un montón de dinero para ocultarse detrás de una cortina o debajo de una cama, por el gusto de oír y ver, y sobre todo, recordar. ¿Qué tiene eso de malo? En esta vida no todo ha de ser sufrimiento.

Ojalá pudieran evitarse ciertos sufrimientos, pensó Ricciardi. Ojalá bastara con pagar a alguien para dejar de ver. Aunque fuera un momento.

—¿Entonces para qué fue a buscar a Ventrone? Si está segura de que volverá, que es cuestión de tiempo, ¿por qué ha ido a la tienda?

—Tenía la esperanza de no verlo en la tienda. Porque si no estaba, quería decir que seguía teniendo miedo de que lo vieses aquí. Y si estaba, entonces era porque va a otro establecimiento. Los que son como él, comisario, no renuncian al prostíbulo. No por mucho tiempo.

Ricciardi comprendió que no sacaría más información a la mujer.

—Señora, así como hay hombres que no renuncian al prostíbulo, hay otros que son esclavos de las mesas de juego. Como bien sabe, su hijo va por ese camino y debe dinero a cierta gentuza; aunque por suerte, como es muy joven, no dejan que siga jugando. Pero si ese es el camino que ha elegido, tarde o temprano lo retomará, se lo digo por experiencia. Manténgalo encerrado, por ahora. Es mejor que no aparezca por ciertos lugares.

La mujer suspiró.

—¿Qué se cree, comisario, que no lo he intentado? Se hace mayor, hace años que tiene edad suficiente para entrar en locales como el nuestro. Es un hombre. En estas condiciones, poco puede hacer una madre. No puedo encerrarlo en una habitación.

Y Ventrone, con sus adelantos, ayudaba a pagar las deudas contraídas en el tapete verde por el joven Tullio, pensó Ricciardi.

—Otra cosa más, *madame*. ¿Ha vuelto Coppola, el verdulero? ¿Lo ha visto por aquí después de lo ocurrido?

—No, comisario. Él solo venía por Víbora, no es de los que frecuentan El Paraíso ni ningún otro burdel. Es otro tipo de persona, para él solo existen el trabajo y la familia. Es más, él ni siquiera venía por Víbora, venía por Maria Rosaria, la muchachita del Vomero que conoció cuando era pequeño y con la que quería casarse. Pagaba su tiempo simplemente con el fin de poder verla. Antes de verla aquí por casualidad en una ocasión en que tuvo que encargarse del reparto, ni siquiera venía a traer la fruta. Para todos habría sido mejor que no la hubiese visto nunca.

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo único nuevo que ocurrió fue justamente la propuesta de matrimonio que Peppe le hizo a Víbora. Si ella murió fue por eso. Y nadie sabe qué había decidido responder. De todos modos él no ha vuelto a poner los pies aquí. No es de esos hombres que no aguantan sin estar con las mujeres, aunque sea para divertirse. Así, por encontrar un ambiente ligero, divertido. Para no pensar en los problemas. Usted también debería pasarse alguna vez, comisario, como muchos de sus colegas de la jefatura. Además, podría venir con su amigo, el doctor.

Ricciardi sacó el reloj y, por enésima vez se preguntó angustiado si la intervención de Livia surtiría el efecto esperado y, en caso contrario, que medida podía tomar.

Y de repente, la pequeña ventana que en su mente se había ido abriendo con mucha dificultad sobre el homicidio de Víbora, se cerró de golpe.

Como de costumbre, Maione se había organizado para no estar de guardia el sábado y el domingo de Pascua: a sus niños les gustaba mucho esa fiesta, y la familia tenía sus pequeñas tradiciones. Sin embargo, el sargento no había previsto que lo atenazaría la angustia por la espera de noticias sobre la suerte del doctor Modo, y se mostraba distraído e insólitamente taciturno.

Lucia, que conocía el motivo del malhumor de su marido, lo observaba preocupada tratando de no cambiar nada de lo que acostumbraba a hacer el Sábado Santo porque, además, era la primera Pascua que la pequeña Benedetta pasaba con ellos. Le había susurrado a Raffaele, cuando por enésima vez lo vio sacar el reloj del bolsillo, que prestara más atención a la niña que la Navidad anterior había llevado a casa y estaba muy apegada a él; Maione había asentido distraídamente y luego había llamado a los niños y sentado a la pequeña en su regazo.

—A ver, mientras mamá prepara la *pastiera* os cuento la historia de cómo se inventó. ¿Queréis oírla?

Como respondiendo a una consigna, Lucia comenzó a disponer sobre la mesa los ingredientes necesarios para hacer la tarta: la pastaflora, preparada a primeras horas del día, cuando todos seguían durmiendo; el requesón de oveja en su cesta de paja trenzada; el trigo cocido con leche fresca; el azúcar blanco refinado; la manteca de cerdo, los huevos, la canela, el limón; el cidro y la *cucuzzata*, la calabaza confitada por la que Lucia era famosa; y el agua de azahar, tan delicada, que se obtenía sumergiendo flores de naranjo amargo en agua caliente y filtrándola luego, el auténtico perfume de la primavera.

\* \* \*

Cada ruido, cada motor de automóvil llevaba a Livia a la ventana y a escrutar la calle para comprobar si alguien se acercaba al portón con noticias de Falco. Hacía horas que la mujer daba vueltas por la casa como una leona enjaulada; en su pecho la ansiedad aumentaba de minuto en minuto.

Le había recomendado a Ricciardi que esperara sin dar señales de vida. Ahora hubiera querido tenerlo a su lado, no por afecto, sino como apoyo.

A cada minuto se preguntaba si Falco lo conseguiría y, aunque debía creer en él, si lo habría intentado de veras. Ella se había fiado, aunque probablemente, se repetía, lo había hecho más por necesidad que por verdadera convicción.

Apagó el enésimo cigarrillo en el cenicero de cristal. La falta de sueño y comida se sumaron a la tensión provocándole un mareo. El futuro estaba lleno de incertidumbre.

\* \* \*

Enrica miraba el futuro con una confianza nueva. Por primera vez desde que supo que estaba enamorada de Ricciardi, abrigaba la esperanza de poder convencerlo para que se abriera a una relación auténtica, dando cuerpo y palabras a las miradas tiernas que intercambiaban cuando se veían.

Tras la angustia inicial, la invitación de Rosa para la cena del domingo la llenaba ahora de entusiasmo. Iría, claro que iría. Se sentaría delante de él, comerían y conversarían y al final se despedirían con un «hasta la vista».

Había tomado una decisión: quería preparar algo con sus manos. Quería que esa Pascua fuera distinta a las otras, para ella y para él. Le demostraría su amor en silencio, sin palabras pero con un sabor: el mejor sabor que era capaz de dar.

Le prepararía una *pastiera*.

\* \* \*

Mientras los niños de casa Maione abrían los ojos como platos ante toda la abundancia que Lucia había dispuesto sobre la mesa, el sargento dijo:

—Hace mucho, mucho tiempo, cuando la ciudad era joven, solo había un pueblecito de pescadores cerca del mar. Y del mar venía casi todo lo que se necesitaba para comer, el pescado, los mariscos, los mejillones, todo. Un buen día estalló la tempestad y las barcas de los pescadores ya no pudieron hacerse a la mar; y llovía, llovía y no paraba nunca de llover, pasaron las semanas y las reservas se acabaron, no quedaba nada.

Maione acompañaba la narración con efectos sonoros, truenos, relámpagos, olas enormes. También sus hijos mayores, que habían oído aquella historia decena de veces, estaban fascinados y seguían el relato boquiabiertos.

Sonriendo, Lucia trabajaba los ingredientes sabiamente.

\* \* \*

Sonriendo, Enrica mezclaba en la cazuela el trigo cocido, la manteca de cerdo, la leche y la piel de limón rallada.

Pensaba que el verdadero sentido del amor radicaba en compartir. No era ella una experta, pero ¿quién ha dicho, reflexionó, que para conocer algo a fondo es necesario haberlo vivido?

Ella, por ejemplo, había leído mucho sobre el amor y había soñado siempre con él. Y escuchado las confidencias de sus amigas y de su hermana, y en el cine que había cerca de la piazza Dante había visto películas románticas acompañadas de

músicas conmovedoras; y en las calurosas noches de verano había oído las dulces serenatas de los enamorados. Lo sabía todo del amor.

Y mientras mezclaba metódica los ingredientes, a la espera de que se formara una crema sin grumos, contando en el reloj de pared los diez minutos establecidos en la antigua receta, sabía que las decepciones te alejaban del amor; que el amor no necesita de la experiencia para formarse y consolidarse, al contrario, quizá la experiencia lo endurece y amarga.

Mejor ser inexperta, quizá.

Tal cual, pensó apartando la cazuela del fuego.

\* \* \*

—Tal cual —dijo el sargento Maione a sus hijos—. El mar no quería saber nada, no había manera de que se calmase. Y como ya había llegado la primavera y los niños tenían hambre, los pescadores decidieron hacerse a la mar de todos modos, pese a que la tempestad seguía aullando. Las mujeres y los niños de los pescadores estaban desesperados ante la idea de que sus padres tuvieran que vérselas con esas olas más altas que las casas. Todos los días, al caer la tarde se reunían en la playa, y bajo la lluvia rezaban, lloraban, imploraban que la mala mar les devolviera a sus papás con sus barcas. ¿Qué hago, paro o sigo adelante?

Maione mantenía con sabiduría la atención de los niños mientras con igual sabiduría las manos veloces de Lucia iban componiendo su propia sinfonía, amalgamando el requesón con los huevos, la vainilla, la canela, el azúcar y el agua de azahar. Comprobó con cierto orgullo que Maria y Benedetta, pese a escuchar el cuento de Raffaele, no se perdían ni uno solo de sus gestos.

Adelante, pensó ella.

Adelante, contestaron a coro los niños.

\* \* \*

—¡Adelante! —exclamó Livia dando un brinco al oír que alguien llamaba suavemente a la puerta del salón.

Vencida por el cansancio, acababa de quedarse traspuesta en el sillón. El corazón le dio un vuelco, los ojos se clavaron en el reloj de péndulo de la pared. Temprano, pensó. Todavía es temprano.

La criada se asomó tímidamente.

—Disculpe, señora. ¿Puedo?

—Sí, ¿qué ocurre? —dijo Livia, brusca.

—Señora, tendrá que disculparme, pero lleva dos días sin comer y... Yo no me quiero meter, ya lo sabe, pero es que siento mucho verla así, justo ahora que falta

poco para Pascua. Entonces pensé que como en mi casa la preparo un día antes porque después vengo a trabajar y no me da tiempo, entonces pensé...

La indecisión de la mujer exasperó a Livia.

—Clara, habla tranquilamente. ¿Qué es lo que pensaste?

—Pensé, este año quiero hacer una pequeñita para mi señora. Y se la he traído.

—¿Qué me has traído?

La criada sacó un paquete pequeño y, sonrojándose, se lo entregó a Livia.

—Le he traído la *pastiera*, señora. Un dulce típico de nuestra ciudad.

\* \* \*

—Nuestra ciudad —dijo Maione— era pequeña, como ya os he dicho. Pero los niños y las mujeres eran como los de ahora, cuando lloraban, lo hacían con tanta fuerza que era imposible no oírlos. Y al final, Parténope, una sirena, que vendría a ser una mujer con una larga cola de pez que vive en el fondo del mar, subió a la superficie y preguntó: ¿Por qué os pasáis el día y la noche llorando y gritando y no me dejáis dormir?

La niña que tenía en brazos se apretó a él y exclamó:

—¡Porque querían a sus papás!

—Muy bien, eso mismo respondieron los niños a la sirena Parténope. Y ella, que era una sirena buena, se conmovió y dijo: Ahora me encargo yo de eso. Y se sumergió en el agua y fue a hablar con su padre, el Mar. Y le contó que allá arriba había un montón de niños y de esposas que esperaban el regreso de los hombres para poder comer y abrazarlos de nuevo.

Lucia echó en la masa el trigo cocido en leche, añadió la *cucuzzata* y el cidro confitado cortado en cubitos. Su hijo alargó la mano para servirse uno y a toda velocidad, ella le dio una palmadita diciéndole:

—¡Todavía no!

\* \* \*

Todavía no, se dijo Enrica en voz baja. Todavía no es el momento.

Creía haber entendido cómo era Luigi Alfredo: resultaba contraproducente arrancarlo de sí mismo, obligarlo a gestos o actos no espontáneos en él.

No quería emplear estrategias, por otra parte, habría sido incapaz. Mientras estiraba la pastaflora en el molde, procurando no superar el medio centímetro de espesor, creando el hueco que, como un vientre de mujer, acogería la mezcla de trigo, requesón y mil aromas, pensó que ella y el hombre que amaba eran como la tarta que estaba preparando: algo complejo, articulado y difícil que daría lugar a otra cosa, que sería mucho más que la suma de las partes.



Enrica sonrió.

\* \* \*

Livia sonrió, un tanto tensa, y le dio las gracias a la criada. El breve sueño le había dejado una estela de nuevos pensamientos, densos como nubes cargadas de lluvia.

No era el doctor el único que la angustiaba; también estaba la incertidumbre del futuro, no sabía qué haría al día siguiente, si se marcharía, como había decidido tras la noche insomne, o si se quedaría y se daría otra oportunidad para conquistar su destino.

Observó la ración de aquella extraña tarta que le había preparado la criada y, por un instante, pensó en tirarla al cubo de la basura: no le apetecía nada comer. Después le llegó el dulce aroma a azahar y le gruñó el estómago.

\* \* \*

—El Mar gruñó —dijo Maione—, porque no quería permitir que las barcas regresaran a casa, se estaba divirtiendo en grande con aquella tempestad. Además tenía hambre y estaba de mal humor. Parténope, que lo conocía bien, fue a la playa a contárselo a las madres y a los niños, y ellos se reunieron para decidir qué hacer. Fue entonces cuando a la niña más pequeña se le ocurrió una idea: como era primavera, y el Mar no lo sabía, pensó en contárselo enseñándole todas las cosas buenas que traía la estación. Así prepararon muchos cuencos con las exquisiteces de la tierra: el requesón y la harina, símbolo de los campos fértiles; los huevos, símbolo de la vida que se renueva; el trigo cocido en leche y el agua de azahar, símbolo del encuentro de las plantas y los animales; el azúcar, símbolo de la dulzura, y las especias, símbolo de los pueblos lejanos hermanados precisamente por el mar. Y lo dispusieron todo allí, cerca de la playa.

Lucia empezó a cortar en tiras la pastaflora que había reservado para tal fin, escuchando la voz plena y redonda de su marido y pensando en cuánto lo quería.

—Durante la noche, las olas llevaron los regalos al fondo del mar; Parténope, que esperaba, los mezcló y preparó una tarta que ofreció a su padre. El Mar se la comió de porción en porción, y se le pasó el hambre, y con el hambre se le pasó el enfado, se calmó y se convirtió en una balsa. De ese modo las barcas pudieron regresar cargadas de pescado, y los niños pudieron volver a abrazar a sus padres. Desde entonces, al llegar la primavera, las mamás recuerdan ese día y hornean la tarta que preparó Parténope. Y nosotros nos la comemos.

Lucia miró a Raffaele que abrazaba a todos los niños; Benedetta se le acercó y le dio un beso, así que ella le permitió colocar la última tira encima de la *pastiera* lista ya para meter en el horno.

Le sonrió y pensó que era maravillosa.

\* \* \*

Maravillosa, pensó Enrica mirando la *pastiera* que al día siguiente llevaría a casa de Ricciardi para su primera cena juntos.

Maravillosa.

\* \* \*

Maravillosa, pensó con sorpresa Livia, saboreando el último bocado de la porción que le había dado la criada. Esta tarta es lo más rico que he comido nunca. Por un instante sintió que la ansiedad ya no la atenazaba tanto. Quizá podía pensar en el mañana con una pizca de optimismo.

Maravillosa.

\* \* \*

Maravillosa, pensó Maione viendo a su mujer abrazar a la nueva hija. Es una madre maravillosa.

Y cuando le dio por pensar en lo intolerable que sería llegar a perderla, se acordó del doctor y de la soledad desgarradora que estaría viviendo en ese mismo instante; sacó el reloj del bolsillo y se preguntó cuánto haría falta y qué harían en caso de que el amigo de Livia fallara en el intento.

No cabía más que esperar.

\* \* \*

En la penumbra de la tarde que avanzaba, Ricciardi se sentó en el sillón de su despacho con los ojos verdes clavados en el vacío.

¿Cuánto haría falta? Y sobre todo: ¿cuál sería el resultado?

No cabía más que esperar.

Solo esperar.

\* \* \*

Fuera, la Pascua se adentraba silenciosa en la primavera.

Livia se había encargado de que su chófer vigilara el portón del edificio desde el mismo momento en que cerró la portería; de ese modo, se aseguraba de recibir aviso de inmediato en caso de que hubiese alguna novedad sobre Falco. Sin embargo, la precaución resultó inútil: a eso de las tres de la madrugada sonó el teléfono junto al cual, acurrucada en el sillón, había caído en un sueño ligero y agitado.

Se sobresaltó y lo que estaba soñando confusamente se interrumpió de golpe. Contestó al segundo timbrado con la garganta atenazada por los nervios.

—El paquete que espera se entregará dentro de una hora en el puerto, muelle de San Gennaro —dijo una voz masculina, fría y metálica—. Acuda a retirarlo.

No consiguió distinguir si era la voz de Falco, pero sospechaba que no. Colgaron sin darle tiempo a contestar. Se levantó de un salto y notó un tirón en la espalda; masajeándose la zona dolorida, fue a llamar al chófer.

\* \* \*

Los golpes secos en la puerta del despacho encontraron a Ricciardi perfectamente alerta y despierto, presa de una tensión que no había dejado de aumentar de minuto en minuto. Por la puerta entreabierta asomó un Maione desgredado.

—¿Raffaele? ¿Qué haces aquí si no estás de guardia?

—Comisario, ya no aguantaba más en casa. A la enésima vez que me di la vuelta en la cama, Lucia me dijo: Oye, vete a la jefatura, al menos así me dejarás dormir. Para colmo, desde el patio el perro aullaba de vez en cuando como un lobo. Entonces me vestí y nos hemos venido para acá, el perro y yo.

Ricciardi ya llevaba el abrigo puesto.

—¿Hay novedades?

—Sí, acaba de llegar el chófer de la señora. Dice que dentro de una hora debemos estar en el puerto, en el muelle de San Gennaro, el que está cerca del cuartel de la milicia, ¿se acuerda? El hombre no sabía nada más. Se ha ido, ha dicho que debía regresar enseguida a ver a su señora.

—De acuerdo, vamos. Y esperemos que Livia se quede en su casa, no tiene sentido que se arriesgue.

—Si la conozco un poco —comentó Maione con una mueca—, para mí que no es de las que se quedan de brazos cruzados.

El trayecto desde la jefatura al puerto era breve, tardaron menos de un cuarto de hora en llegar. Decidieron no llevar ningún agente: una de dos, las cosas irían como la seda o se torcerían del todo. A sus espaldas, a la distancia habitual, el perro los seguía en silencio, pegado a la pared y con una oreja levantada.

—Feliz Pascua, comisario —dijo Maione—. Feliz Pascua.

El puerto estaba sumido en la oscuridad pero ya había gente trabajando. Unos grupos de estibadores cargaban mercancía en dos barcos e iban y venían por las pasarelas transportando a hombros enormes cajas de madera, mientras las chimeneas de los barcos soltaban el vapor de los motores a presión. Otra embarcación se disponía a atracar en medio de los gritos de los marineros. Algunos pesqueros regresaban a puerto recogiendo las redes que habían dejado fuera de borda hasta último momento.

El cuartel de la milicia portuaria, que llevaba el nombre de Benito Mussolini, estaba envuelto en la penumbra, salvo la entrada y las dos ventanas de la planta baja donde había luz. De lejos se distinguían las siluetas rígidas de los dos hombres que montaban guardia a ambos lados del portón.

Maione y Ricciardi se colocaron en un entrante del embarcadero, a medio camino entre el edificio y el muelle número 2, donde atracaba una embarcación de tamaño medio, los motores encendidos al ralentí ronroneaban en la noche, como un viejo acatarrado que dormía a pierna suelta. A bordo no se apreciaban signos de actividad, pero en la cubierta se veía una luz encendida.

Ricciardi miró a su alrededor. A corta distancia, en el espejo del mar donde, por lo general, se completaban las operaciones de carga y descarga, bajo el agua atisbó la imagen de un joven, el brazo atrapado en una gúmena que lo tuvo inmovilizado el tiempo preciso para morir ahogado. La imagen del hombre se había desvanecido casi por completo, el accidente debió de haberse producido mucho tiempo atrás. Por el negro agujero de su boca, abierta en busca de una bocanada de aire que no había llegado, el muchacho repetía la palabra «¡Cerveza!». En tono imperativo, como si estuviese en la taberna y se la pidiera al camarero. El comisario se preguntó cómo era posible que, mientras el agua sucia del puerto le inundaba los pulmones, a ese hombre solo le pasara por la cabeza el nombre de esa bebida. No buscó la respuesta: hacía años que había dejado de tratar de entender el proceso del último pensamiento; lo único que deseaba era no escucharlos más. Nunca más.

Al cabo de unos instantes, a un centenar de metros, vieron llegar un coche, alguien se apeó, y el vehículo se alejó. El sargento le hizo una seña al comisario como queriendo decirle: ¿Qué? Ahí la tiene. Ya se lo había dicho. Poco después Livia se acercó a ellos.

A pesar de que llevaba casi dos días sin pegar ojo, estaba encantadora. Vestía pantalones, zapatos bajos y un jersey ligero de lana oscura; el pelo corto y la boina en la cabeza, supuestamente para acentuar el aspecto masculino, no conseguían su propósito puesto que las curvas y el andar flexible no dejaban lugar a dudas: era más femenina ella, vestida de hombre, que casi todas las mujeres con traje de noche que llenaban el teatro San Carlo en las veladas de gala.

—No hay novedades todavía, ¿verdad? Hemos llegado con antelación, todavía

falta media hora.

—¿Qué haces aquí, Livia? —inquirió Ricciardi con dureza—. No deberías haber venido. Puede ser peligroso, ¿o no te das cuenta? Si a estas horas el puerto suele ser un sitio peligroso, esta noche, con esta operación en marcha...

—No eres quién para decirme qué debo o no debo hacer —le contestó ella con cara de pocos amigos—. Además, el contacto lo establecí yo y al doctor, si todo sale bien y ojalá sea así aunque no estoy segura, lo soltarán solo si me ven a mí. De manera que, como mínimo, deberías darme las gracias por haber venido. En cuanto al placer de verme, ¿qué quieres que te diga? A eso he renunciado.

Maione tosió incómodo.

—Te estoy agradecido, y mucho —contestó Ricciardi algo más calmado—. Te estoy agradecido por ocuparte de todo y por haberte implicado. No creas que no lo sé, solo lamento la rabia que te produzco. Aunque razón no te falta.

El sargento les llamó la atención.

—Cuidado, hay movimiento en el cuartel.

Tras mirar a su alrededor, Livia señaló unas cajas vacías y dijo:

—Deprisa, ocultémonos ahí detrás.

Acababa de abrirse el portón para dejar salir una fila de personas. No distinguían las caras, la luz era débil. Por los brazos cruzados delante, se deducía claramente que los hombres dispuestos en el centro estaban esposados o encadenados, y los de alrededor, que vigilaban la zona con circunspección, debían de ser los guardias. En cuanto vieron a los hombres salir del cuartel, los obreros que completaban la carga de los barcos soltaron las cajas y desaparecieron a toda prisa en el interior de la embarcación. Maione pensó que aquellos obreros tenían la saludable costumbre de procurar no ser testigos de aquellos traslados.

Ricciardi estaba muy nervioso: si Modo se encontraba en ese grupo, entonces el intento de liberarlo había fallado. Livia le leyó el pensamiento, apoyó una mano enguantada en su brazo y se lo estrechó.

El perro, que se había escondido a pocos metros de ellos, entre un montón de cuerdas, dio el aviso. Soltó un gemido breve, llamando la atención de una pareja que acababa de cruzar una salida lateral del cuartel e iba en dirección a ellos.

Ricciardi hizo ademán de levantarse y salir del escondite, pero Livia lo detuvo con un apretón y le susurró:

—No te muevas. Iré yo, de lo contrario se asustarán y no lo soltarán.

Se levantó y fue al encuentro de los dos hombres mientras los demás subían en fila india al barco atracado.

Los hombres se detuvieron a una decena de pasos. Uno de ellos —estaba claro tanto para Livia, quieta delante de las cajas, como para Maione y Ricciardi, que seguían ocultos detrás de ellas— que se trataba del doctor Modo.

Una farola iluminaba su cabello canoso, su cara mostraba señales de un profundo sufrimiento. Llevaba los brazos cruzados por delante y encima la bata blanca, doblada como un abrigo, le cubría las manos. El cuello de la camisa desabrochado, sin corbata, dejaba al descubierto una garganta que se movía, como si estuviera en constante deglución.

Lo acompañaba un hombre alto y robusto; vestía un elegante traje de raya diplomática y chaqueta cruzada; un sombrero de ala ancha la ocultaba la cara. Llevaba al doctor del brazo, como un amigo que sostiene a otro medio borracho.

La embarcación había completado la carga, los tres obreros bajaron por la pasarela y esta fue retirada de inmediato.

El hombre elegante se dirigió a Livia con un acento forastero que a Ricciardi le pareció de la Toscana.

—Buenas noches. Usted es...

Livia siguió en su sitio, tensa, las piernas ligeramente separadas. El comisario tuvo la impresión de que de un momento a otro iba a saltar al cuello de aquel hombre.

—Creo que ya sabe quién soy. He venido para acompañar al doctor cuando usted se marche. Espero que pronto.

El individuo soltó una risita burlona.

—Sí, sé quién es. Me han dicho quién es. La felicito, señora. Probablemente no lo sepa, pero esta noche ha conseguido usted salir victoriosa en una pequeña, gran empresa. Pero le hago una advertencia, a usted y a su amigo, hay cosas que solo se pueden hacer una vez. Una sola vez. No hay que tentar a la suerte.

El tono amenazante hizo que el susurro de aquel hombre se volviera estremecedor como un aullido. Modo volvió la cabeza de golpe hacia él, con un destello de rabia en los ojos, y desde la oscuridad Ricciardi rogó porque por una vez no diera rienda suelta a su temperamento e hiciera una tontería, echando por tierra todos sus esfuerzos por liberarlo.

Como si lo hubiese oído, el doctor agachó de nuevo la cabeza. Livia dio un paso al frente.

—¿Tiene intención de seguir dándonos consejos sobre la vida o lo va a soltar?

El hombre rio otra vez y, con un gesto veloz, sacó una llave del bolsillo, abrió las esposas del doctor y le dio un empujón hacia Livia. Modo se tambaleó, tratando de no perder el equilibrio.

El perro salió de las sombras gruñendo, se abalanzó sobre el hombre del sombrero y, con un golpe seco de mandíbula, le arrancó un buen trozo de tela de los pantalones. El hombre soltó una maldición y se llevó la mano al bolsillo.

En ese momento, en el campo visual de Ricciardi se materializó la imponente figura uniformada de un sargento de policía que, tras salir ágilmente de las sombras, avanzó unos pasos hacia las tres personas allí reunidas.

—¿Qué tenemos aquí? Uno hace su ronda por el muelle, de madrugada, resignado a su paseo solitario, y de pronto se topa con una bonita reunión de amigos. ¿Qué tal está usted, señora? ¡Qué sorpresa, el doctor Modo! Ha salido a pasear al perro, ¿verdad? Doctor, ¿usted conoce a este señor?

La tensión era palpable. El perro seguía mirando al hombre sin dejar de gruñir; el jirón de tela colgaba de su boca como una lengua de trapo. Livia sonreía nerviosa. El doctor posaba una mano en el lomo del animal y lo acariciaba despacio.

La sirena sonó brevemente para anunciar la salida y el barco se separó del muelle.

Tras un largo instante, con mucha calma, el hombre del sombrero sacó la mano del bolsillo.

—No, sargento —dijo al fin—. Yo trabajo por esta zona y estaba tomando el aire. Y al doctor no lo conozco, y él tampoco me conoce a mí. Me vuelvo para el cuartel, total, lo que tenía que decir ya lo he dicho. Un consejo más, lleven atado a ese perro. Buenas noches.

A espaldas de Ricciardi, el ahogado exclamó débilmente: «¡Cerveza!». Livia estalló en un llanto liberador.

\* \* \*

Como si él también hubiese oído la indicación del muerto que Ricciardi sentía, Modo pidió a todos que lo siguieran a una taberna cercana que no cerraba nunca.

Cuando el hombre del sombrero se hubo marchado, el doctor se quedó mirando en silencio la salida del puerto del barco en el que deberían habérselo llevado a él también. Maione sostenía a Livia, que se fue calmando, y Ricciardi se acercó a Modo despacio. Cuando el barco fue engullido por la oscuridad, le dijo a su amigo:

—¿Cómo te encuentras, Bruno? ¿Estás herido?

Modo lo miró como si en ese mismo momento acabara de notar su presencia.

—Sí, Ricciardi —le dijo—, en cierto sentido, sí. Y muy herido.

Ahora, reconfortado por el ambiente familiar y tras el tercer vaso de vino, se fue ablandando.

—Había perdido la esperanza. Pensé que esos hijos de perra me llevarían lejos de aquí, quitándome la vida como han hecho con esos pobres diablos, encerrados como yo. Cabrones, malditos cabrones.

Maione le puso la mano en el brazo.

—Doctor, en primer lugar tiene que calmarse, porque ya ha pasado todo. Pero también debe aprender la lección, esta gente lo tiene fichado, ya ha oído lo que dijo el caraculo de la pistola, ¿no? Si no hubiese sido por la señora Livia, que consiguió que lo liberaran, no lo habríamos vuelto a ver más.

Modo le sonrió a Livia, la única que lo acompañaba con una copa. Todavía le temblaba un poco la mano, pero sus ojos habían recuperado la seguridad habitual.

—Yo me he limitado a hacer lo que debía, doctor. Pero el sargento tiene razón. Esta gente es peligrosa. Lo saben todo de todos, son capaces de buscar hasta el último dato que necesitan para arruinar a la gente. Debe tener cuidado.

El doctor le acarició la mano.

—Hermosa señora mía, le estaré agradecido por toda la eternidad. Tuve miedo, sí. Lamentaba profundamente abandonar mi vida, a mis amigos, aunque sean de mala calidad y huelan a policías. Si esta experiencia me ha enseñado algo, es precisamente que hay que cultivar las ideas cuando los hechos las confirman. Y las mías se vieron por completo confirmadas.

—Muy bien, ahora podemos estar tranquilos —suspiró Ricciardi—, porque si de golpe y porrazo no te vemos más, podemos buscarte en el fondo del mar con una buena piedra atada a los tobillos. ¿No has oído lo que ha dicho ese tipo? ¿No piensas en tus enfermos, en la gente que te necesita, en nosotros, que no sé por qué impenetrable motivo te apreciamos?

Modo lo miró con ternura.

—Ah, resulta que sí hay un corazón que late dentro de ese ataúd en el que vives. Me tienta la idea de decirte que todo fue un montaje para conseguir que demostraras una emoción, pero no me creerías porque en el fondo del alma eres un desconfiado, como todos los provincianos. Por cierto, ¿sabes que en el grupo de pobres desgraciados que estaba conmigo en el sótano del cuartel había un tipo de tu pueblo, cerca de Benevento?

—Ojo, que yo soy de Cilento, al final de la provincia de Salerno —protestó Ricciardi—. No tengo nada que ver con Benevento.

Modo agitó la mano en un gesto vago.

—Sí, sí, de acuerdo, de esa zona de por ahí, en definitiva, un provinciano de campo como tú. ¿Sabes por qué se lo llevaron al confinamiento?

—No soy de campo sino de montaña —suspiró el comisario—, pero dime por qué se lo llevaron.

—Porque en su pueblo había contado en público el siguiente chiste: un obrero, que había ido a comprar unas manzanas, se dio cuenta de que la hoja de periódico utilizada para envolverlas traía una foto de Mussolini. Entonces, preocupado, pidió que le cambiaran el papel, para que no se comiera también la fruta.

Ricciardi se disponía a protestar, luego suspiró al ver que Livia y Maione soltaban la carcajada.

—Vamos, Bruno, no puede ser que lo detuviesen por ese motivo.

Modo se puso muy serio e inclinándose hacia adelante, dijo:

—Ricciardi, no te das cuenta, pero la situación es terrible. A eso lo llaman dañar la imagen del jefe del gobierno, se comportan como si se tratara de un delito gravísimo porque dicen que perjudica la imagen de toda Italia. Se han vuelto locos.



¡Y eso no es lo más cómico que he oído allí dentro!

Maione se secó las lágrimas.

—¿En serio, doctor? ¿Sabe otro chiste como ese?

Ricciardi recriminó al sargento.

—Raffae', hazme el favor, no lo animes, que si no a este no lo contenemos más y conseguirá que lo encierren de una vez para siempre.

Livia se alegraba de disolver un poco la tensión, porque en el estómago notaba una nueva que venía a sustituir a la otra.

—Sí, doctor, cuente, ¿qué otro motivo ridículo tenían para encerrar a la gente?

Modo bebió un largo trago.

—Pues había un tipo, un carretero. Un pobre diablo cuyo único problema era sacar adelante a sus diez hijos. En fin, que el pobre frecuenta la asociación recreativa de ferroviarios, esa que está en Monteoliveto, porque con su carrito tirado por una burra lleva carbón a la estación. Resulta que un día del mes pasado, en el círculo inauguran con todos los honores un nuevo busto de yeso de nuestro cabezón de vaca, y el pobre infeliz llega y se los encuentra a todos en uniforme de gala aplaudiendo justo cuando descubren el cabezón calvo. Y el hombre piensa: A lo mejor no les alcanzó el dinero para hacerle el pelo. ¿Lo entendéis? No tenía idea de quién era el modelo del busto.

Maione y Livia no podían contener la risa. Modo siguió diciendo:

—Total, que el pobre quería darle una alegría al jefe del círculo, que estaba muy orgulloso del busto. Así que por la noche decide suplir las carencias económicas del círculo y, después de cortarle la cola a la burra, prepara un espléndido postizo para el cabezón y se lo coloca justo aquí, en la coronilla. A la mañana siguiente, el vigilante abre el círculo y se encuentra el busto de Mussolini con un magnífico peluquín de burra, peinado y cepillado como Dios manda. En resumidas cuentas, detención inmediata y confinamiento.

Maione estalló en carcajadas.

Livia estalló en carcajadas.

Ricciardi supo entonces quién había matado a Víbora.

De pronto todo estaba perfectamente claro. Claras las relaciones, claros los hechos, claras las modalidades.

Ricciardi tuvo que hacer un gran esfuerzo para no levantarse de un salto y salir corriendo a la jefatura; no había prisa. Además, no quería echar a perder el primer momento de serenidad del que gozaban Modo, Maione y Livia, y él mismo, en los últimos tres días.

Cuando abandonaron la taberna hacía rato que había salido el sol y ya era el día de Pascua. Las campanas, por fin libres, llenaron el aire con sus toques y por la calle comenzaron a amontonarse las viejecitas con chal negro, camino de las iglesias donde asistirían a todas las celebraciones.

Modo se pasó una mano por la cara y notó que una barba hirsuta reclamaba atención.

—Madre mía, señora, en qué desagradable estado de desaliño me he dejado ver. Tendrá que disculparme. En general, suelo cuidarme algo mejor.

—Faltaba más, doctor. En primer lugar, cuenta con la mejor de las justificaciones que pueda imaginarse. En segundo lugar, yo tampoco estoy en la mejor de mis formas. He pasado unos días bastante duros, aunque nada comparados con la experiencia que ha vivido usted.

—A mí, la verdad, me ha entrado de repente un hambre canina —añadió Maione—. Suerte que hoy es Pascua, que si todavía estábamos en Cuaresma, cometía un pecado y me iba al restaurante. Por cierto, doctor, quería decirle que esta noche, para mis adentros hice una promesa: si sueltan al doctor, viene a comer a casa. Lucia, mi mujer, ha preparado una *pastiera* tan rica que solo le falta la palabra.

—¡La *pastiera*! —exclamó Livia con alegría—. La tarta que me trajo ayer mi criada. Estaba preocupada porque en los últimos días casi no había comido. Es una tarta exquisita. A pesar de los nervios, me tomé dos porciones, y no veo la hora de dar cuenta de otra.

Habían llegado a la casa del doctor, en la piazza del Gesù. La gran iglesia de la pared diamantada estaba engalanada para la fiesta, y los fieles se agolpaban para la primera ceremonia.

—No pensaba volver a ver mi casa tan pronto —dijo Modo—. Les estoy agradecido, muy agradecido, amigos. De no ser el viejo médico de guerra que soy, con la piel dura que tengo, me echaría a llorar. Pero como sé que si hiciera algo así, me llevaríais de vuelta al cuartel, me contengo. Sargento, gracias por haber cuidado de mi amigo, creo adivinar que debajo de la pelambre lleva unos kilos más. Y gracias por la invitación, que acepto de mil amores. Duermo un par de horas, me afeito, me lavo como está mandado y nos vemos más tarde en casa de la hermosa señora Lucia.

Tras lo cual se acercó a Ricciardi y después de mirarlo fijamente a los ojos durante un buen rato, lo abrazó.

—Lo siento, Ricciardi. Vas a tener que aguantar este abrazo. —Le hizo una reverencia a Livia y añadió—: Mis respetos, *madame*, y toda mi gratitud. Es una suerte doble ser tan devoto de una mujer tan bella, todo son ventajas. Espero volver a verla pronto.

La mujer le hizo una graciosa reverencia.

—Ha sido un placer, doctor. Y quién sabe, tarde o temprano, quizá volvamos a vernos.

Cuando Modo hubo desaparecido tras cruzar el portón seguido por su perro, Ricciardi se volvió hacia Livia.

—Tendrás que disculparnos, Livia. Maione y yo nos marchamos, debemos resolver un asunto importante. Te agradezco mucho la ayuda. Estaré en deuda contigo para siempre, por el gesto que has tenido y que no me merecía.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien, y me alegro por el doctor, que es un hombre extraordinario. En cuanto a ti, espero que lo ocurrido te haya permitido comprender algo más de mí y de ti mismo. Feliz Pascua.

Se dio media vuelta para marcharse, pero siguiendo un impulso, Ricciardi la llamó.

—Livia, habías hablado de una fiesta, de la representación de Pascua que hacen esta noche en el San Carlo. Si todavía tienes intención de ir, me gustaría acompañarte.

Se quedó quieta, de espaldas. No estaba segura de haber oído bien. Además, había decidido irse de la ciudad, ¿no? Abandonar esa absurda ilusión, no seguir humillándose por un hombre que no la quería. ¿Y esa invitación, pensó un momento, no sería fruto de la gratitud por haber contribuido a liberar al doctor? ¿No sería demasiado poco para un nuevo comienzo?

No, se contestó. No era demasiado poco.

—¿Sabes una cosa, Ricciardi? Había decidido marcharme e iba a dedicar la velada a preparar el equipaje. Pero a fin de cuentas, es algo que puedo hacer mañana por la mañana, quizá después de haber tomado otra ración de esa maravillosa tarta. De acuerdo, acepto tu invitación. Te espero en mi casa, a las nueve.

Y se marchó, procurando que los dos hombres no notasen el regocijo que le iluminaba la cara.

Al quedarse solos, Maione le preguntó a Ricciardi:

—Comisario, ¿cuál es ese asunto importante que debemos resolver? Yo no estoy de guardia, si llego tarde a la comida de Pascua, esta vez sí que Lucia me mata y me sirve asado con patatas en lugar del cabrito.

Ricciardi caminaba a paso vivo hacia la oficina.

—Ahora lo entiendo, Raffaele. Lo entiendo todo. Sé lo que pasó y por qué. Sé quién mató a esa pobre muchacha y cómo lo hizo, y también los errores que cometió. Debo hacer unas comprobaciones, pero ahora lo entiendo.

Maione se afanaba por seguirle el ritmo.

—Comisario, cuéntemelo, así yo también lo entiendo. Dígame qué debemos hacer.

Y Ricciardi se lo contó, sin dejar de caminar a paso vivo, esquivando a todos los que se habían lanzado a la calle para celebrar la Pascua y la primavera, los *madonnari*, pintores que con sus tizas de colores dibujaban en las aceras a Mussolini bendecido por Jesús, los mendigos con su mandolina, su ocarina y vendas negras en los ojos, los mil vendedores ambulantes que ocupaban sus puestos delante de las iglesias.

Se lo contó todo, le habló de pasiones, emociones, dinero.

Se lo contó todo, le habló del crimen suspendido, como siempre, entre el amor y el hambre.

Se lo contó todo, y cuando llegaron a la entrada de la jefatura los dos estaban llenos de fuerza y energía, como si no llevaran dos noches sin dormir, como si no acabaran de enfrentarse a una experiencia desconcertante. Eran perros de caza que, después de vagar sin meta por los campos, por fin habían husmeado la presa, la panza pegada al suelo, dispuestos a saltarle al cuello.

Maione se restregaba las manos.

—Bien, comisario. Así se explica todo. ¿Cómo procedemos ahora?

Ricciardi seguía el hilo de sus pensamientos.

—Procedemos de esta manera: te vas con dos guardias a detener al asesino, sin llamar demasiado la atención. Ten cuidado, es posible que se lo espere, a pesar de que se ha ido tranquilizando con el paso de los días.

—¿Y usted, comisario? ¿Qué va a hacer usted?

Ricciardi frunció el ceño.

—Pasaré un rato en el burdel. Todos me invitan a que vaya y esta vez haré caso. A lo mejor encuentro alguna confirmación. Nos vemos más tarde en la jefatura; date prisa, que así llegas puntual a la comida y tu mujer no te asa con patatas.

Una vez más, Ricciardi recorrió la via Toledo, luego la via Chiaia en dirección a El Paraíso.

La primavera había decidido recibir a la Pascua con sus mejores galas. El aire, burbujeante como el vino joven, embriagante y traicionero, estaba lleno de perfumes y promesas que no tenía intención de cumplir. Del interior de los apartamentos que daban a la calle procedía el canto de las mujeres, concentradas en dar los últimos toques a la fiesta o terminando la limpieza, y de los hombres que se afeitaban a la luz del sol, el espejo colgado de un gancho en el balcón para recibir el primer aliento auténtico de la nueva estación: voces desentonadas o entonadas, profundas o agudas, todas ellas hablaban de amor.

El comisario trataba de ponerse en la piel de quien había matado a Víbora. Ahora que estaba seguro de la identidad del asesino, podía excluir la que había sido su primera hipótesis, un arranque de ira o una situación accidental: el crimen había sido premeditado, preparado y planificado. De modo que el homicida había recorrido ese mismo trayecto, con tranquilidad, como los viandantes que ahora caminaban a su lado en esa espléndida mañana de domingo.

Ricciardi pensó en la de veces que habría caminado al lado de alguien que estaba meditando poner fin a una vida. Pasó por la zona donde se encontraba la imagen del suicida del Gambrinus que murmuraba: «Nuestro café, amor mío; nuestro café, amor mío». Se iba desdibujando, no tardaría en desaparecer igual que su recuerdo, sustituido por alguna nueva y desesperada emoción. Mejor los muertos, dijo Ricciardi para sus adentros. Su pensamiento es obtuso e inútil, pero manifiesto.

Llegó a El Paraíso, pero no entró; dio unos cuantos pasos más y se detuvo en la esquina del callejón que daba al portoncito lateral, la entrada de los proveedores. Enfrente de él vio al acordeonista con las gafas negras y el platito metálico delante.

El hombre acompañaba la música, interpretada por sus hábiles dedos en el instrumento, con algunas palabras de la canción que modulaba con los labios entrecerrados. La posición de la cabeza, vuelta hacia un punto indeterminado entre el tejado del edificio de enfrente y el cielo, era la imagen viva de la ceguera. Nada que objetar, pensó Ricciardi, una interpretación muy lograda.

Al advertir que el comisario estaba de pie, delante de él, el acordeonista se puso a cantar en serio, decidido, con hermosa voz de barítono:

—*T'aggio vuluto bbene, a tte, tu m'e vuluto bbene, a mme. Mo' nun ci amamm' cchiú, ma 'e vvote tu, distrattamente pienz' a mme!*

La canción culminó en un arpegio y una señora dejó caer una monedita en el plato; sin cambiar la dirección de los ojos ciegos, el hombre le dio las gracias. Ricciardi no se movió.

El hombre siguió tocando, pero daba claras señales de incomodidad. De pronto dejó de tocar, las gafas negras vueltas hacia un punto lejano delante de él.

—Tenemos que hablar —dijo Ricciardi en voz baja.

El hombre asintió con la cabeza pero no se levantó. Entonces Ricciardi se sentó en un escalón, cerca de él.

—No perdamos tiempo. Sé que no es ciego y le pido que deje de fingir, de todas maneras es algo que a mí no me interesa y le prometo que tampoco me interesará en el futuro. Lo que necesito es otra cosa.

El mendigo asintió.

—Y yo sé quién es usted, comisario. Esperaba la ocasión para agradecerle a usted y al sargento por habernos defendido el otro día, cuando esos fascistas por poco me rompen el acordeón. ¿Qué hubiera hecho yo entonces? Por suerte, el daño fue leve y pude arreglarlo.

—¿Cómo se llama?

La conversación era un puro susurro y el hombre no había cambiado en absoluto de postura.

—Francesco Lo Giudice, pero me llaman Ciccillo. Ciccillo el cegato, para ser más exactos.

—Conque el cegato, ¿eh? ¿Cuánto hace que finge estar ciego?

—De niño tuve una enfermedad y durante un tiempo no veía bien. Fue entonces cuando aprendí a tocar el acordeón con un tío mío que tocaba por las calles. Me llevaba con él, así la gente se apiadaba del niño con los ojos vendados y nos daba limosna con más ganas. Después me curé, pero si te ven normal, te dicen que vayas a trabajar. Como si tocar el acordeón y alegrar a la gente no fuera un trabajo.

Ricciardi consideró el punto y en el fondo de su corazón estuvo de acuerdo.

—Este es su sitio, ¿no? ¿Siempre se pone aquí?

—Sí, comisario. Un buen sitio. Los guardias, con eso de que hay un burdel aquí mismo, me dejan estar; pasan muchas personas, se paran a ver los escaparates; y después está ese restaurante de ahí, donde trabaja una camarera amable que siempre me da las sobras.

—Y el lunes pasado también estaba aquí cuando...

—Cuando pasó lo de Víbora, sí. Qué pena. No se hace usted una idea de lo hermosa que era, cuando salía y pasaba por aquí delante me venía la tentación de darme la vuelta para mirarla también por detrás, créame, así de irresistible era.

Muy a su pesar, Ricciardi comprendió lo difícil que era ser ciego de profesión.

—Bien, entonces tal vez recuerde quién entró o salió por el portoncito lateral del burdel.

Ciccillo rio socarrón.

—Comisario, yo seré ciego, pero modestia aparte, tengo una memoria de elefante y lo que veo no se me olvida.

Y le contó a Ricciardi lo que este quería saber.

\* \* \*

El Paraíso estaba cerrado debido a la Pascua y a Ricciardi le pareció una gran ironía.

*Madame* Yvonne lo recibió en el vestíbulo, envuelta en una bata, despeinada, la cara sin el pesado maquillaje. Lo acompañó cansinamente hasta la puerta de la habitación de Víbora, la abrió con una llave que escogió de entre las muchas que llevaba colgadas en un anillo de hierro.

—Comisario, disculpe si se lo pregunto de nuevo, ¿cuándo podremos volver a usar esta habitación? Me gustaría dársela a Lily, porque se ha corrido la voz de que fue ella la que encontró..., la primera que vio a Víbora muerta, y hay quien está dispuesto a pagar bien para que... para que les cuenten la historia.

—Lo imagino. No se preocupe, señora, falta poco, muy poco. Ahora, si me permite, me gustaría entrar solo.

—Como usted diga, comisario. Lo espero aquí.

Dentro todo estaba como Ricciardi lo recordaba, su consigna había sido respetada y nadie había tocado nada. El olor a encierro, con los pesados restos de perfume francés y desinfectante, sobre el que dominaba el emanado por las flores en descomposición, le cerró la garganta; abrió la ventana y dejó entrar el aire primaveral.

Con un leve estremecimiento, le llegaron las palabras del cadáver de la muchacha que, de pie frente al espejo, repetía: «Fustita, fustita. Ay, fustita mía». La fusta que habían buscado y no habían encontrado. Tal vez eso también tenía ahora una explicación.

Ricciardi observó los objetos encima de la cómoda, los esparcidos sobre la cama y en el suelo. La almohada con la que habían dado muerte a la muchacha. El joyero. El marco con la foto en la que salían retratados, ahora lo sabía, la madre y el hijo de la muchacha. Al comisario se le encogió el corazón cuando fue consciente de la vida que había llevado la muerta, de sus tristezas y alegrías; aquella ya no era la habitación de una extraña, de un cadáver desconocido, sino el lugar donde una persona había vivido dolores, pasiones y sentimientos.

Se llevó lo que necesitaba y salió a toda prisa.

Tras regresar a la jefatura, Ricciardi no tuvo que esperar mucho. Estaba sentado a su escritorio, enfrascado en la reconstrucción de los hechos, cuando Maione llamó a la puerta.

—Comisario, está aquí fuera. Cuando nos vio llegar trató de huir, pero yo me llevé unos guardias bien elegidos. ¿Se acuerda de Palomba? Un muchacho que corre como el viento, lo agarró enseguida. La familia montó un poco de barullo, ya sabe usted que esos son como una tribu. Tuvimos que disparar unos tiros al aire y se calmaron.

—Lo suponía —dijo Ricciardi—. Hazlo pasar.

La puerta se abrió y dos guardias entraron en la habitación llevando encadenado a Pietro Coppola, el hermano de Peppe, la Fusta.

En cuanto vio a Ricciardi, el hombre preguntó:

—Comisario, ¿qué significa todo esto? Ir a buscar a una persona honrada a su casa, el día de Pascua, pero ¿dónde estamos, en el cine? Además, nunca rehuí mis obligaciones, explíqueme...

Ricciardi levantó una mano para detener el flujo de palabras.

—Coppola, no perdamos tiempo, obviemos la fase de indignación. Cuanto más claro hablemos, menos doloroso será este asunto. Comprenderá que si lo he hecho traer aquí encadenado es porque hemos hecho las comprobaciones necesarias.

—¡Comisario, están cometiendo un error! No tengo nada que ver, me limité a proteger a mi hermano que...

Ricciardi abrió un cajón y en el centro del escritorio despejado colocó un objeto. El hombre calló; sus labios se movían como si murmurara algo, pero sin voz.

Siguió un largo silencio, al final del cual Coppola se vino abajo, como si le hubiesen arrancado el alma. El guardia que estaba a su lado lo sostuvo y, al recibir una señal de Ricciardi, lo hizo sentar en la silla más próxima.

La mirada del hombre no se separaba de lo que había encima del escritorio: el cepillo de madera tallada, en el que habían quedado enredados algo similar a unos largos cabellos rubios.



Comisario, en realidad usted no conoció a mi hermano. La persona que era, el hombre, el trabajador que fue. Usted no lo conoció.

Es el mejor muchacho el mundo. Mejor dicho, era. Siempre alegre, siempre pensando en la empresa, nuestro oficio se lo inventó él. Éramos pobres, nos moríamos de hambre, teníamos un huerto que apenas nos daba para comer. Mientras Peppe estuvo con Maria Rosaria cuando eran jovencitos, se conformaba con lo que había.

Comisario, esa mujer le quitaba la voluntad a mi hermano. Teniéndola a ella, no necesitaba nada más.

Después, cuando ese otro se la benefició y le hizo un hijo, él se resignó, se puso a trabajar y nos cambió la vida a todos.

No sé si lo hacía para no pensar en ella o porque sin ella encontraba otros motivos, como el amor por su familia, pero era otro hombre. Poco a poco, con sudor y trabajo, nos convertimos en lo que somos. Todos trabajamos en la empresa, mi hermana, la que usted ha conocido, y otra, que no ha visto, y yo, que me ocupé de los carros y los animales, pero el que decide, el que elige, el que nos dice para dónde seguir es mi hermano. Sin él no somos nada. Sin él volvemos a ser los palurdos miserables de antes.

Yo a Ines la conocí hace tres años, todavía éramos unos críos. Ella no es de por aquí, vino con su hermana que, como le conté, trabaja de maestra. Nos enamoramos enseguida, pero no tenemos nada. Ella vive de su sueldo miserable y yo dependo de mi familia. Logré convencer a mi hermano y contrató a Ines para que nos echara una mano, y así, empezamos a tener esperanzas. Habíamos fijado una fecha para la boda, al principio viviríamos en mi casa y después nos construiríamos la nuestra.

Todo iba bien, comisario. Todo.

Y entonces, por una vez que no pude repartir los pedidos y tuvo que ir mi hermano, ahí fue cuando se vieron de nuevo.

Mala suerte, comisario. Negra mala suerte. Mala suerte para mi hermano, que dejó de estar tranquilo; mala suerte para Ines y para mí, que tuvimos que olvidarnos del casamiento; y mala suerte también para ella, para Maria Rosaria, por cómo terminó.

Mi hermano perdió la cabeza, continuó justo donde lo había dejado cuando la perdió. No trabajaba más, se gastaba todo nuestro dinero con ella, para estar con ella, para hacerle regalos a ella. Nuestros esfuerzos los veíamos en la casa de la madre de Maria Rosaria, que iba aumentando de habitación en habitación, mientras a mí, que soy su hermano, me decía que no había dinero para que Ines y yo nos casásemos, que teníamos que esperar. Por una puta, comisario. Porque eso es lo que era: una simple puta.

La culpa no era de ella, sino de mi hermano. Se había obsesionado, decía que sin

ella no podía vivir, que no podía volver a perderla; y decidió que se casarían, nada menos.

Usted no se hace una idea de lo que supuso oírsele decir un domingo, durante la comida: quería casarse con ella. Ines y yo no podríamos casarnos nunca y la empresa acabaría en la ruina, lo perderíamos todo, porque mi hermano no tenía ojos más que para esa y no se iba a ocupar de nada más.

Lo decidimos justamente ese domingo, después de comer, Ines y yo. Había una sola manera de salvar nuestro futuro. Una sola manera.

Yo podía entrar tranquilamente por el portón lateral, todos me conocían porque iba a entregar la fruta y la verdura y, a menudo, también a llamar a mi hermano cuando perdía la noción del tiempo y se olvidaba de la humanidad entera. Era la hora de apertura, cuando todas las chicas están ocupadas y nadie se da cuenta de nada. Esperé a que mi hermano saliera y me colé en la habitación.

Quería saber qué había decidido Víbora. Si le decía que no a mi hermano, entonces la dejaría seguir viviendo.

Pero en cuanto me vio, me dijo: Quiero darle una sorpresa a tu hermano. Le contesto el día de Pascua, falta menos de una semana. Le digo que sí el día de Pascua. Lo hago esperar solo para llegar a la fiesta, y así retomamos el futuro que nos quitaron.

¿Lo comprende, comisario? Ellos retomaban su futuro y a Ines y a mí nos quitaban el nuestro. Por fin el amor, me dijo: ¿sabes tú lo que es el amor? A mí, justo a mí fue a preguntármelo. Una puta quería enseñarme a mí lo que es el amor.

Entonces agarré la almohada.

No noté enseguida que había perdido el cepillo de los caballos, al no encontrarlo pensé que se me había caído mientras llevaba el carro, me había ocurrido otras veces.

Yo quería a Maria Rosaria, ¿sabe? No soy un infame. Cuando era niño, como iba detrás de Peppe a todas partes, ella me trataba como un hermano pequeño; todavía lo recuerdo.

Nos tomaba el pelo diciéndonos: ahí vienen, Peppe la Fusta, delante, seguido de la fustita. Así me llamaba, comisario, fustita mía.

Yo quería a Maria Rosaria.

Pero volvería a hacer lo que hice. Cien veces lo volvería a hacer.

Cuando los guardias se lo llevaron, Maione y Ricciardi se quedaron en silencio. Fuera, el sol iluminaba el domingo primaveral.

—Qué absurdo, ¿eh, comisario? —dijo el sargento rascándose la cabeza—. Cuando uno se entera de los motivos por los que se mata siempre parecen absurdos. A lo mejor si hablaba con el hermano, le decía lo que quería, llegaban a un acuerdo y ahora estarían todos tan contentos alrededor de una buena mesa de Pascua, dichosos ellos.

—¡Ah, Raffaele! —exclamó Ricciardi con sobresalto—. ¡Disculpa, se me había olvidado que hoy es Pascua! ¡Te has perdido la comida!

—No se apure, comisario, cuando fui a detener a Coppola, hice unos cálculos y ya vi que no llegaría a tiempo, así que mandé avisar a Lucia y al doctor Modo que dejáramos la celebración para la cena de esta noche, así que cumplo con el horario sin problemas, el trabajo es el trabajo, y esa pobre muchacha merece respeto. Pero vamos a ver, me tiene intrigado, ¿cómo lo hizo? ¿Qué le permitió comprender que el asesino era Pietro Coppola?

Ricciardi suspiró, agitando vagamente la mano.

—Suerte. Pura suerte. ¿Te acuerdas de ayer, cuando el doctor nos contó la historia de la peluca de crin de burra para el Duce?

—Claro que sí, esta mañana todavía me reía al acordarme.

—Justamente. A mí, en cambio, me vino a la cabeza que los largos cabellos rubios que vi en el cepillo y que pensé que pertenecían a Lily, la otra prostituta que se intercambiaba los objetos de tocador con Víbora, tal vez no fueran cabellos. Y ya los había visto precisamente cuando Coppola cepillaba a la yegua alazana, el día que fuimos a Antignano a interrogar a la madre de Víbora.

—Es verdad. Y recuerdo que después él se puso a tallar una madera, mientras nosotros hablábamos con el hermano.

—Eso es. Entonces me acordé del ciego con ojos de lince que tocaba el acordeón cerca de El Paraíso, justamente en el callejón por donde entran los proveedores, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí, al que los fascistas le rompieron el acordeón la otra mañana. ¿Y qué le dijo?

—Me dijo que la tarde del lunes vio salir a Peppe la Fusta, feliz como siempre que acababa de ver a la muchacha. Y que poco después entró Pietro, y el acordeonista se preguntó por qué este último había tratado de no cruzarse con su hermano. Pero como se supone que es ciego, no dijo nada a nadie para no descubrirse y perder su fuente de ingresos; además, lo veía entrar a menudo, era uno de los principales proveedores del restaurante del burdel, y no le dio mayor importancia.

Maione sacudió la cabeza.

—Increíble. Si no se le hubiese caído el cepillo, a lo mejor el crimen quedaba

impune. Y a lo mejor mandaba a la cárcel al hermano, que fue el último en ver a la chica con vida. Por eso lo defendía con tanta vehemencia.

Ricciardi miró la hora.

—Son casi las siete. Vete enseguida para casa, Raffaele, y deséale una feliz Pascua a Lucia y a tus hijos de mi parte.

—Gracias, comisario. ¿Y usted qué hace? ¿No se va a celebrar a su casa?

—No —suspiró el comisario—, me quedo a redactar el informe de la detención de Coppola y me dará tiempo a recoger a Livia para llevarla al teatro, como le prometí. Se lo debemos, ¿no? De no haber sido por ella, el bueno del doctor en lugar de comer el *casatiello* de Lucia, dichoso él, estaría a pan y agua, rumbo a una isla perdida.

Maione rio de buena gana.

—Tal cual, comisario, esta noche se lo voy a decir. ¡Verá cómo se enfada! En cuanto al *casatiello* de Lucia, le reservo una buena ración para usted. ¿Cómo hará con la señora Rosa? Le habrá preparado la cena, usted tendría que haberse ido al terminar el turno de tarde, ¿o me equivoco?

—Rosa está acostumbrada, no será la primera vez que me salto la cena. Sabe que si no regreso a una hora determinada, debe guardar lo que haya preparado. Y ya me lo comeré mañana.

—Entonces, feliz Pascua, comisario.

—Feliz Pascua para ti también, Raffaele.

La primavera no tiene piedad.

Se refleja en los coletazos del crepúsculo echándose la noche sobre los hombros como si fuese la más hermosa de las capas; se mira y se regocija, pletórica de flores y hojas recién retoñadas, y no tiene piedad.

No tiene piedad por la anciana que espera sentada delante de los platos tapados, que piensa que tal vez sea la última Pascua de su vida y que la pasa esperando oír resonar en las escaleras unos pasos que no llegan, el corazón atenazado por el miedo a su soledad y a la de otros. Un corazón que pierde fuerza, en silencio, encerrado en su pecho. Latido a latido.

La primavera aspira una bocanada de aire de mar. Y no tiene piedad.

No tiene piedad por la muchacha de piernas largas y gafas con montura de carey, que se pasó la mañana haciendo cola en el horno de Santa Teresa para retirar la *pastiera* que preparó para él, y la tarde eligiendo entre sus tres mejores vestidos; que se armó de valor para pedirle a su madre que le prestara los pendientes de la abuela y que a cambio recibió un millón de preguntas que no contestó; que pasará la tarde mirando el reloj, sentada en una fría silla de una casa que no es la suya, perdiendo hasta la última certeza, que llorará toda la noche con la cara hundida en la almohada. Convencida de que se le ha roto el corazón para siempre, sintiendo un dolor agudo y desesperado. Latido a latido.

La primavera camina en la leve brisa del bosque. Y no tiene piedad.

No tiene piedad por la mujer a la que, una vez más, el corazón le late en la garganta mientras se pone un hermoso vestido de seda y en el espejo contempla el brillo de un topacio entre sus pechos, con la esperanza de que otro corazón allí cerca albergue un sentimiento que no sea solo de gratitud. Que ese corazón aprenda a amar, aunque sea poco a poco. Latido a latido.

La primavera hace bullir la sangre en todas las venas, viejas o jóvenes. Y no tiene piedad.

No tiene piedad por familias enteras, reunidas alrededor de una mesa repleta de manjares, amor y amistad; por todos aquellos que se abrazan y se besan, en la magia de una festividad de hombres que pasará y volverá, en la que alguien llegará y otros se irán. Corazones solos y corazones acompañados. Corazones que se miran y se sonríen. Latido a latido.

La primavera escarba en la vida y en el recuerdo de la muerte. Y no tiene piedad.

No tiene piedad por quien cruza la ciudad compuesta de vivos y muertos, tratando de no escuchar sus propias emociones, confiando en no equivocarse en lo que hace y en lo que deja de hacer, quitándose de encima el dolor propio y el ajeno, pensando que el amor trae la muerte, y confiando en que no sea ese el único don del amor. Y confiando en poder algún día oír cada temblor de su corazón sin asustarse. Latido a latido.

Pero la primavera no tiene piedad.  
Ninguna piedad.

## Agradecimientos

Esta historia responde a los deseos de Severino Cesari y Paolo Repetti.

Recibió los cuidados de Mariapaola Romeo y Valentina Pattavina.

Fue ideada por Antonio Formicola y discutida con Michele Antonielli.

Ambientada y puesta en escena por las fantásticas Annamaria Torroncelli y Stefania Negro.

Perfumada y alimentada por la sabia mano de Sabrina Prisco, de la Osteria Canali de Salerno.

Seguida desde el principio y cultivada por los maravillosos componentes de Corpi Freddi.

Como todas las historias de Ricciardi, nace de los relatos y la sonrisa de mi madre.

Yo me he limitado a contarla.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rápido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, solo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.